MUERTE EN EL OLIVAR



INÉS DE ARANDA

Atreyu

MUERTE EN EL OLIVAR

Inés de Aranda

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Muerte en el Olivar
Prólogo: Sol y Polvo Andaluz
Capítulo 1: Bajo el Sol de Aceituna
Capítulo 2: Secretos en el Cenador
Capítulo 3: El Capataz Silenciado
Capítulo 4: Los Hilos de la Sospecha
Capítulo 5: Ecos de una Antigua Afrenta
Capítulo 6: El Lienzo de la Evasión
Capítulo 7: El Documento Olvidado
Capítulo 8: La Maldición de los Lazos
Capítulo 9: Semillas de Frustración
Capítulo 10: El Secreto del Bastón
Capítulo 11: Susurros del Secreto
Capítulo 12: El Reloj Perdido de Alonso
Capítulo 13: Tramas de Lealtad
Capítulo 14: La Raíz Amarga
Capítulo 15: Sombras en el Patio
Capítulo 16: La Danza de las Cuentas
Capítulo 17: Fuego en el Corazón del Olivar

Capítulo 18: La Red de los Favores
Capítulo 19: La Verdad de las Cenizas
Capítulo 20: El Hilo Invisible del Renuncio
Capítulo 21: La Falsa Confesión
Capítulo 22: El Plano del Odio
Capítulo 23: El Último Rastro en la Tierra
Capítulo 24: La Red se Cierra
Capítulo 25: El Hilo del Destino
Capítulo 26: El Fruto del Veneno
Capítulo 27: La Máscara Caída
Capítulo 28: Ecos de una Traición
Capítulo 29: Sembrando Nuevos Caminos
Capítulo 30: El Legado del Olivar
Epílogo: Ecos de un Olivar

MUERTE EN EL OLIVAR

Inés de Aranda

PRÓLOGO: SOL Y POLVO ANDALUZ

El taxi, una berlina francesa que exhalaba un tufo rancio a tabaco de liar y a plástico recalentado, se detuvo ante la cancela de hierro del cortijo. Sagrario aguardó un instante antes de descender, dejando que una densa nube de polvo rojizo, levantada en el camino de tierra, se posara lentamente sobre la carrocería blanquecina. A través del cristal, empañado por una calima que desdibujaba los perfiles, «El Lince Dorado» se erguía como un bloque de cal cegadora.

Era una mole rectangular, severa, de ventanas estrechas que recordaban las aspilleras de una fortaleza, más diseñadas para vigilar el horizonte que para permitir el paso de la luz.

Antes de abrir la puerta, Sagrario palpó el sobre que descansaba en su regazo. No era la misiva de Adelaida, sino una carta recogida en la oficina de Correos de la estación de tren de Jaén. El remitente, con la caligrafía pulcra y algo rígida del inspector Roca, le traía novedades de los sucesos que dejó atrás en el monasterio de San Lázaro. Roca informaba de que la instrucción contra Montalvo avanzaba, aunque el tintero de ébano seguía sin aparecer.

Verdegay, según el informe, había comenzado a colaborar con la justicia a cambio de una reducción de pena, señalando el mercado negro donde pretendían colocar las piezas robadas. Lo más inquietante, sin embargo, era la mención al Códice Negro: el

documento había llegado finalmente a la Biblioteca Nacional. Los expertos de Madrid habían confirmado las sospechas de Sagrario sobre las raspaduras en el colofón. Alguien había intentado borrar un nombre siglos atrás, y esa sombra todavía se proyectaba sobre el presente.

Al abrir la portezuela, el calor de Jaén la embistió con la fuerza de un animal vivo. No era el bochorno pegajoso de la costa, sino un hachazo seco, cargado con el denso aroma de la tierra cocida y la resina amarga de los olivos. Aquella cuadrícula de troncos torturados, dispuesta con una regularidad que desafiaba la anarquía del terreno, se extendía como una malla de plata y sombra hasta donde la vista se perdía.

Sagrario suspiró, sintiendo el aire abrasador en sus pulmones. Hacía solo unas semanas, el frío pétreo de San Lázaro aún se le aferraba a los huesos; ahora, el sur le exigía un peaje de sudor y tierra.

Ajustó sus guantes de hilo con un movimiento metódico. De su bolso de piel extrajo la carta de Adelaida Casabermejo. El papel, de una calidad excepcional —un hilo de algodón con un gramaje que ya apenas se fabricaba—, guardaba un mensaje que Sagrario encontró intencionadamente vago: «Necesito que su ojo experto revise ciertos legajos de la familia que solo alguien con su discreción puede manejar. El aire aquí le sentará bien, Sagrario. Los olivos tienen una forma de silenciar el ruido del mundo».

—Treinta euros, señora —dijo el taxista, con una voz rasposa que parecía haber tragado arena de los caminos. Tenía los ojos irritados por el sol y una expresión de cansancio ancestral. Sagrario pagó con billetes impecables. Observó cómo el coche daba media vuelta y una nueva cortina de tierra se alzaba, tardando varios minutos en disiparse en el aire estático. El silencio que siguió no era un vacío, sino una sinfonía de chirridos eléctricos de chicharras y el rumor sordo de las hojas, un siseo metálico que subía del valle. Antes de que pudiera extender la mano hacia el pesado aldabón con forma de cabeza de león, la hoja derecha de la puerta se abrió.

—Doña Sagrario, sea bienvenida a esta casa.

La figura en el umbral no era la de un criado, sino Adelaida Casabermejo. La matriarca parecía desafiar el paso de la última década. Seguía siendo una mujer menuda, de una fragilidad que recordaba a la porcelana fina que ha sobrevivido a un incendio. Su moño blanco, tan tirante que le elevaba las cejas en un gesto de perpetua aristocracia, se adornaba con un collar de perlas de tres vueltas. Vestía un vestido de lino azul oscuro que no mostraba una sola arruga.

Sagrario, aplicando su método de paleografía conductual, percibió al instante la rigidez en los hombros de su anfitriona. Para ella, aquel cuerpo era un documento oficial que intentaba ocultar una tachadura incómoda en sus márgenes. Adelaida le recordaba a la Madre Eulalia; ambas compartían la misma forma de gobernar sus dominios mediante la omisión, aunque en Adelaida no había rastro de fe, solo de linaje.

—Adelaida, estás igual que siempre —dijo Sagrario, manteniendo el tono de cortesía—. El tiempo ha sido benévolo con «El Lince Dorado».

—Y tú conservas esa mirada que parece querer catalogarnos a todos en una estantería de archivo, querida —respondió Adelaida, extendiendo una mano fría—. Pasa, por favor. El sol es un enemigo que no perdona a estas horas.

Tras ella, emergió de la penumbra del recibidor Alonso, el hijo mayor. Era un hombre alto, de esa delgadez nerviosa de quien ha heredado un cargo que le queda grande. Su cabello castaño, peinado con un exceso de fijador, no lograba ocultar una coronilla que clareaba.

—Doña Sagrario, es un honor —dijo Alonso, acercándose con una presteza que rozaba la incomodidad. Sus ojos marrones, huidizos, buscaron la carretera vacía antes de centrarse en ella—. Mi madre no ha dejado de hablar de su llegada. Disculpe que no saliéramos a

recibirla en la cancela; es que... bueno, la recolección. El inicio de la campaña siempre es un desorden necesario.

Sagrario observó las manos de Alonso mientras gesticulaba. Tenía las uñas mordidas hasta la carne viva, con las cutículas enrojecidas. Un tic en el dedo índice, que golpeaba rítmicamente su propio muslo, hablaba de una tensión interior ajena a la logística de la cosecha. Aquel hombre era un manuscrito lleno de correcciones apresuradas, similar a los diarios que Isidoro había intentado hacer pasar por auténticos en el monasterio.

La misma inseguridad, el mismo miedo a que la luz revelara la inconsistencia del trazo. Aquella mención a la recolección parecía una excusa ensayada. Sagrario sabía por las cartas de Úbeda que los Casabermejo estaban pasando por un bache financiero que no cuadraba con el esplendor de la fachada.

—No se preocupe por los protocolos, Alonso. Sé que el campo no entiende de cortesías urbanas —respondió Sagrario—. Me basta con un poco de sombra y sus legajos.

—Facundo se encargará de sus pertenencias —añadió Adelaida, haciendo una seña hacia la oscuridad del pasillo.

De las sombras surgió un hombre corpulento y bajo. Facundo Nogueira, el mayordomo, vestía un chaleco oscuro y mantenía una postura que recordaba la formalidad de los antiguos alcaides de fortaleza. Sus ojos, pequeños y de un pardo oscuro muy vivo, recorrieron a Sagrario con una curiosidad casi táctil. Facundo no pronunció palabra; simplemente tomó la maleta de piel y se frotó las palmas de las manos, un gesto mecánico que Sagrario identificó de inmediato.

El sonido de la piel seca frotándose contra sí misma le recordó la forma en que Verdegay se limpiaba los dedos cuando creía que nadie lo observaba, como si intentara quitarse una mancha invisible.

—Acompáñenos al salón, Sagrario —invitó Adelaida—. Hemos preparado un jerez fresco.

El interior del cortijo era un laberinto de muros de un metro de espesor que mantenían el aire a una temperatura casi glacial. El suelo de baldosas de barro cocido brillaba bajo una capa de cera que olía a lavanda, a madera vieja y a ese tufo inconfundible de las casas que custodian secretos. A medida que avanzaban, Sagrario estudiaba las paredes: retratos de antepasados con miradas severas, cuyos marcos dorados el tiempo había oscurecido.

Cada óleo parecía rezumar un aliento de decadencia. Le recordaron el Códice Negro; objetos que, por su sola presencia, exigían un respeto basado más en el misterio que en la virtud.

El salón principal era una estancia vasta, presidida por una chimenea de piedra tallada con el escudo de los Casabermejo, donde dos linces rampantes sostenían una rama de olivo. Adelaida se sentó en un sillón de orejas con la precisión de quien ocupa un trono que sabe está empezando a astillarse.

—Hijo, sirve el jerez. Doña Sagrario debe tener la garganta seca —ordenó la matriarca.

Alonso se dirigió al aparador de caoba. El cristal de las copas tintineó con un sonido agudo bajo sus dedos inestables.

—Es un vino de la zona, Doña Sagrario. Muy seco, muy directo. Como la gente de aquí —comentó Alonso mientras llenaba las copas —. Mi padre siempre decía que un buen jerez es capaz de desatar cualquier lengua, aunque a veces eso sea un peligro.

Sagrario aceptó la copa, observando cómo el líquido dorado oscilaba levemente por el pulso trémulo del hombre.

—Dime, Adelaida —comenzó Sagrario, tras mojar sus labios en el vino frío—, ¿cuáles son exactamente esos legajos que requieren mi atención?

Adelaida tomó un sorbo minúsculo. Sus ojos azules se clavaron en Sagrario con una intensidad que buscaba una complicidad inmediata.

—Se trata de la Haza de las Ánimas —respondió la matriarca, y su voz perdió su firmeza habitual—. Unas tierras que siempre han sido nuestras, pero cuyas lindes están siendo cuestionadas por un registro antiguo aparecido recientemente. Aristeo, nuestro capataz, insiste en que hay documentos en el archivo familiar que nos dan la razón, pero mis ojos ya no tienen la agilidad necesaria para descifrar la tinta de hace dos siglos. Y Alonso... bueno, él prefiere los planos modernos a los legajos polvorientos.

Sagrario percibió el intercambio de miradas entre madre e hijo: un destello de advertencia que Alonso cortó de inmediato bajando la vista. El silencio que siguió fue denso. Aquella mención a las lindes le resultaba familiar; en su maleta guardaba notas sobre el pleito de Isidoro en Úbeda. Había una conexión que aún no lograba trazar entre la administración de estas tierras y los documentos que el padre Anaximandro custodiaba en secreto. ¿Era posible que el fraude territorial que investigaba Roca tuviera una ramificación en «El Lince Dorado»?

—Aristeo es... concienzudo —intervino Alonso, forzando una sonrisa —. A veces, creo que demasiado. Lleva tantos años aquí que cree que «El Lince Dorado» es suyo. Conoce cada piedra del olivar mejor que nosotros mismos.

—Es un empleado fiel, Alonso, no lo olvides —le cortó Adelaida con una dureza que tensó el ambiente—. Y necesitamos que la propiedad esté clara antes de que termine la semana. La recolección de este año es fundamental para la supervivencia de esta casa. No podemos permitirnos reclamaciones de última hora.

La palabra «supervivencia» quedó flotando en el aire viciado del salón. Sagrario sintió que el frío no se debía solo al aislamiento de los muros, sino a una corriente subterránea de temor. Para una mujer que había pasado cuarenta años detectando falsificaciones, aquella escena era un manuscrito lleno de borrones. Le trajo a la memoria la misma desesperación por asirse a una propiedad que el tiempo o la mala gestión amenazaban con diluir.

—Me gustaría saludar a Aristeo más tarde —comentó Sagrario, observando cómo Facundo reaparecía en el umbral, observándolos con la inmovilidad de una estatua—. Siempre me ha interesado la perspectiva de quienes trabajan la tierra con las manos.

—Lo verás en la cena, sin duda —dijo Adelaida, levantándose con elegancia—. Ahora, Facundo te mostrará tu habitación. El sol de Jaén tiene una forma muy particular de quemar el espíritu si no se tiene cuidado.

Sagrario se puso en pie, sintiendo la leve rigidez en su rodilla izquierda, un recordatorio físico de que también ella era un documento que el tiempo había empezado a amarillear. Mientras caminaba, su mente regresó por un instante al medallón robado en San Lázaro. Jaén era diferente en su luz, pero el olor a secreto viejo era idéntico. Antes de subir, recordó otro detalle de la carta de Roca: la policía estaba buscando una conexión entre el monasterio y una sociedad agraria de la zona. Se preguntó si el nombre de los Casabermejo aparecería en los listados que Roca aún no se atrevía a enviarle por correo ordinario.

Facundo la guio por una escalera de caracol de piedra. Caminaba con una solidez imperturbable. Al llegar al rellano del primer piso, se detuvo frente a una puerta de madera de olivo maciza.

—Su habitación, Doña Sagrario —dijo Facundo. Su voz era profunda, con un deje de aspereza rural—. Si necesita cualquier cosa, hay un timbre junto a la cama que suena directamente en la cocina.

—Gracias, Facundo. Dígame, ¿está la familia muy preocupada por esta cosecha? He notado a don Alonso algo inquieto.

El mayordomo se frotó las palmas de las manos una vez más, produciendo un sonido seco. Sus ojos pequeños no se desviaron de los de ella.

—Hay mucho que ver en «El Lince Dorado», señora, si uno sabe dónde mirar. La cosecha es solo la superficie de las cosas, como la

piel de la aceituna. Lo que importa es el aceite que se extrae cuando se aplica la presión adecuada.

Sin esperar respuesta, el hombre hizo una breve inclinación de cabeza y se retiró por el pasillo, desapareciendo en la penumbra con una agilidad sorprendente. Sagrario anotó mentalmente aquel comentario. «La presión adecuada». Era una frase que el padre Anaximandro habría usado para describir el interrogatorio de un pecador. O quizá, el método necesario para que un capataz como Aristeo soltara una verdad incómoda.

Sagrario entró en la habitación. Era una estancia amplia, de techos altísimos cruzados por vigas de madera oscura. El mobiliario era de una austeridad casi conventual: una cama de forja, un escritorio de nogal con un tintero de cristal tallado y un armario que desprendió un olor penetrante a alcanfor. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas de encaje.

Desde aquella posición, el olivar se desplegaba ante sus ojos como un ejército infinito. Los árboles, con sus troncos retorcidos por los siglos y sus hojas de un verde grisáceo que relucía como el acero bajo la luz declinante, parecían custodiar algo más que simples frutos. Aquel mar de plata y óxido asfixiaba el horizonte. A lo lejos, entre las hileras de árboles que proyectaban sombras alargadas sobre la tierra roja, avistó una figura moviéndose con paso firme: un hombre alto, de hombros anchos, que caminaba con una autoridad que no necesitaba títulos de propiedad para imponerse. Supuso que sería Aristeo Carmona.

La archivera se quitó los guantes y tocó con el índice la pequeña verruga cerca de su labio superior, su gesto habitual cuando se enfrentaba a un texto cifrado. La invitación de Adelaida no era una cortesía de vieja amiga, sino una llamada de socorro envuelta en orgullo familiar. Los Casabermejo se sentaban sobre un polvorín de deudas y legajos contradictorios, y ella había sido traída para clasificar las cenizas antes de que se produjera el incendio.

Abrió de nuevo la carta de Roca y leyó la postdata: «Hemos encontrado una llave en la celda de Anaximandro que no abre ninguna cerradura del monasterio. Es de forja antigua, con una marca que parece un lince. Si ve algo parecido en Jaén, no dude en hacérmelo saber».

Sagrario levantó la vista hacia el escudo tallado en la chimenea que aún recordaba del salón. El lince. La advertencia de la Madre Eulalia resonó en su mente: «Los papeles no mienten, Sagrario, pero los hombres que los guardan sí». Aquí, bajo este sol que no permitía esconder nada pero que cegaba a quien miraba de frente, la verdad se sentía tan pesada como los fardos de aceituna listos para la molienda.

Se sentó en el borde de la cama y observó su maleta cerrada. En su interior, junto a su lupa y sus cuadernos, descansaba una copia del colofón del Códice Negro. Había venido buscando un retiro, pero el aire cargado le susurraba que la paleografía que tendría que aplicar allí no sería sobre papel, sino sobre los rostros crispados de los Casabermejo. Algo se pudría bajo el sol de Jaén, y la sombra de San Lázaro parecía haberse alargado hasta alcanzar los olivos de «El Lince Dorado».

CAPÍTULO 1: BAJO EL SOL DE ACEITUNA

Los zapatos de suela de goma de doña Sagrario crujieron sobre la grava, marcando el inicio de su jornada. Un sombrero de ala ancha la protegía, proyectando una sombra geométrica sobre sus pómulos mientras dejaba atrás el frescor de piedra del cortijo «El Lince Dorado». Afuera, el aire no era un mero hálito; era un soplo denso, cargado con el aroma de tierra removida y la fragancia metálica de la hoja de olivo, que el sol de media mañana ya calentaba con saña casi personal.

Los años dedicados a los archivos le habían concedido una parsimonia al caminar que no era cansancio, sino una cuidada forma de no perturbar ni el polvo del sendero ni el orden de sus propios pensamientos. A medida que se alejaba de la fachada encalada, el siseo de las varas golpeando las copas de los árboles se hizo más nítido, un ritmo ancestral. Era un compás de golpes secos que resonaba en la cuenca de los cerros, un latido telúrico.

Con cada paso, una punzada leve en la rodilla izquierda le recordaba los esfuerzos de los días previos; una rigidez persistente que, sin embargo, no lograba desviar su atención de lo que la rodeaba. La quietud de aquel campo andaluz se presentaba muy distinta a la atmósfera opresiva y cargada de incienso que había dejado atrás en el monasterio de San Lázaro. Allí, los secretos se ocultaban tras muros de sillería y rezos en latín; aquí, bajo el sol implacable de

Jaén, la verdad parecía querer brotar de la misma tierra roja, a pesar de estar enterrada bajo capas de tradición y sudor.

Ante ella, el olivar se desplegaba, un mar de plata y ceniza que se perdía en el horizonte. Los troncos, retorcidos en espirales de madera centenaria, parecían brazos que pugnaban por salir del suelo, suplicando aire. Bajo ellos, las lonas de color naranja y amarillo yacían extendidas, redes de pesca terrestres a la espera de la lluvia de frutos que caía con un tableteo sordo. Sagrario se detuvo al borde de una de las hileras y se ajustó las gafas de lectura que pendían de una cadena de plata.

No era la cosecha lo que miraba, sino el orden. Sus ojos, de un gris perla que parecía haber absorbido la luz de mil lámparas de escritorio, se posaron en la figura que, con energía abrasadora, centralizaba toda la actividad.

Aristeo Carmona no caminaba por el olivar; lo patrullaba como un general que inspecciona una línea de frente. Sagrario notó que evitaba con una peculiar obstinación el pequeño seto de adelfas que bordeaba el camino hacia el sector norte, una manía extraña en un hombre que no parecía temer a nada.

El capataz vestía una camisa de popelín oscuro, empapada en la espalda; un mapa de humedad que delimitaba sus anchos hombros. Su autoridad se manifestaba en la rigidez de la nuca y en la forma en que sus manos, grandes y callosas, descansaban sobre las caderas. Inclinaba el peso del cuerpo hacia adelante, siempre al acecho, listo para el reproche o la orden tajante. Sagrario lo observó con el interés de quien analiza un espécimen bajo la lupa.

El modo en que Aristeo movía los pies, con la seguridad del que se cree dueño de lo que pisa, le recordó la prepotencia de ciertos personajes que había conocido en Úbeda durante el pleito del testamento: hombres que confundían la posesión con el derecho divino.

—¡Ese fardo, Nicanor! ¡Átalo bien, que pareces nuevo! —gritó Aristeo. Su voz era una lija que desgarraba la monotonía del vareo —. La aceituna no espera a que te decidas. ¡Dale con ganas a ese vuelo, que se queda lo mejor arriba!

Sagrario notó cómo los jornaleros aceleraban el movimiento de los brazos ante su presencia. No era la presteza del entusiasmo, sino el automatismo del recelo. La archivera tocó la pequeña verruga sobre el labio superior, un gesto habitual en ella cuando los datos empezaban a encajar. Había algo en la disposición de aquellos hombres respecto a Aristeo que le recordaba los márgenes de los códices medievales: figuras pequeñas, encorvadas por el trabajo, rodeando a un señor que ocupaba el centro de la página con una caligrafía desproporcionada y agresiva.

Al igual que el Códice Negro que tanto esfuerzo le había costado catalogar en San Lázaro, este hombre parecía contener una historia escrita con tintas oscuras y propósitos ocultos.

Aristeo se giró al sentir la mirada de la forastera. La cicatriz blanca sobre su ceja izquierda brilló bajo el sol, una marca antigua que le otorgaba un aire de perpetua sospecha. Se acercó a ella con pasos largos, levantando una mínima nube de polvo rojizo que se posó sobre los zapatos limpios de la mujer.

—Señora archivera —dijo, deteniéndose a una distancia que todavía resultaba invasiva para los estándares de cortesía de Sagrario—. No es este lugar para paseos. El sol de Jaén no perdona a los que vienen de ciudad, y menos a los que traen la piel tan fina.

—La piel se acostumbra, Aristeo, igual que los ojos a la penumbra de los estantes —respondió Sagrario con una sonrisa mínima, sosteniendo la mirada del capataz sin pestañear—. He venido a ver cómo late el corazón de esta finca. Me han dicho que usted es quien marca el pulso.

El hombre soltó una carcajada seca, sin rastro de humor. Sus ojos, castaños y opacos como la madera de encina, la recorrieron con un

desprecio mal disimulado.

—En esta tierra, el que manda, manda, y el que no, obedece. No hay más ciencia que esa. Aquí no hay papeles que valgan, solo el sudor. Si no se aprieta, el fruto se queda en el árbol y el dinero en el bolsillo del vecino.

Sagrario observó un tic casi invisible en el párpado del capataz. Aristeo no solo ejercía el mando, sino que necesitaba reafirmarlo a cada segundo. Era una autoridad que se alimentaba de la fricción constante, una dinámica que le recordó las advertencias de la Madre Eulalia sobre los hombres que solo conocen la fuerza como lenguaje. Al igual que la corrupción que había empezado a desenredar en el monasterio, los tiranos locales siempre dejaban un rastro de resentimiento que terminaba por pudrir los cimientos de la casa.

Cerca de allí, una mujer de constitución robusta y hombros anchos luchaba con una de las lonas cargadas de aceitunas. Era Purificación Gálvez. Sus manos, ásperas y oscurecidas por el jugo de la hoja, tiraban de la tela con una fuerza que parecía nacer más de una rabia antigua que de la simple necesidad de terminar el trabajo. Al pasar Aristeo a su lado, la mujer se detuvo en seco. El capataz no la miró a la cara, sino a la espuerta que Purificación acababa de llenar, evaluando el volumen con ojos de mercader.

—Llevas media hora con ese árbol, Purificación. A este paso, las aceitunas se van a hacer aceite solas antes de llegar al molino —escupió Aristeo.

Purificación no respondió de inmediato. Sus ojos negros, pequeños y vivaces como dos aceitunas de mesa, se clavaron en la espalda del capataz mientras este se alejaba hacia la siguiente hilera. Fue una mirada de intensidad gélida, una que Sagrario catalogó mentalmente bajo la etiqueta de «agravios no prescritos».

—Más vale pájaro en mano que ciento volando, Aristeo —murmuró la jornalera con un hilo de voz que vibraba de un rencor contenido

—, y el que siembra vientos siempre termina por recoger tempestades.

Sagrario se acercó a la mujer con cuidado, evitando pisar las aceitunas que habían caído fuera de la lona. Purificación la miró de hito en hito, evaluando el sombrero de ala ancha y los guantes de hilo que la archivera sostenía con elegancia.

—Buenos días, Purificación —saludó Sagrario—. Parece un trabajo agotador bajo este cielo.

—Lo es, señora. Pero la tierra no olvida, ni las buenas obras ni las malas. —La mujer se santiguó con un movimiento rápido, tocando un rosario de madera que asomaba bajo el cuello de su blusa—. Ese hombre cree que los olivos nacieron para servirle, pero los árboles estaban aquí antes de que sus abuelos aprendieran a andar y estarán aquí cuando a él se lo trague el polvo.

—Parece haber mucha tensión con el capataz —sugirió Sagrario, bajando el tono de voz para que solo Purificación pudiera oírla.

La jornalera escupió a un lado, sobre la tierra roja.

—Aristeo Carmona tiene la sangre amarga. Cree que por conocer los secretos de los señores ya es uno de ellos. Pero el aceite rancio no se vuelve virgen por mucho que lo metas en una botella de cristal. Al final, todo sale a la luz.

Sagrario asintió en silencio. Aquella mención a los secretos de los señores le recordó los legajos personales del Padre Anaximandro que aún no habían sido localizados en San Lázaro. En todas partes, la información era una moneda de cambio peligrosa. Aquel cortijo, con sus jerarquías y sus silencios, empezaba a parecerse demasiado a una biblioteca prohibida donde alguien había arrancado las páginas más importantes.

La conversación fue interrumpida por la llegada de un hombre que contrastaba violentamente con el entorno polvoriento. Teobaldo Cifuentes caminaba con la rigidez de quien ha pasado demasiadas

horas frente a un microscopio o una tabla de Excel. Su camisa, de un blanco clínico y perfectamente planchada, resistía el polvo y la grasa del ambiente con una obstinación casi heroica. Llevaba un bolígrafo técnico en el bolsillo superior y un cuaderno de notas bajo el brazo, apretándolo como si fuera un escudo.

Teobaldo se detuvo frente a Aristeo, que acababa de reprender a otro grupo de trabajadores.

—Aristeo, las variables de temperatura indican que debemos reducir el tiempo de exposición de la aceituna en las lonas —dijo Teobaldo, ajustándose las gafas de montura fina con un gesto rápido del dedo índice—. Si seguimos a este ritmo de recolección, la acidez aumentará un 0,4 por ciento. Es una ineficiencia técnica que no podemos permitirnos este año.

El capataz se giró lentamente, como un animal depredador que no reconoce a otro de su especie.

—¿Variables? ¿Ineficiencia? —Aristeo soltó un gruñido que pretendía ser una risa—. Aquí lo que hay es aceituna que recoger, don Teobaldo. Sus numeritos no llenan los camiones.

—Desde un punto de vista puramente objetivo —insistió el agrónomo, con un tono pedante que ascendía ligeramente de escala —, su método está dañando la estructura celular del fruto al amontonarlo de esa manera. Necesitamos implementar los vibradores mecánicos de inmediato en el sector norte. Los planos que diseñé son claros al respecto.

—Los vibradores mecánicos se quedan en el cobertizo hasta que yo lo diga. Esas máquinas dañan la raíz si el terreno no está asentado —sentenció Aristeo, dando un paso adelante e invadiendo el espacio personal del agrónomo—. En esta finca, las cosas se han hecho siempre así porque así es como funcionan. Sus libros de Madrid no conocen esta tierra ni el sabor de este polvo.

Teobaldo retrocedió un paso, sus mejillas adquiriendo un tono rosado que delataba una frustración profunda. Sus dedos

tamborilearon sobre el cuaderno de notas. Sagrario leyó en ese gesto una humillación antigua, una herida profesional que supuraba cada vez que el capataz despreciaba su conocimiento. Le recordó la frustración de Verdegay cuando se sentía ignorado por las autoridades del monasterio, ese resentimiento del experto que se sabe superior, pero carece de mando real.

—No hay emociones en la ciencia, Aristeo, solo datos cuantificables —dijo Teobaldo, aunque su voz temblaba imperceptiblemente—. Y los datos dicen que usted es un obstáculo para el progreso de esta finca. Algún día, la realidad le pasará la factura.

—Pues dígale a doña Adelaida que el obstáculo es el que saca la cosecha adelante mientras usted se mira las uñas en el laboratorio —replicó Aristeo, dándole la espalda definitivamente.

Sagrario permaneció en silencio, absorbiendo la escena. La paleografía conductual no fallaba: Aristeo era el nudo gordiano del cortijo. Un hombre que se alimentaba del conflicto, que necesitaba la animadversión de los demás para reafirmar su propia existencia. Pero un nudo demasiado tenso siempre acaba por romper la cuerda, o por obligar a alguien a usar el cuchillo.

Unos metros más allá, Alonso Casabermejo apareció entre dos olivos centenarios. Su postura era la de un hombre que intenta ser visto como el dueño legítimo, pero cuyo cuerpo lo traicionaba con cada gesto. Sus hombros estaban caídos y sus ojos, marrones y huidizos, evitaban encontrarse con los de Aristeo. Llevaba una mano en el bolsillo del pantalón, y Sagrario pudo notar, por el movimiento compulsivo de la tela, que jugaba sin cesar con algo, quizá una moneda o un pequeño objeto de la suerte.

Alonso se acercó a Sagrario, forzando una sonrisa que no llegaba a borrar la angustia de su rostro.

—Doña Sagrario... perdone este espectáculo —dijo, frotándose la coronilla donde el pelo empezaba a clarear prematuramente—. Las

cosas del campo tienen su ritmo, ya sabe... no se pueden forzar. Hay mucha pasión bajo este sol de Jaén.

Sagrario observó las manos de Alonso cuando las sacó del bolsillo para saludar. Las uñas estaban mordidas hasta la carne viva, algunas de ellas con pequeñas costras de sangre seca en las cutículas. Un tic nervioso hacía vibrar su mano derecha cuando Aristeo gritaba una nueva orden a lo lejos. Era la viva imagen de la ansiedad contenida, el retrato de un hombre que habita una vida que le queda grande.

—La pasión es necesaria para la vida, don Alonso, pero en exceso suele nublar el juicio de los hombres más prudentes —comentó Sagrario con suavidad—. Su capataz parece un hombre de una eficiencia... abrumadora.

—Aristeo es... vital para la familia —Alonso pronunció la palabra «vital» con un deje de amargura que no pasó desapercibido para la archivera—. Conoce cada palmo de esta tierra, cada secreto de los árboles. Mi madre confía plenamente en su criterio.

Sagrario notó el énfasis en las últimas palabras. No era el respeto de un hijo por la sabiduría materna, sino la resignación de un subordinado que había perdido la batalla por el reconocimiento. Alonso era el heredero legal, pero en aquel mar de olivos, el poder real vestía la camisa sudada y la cicatriz de Aristeo Carmona. La situación le recordó la relación entre Iago Quirós y Gala de Haro; una lealtad forjada en sombras que nadie más podía comprender del todo.

—Un caballero debe siempre su palabra, aunque le cueste la vida —añadió Alonso de forma inconexa, como si repitiera un mantra para convencerse a sí mismo de algo que le aterraba.

—¿Y qué palabra ha dado usted, don Alonso? —preguntó Sagrario, clavando sus ojos grises en los de él con una calma inquisitiva.

Alonso apartó la mirada hacia el horizonte, donde las lomas de Jaén se perdían en un velo de calima blanca.

—La de mantener este lugar en pie. Aunque a veces los cimientos estén más podridos de lo que uno querría admitir ante el mundo.

En ese momento, la figura de Facundo Nogueira se materializó cerca del grupo. El mayordomo caminaba con una agilidad silenciosa sobre la tierra seca, como si sus pies no quisieran dejar huella alguna. Se detuvo a tres pasos exactos de Alonso, con las manos juntas frente al vientre, entrelazando los dedos en ese gesto suyo de pulir un vacío invisible. Su presencia, tan formal y contenida, era una anomalía de frialdad en medio del caos polvoriento de la recolección. A Sagrario le recordó a Montalvo; hombres que operan en la periferia de la visión, observando mucho y revelando nada.

—Don Alonso, doña Adelaida solicita su presencia en el despacho de inmediato —dijo Facundo. Su voz era plana, desprovista de cualquier inflexión emocional, pero sus ojos pardos y pequeños no perdían detalle de la interacción entre Sagrario y el hijo de la casa.

—Sí, claro. Voy ahora mismo —respondió Alonso, con un alivio que resultó casi patético. Se volvió hacia Sagrario e hizo una leve inclinación de cabeza—. Disculpe, señora. El deber de la casa llama.

Alonso se marchó a paso rápido, casi huyendo de la luz del sol. Facundo permaneció un momento más frente a Sagrario. El reflejo del mediodía arrancaba destellos de su cuero cabelludo calvo.

—¿Ha encontrado lo que buscaba en el olivar, doña Sagrario? —preguntó el mayordomo con una cortesía que sonaba a interrogatorio velado.

—Todavía no he empezado a buscar, Facundo. De momento, solo estoy aprendiendo a leer el paisaje y a sus habitantes. Es una caligrafía compleja la de esta tierra.

—Hay mucho que ver, si uno sabe dónde mirar —dijo el hombre con un tono que Sagrario identificó como una advertencia encubierta—. Pero a veces, lo que se ve en la superficie no es más que una distracción de lo que realmente importa en el interior de estas paredes.

—¿Y qué es lo que realmente importa en el Lince Dorado, según usted?

Facundo entrelazó sus palmas una vez más, produciendo un sonido seco que se mezcló con el *clack-clack* incesante de las varas golpeando los árboles.

—La supervivencia de la casa y del nombre, señora. Todo lo demás... —Hizo un gesto vago hacia los olivos y hacia la figura de Aristeo, que seguía gritando en la distancia—... es secundario. El aceite fluye, pero la estirpe debe permanecer.

El mayordomo hizo una breve y gélida inclinación de cabeza y siguió a Alonso hacia el cortijo, con pasos que no levantaban ni una mota de polvo.

Sagrario se quedó sola bajo el sol. Una presión física, nacida del calor y de la atmósfera cargada de resentimiento, parecía querer extraer la verdad de los poros mismos de la finca. Observó a Aristeo una última vez. El capataz estaba ahora inclinado sobre un jornalero que había tropezado, increpándolo con una ferocidad desmedida por haber derramado unas pocas aceitunas. Aquel hombre era el centro de un sistema planetario de odios cruzados: Purificación lo miraba con sed de una justicia antigua; Teobaldo, con el desprecio del intelecto herido; Alonso, con el temor del que se sabe atrapado en una red que no puede romper.

La archivera jubilada suspiró. El campo no era el remanso de paz que los poetas imaginaban desde sus despachos en la capital. Era un microcosmos de jerarquías brutales y pactos de silencio, donde el sudor y la tierra cubrían un mar de rencores que se habían ido sedimentando cosecha tras cosecha, año tras año. En el Lince Dorado, el aceite no era lo único que se extraía bajo una presión insoportable.

Sagrario comenzó a caminar de regreso al cortijo. El ritmo de las varas contra los olivos la acompañó como un tambor de guerra lejano. Había venido a revisar legajos sobre linderos y propiedades,

pero se dio cuenta de que los documentos más importantes no estaban en el archivo de la casa, sino en las miradas tensas, en las palabras no dichas y en las uñas mordidas de quienes habitaban aquella tierra.

Aristeo Carmona era una pieza que no encajaba en la armonía que Adelaida Casabermejo intentaba proyectar al mundo exterior. O quizá encajaba demasiado bien, como una pieza de artillería que mantenía a raya a los enemigos internos, pero que amenazaba con explotar en cualquier momento en las manos de sus propios dueños.

Al llegar a la sombra protectora del zaguán, Sagrario se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo de batista. El silencio del interior del cortijo le pareció artificial, una calma comprada a un precio demasiado alto en la moneda del miedo. Volvió a tocar la verruga junto a su labio, pensando en las palabras de Facundo. El misterio de los Casabermejo no era puramente financiero, o no solo eso.

Era una genealogía social del rencor que se remontaba a generaciones atrás, y ella acababa de leer el primer capítulo, escrito con una caligrafía de sangre, sudor y el polvo rojo e incansable de los olivos de Jaén.

La pregunta dramática quedó suspendida en el aire viciado del recibidor: ¿cuánto tiempo más podría sostenerse aquella eficiencia tiránica antes de que alguien decidiera que el precio de la paz era, simplemente, el silencio definitivo y eterno del capataz?

CAPÍTULO 2: SECRETOS EN EL CENADOR

El cenador del cortijo «El Lince Dorado» era una estructura de hierro forjado que el tiempo había teñido de un verde oscuro, casi negro, bajo una densa enredadera de jazmín. A esas horas de la noche, la planta exhalaba un perfume denso, un aroma que pesaba en la quietud de Jaén como un presagio. Bajo la techumbre vegetal, una lámpara de araña con bombillas de luz cálida atraía a pequeñas polillas; golpeaban el cristal con un ritmo frenético, un compás seco en medio de la opresiva calma.

Doña Sagrario se acomodó en su silla de mimbre, y el material crujió bajo su peso. La rodilla izquierda, un recordatorio persistente de los años pasados entre legajos y la reciente caminata por el olivar, le produjo un pinchazo de dolor. Buscó una postura que no delatara su malestar; no quería ofrecer ninguna debilidad ante Adelaida Casabermejo, quien presidía la mesa. La archivera observó el tablero: una superficie de madera noble cubierta por un mantel de hilo inmaculado, donde la vajilla de la Cartuja de Sevilla brillaba con una sobriedad aristocrática.

Adelaida presidía la cena con la inmovilidad de una estatua de sal. Su moño blanco, alto y tirante, parecía diseñado para que ni un solo pensamiento escapara de su control. Las perlas de su collar, redondas y lechosas, capturaban la luz mortecina, reflejando una palidez que contrastaba con la severidad de su vestido oscuro. A su

alrededor, el tintineo de los cubiertos contra la porcelana sonaba como pequeñas detonaciones.

—Espero que el gazpacho sea de su agrado, doña Sagrario —dijo Adelaida. Su voz, aunque pretendía ser hospitalaria, conservaba un filo cortante, la costumbre de quien no pide, sino que dispone—. En esta casa nos enorgullecemos de nuestras recetas tanto como de la pureza de nuestras tierras.

—Es excelente, doña Adelaida —respondió Sagrario tras probar una cucharada del líquido carmesí. El sabor era una sinfonía de equilibrio: el vinagre de Jerez aportaba la acritud necesaria para resaltar el dulzor del tomate maduro, todo ello ligado por un aceite de oliva cuya densidad hablaba de una molienda cuidadosa—. La sencillez, cuando es auténtica, suele ser el refugio más seguro de la elegancia.

Aquel cenador, a pesar del aroma del jazmín, le recordaba a Sagrario los pasillos gélidos del monasterio de San Lázaro en Úbeda. Allí, antes de que el padre Anaximandro encontrara su final bajo el peso de secretos antiguos, el aire también se espesaba con lo no dicho. La archivera sintió un eco familiar: la sensación de que las piedras y los olivos guardaban registros que ningún catálogo oficial se atrevería a indexar.

Recordó las advertencias de la madre Eulalia sobre la fragilidad de las instituciones que se creen eternas. Aquí, los Casabermejo eran esa institución, y las grietas en su fachada eran ya demasiado visibles para un ojo entrenado en la paleografía de los gestos.

Sagrario desvió su mirada hacia Alonso Casabermejo. El heredero no parecía compartir el aprecio por la gastronomía. Su copa de jerez, que ya iba por la tercera recarga, temblaba entre sus dedos. La archivera notó el estado de sus manos: las uñas mordidas hasta la carne, dejando ver pequeñas costras de sangre seca. En el dedo índice, una herida mal cerrada volvía a teñirse de un rojo vivo mientras hurgaba en la piel con una obsesión casi hipnótica. Alonso

evitaba el contacto visual con su madre, concentrado en desmigar un trozo de pan que no pensaba comer.

A la derecha de Alonso, Amalia Casabermejo jugueteaba con su servilleta. El cabello cobrizo, encendido bajo la luz artificial, caía en ondas descuidadas sobre sus hombros. Llevaba las uñas pintadas de un azul tan oscuro que parecía negro, y el barniz estaba desconchado en las puntas, revelando el rastro de algún trabajo reciente con pigmentos o trementina. Su mirada color miel vagaba por el jardín exterior, ignorando deliberadamente a los hombres de la mesa.

Teobaldo Cifuentes, el agrónomo, se ajustó las gafas de montura fina con un gesto preciso. Su camisa blanca estaba tan almidonada que crujía con cada movimiento calculado. Junto a él, Aristeo Carmona contrastaba como una mancha de aceite rancio sobre una seda. El capataz, todavía con la camisa sudada del jornal y el polvo rojizo incrustado en los poros de sus manos, comía con una voracidad que rozaba la ofensa.

La cicatriz blanca sobre su ceja izquierda brillaba bajo la luz, dándole un aire de amenaza latente, el recordatorio de una violencia antigua que nunca terminó de sanar. Sagrario había oído que Aristeo, a pesar de su rudeza, tenía la peculiar manía de evitar las adelfas y las zonas donde el guano de murciélago se acumulaba, como si el contacto con esas sustancias fuera a traerle una desgracia.

—La recolección va a buen ritmo, señora —comentó Aristeo, sin levantar la vista del plato—. Pero los hombres están inquietos. La tierra, además, está más dura que el corazón de un prestamista.

Un calambre pareció recorrer la espalda de Alonso al oír la mención de los prestamistas. Soltó el pan y buscó su copa con un movimiento brusco, derramando una gota de jerez sobre el mantel. La mancha se expandió como un reproche.

—La eficiencia es una variable que no depende solo de la voluntad, Aristeo —intervino Teobaldo, con su tono didáctico—. Si hubiéramos

implementado el sistema de riego por goteo que propuse, la dureza del suelo sería irrelevante. Los datos demuestran que el agobio hídrico de los árboles reduce el rendimiento de forma alarmante.

Aristeo soltó una carcajada seca, un sonido que recordó a Sagrario el crujir de una rama vieja al romperse.

—¡Datos! —espetó el capataz—. Aquí no necesitamos datos, don Teobaldo. Necesitamos brazos que sepan lo que es una vara y riñones que aguanten la jornada. Sus tubos de plástico no sirven para nada cuando el sol decide que no va a llover. Este olivar se rige por leyes que su ciencia no alcanza a comprender.

—La ciencia no es una opinión; es una herramienta —replicó Teobaldo, cuyos ojos verdes se afilaron tras los cristales de sus gafas.

Adelaida intervino antes de que la disputa escalara, golpeando ligeramente su anillo de sello contra el borde de la copa. El sonido, cristalino y autoritario, impuso un silencio inmediato.

—Basta. Estamos cenando. No es momento de discutir sobre tuberías o costumbres de campo. Alonso, ¿has revisado la correspondencia que llegó esta tarde?

Alonso, absorto, dio un pequeño respingo. Sus ojos marrones y huidizos recorrieron la mesa antes de asentarse en su madre.

—Sí, madre. Eran... temas administrativos —mintió con una torpeza que a Sagrario le pareció reveladora.

La archivera leyó la mentira en el parpadeo excesivo y en la forma en que Alonso se frotó el tic de la mano derecha contra el muslo. A Sagrario le recordó la caligrafía trémula de Isidoro cuando intentaba ocultar el fraude de las tierras en Úbeda. Aquellos que alteran los registros siempre terminan traicionados por sus propios miembros. El engaño, al igual que una tinta de mala calidad, siempre acaba por emborronar el documento de la propia existencia.

—¿Temas administrativos o advertencias? —insistió Adelaida, bajando la voz hasta un susurro gélido—. El director del banco no suele enviar mensajeros en moto para discutir el precio de la aceituna.

Alonso se encogió de hombros, hundiéndose en su silla. Su postura era la de un hombre que carga con un fardo de deudas, un peso similar al que Montalvo debió sentir antes de que su ambición lo devorara. Sagrario sabía que la culpa tiene un aroma específico, una mezcla de sudor frío y desesperación que ningún perfume puede ocultar del todo.

—Hay complicaciones, ya lo sabes. La última cosecha fue exigua y los pagos de la maquinaria no se detienen. Se pierde mucho dinero cada mes, madre.

—Para eso tenemos a Aristeo —dijo Adelaida, lanzando una mirada de extraña complicidad al capataz—. Él es indispensable. Sabe cómo mover los hilos con el banco, algo que a nosotros nos es imposible por nuestra posición. Tiene contactos y métodos que aseguran que el Lince Dorado siga adelante.

Sagrario observó la reacción de los presentes ante aquella declaración de dependencia. Facundo Nogueira, el mayordomo, apareció en ese instante desde las sombras del pasillo para retirar los platos. Sus movimientos eran casi robóticos, una coreografía de eficiencia silenciosa. Sin embargo, al oír la palabra «métodos» referida a Aristeo, los dedos de Facundo se cerraron con una fuerza innecesaria sobre el borde de una bandeja de plata.

La archivera, cuya mirada no perdía detalle, notó la rigidez de su mandíbula. El mayordomo parecía estar puliendo una furia interna con la misma meticulosidad con la que mantenía las manos inmaculadas.

Aristeo sonrió, una expresión que no llegó a sus ojos oscuros. Se recostó en la silla, ocupando más espacio del que le correspondía, como si fuera el verdadero dueño del cenador.

—Los tratos de antes se basaban en la palabra y en saber quién tiene qué guardado en el cajón —dijo Aristeo, dirigiendo una mirada cargada de intención a Alonso—. En este pueblo, la memoria es larga y los favores son la moneda que realmente circula. ¿Verdad, don Alonso?

Alonso no respondió. Se limitó a beber el resto de su jerez de un trago largo, como si buscara ahogar una confesión.

Amalia, que había permanecido en un silencio huraño, dejó caer su tenedor sobre el plato con un sonido metálico que resonó bajo la cúpula de jazmín.

—Esto es insoportable —murmuró la joven.

—Amalia, por favor —reprendió Adelaida sin mirarla—. Mantén el comportamiento que se espera de ti.

—¿Comportamiento? —Amalia se volvió hacia Aristeo—. ¿Por qué tenemos que aguantar que este hombre hable como si fuera el patriarca? Solo es el capataz. Un empleado, por mucho que sepa de bancos.

Aristeo entornó los ojos, divertido por el estallido. La cicatriz de su ceja se curvó de forma grotesca.

—La señorita Amalia sigue pensando que la vida es como uno de sus lienzos —dijo Aristeo con un sarcasmo que chorreaba como aceite rancio—. En el mundo real, el arte no paga las deudas ni recoge la aceituna caída. A veces, las flores bonitas necesitan que alguien ensucie las manos con estiércol para que no se marchiten. Y yo tengo las manos muy sucias por ustedes.

Amalia se puso en pie. Su complexión delgada y sus movimientos gráciles le daban un aire de ave atrapada. Sus manos, manchadas de óleo, temblaban ligeramente.

—Prefiero que se marchiten a que las riegues tú con tu ponzoña —espetó ella.

—Siéntate, Amalia —ordenó Adelaida, esta vez con una autoridad que no admitía réplica. Sus ojos azules brillaron con la frialdad del vidrio—. No faltes al respeto a quien asegura que tengas un techo sobre tu cabeza.

—Mi madre tiene razón, hermana —murmuró Alonso, evitando mirar a ambos—. Las cosas son delicadas. No es momento para tus aires de rebeldía.

Amalia miró a su hermano con un desprecio absoluto, una mirada que Sagrario había visto antes en Gala de Haro cuando hablaba de las lealtades rotas. La joven se volvió a sentar, pero su cuerpo era una cuerda tensa. El ambiente en el cenador se volvió denso. Sagrario, mientras tomaba un sorbo de agua, reflexionó sobre la dinámica que acababa de presenciar. Su método le indicaba que el cortijo no era una unidad, sino un conjunto de fragmentos mal pegados. Aristeo no era solo un empleado; era un parásito necesario, un hombre que se alimentaba de las debilidades ajenas.

La archivera recordó los legajos que había empezado a revisar mentalmente. Los nombres de las tierras, las lindes difusas, los testamentos cruzados... Todo aquello cobraba un sentido nuevo al observar los rostros de los comensales. La genealogía social de aquel lugar estaba viciada por un secreto original. Los Casabermejo ostentaban el nombre, pero Aristeo poseía los documentos invisibles de su ruina. Aquello le recordaba al Códice Negro; objetos que por sí solos no valen nada, pero cuya información puede derribar muros centenarios.

Facundo regresó con el segundo plato: un solomillo de cerdo ibérico con reducción de Pedro Ximénez. El aroma era exquisito, pero la tensión había anulado el apetito de la mayoría. El mayordomo servía con una precisión quirúrgica, mas Sagrario notó que evitaba pasar cerca de Aristeo, como si el capataz fuera una fuente de contagio. Cuando Aristeo hizo un comentario burlón sobre «los viejos tiempos», Facundo se detuvo un segundo de más junto al aparador. Sus nudillos se blanquearon al asir la bandeja.

—Aquellos tratos trajeron muchas desgracias a gente inocente, Aristeo —dijo Facundo con voz plana—. Algunos preferirían que se quedaran enterrados en el olivar, donde no puedan hacer más daño.

Aristeo soltó un bufido de desdén y clavó el cuchillo en la carne con fuerza excesiva.

—La tierra lo devuelve todo, Facundo. Tarde o temprano. Solo hay que saber dónde cavar y tener el valor de mirar lo que sale a la superficie.

Sagrario bajó la vista hacia su plato. El solomillo estaba tierno, pero ella sentía que masticaba ceniza. Los lazos familiares de los Casabermejo le recordaban a los pergaminos más antiguos de su archivo en Madrid: documentos que, a simple vista, parecían sólidos, pero que al tacto se deshacían, revelando que los desgarros habían sido remendados con hilos que apenas sostenían el peso de la historia.

Eran una construcción de apariencias, un palimpsesto donde cada generación había intentado borrar los pecados de la anterior. Al igual que el misterio en Úbeda, la verdad aquí no estaba escrita en el papel, sino en los espacios en blanco entre las palabras.

—¿Y usted, doña Sagrario? —preguntó de pronto Teobaldo, buscando un aliado en medio de aquel pantano emocional—. ¿Cree que el pasado puede realmente dictar el futuro de una explotación tan compleja como esta?

Sagrario dejó el cuchillo con suavidad. Su dedo índice rozó la pequeña verruga cerca de su labio.

—El pasado no dicta el futuro, don Teobaldo, pero sí establece los límites de lo que es posible —respondió ella—. En mi oficio decimos que un texto no se entiende sin su contexto. Un cortijo como este no son solo hectáreas de árboles; es una acumulación de decisiones, deudas y orgullos heridos. A veces, para que algo nuevo crezca, hay que limpiar las raíces podridas, por mucho que duela arrancar la planta que uno mismo ha cultivado.

Un silencio pesado siguió a sus palabras. Adelaida la observó con una mezcla de respeto y una sospecha que rozaba la hostilidad. La matriarca sabía que la archivera no era una simple funcionaria; era alguien que podía ver las grietas bajo la cal de las paredes.

—Nuestras raíces son profundas, señora —dijo Adelaida con una dignidad que ocultaba un temor profundo—. No permitiremos que nadie nos diga qué debemos arrancar. Esta familia sabe cuidar de lo suyo.

La cena continuó entre frases cortas. La noche avanzaba y los grillos habían cesado su canto, dejando paso a un silencio solo interrumpido por el lejano ladrido de un perro, un sonido que subrayaba el aislamiento del Lince Dorado.

Al terminar el postre —unas natillas con canela que nadie disfrutó—, Adelaida se puso en pie. El collar de perlas brilló por última vez antes de que se ajustara el chal.

—Es tarde. Mañana la jornada empieza antes del alba. Alonso, acompaña a doña Sagrario. Yo tengo temas urgentes que tratar con Aristeo sobre la contabilidad.

Alonso se levantó con alivio, aunque el tic de su mano no había desaparecido; sus dedos seguían buscando la herida del índice. Amalia se marchó sin decir palabra, desapareciendo hacia la parte trasera del cortijo con una agilidad felina. Teobaldo se despidió con una inclinación de cabeza y se retiró a su pabellón.

Sagrario caminó junto a Alonso por el patio empedrado. El aire nocturno estaba cargado del olor a tierra seca. Alonso caminaba con la cabeza baja, sus pasos eran pesados, como si cada avance le costara un esfuerzo titánico.

—No haga mucho caso de las escenas de esta noche, doña Sagrario —dijo Alonso en voz baja—. Mi familia está bajo mucha tensión estos días. La recolección siempre saca lo peor de nosotros.

—La tensión solo revela lo que ya estaba allí, escondido, don Alonso —respondió ella con suavidad—. ¿Qué es lo que realmente le angustia? ¿El banco, las deudas de juego de las que hablan en el pueblo, o lo que Aristeo sabe sobre ese dinero que falta en las cuentas?

Alonso se detuvo en seco bajo un arco de cal. Sus ojos marrones mostraron un destello de terror. Sus manos buscaron los bolsillos, ocultando las uñas mordidas.

—No sé de qué me habla. Aristeo es un hombre de confianza. Mi madre lo dice siempre.

—Usted no parece compartir esa confianza —observó Sagrario—. Un hombre que se muerde las uñas hasta la carne no confía en su entorno. Es un hombre que se consume por el miedo a ser descubierto. Lo vi en los ojos de Verdegay antes de que todo saltara por los aires en San Lázaro. La angustia tiene una caligrafía que yo sé leer muy bien.

Alonso abrió la boca para replicar, pero no le salieron las palabras. Se limitó a tragar saliva y a indicar la escalera de piedra.

—Buenas noches, señora. Descanse. Mañana los papeles la esperarán en el archivo. Allí podrá perderse en el pasado, que es mucho más seguro que el presente.

Sagrario subió los escalones con parsimonia, sintiendo la rigidez de sus articulaciones. Al llegar al descansillo, se asomó por una ventana que daba al olivar. La luna, un menguante plateado que parecía una guadaña, bañaba las copas de los árboles, dándoles un aspecto de ejército espectral. En la oscuridad, justo en el límite donde la luz del cortijo se perdía entre los troncos, Sagrario creyó ver un movimiento.

No era el viento; las hojas permanecían inmóviles. Era una sombra, una mancha más oscura que la noche, que se desplazaba con una lentitud deliberada. Se detuvo un instante bajo un olivo centenario y luego se fundió con el tronco rugoso. Sagrario pensó en la nota del

códice que había encontrado en el monasterio, aquella que hablaba de las sombras que caminan cuando los hombres callan.

La archivera sintió una punzada de inquietud. Recordó la frase de Facundo: «Hay mucho que ver, si uno sabe dónde mirar». Y ella siempre miraba hacia las sombras. Sabía que la tragedia del padre Anaximandro había comenzado así, con un movimiento casi imperceptible en la oscuridad. Aquella figura no era un simple jornalero rezagado; había una intención en su quietud, una vigilancia que helaba el aire más que la brisa nocturna.

Entró en su habitación y cerró la puerta, escuchando el clic del metal con una extraña urgencia. Dejó su bolso sobre la cómoda y se quitó los guantes de hilo. Sus ojos grises se reflejaron en el espejo del armario. El misterio de los Casabermejo estaba dejando de ser un pleito de tierras para convertirse en algo mucho más antiguo y peligroso: una deuda de sangre que el olivar, con su paciencia milenaria, se disponía a cobrar. Afuera, el silencio ya no era de paz, sino de espera.

CAPÍTULO 3: EL CAPATAZ SILENCIADO

No fue el sonido de una garganta humana. Fue un estallido seco, una nota discordante que rebotó en los muros de piedra de «El Lince Dorado» y trepó por la escalera de caracol hasta la habitación de Doña Sagrario. La archivera, frente al espejo de su armario de nogal, aseguraba el último alfiler de su moño. El movimiento se detuvo. Sus ojos, de un matiz que recordaba al zinc pulido, se fijaron en el reflejo de la ventana. Aquel estruendo, concluyó, era una fractura en el orden del mundo.

Fuera, el cielo de Jaén empezaba a teñirse de un tono violáceo. Una luz crepuscular se extendía sobre el horizonte, anunciando el fin de la tregua nocturna. No había sido el grito de quien pide auxilio, sino el lamento de quien ha aceptado que el socorro llegará tarde.

Una punzada familiar se le clavó en la rodilla izquierda. La rigidez acumulada por las caminatas entre los olivares le recordó que el cuerpo, tal como los legajos antiguos, padecía con la humedad y el tiempo. Recogió su sombrero de ala ancha y el bolso de piel, comprobando por hábito la presencia de su pañuelo de batista. Por un instante, su mente voló lejos de Andalucía. Aquel silencio súbito tras el estruendo le trajo a la memoria el que envolvía el *scriptorium* de San Lázaro antes del caos del Códice Negro. Allí, como aquí, la calma no era más que una pátina fina sobre siglos de resentimientos ocultos.

Abandonó la estancia con pasos medidos. Cada peldaño de la escalera de piedra parecía vibrar con la urgencia del exterior. Al descender al patio, el aire la recibió con una mezcla de rocío gélido y el aroma punzante de la molienda que el viento traía desde el molino.

En el zaguán se topó con Facundo Nogueira. El mayordomo, cuya pulcritud solía ser su armadura, mantenía las manos entrelazadas a la espalda. Sagrario, no obstante, advirtió una tensión inusual en sus hombros. No era agitación, sino una contención pétrea. Facundo se frotaba las palmas con un ritmo mecánico, como si puliera una superficie invisible.

—Ha sido Purificación, señora —anunció el mayordomo antes de que ella pudiera preguntar—. En el olivar de la linde vieja, bajo el ejemplar de la herencia.

Sagrario asintió. Una inclinación de cabeza que aceptaba la gravedad del hecho sin conceder espacio al pánico.

—¿El señor Carmona?

—El señor Carmona —confirmó Facundo, con voz carente de inflexiones—. Parece que la tierra lo ha reclamado antes de tiempo.

Caminaron hacia el exterior. La grava del sendero crujía bajo sus suelas con un estrépito que turbaba la quietud del alba. A medida que se internaban en el mar de olivos, las siluetas de los jornaleros empezaron a recortarse contra el horizonte de oro viejo. Estaban inmóviles, con las varas apoyadas en los troncos retorcidos, formando un círculo de estatuas de barro que no se atrevían a mirar al centro.

Purificación Gálvez estaba arrodillada sobre la tierra rojiza. Se balanceaba con un ritmo hipnótico, apretando entre sus dedos el rosario de madera que solía llevar bajo la blusa. Sus ojos, negros y habitualmente afilados como cuchillos de desollar, estaban fijos en el bulto que yacía a sus pies.

Aristeo Carmona ya no era el hombre de hombros anchos que el día anterior desafiaba a Sagrario con su arrogancia de dueño de vidas. Ahora era una masa de paño oscuro y carne inerte. El capataz parecía un pellejo arrugado, como si la autoridad que lo inflaba se hubiera evaporado con el último suspiro.

Sagrario se detuvo a tres pasos. Un cadáver, para ella, no era objeto de horror, sino la última página de una sentencia violenta. Al ver la posición del cuerpo, le vino a la memoria el hallazgo del Padre Anaximandro en el monasterio. La muerte, sin importar si vestía hábito o traje de pana, siempre dejaba una gramática similar de abandono.

Se colocó las gafas de media luna y, con una agilidad que obligó a su rodilla a protestar en silencio, se arrodilló sobre una de las lonas de recolección.

—No lo toque, Doña Sagrario —advirtió Purificación con un susurro quebrado—. La tierra ya ha dictado sentencia. Hay cosas que es mejor dejar que el sol se lleve.

—La tierra no dicta sentencias, Purificación; solo guarda los restos de quienes no supieron leer las señales —replicó la archivera con suavidad.

Sagrario observó la disposición del cuerpo. Aristeo yacía de costado, con un brazo extendido. La cicatriz blanquecina sobre su ceja izquierda destacaba con una palidez de tiza contra el bronce de su piel. Pero no fue su rostro lo que retuvo su atención.

En el cuello del capataz, justo debajo de la línea de la mandíbula, había una marca. No era el desgarro de un cuchillo ni el hematoma de un golpe de vara. Era una impronta circular, pequeña, de unos dos centímetros de diámetro, con los bordes de un violeta encendido y el centro extrañamente hundido. Una marca que no pertenecía a la panoplia de herramientas del olivar. Aquella huella técnica, casi quirúrgica, le recordó las advertencias de la Madre Eulalia sobre

cómo la maldad a veces utiliza instrumentos de precisión para no dejar rastro de su paso.

Sagrario desvió la vista hacia el suelo. El polvo, humedecido por el rocío, conservaba huellas que el sol naciente aún no había borrado. Notó un surco diminuto, un trazo rectilíneo y fino que nacía cerca de la mano de Aristeo y se perdía bajo las raíces del olivo centenario. Era apenas una muesca, una herida en el barro.

—¿Quién ha estado aquí desde que lo encontró? —preguntó Sagrario, incorporándose con cuidado.

—Nadie —dijo Purificación, secándose una gota de sudor frío—. Venía a preparar la tanda del alba. Estaba así. Frío como el hierro de un arado olvidado.

En ese momento, el rugido de un motor desgarró la calma. Un vehículo de la Guardia Civil avanzaba por el camino de servicio, levantando una nube de polvo ocre. Se detuvo con un frenazo seco.

Del vehículo descendió el cabo Norberto Alcaraz. Su uniforme estaba impecable, pero en su frente aún persistía una mancha de hollín casi invisible, vestigio de sus recientes tribulaciones. Norberto consultó su reloj de pulsera, un gesto mecánico que delataba su impaciencia por volver a una jurisdicción donde el asfalto sustituyera a la tierra rojiza.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Alcaraz, aproximándose con zancadas forzadas. Al ver a la archivera, frunció el ceño—. ¿Doña Sagrario? ¿No me diga que ha venido usted a supervisar la molienda a estas horas?

—He venido a observar cómo se firma el final de una era, cabo — respondió ella con una calma que irritó al oficial—. El señor Carmona ha fallecido.

Alcaraz se acercó al cuerpo, apartando a Purificación con un gesto displicente. Se inclinó sobre Aristeo con la desgana burocrática de quien ya estaba redactando mentalmente un informe de rutina.

—Un síncope, probablemente —dictaminó tras una inspección superficial—. El esfuerzo, la tensión de la cosecha... En estos cortijos, los hombres se olvidan de que el corazón no es de piedra.

—¿Un síncope que deja marcas circulares en la garganta y surcos rectilíneos en el polvo, cabo? —intervino Sagrario, señalando los detalles con el índice.

Norberto se ajustó las gafas, mirando la marca violácea con desdén.

—Cosas del campo, señora. Una rama contra la que golpeó al caer, una piedra... No intente ver misterios donde solo hay una desgracia biológica. Aquí la vida es más sencilla que en sus legajos de Madrid. Los hombres mueren porque les toca.

Sagrario no replicó. Sabía que la prepotencia de quien se siente superior a su entorno era un documento difícil de enmendar. Recordó a Verdegay y su soberbia en el monasterio; los hombres con poder suelen ignorar los pequeños detalles hasta que estos terminan por devorarlos. Se limitó a observar cómo Alcaraz empezaba a interrogar a Purificación con preguntas técnicas, más preocupado por la hora exacta que por la posición antinatural de las manos de la víctima.

—La recolección se detiene de inmediato —anunció el cabo en voz alta—. Nadie sale del cortijo «El Lince Dorado». Quedan todos bajo control policial.

Un murmullo de descontento recorrió las filas de trabajadores. Detener la cosecha era una sentencia económica. En «El Lince Dorado», el tiempo no se medía en horas, sino en fanegas; el cabo Alcaraz acababa de congelar el reloj.

Desde el sendero que conectaba con el edificio principal, apareció una nueva comitiva. Adelaida Casabermejo avanzaba con paso firme, apoyada en el brazo de su hijo Alonso. La matriarca vestía de negro riguroso, con su collar de perlas destacando como gotas de leche sobre la tela oscura. Su rostro era una máscara de mármol, pero sus ojos azules escrutaban la escena con la precisión de un halcón.

Alonso, en cambio, parecía desmoronarse. Su postura se encorvaba bajo el peso de la mañana. Sus manos no dejaban de agitarse, y Sagrario notó que se mordía las uñas con tal saña que un rastro de sangre asomaba por una de sus cutículas. Aquella fragilidad le recordó a la de Isidoro en Úbeda; hombres atrapados en redes de deudas y falsedades que no sabían cómo romper.

—¿Qué es este desorden, cabo? —preguntó Adelaida, con voz de látigo—. ¿Por qué están paradas las cuadrillas?

—El capataz ha muerto, Doña Adelaida —respondió Alcaraz, suavizando su tono ante la dueña de la finca—. Debemos asegurar el perímetro.

Adelaida miró el cuerpo de Aristeo. No hubo lágrimas. Solo una inspección fría, casi comercial.

—Es una pérdida inoportuna. Aristeo era una pieza clave en el engranaje de esta casa. —Hizo una pausa y su mirada se encontró con la de Sagrario—. Pero el aceite no espera a que los muertos descansen.

—La justicia sí espera, madre —murmuró Alonso con voz quebradiza —. Si hay una investigación oficial... si el banco sospecha que la gestión está en riesgo...

—¡Calla, Alonso! —le interrumpió Adelaida, apretándole el antebrazo —. No es momento para tus debilidades ni para tus miedos de jugador.

Facundo Nogueira se acercó a la matriarca con su habitual discreción.

—Señora, he dado orden de que los hombres regresen al patio. Están nerviosos. El rumor de la muerte corre más rápido que el viento entre los olivos.

—Dales de comer, Facundo. Y que nadie hable con extraños ni con la prensa —ordenó Adelaida—. Alonso, acompaña al cabo al despacho.

Tenemos que revisar los contratos de Aristeo.

Sagrario, aplicando su habitual paleografía conductual a la escena, detectó en la rigidez de Adelaida un pánico controlado, la urgencia de enterrar no solo al hombre, sino la influencia que ejercía sobre sus finanzas. En el temblor de Alonso percibió algo que no era dolor: un alivio mal disimulado. Aristeo era quien conocía el destino de cada peseta que se esfumaba en las timbas. Su desaparición era una tregua inesperada.

—Doña Sagrario —dijo Norberto Alcaraz, acercándose a ella mientras los Casabermejo se alejaban—, le ruego que regrese a sus aposentos. Este es un asunto de la Benemérita. No necesito que sus teorías interfieran.

—La investigación real, cabo, es que un hombre que ayer gobernaba estas tierras hoy es solo una mancha inerte sobre el polvo —respondió ella—. Y esas transiciones nunca son accidentales cuando hay tantos secretos bajo las raíces de estos olivos. Me recuerda a lo que sucedió en San Lázaro; allí también creyeron que el silencio de los muertos bastaría para cerrar el caso.

Alcaraz hizo un gesto de desprecio.

—Vuelva a sus papeles, señora. Deje que los profesionales nos encarguemos de esto. Jaén no es un archivo.

Sagrario caminó de regreso hacia el cortijo. El sol ya castigaba sus hombros y el aire se volvía denso, cargado con el aroma dulce de la aceituna madura que empezaba a calentarse.

Al llegar al patio central, el silencio era absoluto. Los jornaleros estaban sentados en los bancos de piedra, con la mirada perdida en el empedrado. Purificación Gálvez se había refugiado en un rincón de sombra, frotando su rosario con tal intensidad que la madera parecía haber cobrado un brillo antinatural.

Sagrario no subió a su habitación. Se dirigió a la biblioteca, el espacio que Adelaida le había asignado. Necesitaba un entorno

donde la razón tuviera el mando. Se sentó frente a la mesa de nogal, donde los legajos de los Casabermejo aguardaban su clasificación. La disposición de aquellos papeles, algunos amarillentos y otros sospechosamente recientes, le recordó a las manipulaciones que Montalvo había intentado en el pasado. Abrió su cuaderno de notas y escribió un nombre con caligrafía firme: *Aristeo Carmona*.

Para ella, aquel asesinato era la firma final de un proceso que llevaba décadas gestándose. Alguien había decidido poner el sello definitivo a la vida de Aristeo para que el resto del relato familiar pudiera seguir oculto. Recordó la marca en el cuello. Aquel círculo perfecto. ¿Qué objeto podía dejar una huella tan sutil?

—¿Buscando la verdad entre el polvo de los siglos, Doña Sagrario?

La voz de Teobaldo Cifuentes la hizo levantar la vista. El agrónomo estaba en el umbral, con su bolígrafo técnico en el bolsillo. Su rostro estaba pálido y sus gafas reflejaban la luz de la mañana.

—Los papeles no mienten, don Teobaldo. Solo esperan a ser interpretados —respondió ella—. ¿Qué opina la ciencia de esta interrupción en la jerarquía del cortijo?

Teobaldo entró y se sentó frente a ella. Sus dedos tamborilearon sobre la madera de la mesa.

—Es una variable que desestabiliza todo el sistema —dijo, ajustándose las gafas—. Aristeo era un obstáculo para mis innovaciones. Pero su muerte... deja un vacío que la estructura de esta familia no sabe gestionar. Sin él, «El Lince Dorado» es un barco sin timón.

—O un espacio que otros están ansiosos por reclamar —matizó Sagrario, observando la reacción del agrónomo.

—Desde un punto de vista objetivo —continuó Teobaldo—, la producción caerá. Adelaida no entiende de la química del suelo y Alonso... Alonso es un error de cálculo constante.

Sagrario observó que Teobaldo no mencionaba la pérdida del hombre. Para él, Aristeo era una cifra negativa que había sido eliminada de la ecuación. Pero en su mirada había un brillo de agobio.

—¿Reconoce usted esto? —preguntó Sagrario, dibujando en su cuaderno un círculo preciso.

Teobaldo se asomó al dibujo con una curiosidad que se transformó rápidamente en rigidez.

—Un círculo. ¿A qué viene esa figura ahora?

—A la marca que el señor Carmona tenía en la garganta. Una impronta perfecta. Como si la vida se le hubiera escapado a través de un sello.

El agrónomo guardó silencio. Sus dedos se detuvieron en seco.

—No soy forense, señora. Pero en una explotación como esta hay herramientas que pueden dejar marcas extrañas. Maquinaria de precisión, medidores de presión... instrumentos de laboratorio.

—¿Instrumentos de laboratorio en mitad de un olivar al amanecer, don Teobaldo? Parece un escenario poco probable para un accidente.

Teobaldo se levantó bruscamente.

—Tengo análisis pendientes. El cabo Alcaraz nos ha prohibido salir, pero el trabajo debe continuar. Con su permiso.

Sagrario lo vio alejarse. La reacción del agrónomo fue una confesión de incomodidad. Su soberbia técnica se había tambaleado ante la mención de la marca circular.

La archivera se quedó sola en la penumbra de la biblioteca. El calor empezaba a filtrarse por los gruesos muros, volviendo el aire pesado. Se asomó a la ventana y vio a Norberto Alcaraz gesticulando junto a su coche. El cabo miraba constantemente hacia el cortijo,

como si esperara que las piedras de cal le dieran la respuesta que su protocolo no contemplaba.

Sagrario apretó los labios con determinación. Sabía que Alcaraz la subestimaba, que la familia la consideraba poco más que un mueble antiguo, y que el asesino se sentía a salvo. Pero ella poseía la paciencia del archivero. Un surco en la tierra rojiza, una marca violácea en la piel, una mirada de alivio en un hijo acorralado por las deudas... eran los trazos de una escritura que ella ya había empezado a descifrar.

Recordó una frase que el Padre Anaximandro solía repetir: «El pecado siempre deja una sombra, incluso en la luz más brillante». Aquí, entre los olivos, la sombra de Aristeo Carmona empezaba a alargarse, señalando a quienes creían haberlo silenciado para siempre. Sagrario volvió a su cuaderno, repasando mentalmente la genealogía de la finca. En algún lugar de esos legajos, entre las lindes de la Haza de las Ánimas y las cuentas de la almazara, residía el motivo que había convertido a un hombre poderoso en un bulto inerte bajo el sol de Jaén.

CAPÍTULO 4: LOS HILOS DE LA SOSPECHA

El salón principal del cortijo «El Lince Dorado», otrora bastión de distinción señorial, se había transformado en un gélido tribunal. Las pesadas cortinas de terciopelo granate, acostumbradas a tamizar la luz del mediodía con sombría elegancia, permanecían descorridas. Un sol implacable desnudaba las grietas del yeso y el polvo acumulado sobre los marcos de los óleos familiares. En el centro de la estancia, la gran mesa de nogal español, donde generaciones de Casabermejo habían estampado su rúbrica en dotes y herencias, servía de improvisado escritorio al cabo Norberto Alcaraz.

Doña Sagrario se situó en una esquina, junto a un alto reloj de pie cuya péndola marcaba un compás metálico y cansino. Con las manos cruzadas sobre su bolso de piel y la espalda recta, adoptaba esa postura de observadora invisible, una técnica que había perfeccionado durante décadas entre los estantes de los archivos más recónditos de España. La espera del primer interrogado le permitió a su mente divagar un instante, llevándola a los legajos que había dejado pendientes en San Lázaro.

Aquella atmósfera de secreto familiar y verdades sepultadas le recordaba, con una melancolía que era casi un ejercicio intelectual, la intrincada madeja que había empezado a desenredar allí con el

malogrado padre Anaximandro. Al igual que en el monasterio, el aire allí estaba cargado de omisiones que pesaban más que las palabras.

Desde su rincón, Sagrario estudiaba el rostro de Alcaraz. El joven guardia civil, de barbilla recién afeitada y ojos claros, parecía más absorto en rellenar correctamente los campos de su cuaderno de notas que en la densa atmósfera del salón. Carecía de la flema del inspector Roca, aquel hombre que en el caso del Códice Negro había aprendido a valorar el silencio de Sagrario como una herramienta de precisión. Alcaraz, en cambio, veía en la archivera una curiosidad local, casi un estorbo amable, ignorando que ella ya analizaba la caligrafía de los gestos que estaban a punto de desplegarse.

—Siéntese, doña Adelaida, por favor —indicó Alcaraz con una cortesía mecánica, señalando la silla frente a él.

La matriarca de los Casabermejo avanzó con una rigidez que no era fruto de la edad, sino de una voluntad de hierro. Su moño blanco, perfectamente pulcro, parecía una extensión de la cal de los muros exteriores. Se sentó sin que la espalda le tocara el respaldo, con las manos enguantadas reposando sobre el regazo. El collar de perlas de su cuello no se movía lo más mínimo; la respiración misma era un ejercicio de control absoluto que a Sagrario le recordó la disciplina casi marcial de la madre Eulalia frente a la corrupción que asoló su congregación. Adelaida, al igual que la abadesa, entendía que el orden es la primera línea de defensa contra el caos.

—Entiendo que esto es un trámite necesario, cabo —comenzó Adelaida, con la voz afilada como una hoja de acero frío—. Aunque preferiría que la autoridad fuera más… diligente. Tener a mi familia y mis empleados bajo sospecha por la desgracia de un hombre de confianza es un despropósito. No favorece, en absoluto, el buen nombre de esta casa.

—El protocolo es igual para todos, señora —replicó Alcaraz, ajustándose el cinturón—. Dígame, ¿dónde se encontraba usted entre las cinco y las siete de esta mañana?

Adelaida no parpadeó. Sus ojos azules, pequeños y gélidos, se clavaron en el guardia civil.

—A esa hora, como todas las mañanas desde hace cuarenta años, me encontraba en mi despacho personal. Me levanto antes que el sol para revisar los libros de cuentas y las previsiones de la cosecha. Nadie en este cortijo ignora mi rutina. Aristeo solía pasar a las seis para darme el parte de la noche, pero hoy no apareció. Supuse que los problemas con el molino lo habrían retenido.

Sagrario observó un detalle que Alcaraz ignoró: aunque los guantes cubrían sus manos, una fina capa de polvo se adhería a la piel expuesta de su muñeca, un detalle menor que chocaba con la inmaculada pulcritud que Adelaida siempre exhibía tras sus mañanas en el despacho. La mano derecha de la matriarca acariciaba con una insistencia casi imperceptible el anillo de sello familiar en el dedo anular. No era un gesto de nerviosismo, sino de reafirmación.

Para Adelaida, la coartada no era una explicación; era un decreto. Sin embargo, en el método de la archivera, aquella insistencia en la «rutina» era como un parche sobre un documento a punto de rasgarse. Le recordaba a las declaraciones de Isidoro, aquel hombre atrapado en pleitos de tierras que, bajo una apariencia de normalidad, ocultaba una profunda desesperación.

—¿Nadie puede confirmar su presencia allí? —insistió el cabo.

—Mi hijo Alonso pasó por el pasillo hacia la cocina sobre las seis y media. Puede preguntarle si mi puerta estaba abierta y había luz dentro. No necesito testigos para mi propia vida, cabo.

Sagrario anotó mentalmente la mención a Alonso. La matriarca tejía una red de coartadas mutuas, una técnica clásica de las familias que consideraban el honor un bien que defendían con un silencio compartido.

—Puede retirarse, por ahora —concluyó Alcaraz, garabateando en su libreta con una caligrafía que delataba su prisa por terminar—. Que pase don Alonso.

Alonso Casabermejo entró en el salón como si caminara hacia el patíbulo. Su figura, alta y habitualmente desgarbada, se veía hoy más encorvada, como si el techo del salón hubiera bajado unos centímetros sobre su cabeza. Al sentarse, la luz de la ventana reveló el estado desastroso de sus manos. Las uñas estaban mordidas hasta la carne viva, y una costra de sangre reciente oscurecía la cutícula del pulgar izquierdo.

Sagrario lo reconoció de inmediato: la «paleografía del miedo». Cada herida en sus dedos era un signo de puntuación en un relato mudo de ansiedad que el hombre intentaba ocultar tras una máscara de hidalguía heredada.

—¿Problemas financieros, don Alonso? —preguntó Alcaraz sin preámbulos, levantando la vista del papel.

Alonso dio un respingo; sus ojos marrones buscaron un punto de fuga en la pared.

—¿Financieros? Por supuesto que no. Los Casabermejo somos los mayores productores de la comarca. Como diría Cervantes, las cosas del campo tienen su ritmo, y a veces este ritmo exige sacrificios, pero de ahí a hablar de problemas... es una exageración urbana, cabo.

Sagrario se movió un centímetro. La mención al Quijote era una muletilla habitual en Alonso, una forma de rellenar los vacíos de su propia inseguridad con la autoridad de los clásicos. Le recordó vagamente a Montalvo, aquel hombre que, a pesar de sus crímenes en el monasterio, siempre buscaba refugio en una pátina de cultura para justificar su ambición desmedida.

—La archivera nos sugirió que usted mostraba una preocupación inusual ayer —continuó el cabo, señalando discretamente hacia el rincón de Sagrario.

Alonso giró la cabeza con brusquedad. Sus ojos se encontraron con los grises de Sagrario. Hubo un destello de reproche, casi de súplica.

La archivera sostuvo la mirada con una serenidad que parecía desarmar al hombre.

—Doña Sagrario es una mujer de libros, cabo. Confunde la fatiga de un empresario con la angustia de un quebrado. Anoche estuve durmiendo profundamente hasta que los gritos de Purificación me despertaron. No tengo deudas, ni tenía motivo alguno para desearle mal a Aristeo. Él era… —Alonso tragó saliva; sus dedos empezaron a tamborilear contra la rodilla—…el motor de esta finca. Sin él, estoy perdido.

«No es dolor lo que oigo —pensó Sagrario—, sino el alivio del esclavo que ha visto morir a su capataz. Un alivio mezclado, eso sí, con el temor de que el testamento del amo sea aún más cruel.»

Alonso sacó una petaca del bolsillo, pero al ver la mirada desaprobatoria de Alcaraz, la volvió a guardar con un movimiento torpe. Sus manos temblaban de forma evidente. La negación de sus problemas económicos era tan firme como un muro de barro ante una tormenta; Sagrario sabía que solo era cuestión de tiempo que el primer surco de agua lo hiciera colapsar. La conducta de Alonso era un calco de la de aquellos sospechosos en el caso del tintero robado: la negación absoluta como única balsa de salvamento.

—Dígame, don Alonso —intervino Sagrario con una voz suave, casi ambiental—, ¿a qué hora dice que vio la luz encendida en el despacho de su madre?

El hombre parpadeó, desconcertado por la intervención.

—¿La luz? Ah, sí. Sobre las seis y media. Fui a la cocina por un vaso de agua… las uñas me dolían y no podía dormir. Vi el resplandor bajo la puerta de madre. Siempre está allí. Como una estatua.

Alcaraz hizo una mueca de impaciencia y despidió a Alonso con un gesto de la mano. El cabo consultó su reloj y pidió que entrara Purificación Gálvez.

La jornalera entró con el paso firme de quien ha caminado mil leguas sobre terrones secos. No buscó la comodidad de la silla; se quedó de pie, con los hombros anchos y las manos grandes, nudosas, entrelazadas frente al vientre. El rosario de madera que llevaba siempre consigo asomaba entre los dedos, las cuentas oscuras pulidas por el uso constante. Sus ojos, negros y vivaces como aceitunas de mesa, no mostraban el temor reverencial que Alcaraz esperaba.

—Dígame, Purificación —empezó el cabo con un tono que pretendía ser autoritario, pero resultaba condescendiente—, usted fue la primera en encontrar el cuerpo. ¿Qué hacía en el cenador a esa hora?

—Lo que hago siempre, señor cabo —respondió ella, y su voz tenía la cadencia de la tierra removida—. Ir hacia el tajo antes de que el sol queme la sangre. Pasé por el cenador porque era el camino más corto hacia el olivar de la herencia.

—Parece que no le afecta mucho la muerte del capataz —observó Alcaraz, anotando algo con saña.

Purificación guardó un silencio denso. El sonido del reloj de pie pareció amplificarse en el salón. Sagrario reconoció en aquel silencio la misma dignidad que poseía Casilda, la mujer que custodiaba los secretos de Eutimio. Ambas sabían que hay verdades que no se entregan a cualquiera, y menos a hombres con uniforme y prisa.

—La tierra no olvida, señor —dijo finalmente, mirando directamente a los ojos del cabo—. Aristeo Carmona era un hombre que sembraba vientos. A mí no me pida que llore por quien solo dejó espinas en mi familia. El que a hierro mata, a hierro muere, o eso dicen los antiguos.

Alcaraz frunció el ceño, detectando la hostilidad, pero sin saber cómo encajarla en su esquema burocrático.

—¿Está usted confesando un móvil, mujer?

—Estoy confesando una verdad que todos en este cortijo saben, pero nadie se atreve a decir —replicó Purificación con una calma que erizó el vello de la nuca de Sagrario—. No me entristece su muerte. Pero yo no puse mis manos en su cuello. Mis manos son para recoger el fruto, no para segar vidas. La marca que tiene ese hombre… eso no es cosa de manos cristianas.

—Deje las supersticiones para el cura —cortó Alcaraz—. ¿Vio a alguien más cerca del cenador?

—Solo sombras. El campo al alba está lleno de cosas que no tienen nombre.

Sagrario observó el microgesto de Purificación: al mencionar las «sombras», los dedos apretaron con tal fuerza el rosario que los nudillos se volvieron blancos. No era miedo a la autoridad, era una convicción profunda, una sabiduría rural que Alcaraz descartaba como ignorancia. Para la archivera, aquel desdén por la muerte de Aristeo era la coartada más honesta y, por tanto, la más peligrosa. Recordó por un momento el miedo de Tarsicio en San Lázaro; él también hablaba de sombras cuando la verdad era demasiado pesada para su lengua.

Tras despedir a la jornalera, el siguiente en entrar fue Facundo Nogueira. El mayordomo parecía haber nacido con el uniforme puesto. Su presencia era sólida, imperturbable; las manos inmaculadas se frotaban suavemente las palmas, un tic que Sagrario ya había identificado como el gesto de quien limpia un rastro invisible. Su frialdad técnica le recordó a Verdegay, aquel administrador que ocultaba bajo una capa de eficiencia las piezas vendidas del patrimonio del monasterio. Facundo, al igual que Verdegay, era un guardián que conocía el precio de cada objeto y de cada silencio.

—Don Facundo —dijo Alcaraz, relajando un poco la postura; el mayordomo le inspiraba una confianza profesional que los demás le negaban—, usted conoce los movimientos de esta casa mejor que nadie. Necesito su declaración sobre la noche pasada.

—Por supuesto, cabo. —Facundo habló con una precisión quirúrgica —. Mi turno de vigilancia terminó a las once de la noche. Tras asegurar la cancela principal y verificar que las luces de la planta baja estaban apagadas, me retiré a mis aposentos en el ala de servicio. A las dos de la mañana, realicé una patrulla de rutina por el patio central y las cocinas. Todo estaba en orden. A las cinco y cuarto, me levanté para preparar el café de doña Adelaida. No escuché ningún ruido inusual, ni vi a nadie fuera de su lugar habitual.

Sagrario, desde su rincón, sintió una nota discordante. La coartada era demasiado perfecta. Las horas encajaban con una exactitud que solo se encuentra en los informes policiales o en los testimonios ensayados. Le recordaba a las declaraciones falsas que el inspector Roca solía detectar en los interrogatorios más complejos; cuando un hombre recuerda los minutos exactos de una noche común, es porque ha pasado las horas previas memorizándolos.

—¿Dice que a las dos de la mañana patrulló el patio? —preguntó Sagrario, rompiendo el silencio—. ¿Notó algún olor inusual cerca de la bodega?

Facundo giró levemente la cabeza; sus ojos pardos y escudriñadores se fijaron en la archivera. Hubo una milésima de segundo en la que su máscara de eficiencia vaciló.

—Solo el olor a humedad y aceite que es propio de este tiempo, doña Sagrario. Nada más.

—Es curioso —continuó ella, acercándose un par de pasos hacia la luz—. Aristeo solía fumar esos cigarros de hoja tan fuertes a esas horas. Si él estaba en el cenador o cerca, el humo debería haber sido perceptible en el aire estancado del patio.

—Quizás el viento del norte se llevó el aroma antes de que yo pasara —respondió Facundo, recuperando su tono inescrutable—. Las corrientes de aire en El Lince Dorado son caprichosas.

Sagrario asintió, volviendo a su rincón. La «coartada perfecta» de Facundo empezaba a oler a tinta fresca sobre un documento viejo. El mayordomo no narraba una noche; construía un baluarte defensivo, similar al que Isidoro y Montalvo intentaron levantar antes de que las pruebas materiales los sepultaran.

El interrogatorio de Teobaldo Cifuentes fue el más breve y el más técnico. El agrónomo entró con su cuaderno de notas bajo el brazo y el bolígrafo técnico asomando en el bolsillo de la camisa perfectamente planchada. Sus gafas de montura fina brillaban bajo la luz del salón, y no dejó de ajustárselas con su tic nervioso habitual.

—Estaba en el molino, cabo —declaró Teobaldo con una arrogancia racional—. Los niveles de acidez de la partida de ayer eran preocupantes y decidí realizar unos análisis de contraste durante la madrugada. Aristeo era un obstáculo para mis métodos científicos; su obsesión por lo tradicional era una variable negativa que yo debía compensar con horas de laboratorio.

—¿Nadie puede confirmar que estuvo allí toda la noche? —preguntó Alcaraz, algo abrumado por el lenguaje técnico.

—Las máquinas, cabo. Los registros del medidor de presión de los depósitos tienen una marca temporal. El sistema registra cada apertura de válvula. Pueden comprobar que hubo actividad en el molino desde las tres hasta las seis de la mañana. No hay emociones en mis datos, solo hechos cuantificables.

Teobaldo se levantó antes de que Alcaraz le diera permiso, como si su tiempo fuera demasiado valioso para malgastarlo en suposiciones humanas. Sagrario notó que, a pesar de su seguridad, el agrónomo evitaba mirar hacia el boceto del círculo que ella había dibujado antes. Su coartada técnica era sólida, pero su cuerpo emitía una señal de rechazo absoluto hacia cualquier mención de la marca en el cuello del difunto.

Aquella fe ciega en la tecnología le recordaba la obstinación de algunos clérigos modernos por ignorar la sabiduría de los viejos manuscritos en favor de métodos que carecían de alma.

Finalmente, Amalia Casabermejo fue llamada al salón. La hija menor de la familia entró con un aire de hostilidad defensiva que contrastaba con la sumisión de su hermano o la frialdad de su madre. Su cabello pelirrojo cobrizo caía en ondas descuidadas sobre los hombros, y sus grandes ojos color miel miraban al cabo con un desafío apenas contenido.

—No sé qué esperan que les diga —dijo Amalia, sentándose con un movimiento brusco que hizo que la silla chirriara—. Yo no tengo nada que ver con los negocios de esta casa, ni con los manejos de ese hombre.

—Solo necesitamos saber dónde estaba usted, señorita Amalia —dijo Alcaraz con una paciencia forzada.

—En mi habitación. Pintando. Me quedé hasta tarde intentando captar la luz de la luna sobre los olivos, pero no me convencía el resultado. Me dormí sobre las cuatro de la mañana. No escuché nada, no vi nada y, francamente, no me importa nada que tenga que ver con el capataz. Ese hombre era un peso sobre todos nosotros.

Sagrario se acercó lentamente hacia Amalia. La joven artista mantenía los brazos cruzados, pero la archivera se fijó en el dobladillo de su vestido de lino claro. Allí, cerca del borde inferior, había un manchón pequeño, circular, de una pintura de color ocre oscuro. Era un color que no correspondía a la luz de la luna, sino al tono exacto de la tierra removida del olivar de la herencia. Aquel rastro material le trajo a la memoria la nota fresca encontrada en el Códice Negro; un pequeño detalle físico que desmentía una narrativa entera de inocencia.

—Un color interesante, Amalia —murmuró Sagrario, señalando con la punta de su zapato hacia la mancha—. Parece pintura fresca.

Amalia bajó la vista hacia el vestido y, por primera vez, una sombra de pánico cruzó su rostro. Se apresuró a tapar la mancha con la mano, pero el gesto solo sirvió para confirmar la sospecha de la archivera.

—Es… es solo un resto del lienzo —tartamudeó la joven—. Ya le he dicho que estuve pintando toda la noche.

Norberto Alcaraz se inclinó hacia delante, anotando la observación en su cuaderno con un interés renovado. Sagrario retrocedió de nuevo hacia la penumbra del reloj. El desfile de sospechosos había terminado por la mañana, dejando tras de sí un rastro de palabras huecas y silencios cargados.

Sagrario permaneció en el salón mientras Alcaraz revisaba sus notas con el ceño fruncido. La archivera pensó en la caligrafía de los gestos que acababa de presenciar: la mano de Adelaida en su anillo, las uñas sangrantes de Alonso, la sinceridad brutal de Purificación, la pulcritud artificial de Facundo, la soberbia técnica de Teobaldo y la mancha delatadora en el vestido de Amalia. Cada uno de ellos, a su manera, libraba una batalla interna por preservar su propio fragmento de verdad, muy parecido a como Gala de Haro protegía su lealtad hacia Iago o como Alba Valois ocultaba aquel objeto en su chaqueta.

La verdad no estaba en lo que habían dicho, sino en lo que habían intentado omitir. Cada coartada era un hilo de una trama mayor, un palimpsesto donde el asesino había intentado reescribir la realidad sobre el papel viejo de los rencores familiares. Pero como buena archivera, Sagrario sabía que la tinta fresca siempre tiene un brillo diferente, y que bajo el sol implacable de Jaén, hasta la sombra más alargada termina por revelar su origen.

—Cabo Alcaraz —dijo Sagrario, su voz rompiendo la pesadez del salón—, ¿ha notado usted que nadie, absolutamente nadie, ha preguntado cómo murió exactamente Aristeo?

Alcaraz levantó la vista del cuaderno, parpadeando como si acabara de despertar de un sueño burocrático. Recordó por un momento la perspicacia de Sagrario en sus cartas desde San Lázaro, aquellas donde mencionaba que el asesinato del padre Anaximandro no era solo un acto de violencia, sino un acto de diseño.

—Es cierto. Todos parecen… demasiado ocupados explicando por qué no estaban allí.

—Exacto. —Sagrario rozó la verruga de su labio—. En esta casa, el miedo a ser descubierto es mucho mayor que la curiosidad por la tragedia. Y eso, joven, es la firma más clara de que el asesino no solo sigue en el cortijo, sino que está escuchando cómo sus propias mentiras empiezan a agrietarse. La curiosidad es el primer rasgo de la inocencia, y hoy aquí, la curiosidad ha brillado por su ausencia.

La pregunta quedó suspendida en el aire del salón, tan densa como el olor a aceite que empezaba a subir desde las bodegas: ¿quién de ellos poseía la habilidad necesaria para tejer una red de engaños tan compleja, y quién de ellos se vería obligado a cometer el siguiente error para evitar que el círculo de la sospecha se cerrara definitivamente sobre su cuello? Sagrario recordó la inconsistencia en el colofón del Códice; un error minúsculo que había derribado todo un imperio de mentiras. Aquí, el error ya había sido cometido, solo faltaba que la luz adecuada lo hiciera visible.

CAPÍTULO 5: ECOS DE UNA ANTIGUA AFRENTA

El aire en la vaguada, pesado y quieto, traía un aroma que doña Sagrario identificó antes de que sus pupilas se habituaran a la oscuridad del descenso: tierra recién removida y el humo acre de ramón de olivo quemado. No era solo un cambio de paisaje desde la loma donde «El Lince Dorado» se alzaba, blanco de cal y soberbio; era un sumergirse en los estratos más profundos de la realidad del cortijo, allí donde el prestigio de los Casabermejo no pasaba de ser un mero eco.

Sagrario avanzaba con cautela, midiendo cada paso. Un dolor sordo y rítmico en la rodilla izquierda le recordaba, con cada irregularidad del sendero, su propia fragilidad. Aquella molestia era ya una vieja compañera, una apostilla constante en el libro de su cuerpo que, como los legajos que un día custodiara en los archivos, evidenciaba el desgaste de las décadas y la humedad del tiempo. La memoria de aquella punzada se imprimía en ella, como los hechos esenciales quedan grabados en la piel de un papiro.

La atmósfera pesada de la cabaña le arrastró, sin quererlo, a una vivencia profesional. Le evocó la densidad viciada de los archivos de San Lázaro, donde el silencio del padre Anaximandro parecía adquirir una masa física, más pesada que los muros de la abadía. Allí, entre pergaminos deshilachados y sombras que prometían secretos, Sagrario había aprendido una lección esencial: las verdades más

celadas no se ocultan bajo pesados cerrojos, sino que se adormecen en los pliegues de lo cotidiano, camufladas por la costumbre, a la espera de un paleógrafo con la paciencia de un artesano para desvelarlas.

A sus espaldas, el caserío principal resplandecía bajo el sol de la tarde, una joya de arquitectura andaluza que vigilaba sus dominios. Delante, en cambio, las construcciones de piedra basta y techos de teja árabe se apiñaban contra la ladera como buscando abrigo del viento y de la mirada de los amos. La archivera se detuvo un instante, no tanto para aliviar sus articulaciones como para observar la cabaña de Purificación Gálvez.

No parecía una morada provisional; las piedras de sus muros estaban encajadas con una precisión que hablaba de una permanencia tenaz, casi un desafío mineral a la transitoriedad de los jornaleros. Esa arquitectura era la caligrafía de la supervivencia, escrita con el alfabeto de la necesidad.

Sus ojos, acostumbrados a la observación microscópica, se posaron en el alféizar de la única ventana: dos macetas de barro cocido contenían geranios que, lejos de languidecer, parecían luchar por cada brizna de luz con una ferocidad vegetal. Sagrario se alisó el puño de su chaqueta. Aquel lugar, despojado de la opulencia de los Casabermejo, poseía una dignidad austera que le resultaba mucho más elocuente que los salones del cortijo.

—Pase, doña Sagrario. La puerta no tiene más llave que el hambre —la voz de Purificación llegó desde el interior, áspera como el crujido de una raíz que se quiebra bajo la azada.

Sagrario empujó la madera grisácea, que cedió sin rechistar. El interior estaba sumido en una oscuridad apenas rota por el resplandor de un fogón bajo, que proyectaba sombras alargadas sobre las paredes de piedra desnuda. Purificación, sentada en un taburete de anea, removía una olla de hierro con una cuchara de madera de olivo. El vapor le humedecía el rostro, haciendo que su

trenza negra, prieta y pulcra, brillara con una textura casi metálica bajo la luz del fuego.

—No quería interrumpir su descanso, Purificación —dijo Sagrario, deteniéndose en el umbral. Evitó invadir el espacio con la brusquedad de quien se siente investido de una autoridad ajena, manteniendo la distancia que se le debe a un soberano en su propio castillo de sombra.

—Aquí el descanso es patrimonio de los muertos, y a Aristeo ya le han dado el suyo —respondió la mujer sin levantar la vista de la olla —. Siéntese si gusta. No hay sillas de terciopelo aquí abajo, pero el asiento es firme y no engaña a la espalda.

Sagrario aceptó un segundo taburete, acomodándose con un leve suspiro de alivio al relajar la tensión de su rodilla. Sus ojos, adiestrados en la observación de los detalles periféricos, se posaron en un rosario de madera colgado de un clavo junto a la chimenea; las cuentas estaban pulidas, casi transparentes por el roce constante de unos dedos que buscaban consuelo o justicia. Aquel objeto le recordó, con una nitidez que le erizó la nuca, no tanto el Códice Negro de su pasado monacal, sino la esencia de la fe cuando se enfrenta a la corrupción.

Mientras el Códice era el receptáculo de ambiciones de alto rango y traiciones teológicas, este rosario humilde parecía custodiar la contabilidad de las peticiones de pan y la esperanza de un equilibrio que la ley de los hombres negaba sistemáticamente.

—He estado pensando en lo que compartió conmigo esta mañana — empezó Sagrario, bajando el tono para que sus palabras no rebotaran contra las piedras—. Sobre el desprecio que sentía por el capataz. En este cortijo, las palabras suelen comportarse como el aceite: flotan siempre por encima de la verdad, aislándola. Las suyas, sin embargo, me parecieron de agua clara. Y el agua, Purificación, siempre termina por calar hasta el cimiento.

La jornalera detuvo el movimiento circular de la cuchara. Un silencio espeso se instaló, roto solo por el chisporroteo ocasional de una astilla en el hogar. Purificación se limpió las manos en su delantal de arpillera, frotando las palmas con una fuerza inusitada, como si intentara arrancar una mancha que la piel hubiera absorbido años atrás. Sagrario reconoció el gesto de inmediato; era una manifestación física de su paleografía conductual: la voluntad desesperada de borrar un pasado que todavía escocía como una herida abierta.

—Aristeo Carmona no era un hombre —sentenció finalmente la mujer, fijando sus ojos negros, vivos como aceitunas de mesa, en los de la archivera—. Era una plaga. De esas que entran en el olivar en una noche de descuido y no dejan ni la sombra de la hoja. Usted lo ve como un capataz que mandaba más de lo que su cargo permitía. Yo lo veo como el ladrón que le robó el ánimo a mi padre, y eso es un crimen que no prescribe en ningún libro de registro.

Sagrario asintió con un leve movimiento de cabeza, manteniendo el contacto visual y permitiendo que el espacio se llenara con la confesión pendiente.

—La «Haza de las Ánimas» —susurró Purificación, y el nombre resonó en la cabaña con la gravedad de una sentencia judicial—. Eran apenas cuatro fanegas, señora archivera, pero eran nuestras. Mi abuelo las compró con el sudor de tres guerras, y mi padre las cuidaba como si cada olivo fuera un hijo con nombre propio. Estaban en la linde con las tierras de los Casabermejo. Lindes peligrosas, porque la avaricia de los que tienen mucho no conoce mojones ni respeta la propiedad del pobre.

La jornalera se levantó con un movimiento fluido para colgar la olla en el gancho lateral del fuego. Sus movimientos eran seguros, exentos de la vacilación que suele acompañar a la mentira.

—Hubo una cosecha maldita, la del cincuenta y siete —continuó, dándole la espalda a la luz—. El hielo negro quemó la flor antes de que pudiera cuajar. Mi padre necesitaba un préstamo para pagar las

simientes y el abono que ya se le debía al boticario del pueblo. Aristeo se le acercó con una sonrisa que olía a aguardiente barato y a falsas promesas. Le ofreció el dinero. «Solo un papel, Juan», le dijo. «Una garantía para que la señora Adelaida no se queje». Mi padre no sabía leer más que los posos del café y el vuelo de las perdices, pero confiaba en la palabra de quien viste de domingo.

Purificación se volvió hacia Sagrario. Su rostro no mostraba rastro de lágrimas; había una aridez absoluta en sus facciones, como si el dolor se hubiera evaporado dejando solo el sedimento de la rabia.

—Aquel papel no era una garantía, doña Sagrario. Era una escritura de venta encubierta por una miseria que no pagaba ni el valor de la leña de los troncos. Cuando mi padre fue a devolver el dinero con los intereses que habían pactado de palabra, Aristeo le enseñó el documento con la firma puesta, esa cruz torcida que era todo lo que mi padre sabía escribir. Le dijo que las tierras ya no eran suyas, que ahora pertenecían al patrimonio de los Casabermejo. Y para colmo de la infamia, murmuró que la propia señora Adelaida había "dado el visto bueno" a los papeles, riéndose de la cruz torcida de mi padre. Mi padre murió un año después. No fue el corazón, señora. Fue la vergüenza de ver, cada mañana al salir al tajo, cómo los hombres del cortijo arrancaban nuestros olivos viejos para plantar los nuevos de la señora, mientras él tenía que pedirles jornales por horas para no morir de hambre en su propia linde.

Sagrario sintió un peso gélido en el pecho. Como archivera, sus manos habían revisado miles de folios con contratos similares: letras pequeñas y cláusulas leoninas que devoraban vidas enteras con la impunidad del papel sellado. Ya en Úbeda, el asunto del testamento desaparecido le había enseñado que una firma puede ser una sentencia de muerte diferida, un golpe de gracia que no necesita del acero para desangrar a una estirpe. La historia de Purificación era una variante rural de la misma tragedia universal: la burocracia convertida en un arma de despojo masivo.

—Y usted heredó la memoria de ese golpe —murmuró Sagrario.

—Heredé la memoria y la obligación de no olvidar. La tierra tiene mejor recuerdo que los hombres, señora. Usted mira este olivar y ve riqueza, ve aceite y ve oro verde. Yo miro ese árbol donde han encontrado el cuerpo de Aristeo y veo el lugar exacto donde mi padre se sentaba a llorar cuando creía que nadie lo miraba. Que lo hayan matado allí mismo, bajo las ramas que él mismo podó cuando aún eran suyas... —Purificación dejó la frase suspendida en el aire, su implicación sombría, casi una bendición de ultratumba—. Es como si la misma tierra hubiera dicho basta y hubiera reclamado su tributo de sangre.

—¿Cree que el campo tiene su propia vara de medir la justicia, Purificación?

La jornalera se acercó a la pared y rozó con la punta de los dedos el rosario de madera, un gesto que denotaba una comunión profunda con su propia creencia.

—Creo en la maldición de las raíces. Hay una vieja historia que cuentan los antiguos por estas lomas: el que despoja al legítimo dueño de su tierra siembra veneno en el hoyo del plantón. Tarde o temprano, ese veneno asciende por el tronco y se convierte en una soga para el que se aprovecha de la sombra ajena. Aristeo Carmona cometió el error de creer que las clandestinidades se podían sepultar bajo el polvo del camino, pero el polvo siempre se levanta cuando el viento sopla de donde debe.

Sagrario observó con detenimiento las manos de la mujer: grandes, curtidas, con las grietas del trabajo marcadas por la tierra que parecía haberse integrado en su epidermis. No eran manos que buscaran la sutileza de un tóxico de botica o la precisión de un bisturí, sino extremidades capaces de aplicar una fuerza mecánica imparable, la fuerza de una vida de esfuerzo. Sin embargo, la archivera albergaba una duda metódica.

El crimen de Aristeo poseía un componente de diseño, una frialdad técnica que no terminaba de armonizar con el desgarro pasional y directo de Purificación. Era una venganza demasiado arquitectónica

para ser puramente emocional, pensó Sagrario, repasando en su mente los detalles del cuerpo y el nudo.

—Usted me resulta grata, doña Sagrario —dijo la jornalera, rompiendo el trance de la observación—. Mira las cosas con la fijeza de quien no tiene miedo a mancharse el calzado con el barro de los demás. Pero no busque la verdad en los informes que rellena el cabo Alcaraz; ese muchacho solo ve lo que los reglamentos le permiten. La justicia que se ha cobrado la vida de Aristeo es de otra naturaleza. Una que no entiende de artículos ni de leyes de propiedad, sino de deudas de sangre que han tardado demasiado en cobrarse.

La archivera se levantó, sintiendo de nuevo la rigidez punzante en su rodilla, un recordatorio de que su tiempo en aquella cabaña había llegado a su fin. Sentía que había rescatado una pieza determinante del rompecabezas, una que no figuraba en los balances bancarios de Alonso ni en los orgullos heráldicos de Adelaida. Era el móvil de la dignidad ultrajada, una fuerza capaz de mover montañas de piedra o de apretar un nudo con la firmeza del destino.

—Le agradezco su franqueza, Purificación. Y su tiempo.

Sagrario se dirigió hacia la salida. Antes de trasponer el umbral, se volvió. Purificación permanecía de pie junto al fogón, con la luz de las brasas tallando su rostro en ángulos duros y sombras profundas. Aquella imagen le recordó fugazmente la figura de la Madre Eulalia en sus momentos de mayor severidad espiritual, cuando la fe dejaba de ser consuelo para transformarse en una herramienta de juicio inflexible contra la debilidad humana.

—Váyase con tiento —advirtió la mujer—. El sol ya se ha hundido y en este cortijo las sombras crecen más rápido de lo que los ojos pueden procesar. No se pierda en el camino de vuelta.

Sagrario salió al aire libre. El crepúsculo incendiaba el horizonte de Jaén con una gama de púrpuras y ocres que teñían los olivos de un tono inquietante, casi sangriento. Caminó de regreso hacia el edificio

principal, pero evitó deliberadamente el sendero trillado. Prefirió rodear la hilera de cipreses que servían de paraviento al patio trasero, buscando que el aire fresco de la tarde disipara el aroma a humo y resentimiento acumulado que impregnaba sus ropas.

Fue allí, donde la piedra de la muralla proyectaba una oscuridad más densa, donde se topó con una figura delgada que parecía emerger de las sombras mismas.

—Un paseo algo tardío para una dama de su rango, ¿no le parece, doña Sagrario? —la voz era suave, con una cadencia melódica que ocultaba una curiosidad afilada.

Cayetano Ruiseñor, el sastre del pueblo, estaba apoyado contra el muro de piedra, fumando un cigarrillo cuyo humo se disipaba con rapidez en la brisa nocturna. Llevaba su cinta métrica alrededor del cuello como una estola litúrgica, como si temiera que las proporciones del mundo cambiaran en su ausencia. Sus ojos, pequeños y brillantes tras las gafas de media luna, la observaron con una atención que carecía de cualquier disimulo profesional.

—Necesitaba que el aire me limpiara los pulmones, Cayetano. El salón de los Casabermejo se vuelve algo irrespirable después de tantas preguntas sin respuesta —respondió ella, deteniendo su marcha. Por un instante, se preguntó cuánto sabría el sastre de las verdaderas asfixias del espíritu.

—Ah, la opresión de las paredes altas —Cayetano dio una calada pausada—. En esta casa, la falta de aire se mide por arrobas. Yo he venido a entregar unos arreglos urgentes para doña Adelaida, pero parece que la muerte de Aristeo ha descosido incluso las voluntades más firmes. Todo el mundo está mirando hacia el suelo, buscando el rastro de la sangre.

Sagrario notó un tic nervioso en el sastre: se tocaba el dedal en su dedo meñique de forma rítmica, un compás metálico contra la yema del dedo. Aquel hombre le recordaba, en su modo sibilino de entregar confidencias soterrañas, a la astucia que Verdegay

desplegaba en los pasillos de San Lázaro. Eran individuos que hacían del detalle insignificante su mayor moneda de cambio en el mercado de las influencias sociales.

—Usted conoce bien las costuras de esta familia, Cayetano. Un sastre tiene el privilegio de ver los cuerpos sin los disfraces del estatus. Sabe dónde sobra tela y dónde falta decencia.

—Veo los rotos, señora archivera. Y veo perfectamente dónde aprieta la sisa cuando uno intenta mentir. Los Casabermejo se esfuerzan por caminar erguidos, pero les falta paño para cubrir tanta miseria acumulada debajo de los abrigos —Cayetano se acercó un paso, bajando el volumen de su voz hasta convertirla en un susurro compartido—. Se habla mucho de Aristeo, de sus deudas de juego y de sus mandatos de hierro. Pero pocos ojos se elevan hacia los que parecen caminar por el aire, ignorando que el suelo también es de tierra.

—¿Sugiere que hay alguien que vuela demasiado alto en este cortijo?

Cayetano se ajustó las gafas con un movimiento preciso y elevó la mirada hacia las ventanas del piso superior, donde una luz tenue y amarillenta brillaba en los aposentos de Amalia Casabermejo.

—La señorita Amalia —murmuró con una sonrisa equívoca—. Una artista, dicen en el pueblo. Yo digo que es una joven que ha descubierto que el olivar tiene rincones donde el sol no llega nunca y donde las reglas de su madre no tienen jurisdicción. Últimamente la he visto muy... ausente de su propia piel. Trae los vestidos con enganchones que no son obra de los pinceles, sino de las zarzas de los barrancos. Y esa cabeza suya siempre parece estar habitando un patio que no es el que doña Adelaida barre cada mañana.

Sagrario recordó de inmediato la mancha de pintura ocre en el vestido de lino de la joven que había observado horas antes. Una mancha circular, de una frescura indiscutible, que no guardaba relación alguna con la luz de luna que ella pretendía haber estado

capturando en su lienzo. Aquella inconsistencia era como una errata en el colofón de un manuscrito de valor incalculable; una señal inequívoca de que el autor estaba manipulando el relato original.

—¿Un patio ajeno, dice usted? —preguntó Sagrario, incitándolo a soltar el hilo.

—Dicen las malas lenguas, y yo solo soy el sastre que las escucha mientras toma medidas, que en estas tierras las deudas de honor se pagan con moneda oculta. Amalia busca algo que no figura en los libros de contabilidad de su madre ni en las apuestas perdidas de su hermano Alonso. Un amorío clandestino, doña Sagrario, es exactamente como una costura mal ejecutada: por mucho que intentes plancharla para disimular el error, al final el hilo termina por saltar en el momento menos oportuno.

Cayetano lanzó la colilla al suelo y la aplastó con la punta de su zapato reluciente.

—La he visto salir cuando el lucero del alba aún no se ha retirado, señora. Y no salía con el caballete al hombro, sino con el paso furtivo de quien se encamina a un encuentro que no admite testigos ni bendiciones. Y no es la primera vez que la veo regresar con esa mirada turbia que tienen los que han probado el fruto prohibido de la huerta de otro.

Sagrario procesó la información con la frialdad de quien clasifica un documento recién descubierto. El amor secreto de Amalia añadía una capa de complejidad abismal al caso. Si el capataz estaba al tanto de ese romance —y Aristeo parecía poseer el mapa detallado de todas las flaquezas de «El Lince Dorado»—, la joven artista tenía un motivo tan determinante como el de Purificación para desear el silencio definitivo de Carmona.

Un escándalo de esa naturaleza sería el golpe de gracia para el menguante prestigio de los Casabermejo, una familia que, como Montalvo le había demostrado en el pasado, estaba dispuesta a

sacrificar casi cualquier cosa con tal de mantener una fachada de integridad absoluta.

—Es usted un observador de una agudeza excepcional, Cayetano —dijo Sagrario con un respeto genuino.

—Soy un sastre, señora. Mi oficio consiste en ver el hueco antes de que la tela lo tape. Y en este cortijo le aseguro que hay muchos más huecos que tela disponible para cubrirlos —el hombre hizo una pequeña e irónica reverencia y se alejó con paso ligero hacia la entrada de servicio—. Tenga cuidado con los hilos invisibles, doña Sagrario. A menudo son los que terminan apretando el cuello con más fuerza.

La archivera permaneció sola en la oscuridad creciente. El frío de la noche jienense empezaba a calar en sus huesos, pero su mente bullía con una actividad febril. Regresó al interior del cortijo, atravesando el zaguán en un silencio absoluto. Al pasar frente al despacho de Adelaida, percibió el rumor de papeles siendo removidos con una urgencia que rayaba en la desesperación. La matriarca seguía en su puesto de mando, intentando salvar un imperio que se le desmoronaba por las lindes de la tierra y por las fisuras del corazón de sus hijos.

Subió a su habitación y se sentó en el borde de la cama de nogal. No encendió la lámpara. En la penumbra, las piezas del caso empezaban a configurar una caligrafía que ella ya sabía leer. Por un lado, la «Haza de las Ánimas», el robo de las tierras y el resentimiento pétreo de Purificación Gálvez. Por otro, la mancha de pintura en el vestido de Amalia y los susurros de Cayetano sobre encuentros prohibidos bajo las estrellas.

La archivera reflexionó sobre la naturaleza de la verdad en aquel entorno rural. Aristeo Carmona no solo había sido un capataz autoritario; había sido el nudo gordiano que mantenía unidas todas las ficciones de la casa Casabermejo. Al cortar ese nudo con un método tan letal como ingenioso, el asesino no solo había eliminado a un hombre abyecto; había liberado de golpe todas las pasiones y

rencores que Aristeo mantenía bajo un control absoluto mediante el chantaje y la manipulación.

Sagrario se quitó los guantes de hilo y los dejó sobre la mesilla con cuidado. Sus dedos rozaron el fragmento de lacre con la «C» que guardaba en su bolso como un talismán de su investigación. Pensó en la marca circular en el cuello de la víctima, ese sello de muerte que parecía una burla silenciosa dirigida a todos ellos. ¿Era una marca de propiedad reclamada desde el pasado? ¿O era, como sugería Purificación, la culminación física de una maldición gestada durante décadas de injusticia?

La justicia de los hombres, representada por el cabo Alcaraz, buscaría un culpable individual, una mano física que hubiera ejecutado el acto. Pero Sagrario empezaba a sospechar que el crimen era, en realidad, una obra colectiva, una deuda histórica que la memoria de la comunidad se había cobrado por fin. El odio de Purificación era tan sólido como la piedra de su cabaña. El pánico de Amalia, la cobardía de Alonso y el orgullo herido de Adelaida eran también fuerzas motrices capaces de armar un brazo ejecutor.

Se acercó a la ventana y contempló el olivar, ahora sumergido en una negrura impenetrable. Los árboles parecían un ejército estático, testigos mudos de siglos de ambición y despojo. Recordó la mirada de Purificación, ese destello de justicia cumplida que no necesitaba de tribunales. En ese instante, la archivera comprendió que su labor en «El Lince Dorado» no consistía únicamente en identificar a quien había apretado la soga, sino en documentar el colapso inevitable de un orden social que ya no podía sostener el peso de sus propias mentiras.

Afuera, una rama de olivo golpeó el cristal de la ventana, empujada por una ráfaga de aire súbita. Sagrario no se inmutó. Observó su propio reflejo en el vidrio, una silueta blanca en medio de la oscuridad, y comprendió que en aquel cortijo el pasado no era un recuerdo que se desvanece, sino un verdugo paciente que acababa de entrar en la casa para reclamar lo que siempre le había

pertenecido. Las voces de San Lázaro y las intrigas de Úbeda eran ecos lejanos, pero la lección era idéntica: la verdad siempre reclama su lugar en el archivo de la historia, por muy hondo que se intente enterrar bajo el polvo acumulado de los caminos.

CAPÍTULO 6: EL LIENZO DE LA EVASIÓN

La transición entre el ala antigua del cortijo y la ampliación moderna suponía un viaje a través de dos siglos de mentalidad española. Doña Sagrario abandonó la penumbra de los muros de mampostería, que retenían un frío húmedo y ancestral, para adentrarse en el pasillo de la zona nueva. Allí, el aire se aligeró; las paredes, despojadas de la cal y el grosor de la piedra, dejaban paso a grandes ventanales.

Pretendían integrar el paisaje, pero, en realidad, convertían el interior en una suerte de invernadero donde el sol de Jaén, incluso a media mañana, comenzaba a caldear el ambiente con un calor denso.

Una punzada conocida en la rodilla izquierda le recordó el rastro persistente de las caminatas de los días previos. Sagrario aminoró el paso, permitiendo que la articulación se acomodara al pavimento liso. Avanzaba con la parsimonia de quien ha pasado décadas en salas de investigación, donde el silencio es la norma y hasta el crujido de una suela de cuero se percibe como una perturbación. Aquel cambio brusco de arquitectura le recordó inevitablemente a las reformas inacabadas de la biblioteca de Úbeda; allí también el cristal intentaba ocultar las vergüenzas de la piedra vieja. Sus zapatos de goma apenas emitían un leve siseo sobre el terrazo pulido.

Al llegar a la puerta del estudio de Amalia, el aroma la alcanzó antes que la imagen: una mezcla de trementina, aguarrás y el rastro dulzón del aceite de linaza, coronado por el olor metálico de los pigmentos frescos. Era una fragancia mucho más viva y agresiva que la de los legajos de San Lázaro, donde el polvo y la descomposición orgánica dictaban la atmósfera.

Empujó la hoja de madera clara. El estudio era un calculado estallido de desorden en medio de la severidad que Adelaida Casabermejo imponía en el resto de la propiedad. Caballetes de diferentes alturas se distribuían por la estancia como un ejército desgarbado. Había lienzos apoyados contra las paredes, algunos girados hacia el muro en un gesto de pudor, y otros que mostraban pinceladas violentas de ocre, siena y sombras de un verde oliva casi negro.

Entre el calculado desorden creativo, Sagrario notó un objeto anómalo: un pequeño estetoscopio colgado de un caballete lateral, como si alguien lo hubiera olvidado allí tras una visita inesperada.

Amalia estaba de espaldas, frente a un ventanal que ofrecía una vista panorámica de la loma de los olivos. Llevaba el mismo vestido de lino de la noche anterior, aquel con una mancha de pintura cerca del dobladillo. El cabello pelirrojo lo tenía sujeto de cualquier manera con un pincel viejo a modo de pasador, dejando al descubierto una nuca pálida. La joven se mostraba absorta, ajena a la presencia de la archivera, como si el lienzo fuera el único mundo que mereciera su atención.

—No sabía que las archiveras se interesaran por lo que nace fuera del papel —dijo Amalia sin volverse. El sonido de las cerdas raspando la tela era rítmico, casi nervioso.

—Me interesa todo lo que sea un registro, Amalia —respondió Sagrario, acercándose a una mesa llena de botes de cristal con pinceles en remojo—. En los archivos buscamos la verdad en la grafía de los muertos. Aquí, parece buscarla en la textura de lo que aún no se ha dicho.

Amalia se detuvo. Sus hombros descendieron un centímetro, liberando parte de la tensión. Se giró despacio, con la paleta cargada de colores tierra en la mano izquierda. Sus ojos miel tenían sombras profundas debajo, un cansancio que no se aliviaba con el descanso. Al verla de cerca, Sagrario recordó el rostro de Gala de Haro en sus peores momentos: esa misma mezcla de lealtad mal entendida y secreto asfixiante que a menudo precede a la tragedia.

—Aquí no hay verdad —dijo Amalia, dejando el pincel sobre el borde de un taburete—. Solo intentos de escape.

La joven se limpió los dedos en un trapo sucio de óleo. Sagrario notó que sus uñas, pintadas de un azul oscuro, estaban desconchadas en los bordes. No era el desgaste del trabajo, sino el rastro de una ansiedad que se alimentaba de su propia voluntad.

—¿Escape de qué, si se puede saber? —preguntó Sagrario, paseando la mirada por un boceto donde unas figuras humanas se fundían con las raíces de un árbol.

—De este cortijo. De los Casabermejo. De la aceituna que parece mancharlo todo, incluso los pensamientos. —Amalia hizo un gesto vago hacia la ventana—. Mi madre cree que los olivos son nuestra sangre, nuestra fatalidad. Yo solo veo una herencia de polvo y obligaciones que nadie me preguntó si quería aceptar. El Lince Dorado es una jaula de oro líquido, doña Sagrario.

Sagrario asintió con lentitud, tocándose la verruga junto al labio en un gesto habitual. Su análisis conductual empezó a desgranar los datos: Amalia no hablaba con la rebeldía caprichosa de una joven de ciudad, sino con la fatiga de quien se siente una pieza de un engranaje que la sobrepasa. Esa misma estructura de poder la había visto antes, cuando el padre Anaximandro intentaba desentrañar los hilos de influencia en su scriptorium; la jerarquía siempre exigía sacrificios humanos para mantenerse en pie.

—El arte suele ser una vía de salida, es cierto —comentó la archivera —. Pero incluso las salidas tienen sus centinelas. Aristeo Carmona,

por ejemplo. No parecía alguien que valorara la abstracción.

El nombre del capataz cayó en la estancia con el peso de una piedra en un pozo seco. Amalia desvió la mirada hacia un cuadro inacabado en la esquina.

—Aristeo no valoraba nada que no pudiera pesarse en arrobas —dijo Amalia con voz debilitada—. Para él, mis lienzos eran un desperdicio de tela que podría haberse usado para sacos de recogida. Un estorbo para el rendimiento de la finca.

—¿Solo un estorbo? —insistió Sagrario, dando un paso hacia ella—. Ayer me dijo que pintaba bajo la luna. Pero el sastre, Cayetano, dice que sus paseos nocturnos no siempre incluyen un caballete. Y en un pueblo pequeño, las sombras tienen ojos que hablan.

Amalia palideció. La paleta de colores sobre el taburete pareció vibrar cuando su mano rozó la madera al intentar apoyarse.

—Cayetano es un cotilla que debería centrarse en sus dobladillos —espetó la joven, aunque su tono delataba inquietud.

—Cayetano ve hilos invisibles, Amalia. Y yo leo los surcos que la ocultación deja en la voz. —Sagrario bajó el tono, volviéndolo casi confidencial—. Aristeo la molestaba, ¿verdad? Y no era por su pintura. Era por lo que hacía cuando dejaba los pinceles.

Amalia se dejó caer en el borde de un sofá cubierto por una sábana manchada de óleo. Se cubrió la cara con las manos. Por un momento, solo el siseo del viento contra los grandes cristales interrumpió la quietud del estudio.

—Aristeo era una sombra —susurró Amalia—. Creía que por llevar treinta años en esta casa tenía derecho a vigilar la moral de todos. Me seguía. Aparecía entre los olivos cuando yo creía estar sola. Susurraba cosas... decía que un escándalo acabaría con la poca dignidad que le queda a mi madre. Me miraba con esa superioridad de quien tiene la ventaja.

Sagrario escuchaba con la misma atención que ponía ante una nota marginal sospechosa en el Códice Negro. Aquella descripción de Aristeo encajaba con el perfil de un chantajista que no busca solo lucro, sino el control total sobre la voluntad ajena. El capataz no solo era un manipulador financiero; era un extorsionador emocional que utilizaba las debilidades afectivas para cimentar su poder. El móvil de Amalia cobraba una peligrosa claridad.

El amor, en manos de un hombre como Aristeo, era una herramienta de demolición. Esta maniobra de espionaje doméstico le recordaba los informes que Verdegay solía redactar para mantener su red de favores; la bajeza humana no entendía de paisajes andaluces ni de monasterios castellanos.

—¿Y usted accedió a ser su informante?

—Lo odiaba con cada fibra de mi cuerpo —dijo Amalia, ignorando la pregunta—. Cada vez que lo veía acercarse con esa sonrisa, con esa cicatriz en la ceja que parecía brillar bajo el sol... mi espacio se contraía. Era un hombre que respiraba el aire de los demás.

Antes de que Sagrario pudiera indagar sobre la identidad de aquel cómplice nocturno, el sonido de unos pasos firmes resonó en el pasillo de terrazo. La puerta se abrió y Adelaida Casabermejo entró en la estancia. Su moño blanco estaba impecable y su porte era tan erguido que parecía haber sido tallado en una sola pieza de madera de olivo. El collar de perlas brillaba contra su cuello, una armadura de distinción que no lograba ocultar la tirantez de su postura.

—Amalia, ya está bien de quimeras —dijo Adelaida, ignorando por completo la presencia de Sagrario—. El cabo Alcaraz está preguntando por la logística de la cosecha, y tu hermano está encerrado en su cuarto. Necesito que bajes y ayudes con el inventario de las bodegas. Al menos allí serás útil.

—Estoy trabajando, madre —respondió Amalia, poniéndose en pie con una tiesura que imitaba la de su progenitora.

Adelaida lanzó una mirada de desprecio a los lienzos abstractos, deteniéndose apenas un segundo en una mancha roja.

—Esto no es trabajo. Esto es perder el tiempo mientras el imperio de tu abuelo se desmorona. Las deudas no se pagan con manchas de color, Amalia. —La matriarca se acercó a su hija. Sagrario notó el destello del anillo de sello en su mano, una joya que pesaba más que la propia extremidad—. Las cosas han cambiado. La muerte de Aristeo nos deja en una posición vulnerable frente a los bancos. He hablado con los Mendoza. Su hijo mayor regresará de Madrid la semana que viene. Es un joven con visión, con capital. Un matrimonio de conveniencia, una alianza estratégica... es lo único que puede salvar El Lince Dorado de la subasta.

—No soy una de tus fincas, madre —la voz de Amalia se quebró, pero se mantuvo firme—. No puedes venderme para tapar los agujeros que Alonso ha hecho en las cuentas con su juego.

—Eres una Casabermejo —espetó Adelaida con una frialdad gélida que pareció bajar la temperatura del estudio—. Y eso conlleva obligaciones que están muy por encima de tus sentimientos. Harás lo que se espera de ti. Cenarás con el joven Mendoza y te mostrarás encantadora. No podemos permitirnos un solo escándalo más, ¿me oyes? Ni uno solo. Ni de deudas, ni de amistades inconvenientes.

Aquella dureza recordaba a Sagrario la inflexible autoridad de la madre Eulalia, mujeres que habían decidido que el orden y la supervivencia de la institución eran más importantes que la felicidad de los individuos. Adelaida se giró entonces hacia Sagrario, reconociendo su presencia con una inclinación de cabeza apenas perceptible.

—Espero que mi hija no la esté aburriendo con sus delirios artísticos, doña Sagrario. En esta casa apreciamos la historia, pero el presente requiere manos que sepan manejar la realidad.

Sagrario mantuvo su expresión neutral, las manos entrelazadas sobre su bolso de piel. Percibía el peso de la información que ya

poseía.

—La realidad, doña Adelaida, a veces se manifiesta mejor en lo que intentamos ocultar que en lo que mostramos con orgullo. Su hija tiene un talento notable para captar las tensiones de este lugar.

Adelaida no respondió. Lanzó una última mirada de advertencia a Amalia —una mirada que era una orden de silencio— y abandonó el estudio. Pero antes, su voz, apenas un susurro congelado, se posó en Sagrario: "Algunas verdades, doña Sagrario, es mejor que permanezcan enterradas. Por el bien de todos." El eco de sus pasos se desvaneció, dejando tras de sí una atmósfera eléctrica. Amalia se dejó caer de nuevo en el sofá, esta vez ocultando el rostro entre las rodillas.

—¿Lo ve? —su voz era apenas un murmullo—. Para ella soy un activo financiero. Un pedazo de tierra que puede intercambiar por liquidez para que mi hermano siga fingiendo que es un señorito.

Sagrario no se acercó. Sabía que, en esos momentos, la compasión podía ser vista como una intrusión. Caminó hacia uno de los lienzos apoyados contra la pared, uno pequeño que estaba medio oculto tras un bote de trementina y una pila de trapos. Estaba girado hacia un lado, como si Amalia no quisiera que la luz del sol incidiera en él directamente. Representaba un paisaje nocturno del olivar, pero a diferencia de los otros, este era figurativo.

Se distinguía una silueta bajo un olivo, una figura masculina apenas esbozada con trazos oscuros, pero rodeada de una luz cálida, casi dorada. Era una obra llena de un afecto y una paz que contrastaban violentamente con la angustia de los otros cuadros.

Sagrario se inclinó un poco. Su vista, acostumbrada a descifrar colofones borrosos en pergaminos dañados por la humedad, se fijó en la esquina inferior derecha. No había una firma completa. Solo una letra pequeña, trazada con un pincel de pelo fino, casi como una marca de propiedad privada. Era una «R». Una letra elegante, con una caligrafía que no pertenecía al estilo nervioso de Amalia.

—¿Quién es «R»? —preguntó Sagrario con suavidad, sin apartar la vista del lienzo nocturno.

Amalia levantó la cabeza de golpe. Sus ojos se abrieron con un espanto que no había mostrado ni ante la presencia de su madre. Se puso en pie y caminó hacia el cuadro, arrebatándoselo a Sagrario con un movimiento brusco y girándolo contra la pared.

—Nadie. Es solo un ejercicio. No significa nada, doña Sagrario. Por favor, váyase.

—Las iniciales siempre significan algo, Amalia —dijo Sagrario, ajustándose los guantes de hilo con calma—. En los testamentos que he transcrito, una inicial puede ser la diferencia entre una herencia legítima y la ruina absoluta. En este cortijo, esa «R» parece ser la razón por la que Aristeo la seguía y por la que su madre está tan ansiosa por casarla con un Mendoza. Esa letra es su libertad, o su condena.

La archivera pensó por un momento en las notas frescas que Isidoro dejaba en los márgenes de los registros oficiales; pequeños actos de resistencia que siempre terminaban por ser descubiertos. Amalia no respondió. Permaneció inmóvil en medio de su estudio. Sus manos manchadas de pintura temblaban contra la tela del vestido. Sagrario comprendió que no obtendría más información ese día. La joven estaba al límite.

Había confirmado el móvil del chantaje y la existencia de una relación que representaba todo lo que Adelaida despreciaba: alguien sin estatus, alguien que no podía «salvar» el patrimonio. Sagrario se despidió.

—Me voy —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Pero recuerde algo que he aprendido entre legajos viejos, Amalia. Las verdades que se entierran bajo capas de pintura o de silencio terminan por agrietar el lienzo cuando este se seca. Es mejor una verdad cruda que una mentira que termina por asfixiarnos a todos. Los expedientes de Montalvo o de Alba, por ejemplo, enseñaban que las verdades, por

mucho que se ocultaran, siempre encontraban la forma de salir a la luz, a menudo con consecuencias desastrosas.

Amalia no se movió. Siguió aferrada a su lienzo girado, como si aquel trozo de tela fuera el único ancla que le quedaba en un mar de incertidumbre.

Al salir al pasillo, Sagrario percibió que el aire del cortijo pesaba más que al entrar. La genealogía del rencor de los Casabermejo se estaba ramificando. Había una madre dispuesta a vender a su hija por orgullo; un hermano que mordía sus propias heridas para ocultar el miedo; una jornalera con un odio de siglos y, ahora, una joven artista con un amante secreto cuya inicial empezaba a cobrar un significado determinante.

¿Quién era «R»? ¿Ricardo, Roberto, Rafael? Los nombres bailaban en su cabeza, pero ninguno encajaba todavía con el ecosistema cerrado de El Lince Dorado. Caminó de regreso hacia la zona antigua del cortijo. Al pasar frente al gran reloj de pie del salón, el péndulo pareció marcar el ritmo de sus deducciones. Cada tic-tac era una pieza de un puzle que no se limitaba a Jaén, sino que conectaba con la misma naturaleza humana que había observado en sus viajes anteriores.

Subió a su habitación y buscó en su bolso el fragmento de lacre con la «C». Lo puso sobre la palma de su mano. La marca circular en el cuello del capataz, la mancha circular en el vestido de Amalia, la inicial en el cuadro oculto... El círculo de la sospecha se estaba cerrando, pero el centro seguía siendo una sombra. Sagrario se sentó en la silla de anea y miró hacia el olivar. El viento soplaba ahora con más fuerza, moviendo las copas de los árboles en un oleaje plateado que parecía un mar en tempestad.

Sabía que la clave no estaba en los documentos financieros que Adelaida custodiaba con celo, sino en ese pequeño lienzo que Amalia protegía con su propia vida.

La pregunta esencial era sencilla pero devastadora: ¿Quién era el hombre tras la inicial, y cuánto estaba dispuesto a arriesgar para liberar a Amalia de la tiranía de su sangre? Doña Sagrario cerró los ojos y visualizó el mapa social del cortijo. Cada personaje era una línea en un árbol de secretos. En el centro de ese árbol, como una raíz podrida, estaba la memoria de Aristeo Carmona, un hombre que incluso muerto seguía influyendo en el devenir de los vivos con la fuerza de lo que sabía.

Pero ella, la archivera que había pasado su vida exhumando verdades, no permitiría que el silencio fuera la última palabra. Si «R» era la clave, ella encontraría el nombre completo. Aunque eso significara rasgar para siempre el lienzo de apariencias que los Casabermejo habían tardado generaciones en pintar.

CAPÍTULO 7: EL DOCUMENTO OLVIDADO

Don Braulio Casabermejo solía decir que un archivo mal custodiado era una confesión tácita. Doña Sagrario recordaba esa máxima, pronunciada quizá en una de aquellas tardes de correspondencia institucional. Mientras atravesaba el patio de las columnas, el eco de sus zapatos sobre las losas de piedra despertaba fantasmas de una autoridad ya marchita. El aire vespertino en Jaén había perdido la ferocidad del mediodía, transformándose en una calima espesa que envolvía el cortijo como una mortaja de polvo dorado.

No era un impulso azaroso lo que llevaba a la archivera al despacho del difunto patriarca. Había pasado la mañana desgranando la genealogía de los Mendoza en su cuaderno. Sin embargo, la inicial «R» en el cuadro oculto de Amalia y la mancha circular en su vestido se habían incrustado en su memoria profesional con la persistencia de una mancha de tinta en un pergamino virgen. Las suposiciones no bastaban; precisaba documentos, la fría certeza del papel para acallar el rumor de sus sospechas.

El ala norte del edificio se erguía en un silencio casi conventual. Al cruzar el umbral, la temperatura descendía. No era el alivio de una brisa, sino la inercia térmica de los muros que no habían visto el sol en décadas. Sagrario recorrió el pasillo, observando las sombras alargadas que proyectaban los bustos de antepasados anónimos. El

aroma cambió: dejó de oler a tierra seca y olivo para adquirir ese matiz del cuero viejo y la celulosa en descomposición.

Aquel olor le trajo un recuerdo punzante de su estancia en el monasterio de San Lázaro, donde, entre los legajos del Padre Anaximandro, había aprendido que los hombres mueren, pero sus deudas y sus fraudes permanecen latentes bajo capas de polvo. Recordó la rigidez de la Madre Eulalia cuando la corrupción empezó a brotar entre los muros del claustro; esa mujer, al igual que Adelaida, entendía que el honor familiar es una estructura que a menudo se sostiene sobre cimientos podridos. La sombra de Montalvo y sus maniobras en el mercado de antigüedades se le antojaron, por un instante, primas hermanas de las tensiones que ahora respiraba en el Lince Dorado.

Se detuvo frente a la puerta del despacho. La madera de roble presentaba marcas en la zona de la cerradura: pequeños arañazos que hablaban de una mano nerviosa que no siempre encontraba el ojo de la llave a la primera. Sagrario giró el pomo de latón. La resistencia fue breve, seguida de un quejido metálico.

Al entrar, la penumbra la envolvió. Las persianas de madera estaban bajadas, dejando pasar solo unas láminas de luz que acuchillaban la estancia y revelaban la danza de las motas de polvo. El despacho era un santuario a la administración de un imperio agrícola que empezaba a mostrar grietas. Estanterías de nogal forraban las paredes, cargadas de legajos atados con cintas de lino que el tiempo había vuelto grises.

Sagrario no encendió la luz. Dejó su bolso de piel sobre la mesa de escritorio, una mole de caoba con tapete verde que conservaba la impronta de los codos de don Braulio. Sus ojos, habituados a la oscuridad de los archivos diocesanos donde custodió el Códice Negro, empezaron a catalogar la estancia. En las familias de raigambre, el honor suele guardarse en el salón, pero la verdad siempre duerme en la caja fuerte o en los registros de propiedad.

Comenzó por los estantes de la derecha. Sus dedos, protegidos por los guantes de hilo que nunca abandonaba en sus investigaciones, recorrieron las etiquetas escritas con una caligrafía picuda. «Cosecha 1945», «Gastos de Maquinaria», «Contratos de Aparcería». Todo parecía en un orden escrupuloso, la fachada de una gestión impecable. Pero Sagrario sabía que era ficticia, a juzgar por las uñas mordidas de Alonso y la desesperación contenida de Adelaida.

—Un archivo es como una tumba —murmuró para sí misma—. Si se sabe dónde cavar, los huesos siempre aparecen.

Escuchó entonces el roce de una tela contra el marco de la puerta. No necesitó girarse para identificar el perfume a lavanda rancia y jabón de Castilla que siempre precedía a la matriarca.

—Es un lugar poco hospitalario para una invitada, doña Sagrario.

Adelaida Casabermejo permanecía en el umbral. Su figura menuda, envuelta en seda oscura, parecía fundirse con las sombras. Tenía las manos entrelazadas a la altura de la cintura; sus dedos no dejaban de manipular el anillo de sello familiar.

—La hospitalidad, doña Adelaida, a menudo reside en permitir que una archivera haga lo que mejor sabe hacer —respondió Sagrario con suavidad, sin apartar la mano de un legajo—. Buscaba los antecedentes de la rama de los Mendoza. Facundo me sugirió que los registros más antiguos de vínculos matrimoniales y dotes se custodiaban aquí.

Adelaida avanzó dos pasos. Sus ojos azules, pequeños y fríos, recorrieron la mesa con hostilidad.

—Facundo es un hombre de costumbres antiguas. Cree que cada papel tiene importancia —murmuró la mujer—. Mi esposo dedicó su vida a estos documentos. Decía que en esta tierra, si no tienes el papel que demuestre que el olivo es tuyo, el olivo acaba por pertenecer al que más grita.

Sagrario asintió, pero su mente estaba en otra parte. La actitud defensiva de Adelaida le recordaba la vehemencia con la que Verdegay intentaba proteger los privilegios del monasterio frente a la transparencia que ella misma había impuesto. Los poderosos, pensó, siempre usan el orden como una muralla contra la justicia.

—Una máxima cargada de sabiduría —asintió Sagrario—. Si no le importa, me gustaría dedicar unos minutos a revisar esta sección de litigios cerrados. A menudo, los pleitos matrimoniales del siglo pasado explican las alianzas del presente.

Adelaida vaciló. Sus nudillos se volvieron blancos por la presión sobre el respaldo de una silla de anea. Hubo un milisegundo en el que su mirada se desvió, de forma casi imperceptible, hacia un rincón de la estantería inferior, donde los expedientes no estaban atados con la cinta de lino habitual, sino con un cordón de seda roja.

Fue un error de paleografía conductual que Sagrario registró al instante.

—Sea cuidadosa con el polvo —dijo finalmente Adelaida, recuperando su máscara—. Estaré en el salón con el cabo Alcaraz. Ese joven tiene una obsesión con los horarios de la servidumbre. No quisiera que sus pesquisas la distraigan de la cena.

La matriarca se retiró con la rigidez de un soldado, cerrando la puerta con una firmeza que dejó el aire vibrando. Sagrario esperó a que el eco de los pasos desapareciera. Entonces, con una agilidad que contradecía su postura encorvada y el ligero dolor que ya empezaba a notar en sus rodillas, se dirigió al estante inferior. Allí, tras una carpeta de impuestos agrarios, encontró el expediente con el cordón rojo.

No era un legajo antiguo. Al abrir la carpeta sobre la mesa de caoba, la caligrafía de don Braulio aparecía en la carátula con una urgencia que las palabras no lograban ocultar: «Litigio Activo: Haza de las Ánimas. Carmona vs. Casabermejo. Reclamación de Reversión».

Sagrario pasó las páginas. Encontró un documento amarillento, de bordes deshilachados, fechado en 1924. Era el testamento original de Silverio Carmona, el abuelo de Aristeo. La prosa legal era farragosa, pero inequívoca. La «Haza de las Ánimas», la parcela más fértil del cortijo, aquella que abrazaba el cenador y el molino, no había sido vendida a los Casabermejo. El documento estipulaba un arrendamiento perpetuo vinculado a una condición de «buen uso y solvencia».

Si la familia Casabermejo incurría en deudas que pusieran en peligro el patrimonio, la propiedad revertiría automáticamente a los herederos de Silverio Carmona.

Aquello era dinamita administrativa. Sagrario encontró una nota manuscrita de don Braulio, fechada apenas tres meses atrás: «Aristeo ha localizado la copia original en el registro de la propiedad de Jaén. Sabe que las deudas de juego de Alonso han puesto el cortijo en números rojos. Si el pleito llega a los tribunales ahora, perdemos el corazón de la finca. Aristeo no pide dinero; pide la tierra. Dice que es su derecho de sangre». Una nota posterior, garabateada con letra temblorosa en el margen, decía: «Ha intentado vender su parte a Ruiseñor. La tierra es solo un medio para él».

La archivera cerró el expediente. El motivo del asesinato acababa de tomar una dimensión determinante. Aristeo Carmona no era un simple capataz; era el hombre que tenía el poder legal de arrebatarles a los Casabermejo su estatus. Recordó a Isidoro, el antiguo monje de San Lázaro, y cómo un simple error en un registro de tierras había desencadenado una tragedia de proporciones similares. La codicia por la tierra era un mal endémico, capaz de corromper tanto al hombre de fe como al hombre de campo.

Un ruido de cristales rotos a sus espaldas la sobresaltó. Sagrario se giró.

Alonso Casabermejo estaba de pie junto a una mesa auxiliar. Había tropezado con una bandeja de plata, y un vaso de cristal yacía hecho

añicos. Presentaba un aspecto lamentable: su camisa estaba mal abotonada y su rostro lucía una palidez cenicienta. Alonso se llevó los dedos a la boca, mordiendo con desesperación una cutícula que ya sangraba.

—¿Qué busca usted en los papeles de mi padre? —preguntó Alonso. Su voz era un susurro quebrado.

Sagrario no se inmutó. Mantuvo sus manos visibles sobre la mesa.

—Buscaba la verdad, don Alonso. Y parece que su padre la custodiaba con mucho celo bajo este cordón rojo.

Alonso avanzó. El olor a aguardiente que emanaba de su ropa era casi tan fuerte como el aroma a papel viejo. Al apoyarse en la caoba, Sagrario notó que la herida de su dedo índice, la misma que ella ya había observado anteriormente, dejaba una pequeña mancha roja sobre el tapete verde.

—Ese pleito es una infamia —dijo Alonso, golpeando la madera con el puño—. Mi abuelo pagó por esa tierra. Los Carmona siempre han sido unos muertos de hambre con delirios de grandeza. Ese documento no es más que un papel sin valor.

—Los documentos de esta naturaleza nunca carecen de valor, don Alonso —replicó Sagrario con la paciencia de un profesor—. Son armas. Y parece que Aristeo Carmona sabía apuntar.

—¡Aristeo era un traidor! —exclamó Alonso, y un tic nervioso hizo que su párpado izquierdo vibrara—. Se sentaba a nuestra mesa y, mientras tanto, planeaba cómo robarnos lo que es nuestro por derecho.

En ese momento, una sombra se proyectó desde el pasillo. Facundo Nogueira entró en el despacho. Llevaba una bayeta en la mano, con la intención aparente de limpiar el desastre provocado por Alonso. Sin embargo, Sagrario notó que el mayordomo no miraba los cristales. Sus ojos pequeños estaban clavados en el expediente de la Haza de las Ánimas.

Facundo se arrodilló para recoger los fragmentos. Un salto rítmico en el músculo de su mejilla izquierda traicionaba su máscara de impasibilidad. El mayordomo, siempre tan pulcro, parecía ahora un animal acorralado que intentaba disimular sus garras.

—La señora Adelaida lo busca en el salón, don Alonso —dijo Facundo, sin levantar la vista—. El cabo Alcaraz insiste en revisar los registros de personal.

—¡Que Alcaraz se vaya al infierno! —gritó Alonso, saliendo del despacho con un paso errático que hizo retumbar las tablas del suelo.

Sagrario observó a Facundo. El mayordomo terminó de recoger los cristales y se puso en pie. Se frotó las palmas de las manos con una insistencia dolorosa, como si intentara borrar una mancha invisible. Aquel gesto le recordó a los cómplices silenciosos que había encontrado en sus investigaciones anteriores: hombres que callan no por lealtad, sino por miedo a lo que el pasado pueda revelar sobre ellos mismos.

—Es un pleito antiguo, doña Sagrario —dijo Facundo, con voz ronca —. Cosas de antes, cuando la tierra se repartía con palabras que luego el viento se llevaba. No debería darle importancia.

—En un archivo, Facundo, las palabras nunca se las lleva el viento — respondió Sagrario, mirándolo fijamente—. Se quedan aquí, esperando a que alguien las lea.

El mayordomo no respondió. Se limitó a hacer una inclinación de cabeza y se retiró. Sagrario se quedó sola, rodeada de los ecos de la confrontación. Comprendió que la genealogía social del Lince Dorado se había transformado en una anatomía del miedo. Adelaida, Alonso y Facundo tenían motivos para desear el silencio de Aristeo. La Haza de las Ánimas era el corazón de la propiedad, y el capataz estaba a punto de arrancárselo del pecho a los Casabermejo usando el mismo sistema que ellos habían usado para dominar la comarca: la ley.

Sagrario volvió a colocar el expediente en su lugar. Se aseguró de que el cordón rojo quedara alineado. Recogió su bolso y se ajustó los guantes. Al salir, el pasillo del ala norte parecía haber cobrado una nueva dimensión. Ya no era un lugar de tránsito, sino una galería de secretos.

Se detuvo un momento frente al gran reloj de pie del salón. El péndulo marcaba un ritmo cansino, el compás de una familia que se desmoronaba. Sagrario se tocó la verruga del labio, pensativa. Su método le indicaba que el asesinato no había sido un arrebato de pasión, sino un acto de supervivencia social. Una defensa numantina de la herencia frente a la amenaza de la ruina.

—La tierra —murmuró para sí misma— nunca olvida quién la posee de verdad.

Al llegar al salón, Adelaida la esperaba junto al ventanal. La luz del atardecer perfilaba su silueta. La matriarca se acercó a ella con una urgencia que no había mostrado antes.

—Doña Sagrario —dijo Adelaida, su voz era un susurro cargado de autoridad desesperada—. Le ruego, por el honor de esta casa, que no mencione ese documento del despacho a nadie. Ese pleito es una nimiedad, un error administrativo que solo traería dolor.

Sagrario observó el parpadeo excesivo de la mujer. Era el miedo a la deshonra, el mismo miedo que había visto en los ojos de tantos otros personajes de su pasado, desde Úbeda hasta San Sebastián.

—La verdad, doña Adelaida, rara vez es una nimiedad —respondió Sagrario—. Y en este cortijo, parece que la verdad tiene raíces muy profundas, tan profundas como las de estos olivos.

—Si ese papel sale a la luz, la familia Casabermejo dejará de existir —sentenció Adelaida—. No permitiré que un muerto destruya lo que generaciones han tardado siglos en construir.

Sagrario no respondió. Se limitó a inclinar la cabeza y se retiró hacia la escalera. Mientras subía hacia sus aposentos, sintió que el aire

pesaba. El móvil del asesinato estaba allí, escrito con tinta de 1924.

Al entrar en su habitación, se dirigió a la mesa de noche. Sacó de su bolso el fragmento de lacre con la «C» y lo puso bajo la luz de la lámpara. La marca en el cuello de Aristeo, la mancha roja en el dedo de Alonso, el tic de Facundo y el expediente de la Haza… Las piezas estaban sobre la mesa, pero el dibujo resultante era una tragedia de avaricia y sangre.

Aquella noche, mientras el sol se ocultaba tras las lomas, Sagrario sintió que su labor de archivera estaba lejos de terminar. Cada descubrimiento en Jaén la conectaba con las lecciones del pasado. Los secretos que había empezado a desenredar en San Lázaro, con el Padre Anaximandro y el Códice Negro, parecían haberla preparado para este momento. Al igual que entonces, la verdad no era un destino, sino un proceso doloroso de pelar las capas de la hipocresía humana.

Se sentó en la silla de anea y miró hacia el olivar. Las sombras de los árboles se alargaban sobre la tierra roja como dedos que reclamaban justicia. Sagrario comprendió que el orden que ella buscaba restaurar no era el de la fachada de los Casabermejo, sino el de la historia real, por muy amarga que resultara.

—El pasado —susurró— siempre vuelve para cobrar sus deudas.

La pregunta que ahora flotaba en la penumbra de su habitación era quién de ellos había sido capaz de dar el paso definitivo. ¿La madre que defendía su estatus con uñas y dientes? ¿El hijo acorralado por sus propias deudas de juego? ¿O el mayordomo cuya lealtad estaba forjada en la sombra de un secreto compartido con el muerto?

Sagrario cerró los ojos y visualizó el árbol genealógico de los rencores. Sabía que su próxima conversación con el cabo Alcaraz sería determinante, pero también sabía que, en aquella casa, la justicia era un concepto tan esquivo como la sombra de un olivo al mediodía. Al menos, ahora tenía el hilo del que tirar: un cordón de seda roja que unía el pasado de 1924 con el cadáver del cenador.

CAPÍTULO 8: LA MALDICIÓN DE LOS LAZOS

El cuarto día en el cortijo «El Lince Dorado» amaneció bajo un resplandor crudo que desnudaba la fatiga en los rostros y la herrumbre en las voluntades. Doña Sagrario demoró su salida de la habitación. Un pinchazo sordo bajo la rótula izquierda, recuerdo persistente de sus caminatas por el olivar, le exigió un breve masaje antes de calzarse. Mientras se ajustaba los zapatos, su mirada cayó sobre el cuaderno de notas que descansaba en la cómoda.

Ese cúmulo de desidias y silencios le recordaba que la verdad, a menudo, no se oculta por astucia, sino que simplemente yace bajo el sedimento de los años, a la espera de que alguien tenga la paciencia de limpiar la superficie. En Jaén, aquel sedimento se componía de tierra roja y aceite, una pátina mucho más adherente que el polvo de cualquier estante olvidado.

Bajó al patio principal con la lentitud de quien sabe que las prisas rara vez revelan algo y, más a menudo, lo encubren. Sus suelas apenas chasquearon sobre las losas, un sonido que, en la quietud profunda de la mañana, pareció una intrusión. El patio, un cuadrado de mampostería blanca, retenía el calor del sol recién nacido como un horno de cal. En su centro, una fuente de piedra, seca desde hacía décadas, se alzaba como un monumento a la esterilidad.

Las sombras de las columnas se proyectaban sobre el suelo con una nitidez de cuchillo, dividiendo el espacio en zonas de luz cegadora y penumbra protectora.

Allí, bajo el dintel de la entrada principal, Adelaida y Alonso Casabermejo sostenían una conversación que, a juzgar por la rigidez de sus posturas, se acercaba más al juicio que a la confidencia. Doña Sagrario se detuvo a la sombra de un arco, aprovechando la invisibilidad que le otorgaba su baja estatura y su natural discreción.

—No es el momento para flaquezas, Alonso —la voz de Adelaida llegó hasta ella con la frialdad de una sentencia—. La filtración de ese pleito es un fuego que debemos apagar antes de que consuma los cimientos de esta casa. Nuestra posición no admite fisuras ante el pueblo.

—Pero, madre, los jornaleros ya murmuran en la almazara —respondió Alonso. La autoridad que intentaba fingir se deshacía en el temblor de su voz—. Purificación me miró esta mañana como si la tierra ya no nos perteneciera. Se comportaba como una intrusa en mi propio despacho.

Sagrario observó la escena con ojo clínico. Adelaida, pequeña y menuda, parecía, sin embargo, agigantarse por la rectitud de su espalda. Su mano derecha jugaba de forma inconsciente con el collar de perlas, un movimiento casi imperceptible que delataba su voluntad férrea de no ceder. Alonso, por el contrario, era una figura desdibujada. Su chaqueta de lino, de un tono arena demasiado claro, le quedaba ligeramente grande en los hombros, acentuando esa postura encorvada que delataba un peso invisible.

Años dedicados a desentrañar las miserias ajenas le habían enseñado a Sagrario que las dinámicas de poder no cambiaban con la geografía; solo variaba el escenario. El miedo a la deshonra acorralaba a los hombres, ya fuera en los pasillos de un viejo edificio administrativo o bajo el horizonte infinito de aquellos olivos. La ambición solía vestir el mismo ropaje de necesidad en cualquier parte.

Sagrario decidió intervenir. Avanzó hacia ellos ajustándose los guantes de hilo, permitiendo que el sonido de sus pasos anunciara su llegada con la debida antelación.

—La discreción es un arte que pareces haber olvidado en los casinos de la capital —sentenció Adelaida, cortando la frase justo cuando notó la presencia de la archivera—. Doña Sagrario, no esperaba verla tan temprano. Supongo que los documentos no le dan tregua ni siquiera al alba.

—Los papeles son testigos mudos, doña Adelaida, pero a veces gritan con más fuerza que los vivos si uno sabe escucharlos —respondió Sagrario con una inclinación de cabeza—. Especialmente cuando hablan de obligaciones que no se pagan con moneda, sino con el buen nombre de un linaje.

Adelaida apretó los labios. Sus ojos azules, pequeños y gélidos como dos fragmentos de cristal, se clavaron en Sagrario durante un segundo. Hubo un reconocimiento implícito en esa mirada: ambas sabían que las paredes del cortijo empezaban a ser transparentes. Sin decir una palabra más, la matriarca lanzó una orden silenciosa con un leve movimiento de cabeza y se retiró hacia el interior, dejando a Alonso solo frente a la archivera.

Alonso hizo amago de seguirla, pero sus pies parecieron clavarse en las losas calientes. La presencia de Sagrario, menuda y aparentemente inofensiva, ejercía sobre él la presión de un tribunal de conciencia. Ella se acercó despacio, permitiendo que el silencio jugara a su favor. No tenía prisa. Sabía que, si se espera lo suficiente, la tinta de los hechos termina por revelar lo que se intentó borrar.

—Tiene usted las manos heridas, don Alonso —dijo Sagrario, señalando con un gesto sutil los dedos del hombre—. Es una costumbre dolorosa.

Alonso bajó la vista hacia sus propias manos. Se frotaba los dedos con un frenesí rítmico. Sagrario notó el rastro rojizo, fresco y

brillante, en las cutículas de sus uñas, devoradas hasta la carne. En el dedo índice, una pequeña costra se había vuelto a abrir, dejando una mancha carmesí que contrastaba con la palidez de su piel. Era la marca de la ansiedad, una herida autoinfligida que ninguna fachada de señorito podía ocultar.

—Es la inquietud, doña Sagrario. La muerte de Aristeo, la presencia de la policía... —balbuceó él, intentando ocultar las manos en los bolsillos de su chaqueta—. Este lugar se ha vuelto opresivo.

—Aristeo Carmona no era solo su capataz, ¿verdad? —preguntó Sagrario, bajando la voz a un tono de confidencia que obligaba a Alonso a inclinarse hacia ella—. Era su sombra. Una sombra que proyectaba deudas sobre los olivos de esta familia. En mi experiencia, los compromisos económicos no son solo números; son cadenas invisibles que atan al deudor con el dueño del pagaré.

Alonso retrocedió un paso, chocando casi con el borde de la fuente seca. El color huyó de su rostro, dejando paso a una palidez cenicienta que hacía resaltar sus ojos marrones y huidizos. Miró hacia la galería superior, temiendo que el espectro de su madre lo estuviera observando desde algún ventanal, y luego volvió a mirar a la archivera. En sus ojos ya no quedaba rastro de la altanería de la víspera, solo el estupor de quien se sabe descubierto.

—¿Cómo lo sabe? —susurró, con la voz quebrada.

—He pasado mi vida leyendo los rastros que deja el miedo en el papel y en el comportamiento, don Alonso. Usted se muerde las uñas porque el hambre de su propia culpa le consume. Aristeo era un hombre ambicioso, y usted, una presa fácil para un capataz que aspiraba a ser dueño. El azar es un vicio caro cuando se juega con las tierras de los antepasados.

Alonso dejó escapar un suspiro que fue casi un sollozo seco. Sacó una petaca de plata del bolsillo interno de su chaqueta, pero sus dedos temblaban tanto que el metal chocó contra sus dientes al intentar beber.

—Él lo sabía todo —confesó, con la mirada perdida en la herrumbre de la fuente—. Los pagarés, las letras de cambio firmadas en despachos oscuros de la capital... Aristeo los compró todos. No sé de dónde sacó el dinero o con quién se alió para obtenerlo, pero se convirtió en mi verdugo. Me chantajeaba cada semana. Me obligaba a firmar documentos del cortijo: trasvases de fondos, contratos de compraventa de maquinaria que nunca llegaba a la almazara... Él estaba drenando la finca para asfixiarnos.

Sagrario asintió en silencio. La historia se repetía con una monotonía desoladora. La avaricia y el fraude seguían patrones universales, ya fuera en los grandes registros que ella había custodiado o en aquel rincón de Jaén. Siempre había alguien dispuesto a jugar sus cartas con la misma falta de escrúpulos, aprovechando la debilidad ajena para escalar posiciones.

—Y el pleito de la Haza de las Ánimas —insinuó Sagrario—. Fue la estocada determinante, ¿no es así? Aristeo no quería solo el dinero; quería la legitimidad que da la tierra.

Alonso se hundió de hombros, perdiendo toda la prestancia que le quedaba. Se apoyó en el borde de la fuente, ignorando el polvo que manchaba su pantalón.

—Esa tierra... Aristeo descubrió una cláusula de reversión oculta en los documentos de mi abuelo. Si yo caía en la insolvencia o se demostraba una administración fraudulenta que pusiera en peligro la integridad del patrimonio, la Haza podía volver a manos de su familia por un precio irrisorio estipulado hacía casi un siglo. Él quería esa tierra para construir su propio legado sobre las ruinas del nuestro. Me tenía contra las cuerdas. O le entregaba el control total de la gestión o denunciaba mis manejos financieros ante mi madre y ante el consejo familiar.

—Por eso intentó usted vender la parcela anexa —concluyó Sagrario, uniendo las piezas—. Esa pequeña lengua de olivos que linda con el camino real. Necesitaba liquidez para recomprar su honor.

Alonso asintió con una rapidez desesperada, una confesión atropellada que buscaba alivio después de meses de mentiras acumuladas.

—Era una parcela pequeña, casi insignificante para el total del cortijo, pero valiosa para un constructor del pueblo que quería hacer una nave. Pensé que con ese dinero podría pagar a Aristeo, quitarle la soga del cuello a mi futuro. Pero el pleito... ese maldito pleito lo paralizó todo. En cuanto se registró la reclamación sobre la propiedad total, ninguna venta era legal. Me quedé sin salida, doña Sagrario. Sin dinero para las deudas y con Aristeo presionándome cada hora para que firmara la cesión definitiva de la Haza. Me vi acorralado, Sagrario. No sabía qué hacer. Solo sé que al día siguiente, él estaba muerto... como si el peso de mi furia se hubiera materializado.

La archivera observó el pánico en los ojos del hombre. No era el miedo frío de un asesino calculador, sino la desesperación de un animal atrapado en una red que él mismo había ayudado a tejer con hilos de indolencia. La red del dinero es más resistente que el acero y más asfixiante que cualquier soga. Hombres desesperados por salvar una apariencia que ya no tiene sustento: ese era el motor que hacía girar la rueda de la tragedia.

En ese momento, un paso firme y rítmico resonó en la galería. El cabo Norberto Alcaraz apareció bajo el dintel, ajustándose el cinturón del uniforme con parsimonia. Su rostro mostraba la frustración de quien lleva horas revisando huellas y testimonios sin encontrar una sola pieza que encaje en su rígido protocolo. Se detuvo y consultó su reloj de pulsera, un gesto mecánico que repetía cada pocos minutos.

—Veo que siguen ustedes dándole vueltas a los asuntos de familia en lugar de descansar —dijo Alcaraz, acercándose al grupo con su cuaderno de notas—. Don Alonso, espero que no esté molestando a la señora con historias de pleitos antiguos. Esos son asuntos de abogados que solo sirven para criar polilla. Lo que importa aquí son

los hechos: quién estuvo en el cenador a las cinco de la mañana y qué marca dejó el asesino.

Sagrario lanzó una mirada de soslayo al cabo. La ceguera de Alcaraz ante la dimensión humana del conflicto era absoluta. Para el joven guardia, el asesinato era un problema de mecánica física; para ella, un síntoma de una patología social mucho más profunda. Alcaraz veía el cadáver; Sagrario veía la biografía de la víctima y del verdugo.

—Las deudas y la ambición por la tierra, cabo, son motores potentes de la conducta humana —apuntó Sagrario con suavidad, tocando la verruga cerca de su labio—. A veces, un papel firmado bajo presión deja una huella mucho más duradera que cualquier neumático en el barro.

Alcaraz soltó un bufido de impaciencia que movió su bigote perfectamente recortado.

—Con todo el respeto, doña Sagrario, la Guardia Civil se basa en pruebas cuantificables. La propiedad es un asunto civil. Yo busco a un criminal que ha golpeado a un hombre hasta matarlo. Don Alonso, necesito que venga conmigo al salón. Tenemos que verificar de nuevo los horarios de salida de la cuadrilla. Hay inconsistencias que no puedo permitir en mi informe.

Alonso miró a Sagrario con una mezcla de súplica y terror. Sus uñas heridas buscaron de nuevo refugio en la palma de su mano, cerrándose en un puño que ocultaba la sangre. La archivera leyó en su rostro la pregunta que no se atrevía a formular: ¿revelaría ella su secreto? Sagrario se mantuvo neutra, con una máscara de cortesía que no ofrecía promesas de silencio, pero tampoco una amenaza inmediata.

—Vaya con el cabo, don Alonso —dijo ella al fin—. El orden debe restaurarse, pieza por pieza. Cada dato encontrará su lugar en el registro final.

Mientras Alcaraz se llevaba a un Alonso tembloroso, Sagrario se quedó sola en el centro del patio. El sol ya golpeaba con fuerza las paredes blancas, y el aire empezaba a vibrar con ese calor seco que huele a resina y a tierra quemada. La archivera reflexionó sobre la posición de cada pieza en el tablero. Aristeo había sido eliminado con una precisión que no encajaba con el desorden nervioso de Alonso.

El hijo tenía el móvil más urgente: la supervivencia social. Pero, ¿tenía el temple necesario para ejecutar ese golpe que había dejado la marca circular, casi heráldica, en el cuello del capataz?

Su método, refinado tras décadas de observar la corrupción sutil de las voluntades, le indicaba que el pánico de Alonso era demasiado reactivo. Un hombre que se devora las manos es un hombre que se destruye a sí mismo, no necesariamente a los demás.

—El dinero —murmuró para sí misma, observando una pequeña lagartija que se ocultaba entre las grietas de la fuente— es una araña que no solo atrapa a la presa, sino que a veces termina por devorar también al tejedor.

El silencio volvió a caer sobre el patio, roto por el regreso de Adelaida Casabermejo. La matriarca no caminaba; avanzaba con la determinación de quien recupera terreno perdido. Se detuvo frente a Sagrario, bloqueando el camino hacia la salida. Sus manos, pequeñas pero de nudillos firmes, se entrelazaron frente a su cintura, haciendo brillar el anillo de sello familiar.

—Ha hablado usted demasiado con mi hijo, doña Sagrario —dijo Adelaida. Su voz era un susurro que cortaba el aire—. Alonso es un hombre de espíritu sensible, afectado por la tragedia. No quiero que se le perturbe con inquisiciones que no le corresponden a usted manejar.

—La verdad, doña Adelaida, suele ser perturbadora por naturaleza —respondió Sagrario, sosteniendo la mirada—. Pero es la única base

sólida sobre la que se puede reconstruir una casa después de una tormenta.

—Esta casa ya tiene sus cimientos, señora —sentenció Adelaida, con una intransigencia que Sagrario ya había visto antes en otras mujeres que custodiaban muros y secretos—. Y son cimientos de años de trabajo y de una propiedad que usted, como forastera, no puede comprender. Le ruego que limite su estancia a los documentos que le fueron encargados. Los asuntos privados de los Casabermejo no son materia de su archivo.

La matriarca dio media vuelta, su porte erguido contrastando con la figura de su hijo, a quien Sagrario veía a lo lejos entrar en el salón. Antes de desaparecer, Adelaida lanzó una última mirada sobre el hombro. Fue una advertencia final: en el cortijo, los secretos de familia se protegían con más ahínco que la propia vida.

Sagrario se quedó mirando la puerta cerrada. La archivera sintió el peso de las ataduras que asfixiaban a aquella familia, nudos forjados en el honor malentendido y la avaricia desesperada. El cabo Alcaraz pasó de nuevo cerca de la galería, revisando su reloj, totalmente ajeno al drama de poder que acababa de desarrollarse.

—Estos pueblos... —rezongó el cabo, hablando para sí mismo—. Todo son secretos y miradas de soslayo. En la capital, un muerto es un muerto y se resuelve con huellas. Aquí parece que hay que investigar hasta el árbol genealógico del olivo para entender el golpe.

—Exacto, cabo —respondió Sagrario, mientras empezaba a caminar hacia la escalera, sintiendo la molestia persistente en su rótula—. Porque en estas tierras, las raíces de los olivos no son las únicas que se retuercen en la oscuridad bajo el suelo. A veces, las raíces de una familia son las que terminan por asfixiar al fruto.

Mientras subía hacia sus aposentos, Sagrario visualizó el fragmento de lacre que guardaba en su bolso. El chantaje de Aristeo sobre Alonso era un móvil potente, pero la marca circular en la piel del

cadáver seguía apuntando hacia una autoridad, hacia una frialdad que Alonso no poseía. Él era una víctima de sus propias debilidades. La pregunta que ahora palpitaba en la mente de la archivera era si Alonso era el ejecutor de su propia liberación o simplemente otro documento falsificado en una trama mucho más amplia, una trama que conectaba la ambición del capataz con el orgullo herido de la matriarca.

El sol del mediodía caía ahora a plomo sobre el cortijo, borrando las sombras y dejando al descubierto la desnudez de la tierra roja. Sagrario cerró la puerta de su habitación, buscando el refugio del silencio. La investigación había dejado de ser un asunto de papeles para convertirse en una anatomía de la desesperación, donde el pasado volvía para cobrar sus deudas con intereses de sangre.

CAPÍTULO 9: SEMILLAS DE FRUSTRACIÓN

Teobaldo Cifuentes no manipulaba la válvula; la sentenciaba. Sus dedos, largos y de una palidez que delataba horas de gabinete, se cerraron sobre el volante de acero con una precisión que rozaba lo coreográfico. Aquel no era el movimiento rudo de un operario, sino la caricia técnica de quien conoce la resistencia exacta del metal. A su alrededor, el molino de aceite del Lince Dorado bramaba con una vibración que no nacía del aire, sino del suelo mismo, ascendiendo por las suelas de los zapatos de doña Sagrario hasta instalarse en su diafragma.

La archivera se mantuvo a distancia prudencial, observando desde la penumbra del umbral. Era la tarde del cuarto día de investigación, y el aire en la almazara se sentía denso, saturado de un aroma acre a alpechín, metal caliente y el perfume intenso de la aceituna recién molturada. Los haces de luz que descendían de los ventanales altos no eran limpios; estaban cargados de un polvillo áureo que danzaba al ritmo del latido industrial de la maquinaria.

Allí, entre legajos y sombras, la archivera había aprendido que la verdad suele susurrar desde el fondo de un cajón; aquí, en cambio, la verdad gritaba a través del acero, aunque nadie quisiera escucharla.

—La decantación es el alma de todo esto, doña Sagrario —proclamó Teobaldo sin volverse, proyectando la voz sobre el fragor de los

motores—. Si la temperatura oscila apenas dos grados en esta fase, la acidez se dispara. El esfuerzo de todo un año de cuidados en la loma puede convertirse en simple aceite para lámparas en cuestión de minutos. La precisión es la única frontera que nos separa de la mediocridad.

Sagrario avanzó con la parsimonia de quien no teme al ruido, aunque sintió la rigidez persistente en su rodilla izquierda al salvar el desnivel del suelo. Sus ojos, de un gris perla que parecía absorber los destellos de las superficies cromadas, recorrieron el lugar. Aquello era un templo a la modernidad injertado en el cadáver de una estructura antigua. Las paredes de mampostería, de una vara de grosor, retenían el eco de los siglos, pero el centro de la nave estaba dominado por un ejército de depósitos cónicos y tuberías que relucían con una frialdad quirúrgica.

—Es una obra imponente, don Teobaldo —respondió Sagrario cuando estuvo lo bastante cerca—. Sus manos, protegidas por los guantes de hilo, se entrelazaron sobre su bolso—. Sorprende encontrar este santuario de la técnica tras los muros de cal y piedra del cortijo. Casi parece una declaración de principios... o una rebelión silenciosa.

Teobaldo se detuvo en seco. Se ajustó las gafas de montura fina con un gesto preciso del dedo índice, un movimiento que Sagrario ya había catalogado en su paleografía conductual como un síntoma de impaciencia intelectual. El agrónomo se volvió hacia ella y, por un instante, el reflejo de los indicadores de presión en sus cristales ocultó sus ojos verdes.

—Rebelión es una palabra generosa, señora. Yo preferiría llamarlo supervivencia frente a la barbarie. —Señaló con su bolígrafo un punto en la pared donde una reluciente tubería de acero inoxidable moría bruscamente, conectada a un codo de hierro oxidado mediante una junta de goma que parecía un remiendo desesperado —. ¿Lo ve usted? Ahí tiene el límite exacto donde la razón choca contra la obstinación. Diseñé un flujo continuo que habría eliminado

cualquier contacto del fruto con el oxígeno, desde que entra en la tolva hasta que descansa en el depósito. Habríamos sido el primer cortijo de Jaén en garantizar una pureza inigualable, un logro que habría abierto a los Casabermejo las puertas de los mercados de Londres y Nueva York.

Sagrario acarició la pequeña verruga sobre su labio superior. Al ver aquel diseño interrumpido, recordó inevitablemente el Códice Negro que había pasado por sus manos en el monasterio: una obra maestra cuya lógica interna se veía truncada por anotaciones marginales que pretendían ocultar la realidad. Teobaldo también luchaba contra anotaciones marginales, pero las suyas estaban escritas en la tierra y en la voluntad de hombres más rudos.

—¿Y qué fuerza fue capaz de detener un progreso tan evidente, don Teobaldo? Un hombre de su determinación no suele dejar los planos a medio trazar por una simple avería.

El agrónomo soltó una risa áspera, un sonido desprovisto de humor que fue devorado por el zumbido de las centrífugas.

—Lo que detiene todo en esta tierra, doña Sagrario: el miedo a lo que no se puede controlar con un látigo. Aristeo Carmona. Para él, si un proceso no implicaba el sudor de una mula y el método que su abuelo practicaba en las lomas de Cazorla, no era asunto de hombres. Presenté el Plan de Inversión Integral hace dos años. Meses de cálculos, proyecciones de eficiencia y estudios que habrían hecho palidecer a cualquier consejo de administración. —Teobaldo apretó el bolígrafo con tal fuerza que sus nudillos palidecieron—. Y él lo despachó en cinco minutos frente a doña Adelaida. Lo llamó extravagancias de señorito con estudios. Convenció a la matriarca de que mi sistema echaría a perder el sabor de la tradición. Como si la oxidación y el rancio fueran rasgos de carácter y no defectos que podíamos erradicar con una firma.

Sagrario notó la tensión en la mandíbula del agrónomo. Aquello no era un simple desacuerdo profesional; era un resentimiento macerado en hiel durante temporadas enteras, una herida profunda

que le recordaba la frustración de Isidoro cuando el padre Anaximandro le negaba el acceso a ciertos registros. Sabía, por experiencia en los anaqueles polvorientos de su archivo, que el orgullo herido de un erudito dejaba una caligrafía mucho más profunda que la simple avaricia.

—Entiendo que su relación con el señor Carmona no era precisamente de concordia —sugirió Sagrario, suavizando el tono.

—Era un yugo, señora. Una cadena de hierro atada al cuello de este cortijo. Aristeo no solo rechazaba la tecnología; boicoteaba activamente cualquier intento de profesionalizar la gestión. Él prefería los tratos de palabra, las anotaciones en cuadernos mugrientos y un control absoluto basado en la intimidación del jornalero. Mi plan habría duplicado la producción en tres campañas. Habríamos saneado las cuentas de esta casa sin necesidad de... — Se interrumpió bruscamente. El silencio que siguió fue denso.

—¿Sin necesidad de qué, don Teobaldo? —insistió Sagrario, manteniendo su mirada fija en los ojos del agrónomo, que ahora evitaban el contacto.

—Sin necesidad de medidas desesperadas —concluyó él con voz queda—. Los números no mienten, doña Sagrario. Un margen de beneficio del doce por ciento es una realidad matemática inapelable. El honor familiar, en cambio, es una variable que no puedo introducir en ninguna ecuación. Es un concepto que solo sirve para justificar la ruina.

Aquella frase se grabó en la memoria de Sagrario con la precisión de un notario. En el microcosmos del Lince Dorado, el honor era la divisa oficial, pero Teobaldo hablaba el idioma innegable de los datos. Sus mundos chocaban de frente. La archivera se alejó de la vibración de las máquinas y subió tres escalones hacia una pequeña mesa de oficina situada en un rincón elevado, una suerte de atalaya desde la que se dominaba toda la planta.

Sobre la madera, varios planos desplegados mostraban el diseño de una ampliación que nunca llegó a construirse. Las líneas eran perfectas, trazadas con una mano que buscaba el orden absoluto en un entorno de imprevisión y esfuerzo físico. Recordó los legajos personales de Anaximandro que tanto le costó encontrar en Úbeda; cada hombre tiene su propio laberinto de secretos, y los de Teobaldo estaban dibujados en papel vegetal.

—Sus modelos de eficiencia —dijo Sagrario, señalando los planos— parecen la obra de alguien que busca la redención a través de la perfección. Casi diría que son un autorretrato de su propia ambición.

Teobaldo se acercó a la mesa y acarició el papel con una devoción que Sagrario solo había visto en bibliófilos ante un incunable o en el rostro de Beatriz cuando encontraba una firma perdida en el archivo de San Lázaro.

—Busco la validación de la lógica. Aquí estaba el futuro. Un sistema de monitorización precisa del fruto en el árbol, que habría permitido conocer el momento exacto de la cosecha, parcela por parcela. Aristeo se rió de esto en mi cara. Dijo que él sabía cuándo recoger la aceituna por el color del cielo y el dolor de sus huesos. Y Adelaida le creyó. Siempre le creyó a él. El instinto del analfabeto contra la certeza del científico. Una humillación constante, señora. Cada día que pasaba bajo las órdenes de ese hombre era una bofetada a mi carrera.

Teobaldo se encogió de hombros, su figura desgarbada proyectando una sombra alargada sobre los planos.

—Porque Aristeo era el guardador de sus secretos, y yo solo soy el gestor de sus tierras. En esta casa, la lealtad se paga con silencio, no con eficiencia. Aristeo conocía cada grieta del pasado de los Casabermejo. Yo solo conozco las grietas de sus suelos. Y créame, las del pasado son mucho más profundas y difíciles de rellenar.

La conversación fue interrumpida por una figura que avanzaba por el pasillo central con paso indeciso. Alonso Casabermejo se recortaba

contra la luz del patio, pareciendo aún más encogido de lo habitual. En lugar de su habitual petaca, hoy aferraba contra su costado un rollo de planos técnicos y un compás de latón, cuyos extremos asomaban entre sus dedos crispados. La otra mano, inerte, mostraba los dedos en un movimiento rítmico que delataba un sistema nervioso al límite.

Al llegar a la zona de la oficina, Alonso se detuvo. Observó a Teobaldo y a Sagrario con una mezcla de suspicacia y fatiga. Sus ojos marrones, siempre huidizos, se fijaron un instante en los planos desplegados sobre la mesa antes de volverse hacia el agrónomo.

—Otra vez con tus dibujos, Teobaldo —murmuró Alonso. Su voz arrastraba un cansancio que no procedía del trabajo físico—. Mi madre me ha pedido que supervise el estado de la molturación. Dice que el cabo Alcaraz está preguntando por el rendimiento de la última partida. Quiere saber si los números coinciden con lo que Aristeo anotó en su libro.

Teobaldo exhaló un suspiro de impaciencia. Aquel sonido era, para Sagrario, la expresión más pura del desprecio que sentía por la incompetencia del heredero. —La presión es constante, Alonso. Está todo en las esferas de los indicadores. Ya se lo he explicado a ese cabo tres veces. No hay nada que supervisar que no esté ya registrado en los gráficos. Pero claro, si doña Adelaida prefiere que alguien mire una aguja sin entender lo que señala, adelante. Pierda el tiempo como prefiera.

Alonso se acercó a la mesa de madera. Sagrario notó el ligero temblor de su mano al apoyar los planos que traía. La luz cenital del molino iluminó sus uñas, mordidas hasta el límite de la carne; pequeñas costras de sangre oscura en las cutículas y una herida en el dedo índice que volvía a supurar levemente atestiguaban un tormento interno. Alonso era el retrato vivo de la decadencia, y aquello le recordó a Sagrario la patética figura de Montalvo cuando sus mentiras empezaron a desmoronarse en el interrogatorio del inspector Roca.

—Los números no lo son todo, ya sabes... —murmuró Alonso, evitando a toda costa la mirada inquisitiva de la archivera—. Las cosas del campo tienen un ritmo propio. No pueden forzarse con máquinas. Aristeo siempre decía que un señorito con títulos no puede entender el alma del olivo. Él sabía lo que este cortijo necesitaba para seguir siendo lo que era.

—¡Aristeo ya no dice nada! —estalló Teobaldo. Golpeó la mesa con la palma de la mano, produciendo un estruendo seco que resonó en la nave, silenciando por un instante el zumbido de los motores—. Aristeo era un muro. Un obstáculo que nos impedía avanzar hacia la solvencia. Si este cortijo está al borde del colapso no es por falta de tecnología, sino por un exceso de tradiciones rancias y deudas que habéis ocultado durante décadas. Deudas que él conocía y que usaba para manejaros como a títeres de feria.

Alonso retrocedió un paso, como si el arrebato de Teobaldo hubiera sido un golpe físico. Su rostro palideció hasta volverse traslúcido en la penumbra. Su mirada buscó desesperadamente una salida, un refugio donde no tuviera que enfrentar la realidad. Aquella reacción evocó en Sagrario el miedo de Tarsicio antes de su confesión; el pánico de quien se sabe acorralado por un pasado que ya no puede ocultar.

—No hables así... mi madre no permitiría que un empleado...

—Su madre —le interrumpió Teobaldo con una calma gélida que resultaba más inquietante que su grito anterior— pronto se dará cuenta de que los planos que Aristeo despreció son el único salvavidas que le queda a este apellido. Si es que queda algo que no esté ya hipotecado. Aristeo ha muerto, Alonso. El muro ha caído. Y ahora vamos a ver quién de nosotros es capaz de mantener el edificio en pie.

Sagrario observó la escena con la inmovilidad de una estatua. Su mente procesaba cada palabra, cada microgesto. Alonso Casabermejo era un hombre quebrado, un heredero sin herencia, atrapado entre la tiranía de su madre y el chantaje de un muerto.

Teobaldo, por su parte, era un visionario frustrado. Un hombre cuya religión era la eficiencia y que había visto su templo profanado durante años por un capataz que lo trataba como a un subordinado molesto.

En el método de Sagrario, el orgullo era un motor mucho más potente que la avaricia para cruzar la línea del crimen. Había visto cómo ese mismo orgullo cegaba a Verdegay hasta llevarlo a la perdición.

—Don Alonso —intervino Sagrario con una suavidad que cortó la tensión—, ¿cree usted que el señor Carmona era el único obstáculo para los planes de don Teobaldo? ¿O acaso había otros intereses en esta casa que preferían mantener el molino en este estado de estancamiento?

Alonso la miró. Por un segundo, Sagrario vio en sus pupilas el brillo del terror, el estupor de quien se sabe observado por alguien capaz de leer bajo la piel. El modo en que su mandíbula se tensó al negar la existencia de "otros intereses" y el temblor casi imperceptible en la punta de sus dedos eran las letras no escritas de su "paleografía conductual": un hombre que sabía más de lo que quería decir.

—Aristeo era el obstáculo, sí —respondió Alonso, desviando la mirada de Sagrario—. Él era el único. Aquí... aquí nadie más quería el estancamiento. Yo solo quiero que esto termine. Que Alcaraz se vaya, que la cosecha se recoja y que... que la paz vuelva al Lince Dorado. Si es que tal cosa es posible tras lo ocurrido.

—Nada volverá a ser como antes, Alonso —sentenció Teobaldo, dándoles la espalda para volver a su maquinaria—. El equilibrio se ha roto. Y quizás sea lo mejor. El caos es siempre el primer paso hacia un nuevo orden, uno donde la competencia valga más que el apellido.

Alonso no respondió. Dio media vuelta y se alejó hacia la salida con paso vacilante. Sagrario notó que no había mirado a Teobaldo a los ojos ni una sola vez. Era la actitud del que ya no tiene nada que

defender, o del que teme que cualquier palabra sea un cabo suelto que lo conduzca directamente a la acusación formal. Dejó sus planos y su compás sobre la mesa, olvidados en su prisa por escapar del escrutinio de la archivera.

Sagrario se quedó a solas con el agrónomo. Teobaldo volvió a su tarea, ajustando un dial con una minuciosidad obsesiva. La archivera se acercó de nuevo a la mesa. Observó la fecha en una esquina del papel: hacía tres años que Teobaldo intentaba transformar el molino. Tres años de negativas, de desprecios, de ver cómo su intelecto era asfixiado por un hombre que ahora yacía muerto bajo un olivo. Aquellos planos, al igual que el documento de 1742 que había descubierto en San Lázaro, eran la prueba de una realidad social que se negaba a cambiar.

—La ambición del espíritu —murmuró Sagrario, casi para sí misma— es una fuerza que no conoce el descanso. Cuando se ve sofocada por la ignorancia, tiende a fermentar, como esas aceitunas que se olvidan en el fondo de un capacho. Al principio solo es amargura, pero con el tiempo se convierte en un ácido capaz de corroer cualquier cerradura.

Teobaldo no dejó de mirar el indicador de temperatura, pero sus dedos se detuvieron sobre el metal.

—El progreso siempre tiene un precio, señora. A veces es el dinero, a veces es la paciencia... y a veces es la eliminación de las variables que corrompen el resultado final de la ecuación. En un sistema cerrado, lo que no suma, resta. Y lo que resta, debe ser eliminado para que la cuenta cuadre. Es una ley de la naturaleza.

Sagrario registró la confesión implícita. En su mapa mental, la casilla de Teobaldo Cifuentes acababa de llenarse con un móvil profesional tan sólido como el acero de sus máquinas. La validación. La necesidad imperiosa de demostrar que tenía razón, por encima de cualquier consideración moral. El desprecio de Aristeo no había sido solo una molestia laboral; había sido un insulto a su propia

existencia, de la misma forma que la madre Eulalia consideraba la corrupción una mancha que solo la purga más estricta podía limpiar.

—Dígame, don Teobaldo —dijo Sagrario mientras se preparaba para marchar—, ahora que el señor Carmona ya no está para interponerse, ¿cuánto tiempo tardará en implementar ese sistema de flujo continuo? ¿Cuándo veremos el Lince Dorado convertido en esa joya de la eficiencia que usted proyectó?

Teobaldo se volvió hacia ella. Por primera vez en todo el día, una sonrisa auténtica asomó a sus labios. Era una expresión teñida de una satisfacción sombría, casi triunfal.

—Si el cabo Alcaraz me permite trabajar, mañana mismo empezaré a desmontar las viejas conexiones de hierro. Sin Aristeo, el camino está libre. Este cortijo por fin va a entrar en el siglo XX, aunque sea por la puerta de servicio y con las manos manchadas de aceite. El futuro no espera a los muertos, doña Sagrario.

La archivera asintió con una cortesía medida. Salió del molino dejando atrás el bramido de la maquinaria. Al pisar de nuevo la tierra roja del exterior, el silencio del campo se le antojó artificial. Una tregua frágil antes de que la verdad terminara de emerger.

Caminó hacia el edificio principal, sintiendo el peso de sus propios hallazgos. El sol de la tarde alargaba las sombras de los olivos como dedos oscuros que intentaban alcanzar los muros blancos del cortijo. La frase de Teobaldo persistía en su mente: «Ahora que el obstáculo no está». Era una confesión de alivio que rozaba la incriminación voluntaria. Las palabras de Gala de Haro sobre la lealtad le vinieron entonces a la memoria; a veces, la mayor traición nace del deseo de ser libre de un yugo que nadie más ve.

Su método le indicaba que el resentimiento de Teobaldo era una veta profunda. Aristeo no solo le había negado la inversión; le había negado su identidad como hombre de ciencia. Lo había tratado como a un subordinado prescindible. Y para un hombre como

Cifuentes, cuyo ego estaba construido sobre la precisión, aquello era una ofensa que exigía una corrección definitiva.

Al llegar a la escalera, Sagrario se detuvo a observar el fragmento de lacre con la "C" que guardaba en su bolso. El círculo se estrechaba. Alonso tenía el miedo y el móvil del chantaje. Adelaida tenía el orgullo y la defensa de la propiedad. Y Teobaldo... Teobaldo tenía la lógica fría y la ambición frustrada que busca su redención en la eliminación del error.

¿Hasta dónde puede llegar un hombre para validar su propio genio? La pregunta quedó suspendida en el aire mientras Sagrario subía el primer peldaño. La imagen de Teobaldo ajustando sus máquinas, con esa sonrisa triunfal sobre el cadáver de la autoridad de Aristeo, se grabó en su análisis. En el Lince Dorado, como en San Sebastián, las raíces del conflicto eran profundas y retorcidas, y Sagrario estaba decidida a que ninguna verdad, por amarga que fuera, quedara sin ser revelada.

CAPÍTULO 10: EL SECRETO DEL BASTÓN

Para Teobaldo Cifuentes, la senda vieja no figuraba en los mapas catastrales modernos que consultaba con obsesión de geómetra. Para doña Sagrario, sin embargo, aquel surco en la tierra roja era un documento de mayor fiabilidad. El camino serpenteaba entre los ejemplares más antiguos de «El Lince Dorado», olivos centenarios de troncos retorcidos que parecían agonizar en un abrazo perpetuo con el aire. Eran testigos mudos, herederos de una genealogía vegetal que Sagrario respetaba tanto como los legajos que solía custodiar.

A esa hora de la mañana, el sol de Jaén aún no había adquirido su peso plúmbeo, y una brisa ligera arrastraba el aroma a hoja seca, a la humedad persistente que el rocío dejaba en las oquedades de las piedras. Sagrario avanzaba con su parsimonia habitual, apoyando los zapatos de suela de goma con una precisión que apenas permitía el crujido de la grava. La rigidez en su rodilla izquierda, un recordatorio físico de los años acumulados, se hacía notar al salvar los desniveles del terreno.

Aquel pinchazo sordo la arrastró a un recuerdo: el frío penetrante de las baldosas del monasterio de San Lázaro. Allí, mientras investigaba la muerte del padre Anaximandro, el dolor en las articulaciones la había acompañado sin tregua, obligándola a detenerse frente a los facsímiles. Comparado con aquel invierno castellano, el calor de

Andalucía era casi una caricia, aunque trajese consigo sus propios fantasmas de sangre y aceite.

Sagrario no buscaba el paisaje, sino el rastro. En el bolso de piel, el fragmento de lacre con la inicial «C» que había recuperado parecía haber ganado peso. Cada paso la alejaba de la simetría impostada del cortijo y la internaba en la realidad física de la explotación, allí donde la propiedad y el linaje se traducían en surcos, lindes y sudor. A menudo pensaba en cómo los hombres intentaban ocultar su naturaleza bajo capas de protocolo, tal como Montalvo había intentado en el pasado esconder su verdadera ambición tras una fachada de erudición eclesiástica. Pero la tierra, al igual que los documentos antiguos, rara vez mentía si uno sabía interpretar sus tachaduras.

Divisó a Facundo Nogueira a unos cincuenta metros, en un recodo donde la senda se ensanchaba para permitir el paso de las caballerías de antaño. El mayordomo no vestía su chaqueta de servicio; llevaba, en su lugar, un chaleco de lana oscura sobre una camisa de algodón grueso. Era una indumentaria que lo devolvía a su origen campesino, pese a la rigidez de su postura. Estaba de espaldas, observando la ladera con una fijeza que Sagrario percibió de inmediato: no era la de quien supervisa el trabajo, sino la de quien acecha una verdad incómoda.

El estoicismo de Facundo, que en los pasillos del cortijo funcionaba como una armadura de discreción, aquí se sentía más denso. Sus hombros, anchos y ligeramente cargados, dibujaban una silueta sólida contra el verde plateado de los olivos. Sagrario se detuvo un instante a observar la mecánica de sus movimientos. El mayordomo desplazaba el peso del cuerpo con una lentitud calculada. Aquella economía de gestos le recordaba a la Madre Eulalia; ambos compartían esa capacidad de ocupar un espacio sin necesidad de palabras, gobernando sus dominios con una autoridad que no requería de gritos, sino de presencias.

—Buenos días, Facundo —dijo Sagrario cuando estuvo a una distancia prudencial.

El hombre no se sobresaltó. Su cabeza giró con la parsimonia de un engranaje bien mantenido. Los ojos pardos y pequeños, escrutadores por naturaleza, recorrieron la figura de la archivera antes de volver a la ladera.

—Doña Sagrario. No es habitual verla tan lejos de sus papeles a estas horas —Su voz sonó seca, con la aspereza de quien ha pasado la noche en vela.

—Los libros a veces necesitan aire, como las personas —respondió ella, situándose a su lado—. Y este rincón del olivar tiene una caligrafía muy particular. ¿Qué supervisa con tanto empeño?

Facundo guardó silencio. Las manos, que mantenía inmaculadas pese al entorno, estaban entrelazadas a la espalda. Sagrario notó que frotaba sus palmas, un gesto que en él sustituía a cualquier tic nervioso más evidente. Le recordaba a Isidoro cuando se sentía acorralado por las inconsistencias de un registro; era el gesto del que intenta pulir una mancha que solo él puede ver.

—La saca de la zona baja. Aristeo dejó órdenes estrictas antes de… —Hizo una pausa, evitando mencionar la muerte directamente—. Decía que esta parcela era el corazón de la finca. Pero los hombres están inquietos. El cabo Alcaraz no deja de rondar, y la tensión de sus pisadas se percibe en el ambiente.

Sagrario asintió, mirando hacia donde él señalaba. Era la zona de la Haza de las Ánimas, el terreno que figuraba en el expediente que ella misma había rescatado de la penumbra del despacho de don Braulio.

—Aristeo sabía dónde poner el ojo —comentó Sagrario con intención —. Un hombre con un talento especial para encontrar valor donde otros solo veían polvo.

—Aristeo sabía muchas cosas —cortó Facundo, y por primera vez hubo una nota de amargura en su tono—. Quizás demasiadas para su propio bien. La discreción es una virtud que él nunca terminó de apreciar.

El crujido de unos pasos sobre la hojarasca interrumpió la conversación. Purificación Gálvez apareció por el sendero lateral, el que subía desde las cabañas de los jornaleros. Llevaba un capacho vacío al hombro y su rosario de madera asomaba por el cuello de su blusa basta. Al ver a la pareja, su paso se hizo más lento, y sus ojos negros, como aceitunas de mesa, se clavaron en Facundo con una hostilidad que el mayordomo fingió no notar.

Purificación no se detuvo, pero al pasar a la altura de Sagrario, dejó caer su carga con un golpe sordo. Se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo, un gesto de dignidad antigua y sufrida.

—Bonito día para mirar el campo, ¿verdad, doña Sagrario? —dijo la jornalera, ignorando por completo la presencia del mayordomo—. Lástima que la vista no siempre sea de quien la trabaja con sus propias manos.

—La tierra tiene memoria, Purificación —respondió Sagrario con suavidad—. A veces solo hace falta esperar a que el sol ilumine el ángulo correcto para que las cicatrices se hagan evidentes.

Un amago de risa escapó de Purificación. Se ajustó el moño, del que escapaban varios mechones rebeldes, y lanzó una mirada de soslayo hacia los pies de Facundo.

—Hay quien cree que por vestir de limpio se le borra a uno el rastro de donde viene. Pero aquí nos conocemos todos desde que éramos unos críos con los pies descalzos. Algunos siempre sacan tajada de la desgracia ajena, y de las tierras, más aún. Hay quien sube peldaños pisando las escrituras de los demás, ¿no le parece, señor mayordomo?

Facundo no se inmutó, pero la fricción de sus palmas se hizo más rítmica. La mandíbula permaneció cerrada, una línea recta que

rechazaba cualquier provocación. Sagrario reconoció esa tensión; era la que había visto en Verdegay antes de que su red de mentiras colapsara bajo el peso de la evidencia.

—Purificación, el trabajo no se hace solo —dijo Facundo, con una autoridad fría—. El capacho no va a llenarse con refranes ni con viejos rencores.

—Ni la panza con lealtades compradas a precio de traición —replicó ella. Se volvió hacia Sagrario y bajó la voz—. Tenga cuidado con lo que lee en esos papeles, señora. Hay ventas que se firmaron con tinta, pero se cobraron con lágrimas. Y hubo quien sujetó el tintero para que el amo no se manchara los dedos de hollín.

La jornalera recogió su capacho y reemprendió la marcha hacia el olivar profundo. Su figura robusta se recortaba contra la luz, dejando tras de sí un silencio cargado de electricidad. Sagrario observó su espalda hasta que desapareció entre los troncos. Purificación no solo hablaba de Aristeo; la acusación velada contra Facundo ponía en jaque la fragilidad de su posición.

Sagrario aplicó su método de genealogía social mientras observaba el perfil imperturbable del mayordomo. En su mente, los indicios se anudaban en una urdimbre más densa. Facundo Nogueira no era un Casabermejo, ni siquiera un Carmona. Su ascenso de jornalero a mayordomo, una posición de confianza absoluta en una casa tan rancia como «El Lince Dorado», no podía explicarse solo por la eficiencia. Recordó las notas marginales del expediente de la Haza.

Hubo una serie de transacciones problemáticas hacía veinte años, una época de crisis en la que muchas familias pequeñas perdieron sus parcelas ante la presión de los Casabermejo. Aristeo había sido el ejecutor de aquellas compras, el hombre que conocía las debilidades de cada vecino. Pero Aristeo necesitaba un aliado dentro de las filas de los trabajadores, alguien que le proporcionara la información sobre quién estaba más asfixiado por las deudas o quién guardaba un secreto que pudiera usarse como palanca.

Aquella estructura de poder le resultaba familiar; recordaba la que alimentaba el fraude de tierras en el monasterio, donde el linaje de Isidoro se veía amenazado por documentos falseados.

—Purificación es una mujer de convicciones fuertes —dijo Sagrario —. Y con una memoria envidiable para los agravios familiares.

Facundo suspiró. Por fin, se despegó de su posición estática y dio un paso hacia un tronco cercano, donde había apoyado un objeto que Sagrario no había notado hasta ese momento.

—La gente de campo a veces confunde el progreso con la traición — dijo él, recogiendo el objeto—. Si una familia no sabe gestionar lo que tiene, era la ley, pensaba, que la tierra pasase a manos más capaces. Aristeo lo entendía perfectamente. Yo solo hice que la transición fuera menos dolorosa para los intereses de esta casa.

Sagrario centró su atención en lo que Facundo sostenía ahora. Era un viejo bastón de madera de encina, oscuro y nudoso. No era el accesorio elegante que un señorito usaría para pasear por la alameda de Jaén, sino una herramienta de apoyo robusta, curtida por el uso y el tiempo. Sin embargo, lo que captó la mirada forense de la archivera fue la contera. La punta del bastón no terminaba en el habitual caucho o en un clavo de hierro recto.

Poseía un remate de metal pulido, un casquillo de bronce que terminaba en una protuberancia redondeada y levemente curvada, como una garra roma. El metal brillaba bajo la luz, indicando un mantenimiento constante. Era un objeto inusualmente pesado, a juzgar por la forma en que Facundo lo manejaba.

—Un bastón interesante —comentó Sagrario, acercándose un paso más—. No parece el que suele llevar cuando atiende a doña Adelaida en el salón principal.

Facundo apretó la empuñadura. Sus nudillos se volvieron blancos por un instante.

—Es de mi padre. Era pastor en las estribaciones de la sierra antes de que yo entrara al servicio de los Casabermejo. Lo uso cuando el camino se pone difícil, lejos de las alfombras. La punta es para ayudar en las pendientes de piedra sucia, para engancharse a las raíces si hace falta. Es una herramienta, nada más.

Sagrario registró el detalle. Sus ojos, acostumbrados a discernir las microdiferencias entre un trazo auténtico y una falsificación en un pergamino, analizaron la forma de la punta de bronce. Visualizó la marca que el cabo Alcaraz había descrito en el cuello de Aristeo: una hendidura circular con un desgarro lateral, un golpe seco que no buscaba cortar, sino quebrar la voluntad del cuerpo. Aquel bastón le recordaba por su peso y su propósito oculto al tintero de ébano que había sido pieza clave en otro misterio; objetos cotidianos que, en las manos adecuadas —o equivocadas—, adquirían una naturaleza letal.

La curvatura de aquel metal, su peso y la firmeza con la que Facundo lo sostenía, encajaban con una precisión inquietante en la evidencia del crimen. Aristeo había sido sorprendido desde atrás. Un golpe con la punta de aquel bastón, descargado con la fuerza de un hombre acostumbrado al trabajo físico, habría sido fulminante. Y Facundo, con su conocimiento de las patrullas nocturnas y su capacidad para moverse por el cortijo sin ser visto, habría tenido la oportunidad perfecta.

—La lealtad es una virtud cara de mantener, Facundo —dijo Sagrario, manteniendo la voz en un tono de conversación académica —. A veces, uno se pregunta si el precio que se paga por ella no es, en realidad, el de la propia paz mental. Usted ha servido a esta familia durante décadas. Los ha visto prosperar y los ha visto… estancarse bajo el peso de sus propias tradiciones.

El mayordomo la miró fijamente. En su expresión había algo más que estoicismo: una fatiga profunda, la de quien lleva demasiado tiempo cargando con los pecados ajenos. Recordó la mirada de la

Madre Casilda cuando la negligencia se convirtió en culpa; una sombra similar en los ojos.

—Yo no pedí nacer donde nací, doña Sagrario. Pero aprendí pronto que en este mundo hay dos tipos de personas: las que dejan que la corriente se las lleve y las que construyen un dique con sus propios huesos. Aristeo y yo construimos muchos diques para esta casa. Y si al hacerlo alguna huerta se quedó seca, fue el precio necesario para mantener el orden.

Sagrario asintió, pero su mente ya estaba procesando la confesión implícita. No era lealtad por afecto lo que movía a Facundo, sino una necesidad de hierro. Su ascenso había sido un pacto de sangre y tierra con Aristeo Carmona. Este le había proporcionado la oportunidad de salir del barro a cambio de su complicidad en los oscuros manejos de la propiedad. Pero los pactos basados en el chantaje mutuo siempre tienen un punto de ruptura.

Si Aristeo había empezado a presionar a Facundo, o si el mayordomo veía que la caída de los Casabermejo era inevitable bajo las deudas de Alonso, su propia posición corría peligro. Sin Aristeo, el único conocedor de su pasado turbio y de su complicidad en el despojo de las tierras de jornaleros como Purificación, Facundo se convertía en el guardián absoluto de los secretos. El hombre, además, conocía cada linde y cada secreto de sus propios iguales.

—La ambición es un motor poderoso —reflexionó Sagrario, dando un pequeño rodeo alrededor de un olivo joven—. A menudo se disfraza de deber. Decimos que hacemos las cosas por la casa, por el honor… cuando en realidad las hacemos para no volver a tener las manos manchadas de la tierra que otros poseen. Es un mecanismo de defensa muy humano, Facundo. Lo he visto antes, en lugares muy distintos a este olivar.

Facundo clavó la punta del bastón en el suelo blando. El metal desapareció parcialmente en la arcilla roja.

—Usted lee demasiado, señora. La vida fuera de sus archivos es más sencilla. Se trata de tener un sitio donde caerse muerto y que ese sitio sea suyo por derecho, no por gracia del amo. Aristeo lo entendía. Él quería su reino, y yo quería el mío, aunque fuera un reino hecho de llaves y manteles de lino.

Sagrario observó el gesto. El movimiento de Facundo había sido brusco, una reacción defensiva. Notó que el mayordomo evitaba mirar el bastón mientras hablaba, como si el objeto hubiera cobrado una conciencia propia que lo delatara. Era la misma reticencia que Alba Valois mostraba al ocultar aquel objeto en su chaqueta; el miedo a que la materia misma hablara.

En ese momento, el sonido lejano de un motor rompió la quietud del olivar. El coche del cabo Alcaraz regresaba al edificio principal. Facundo levantó la cabeza, recuperando instantáneamente su máscara de imperturbabilidad.

—Debo volver, doña Sagrario. La señora Adelaida querrá saber el estado de la saca antes del almuerzo. Y el cabo Alcaraz tiene muchas preguntas y muy poca paciencia para las sutilezas del campo.

Facundo hizo un amago de inclinación, una cortesía mecánica. Al notar que la mirada de Sagrario seguía fija en el bastón de encina, su reacción fue inmediata. Con un movimiento rápido, giró el cuerpo y situó el bastón detrás de su espalda, ocultándolo. Fue un gesto delatador, una ruptura de su habitual economía de movimientos que Sagrario registró con la satisfacción del que encuentra una errata en un documento que se pretendía perfecto.

—Por supuesto, Facundo. No le entretengo más —dijo ella con una sonrisa amable que no buscaba consolarlo—. El orden es lo primero, después de todo.

El mayordomo se alejó por la senda vieja, caminando con una celeridad que rozaba la huida. Sagrario se quedó sola entre los olivos centenarios. El sol ya empezaba a calentar el aire, y el olor a

tierra removida se hacía más intenso. Se acercó al lugar donde Facundo había clavado el bastón y observó la marca en el suelo.

La huella era nítida: un círculo perfecto con una pequeña incisión lateral producida por el remate de bronce. Sagrario sacó su pañuelo de batista y se agachó para observar la marca más de cerca. No necesitaba un molde de escayola; su memoria visual ya había superpuesto aquella forma sobre el recuerdo del cuello de Aristeo Carmona. El mecanismo del asesinato empezaba a revelarse no como un acto de pasión repentina, sino como la culminación de décadas de resentimiento y pactos rotos.

Se incorporó lentamente, sintiendo el peso de sus años. El pasado de Facundo Nogueira era un pozo de ambición que corría paralelo al de los Casabermejo. Purificación tenía razón: el despojo de las tierras no había sido obra de un solo hombre, sino de un sistema donde la complicidad se pagaba con ascensos sociales. Aristeo había sido el maestro de ceremonias de aquella injusticia, pero Facundo había sido el escribano silencioso, el hombre al tanto de cada linde y cada secreto de sus propios iguales.

Su «lealtad» no era un escudo para la familia, sino una losa sobre su propio pasado. Y cuando Aristeo se convirtió en una amenaza para la paz que Facundo tanto ansiaba en su vejez, la herramienta de su padre se convirtió en el arma definitiva.

Sagrario comenzó a subir la senda de regreso al cortijo. El camino se sentía ahora diferente, más pesado. La pregunta que palpitaba en su mente ya no era quién tenía el móvil más fuerte, sino cómo encajaban todas las piezas en la Gran Reunión que sabía que se aproximaba. Facundo tenía el arma y el pasado oculto; Alonso tenía el miedo y las deudas; Teobaldo, la lógica fría del progreso; y Adelaida…

Adelaida tenía el orgullo que lo cubría todo como una capa de cal. Y Amalia, con su mundo de lienzos y pigmentos, parecía cargar el peso de una ausencia inconfesable, una grieta que no figuraba en ningún inventario familiar. Aquella red de secretos le recordaba al Códice

Negro; una historia escrita sobre otra, donde la verdad solo aparecía cuando se raspaba la superficie con la paciencia de un restaurador.

Al llegar a la vista de los muros blancos de «El Lince Dorado», Sagrario se detuvo un instante a recuperar el aliento. El edificio brillaba bajo el sol de la mañana, ocultando tras su fachada de orden y distinción las pasiones que acababan de aflorar en el olivar. El secreto del bastón era solo un cabo esencial en la trama, pero era un hilo con el color de la sangre vieja y el peso del bronce. Mientras caminaba hacia la entrada, Sagrario recordó una de las últimas anotaciones que había hecho en su crónica del monasterio: «El mal nunca queda impune si hay alguien dispuesto a mirar donde los demás apartan la vista».

Sagrario ajustó su sombrero de ala ancha y reemprendió la marcha. La verdad, como el aceite en el molino, empezaba a decantarse, separándose de las impurezas de la mentira. Pero en ese instante, el motor de un tractor arrancó a lo lejos, un sonido impropio para la hora, proveniente del ala donde se ubicaba la vieja almazara. Sagrario frunció el ceño. Un nuevo indicio, sutil como una nota al pie en un documento milenario, se presentaba. Y esta vez, no olía a sangre vieja, sino a aceite a punto de arder.

CAPÍTULO 11: SUSURROS DEL SECRETO

La plaza de Cazorla conservaba la quietud pesada de las tardes de Jaén, una calma en la que el tiempo, bajo la vigilancia pétrea de la torre de la iglesia, parecía anclado. Doña Sagrario se sentaba a una mesa de hierro en la terraza del bar «El Olivo», protegida por el toldo de lona que apenas matizaba la luz de las cuatro. Frente a ella, el empedrado, ocre y tibio del sol, se ofrecía sin límites, solo quebrado por el goteo rítmico de la fuente central y el fugaz trazo de algún vencejo que buscaba el frescor de los aleros.

Sagrario ajustó su sombrero de ala ancha con un movimiento preciso. Sus ojos, de un gris perla capaz de confundir a quienes la subestimaban, exploraron el entorno con una parsimonia que ocultaba una actividad intelectual febril. El aire del pueblo, aunque cálido, le ofrecía un respiro tras el encierro asfixiante del cortijo «El Lince Dorado». El murmullo de unos jubilados jugando al dominó en el interior, el aroma a café torrefacto mezclado con un rastro sutil de anís, todo componía una sinfonía de normalidad aparente que Sagrario sentía en flagrante contradicción con la herrumbre moral que había estado analizando entre los Casabermejo.

Sacó el pañuelo de batista de su bolso de piel y lo pasó por la superficie de la mesa antes de apoyar las manos, cuyas articulaciones protestaban con una rigidez sorda tras los paseos por el olivar. La imagen del bastón de Facundo y el silencio defensivo de

Adelaida seguían repasándose en su mente. Pero en aquella «genealogía social» que trazaba, una rama esencial seguía ausente: Amalia. La hija menor, con su pintura y sus silencios, era un documento lleno de tachaduras que Sagrario necesitaba restaurar.

El ejercicio de reconstrucción le traía reflexiones sobre su oficio. A lo largo de décadas clasificando legajos, había aprendido que la verdad no siempre residía en el texto principal, sino en las glosas marginales, en aquello que el escriba no se atrevía a poner en el centro de la página. La situación en el cortijo no difería de otras corrupciones desentrañadas en el pasado; la ambición humana, ya fuera por un legado antiguo o por unas hectáreas de olivos, utilizaba siempre la misma caligrafía de engaño.

En tierras donde la jerarquía se regaba con aceite, las voluntades se torcían como los troncos de los árboles centenarios, buscando siempre la luz del beneficio propio a costa de la sombra del vecino.

—En esta plaza, señora, las piedras tienen mejores oídos que los confesionarios —dijo una voz a su espalda.

Sagrario no necesitó girarse para identificar a Cayetano Ruiseñor. El sastre se aproximó con su paso menudo y esa leve inclinación de hombros que delataba décadas de labor sobre la mesa de corte. La cinta métrica pendía de su cuello como un escapulario profesional, y sus gafas de media luna cabalgaban sobre la punta de su nariz. Con un gesto de cortesía antigua, señaló la silla libre.

—¿Me permite, Doña Sagrario? El café solo es mejor compañía cuando se sirve con una pizca de información.

—Siéntese, Cayetano —respondió ella, con una sonrisa amable pero contenida—. El café aquí tiene la virtud de la franqueza, algo que escasea en las lomas de los Casabermejo.

El sastre tomó asiento y dejó su taza sobre la mesa. Sus ojos pequeños y brillantes observaron el bar con rapidez antes de centrarse en la archivera.

—He oído que el cabo Alcaraz anda dando vueltas por el molino como un perro de caza que ha perdido el rastro —comentó Cayetano, bajando la voz hasta casi un susurro—. Pero usted y yo sabemos que los rastros no están en las máquinas, sino en las costuras de las personas. Y en esa casa, las costuras están a punto de reventar. He visto prendas mal rematadas en mi vida, Doña Sagrario, pero lo de esa familia… eso no hay quien lo zurza con hilo corriente.

Sagrario tomó un sorbo de café. Era amargo, con un regusto a tierra quemada. Dejó la taza en el plato con un tintineo preciso que pareció puntuar el silencio de la plaza.

—Hablamos hace unos días de las distracciones de la señorita Amalia —dijo Sagrario, con el mismo tono mesurado—. Un hilo invisible, dijo usted. Y he notado que el bordado de su vida parece usar una «R» repetida en sus bocetos. Me pregunto quién teje con ella.

Cayetano se ajustó las gafas y se inclinó sobre la mesa, jugueteando con el dedal que aún llevaba en el meñique, un hábito que delataba su nerviosismo contenido.

—Verá, en un pueblo pequeño, uno aprende a distinguir el paso de un jornalero del de un señorito solo por el peso que llevan en el ánimo. Amalia ha estado bajando mucho a la zona de las huertas bajas, cerca del arroyo. Dice que busca luz para sus cuadros, pero la luz allí es la misma que en su estudio. Lo que buscaba era a Ricardo.

—¿Ricardo? —Sagrario anotó mentalmente el nombre. Una pieza que encajaba en el hueco que había dejado la inicial en el lienzo oculto de la joven. Un nombre común para un secreto que parece pesar tanto.

—Un jornalero, Doña Sagrario. De los de manos curtidas y poco apellido —continuó el sastre, su voz apenas un susurro que se perdía en el goteo de la fuente—. Un muchacho honrado, dicen algunos, pero con la osadía de mirar donde no debe. La sangre de los Casabermejo no se mezcla con el barro de la acequia, o al menos

eso cree Doña Adelaida. Ricardo es joven, fuerte, y posee ese tipo de orgullo que a hombres como Aristeo Carmona les gusta pisotear. Lo vi una vez en mi taller, arreglándose una chaqueta vieja para una fiesta en el pueblo. Tenía la mirada de quien no se siente menos que nadie, y eso, en el Lince Dorado, es un error que se paga caro.

Sagrario tocó la pequeña verruga sobre su labio superior, un gesto habitual cuando las piezas de un rompecabezas empezaban a formar una imagen coherente. El sello de la tragedia se imprimía ya en el papel.

—Aristeo —murmuró ella—. El capataz no era hombre de dejar pasar una irregularidad, ni en la saca del aceite ni en los movimientos de sus patrones. Era un hombre atrapado en su propia red de vigilancia, aunque su malicia fuese puramente terrenal.

—Aristeo no dejaba pasar ni el aire si podía cobrar peaje por ello —sentenció Cayetano, su rostro endureciéndose bajo la luz del atardecer—. Él los vio. En el olivar viejo, el que linda con las tierras que han cambiado de manos de forma tan extraña. Me lo dijo Purificación una tarde, entre dientes, mientras compraba hilos de luto. Aristeo no solo los vio; los guardó en su bolsillo como quien atesora una moneda para cuando el hambre apriete. Aquel hombre no entendía de sentimientos, solo de palancas de presión.

Sagrario reconstruyó la escena en su mente con la precisión de quien restaura un pergamino dañado. La joven artista buscando un refugio en los brazos de un hombre que representaba todo lo que su madre despreciaba. Y Aristeo, el guardián de las sombras, observando desde la penumbra de los olivos, calculando el valor comercial del escándalo.

—Un chantaje de honor —dedujo Sagrario con voz queda—. Peor que una deuda económica para alguien como Amalia. Aristeo amenazaba con exponerla, ¿verdad? Con arruinar la fachada que Adelaida tanto se esfuerza en mantener impoluta.

Cayetano asintió, su mirada fija en el fondo de su taza, donde el poso del café dibujaba formas caprichosas.

—En esta tierra, el buen nombre es lo único que no se puede hipotecar, y los Casabermejo ya tienen deudas hasta en el aire que respiran. Si esa noticia salía a la luz, Amalia habría sido desterrada de su propia casa o casada a la fuerza para tapar la vergüenza. Y Ricardo… bueno, él habría acabado en una cuneta. Aristeo tenía el poder de hundirlos con una sola palabra en el oído de la señora. Purificación me contó que vio a Amalia llorando cerca de la prensa un día después de hablar con el capataz. No era llanto de tristeza, era de ese temor que se te mete en los huesos y no te deja respirar con calma.

El silencio que siguió fue solo interrumpido por el toque metálico de las campanas de la iglesia, que anunciaban la hora con una solemnidad que parecía pesar sobre los hombros de los presentes. Sagrario procesó la información. El móvil de Amalia no era solo la rebeldía juvenil; era la supervivencia. El móvil de Ricardo era proteger a la mujer que amaba de un hombre que la usaba como mercancía para sus propios fines.

—Las jerarquías son las que matan —reflexionó Sagrario—. No son solo tierras, Cayetano. Es el peso de las expectativas y los secretos lo que termina por quebrar a las personas. El pasado siempre vuelve a reclamar sus deudas, y a menudo lo hace con intereses que nadie puede pagar.

—Y las verdades que no se pueden decir terminan por pudrirlo todo —añadió el sastre, levantándose de la mesa al ver una figura conocida cruzar la plaza por el extremo opuesto—. Ah, mire quién aparece por allí. Parece que la mención de su nombre la hubiera invocado.

Doña Sagrario giró la cabeza con lentitud, para no atraer la atención. Amalia Casabermejo cruzaba la plaza con paso rápido, casi furtivo. Llevaba un vestido de algodón sencillo y el cabello pelirrojo recogido de forma descuidada, como si se hubiera peinado a oscuras. Se

dirigía hacia la tienda de ultramarinos, pero su mirada no buscaba el escaparate, sino que escudriñaba las esquinas con un nerviosismo que Sagrario leyó como un libro abierto.

—Su cuerpo, Cayetano, habla lo que su boca se niega a pronunciar —susurró Sagrario, observando cómo Amalia evitaba mirar hacia la terraza, manteniendo la cabeza baja—. Fíjese en sus manos. Cómo aprieta ese bolso contra su costado, como si llevara dentro algo que teme perder o que la delata.

Amalia entró en la tienda. A través del cristal empañado por los años, Sagrario la vio comprar suministros con gestos bruscos, casi violentos. Sus uñas, pintadas de ese color oscuro y desconchadas por el trabajo con los pinceles, se aferraban a las bolsas de papel con una fuerza innecesaria. No era la actitud de una joven que hacía recados por orden de su madre; era la de alguien que se prepara para una situación de emergencia, para alguien que no puede dejarse ver. Su postura era rígida, los hombros elevados, una reacción defensiva clásica ante la sensación de ser observada por ojos invisibles.

—Va a por víveres —observó Cayetano, volviendo a sentarse un momento—. No los necesita en el cortijo; allí las despensas están bien provistas, aunque el aire esté viciado. Eso es para alguien que se oculta, alguien que no puede acercarse a la mesa de los señores ni a la de los jornaleros.

Sagrario asintió en silencio. La joven salió de la tienda un minuto después, ocultando el rostro tras un mechón de su cabello cobrizo que se había soltado. Pasó a pocos metros de la mesa de Sagrario, y por un instante, sus ojos color miel se encontraron con los grises de la archivera. Fue un contacto fugaz, apenas un parpadeo, pero suficiente para que Sagrario viera el estupor y la culpa reflejados en aquellas pupilas dilatadas por el miedo.

Amalia no saludó; apretó el paso, casi tropezando con un adoquín mal puesto, y desapareció por una de las callejas estrechas que

subían hacia la parte alta del pueblo, donde las sombras eran más densas.

—Teme que yo sea el espejo que le devuelva su propia imagen —dijo Sagrario, volviendo a su café ya frío—. Pero no soy yo a quien debe temer, sino a la propia red que ha intentado tejer para salvarse.

Cayetano se inclinó de nuevo, su expresión tornándose sombría, abandonando por un momento su máscara de informante social.

—Hay algo más, Doña Sagrario. Algo que no le he dicho porque hasta hoy era solo un murmullo entre las mujeres que lavan en el arroyo.

Sagrario aguardó en silencio, su postura impecable comunicando una paciencia infinita. Sabía que las mejores verdades se sirven al final, como el poso que queda en el fondo de una vasija antigua.

—Ricardo, el jornalero… no se le ha visto por el pueblo ni por los tajos desde la noche en que Aristeo apareció muerto —confió el sastre, bajando la voz al mínimo posible—. Sus compañeros dicen que recogió sus cuatro trastos y desapareció sin pedir la cuenta. Ni una palabra a nadie. Es como si la tierra se lo hubiera tragado. Algunos dicen que huyó por miedo a las preguntas del cabo, otros… otros piensan que quizás Aristeo no fue el único en sufrir un percance aquella noche, aunque no haya rastro de su ausencia más allá del silencio.

La archivera sintió una nueva arista lógica formarse en su mente. Una desaparición en medio de un asesinato nunca era una coincidencia, era una consecuencia.

—¿Desaparecido? —repitió ella—. ¿O escondido por alguien que prefiere tenerlo bajo su ala antes que bajo la custodia de la Guardia Civil?

—O huyendo por su propia cuenta —añadió Cayetano—. En este pueblo, si uno desaparece cuando el capataz muere, es que tiene el

peso del bronce en la conciencia. Y Amalia… bueno, ya ha visto usted cómo se mueve hoy. Como si cargara con el secreto de dos vidas. Esa muchacha sabe dónde está Ricardo, o al menos sabe por qué no está donde debería estar.

Sagrario guardó silencio, mirando hacia la calleja por la que se había perdido la joven Casabermejo. El afecto era una fuerza que no figuraba en los archivos oficiales, pero que movía más voluntades que cualquier decreto real o escritura de propiedad. En el caso de Amalia, su relación con Ricardo no era un simple romance de juventud; era la grieta por la que Aristeo Carmona había intentado drenar lo que quedaba de la dignidad familiar. Un chantaje que ponía en peligro una vida entera y que justificaba, a ojos de los desesperados, cualquier medida extrema.

—Ricardo se convierte en una sombra necesaria para completar este cuadro —reflexionó Sagrario—. Si él es el autor del golpe, lo hizo por ella. Si ella es la cómplice, lo hizo por él. Pero hay algo que no encaja con la naturaleza del hecho. Ricardo es un hombre de campo, de manos grandes y fuerza bruta, como dice usted. El golpe que acabó con Aristeo… tuvo una precisión y una frialdad que hablan de otra mano, de otro método.

La archivera se levantó, ajustando su bolso de piel con un movimiento fluido. Sus rodillas protestaron con una rigidez que la obligó a apoyarse un instante en el borde de la mesa, un recordatorio de que los años de archivo no perdonaban las tensiones de una investigación de campo.

—Gracias, Cayetano. Su perspectiva ha sido de gran valor. Me ha recordado que, para entender el presente, hay que saber leer las marcas que el tiempo deja en el carácter de las personas. Las cuentas pendientes siempre encuentran su camino hacia la superficie, por mucho que se intenten enterrar bajo los olivos.

—Tenga cuidado, Doña Sagrario —le advirtió el sastre, levantándose también con un gesto de respeto—. Los Casabermejo no perdonan a quien les quita la máscara. Son como esos tejidos antiguos que

parecen sólidos pero están podridos por dentro; si tiras demasiado fuerte del hilo, toda la prenda se deshace y corres el riesgo de quedar atrapada entre los jirones.

—Los archiveros estamos acostumbrados a manejar documentos que se deshacen al tacto, Cayetano —respondió ella con una serenidad que parecía enfriar el aire a su alrededor—. Y en este olivar, ya es hora de que la luz ilumine hasta el último surco de la verdad. Las sombras solo sirven para que los culpables se sientan a salvo, pero ninguna sombra es eterna.

Sagrario comenzó a caminar hacia la parada donde el coche del cortijo debía recogerla. El sol empezaba su descenso final, proyectando sombras alargadas que transformaban las piedras de la plaza en formas fantasmagóricas. En su mente, la pregunta se repetía con la insistencia de un metrónomo: ¿Había sido el amor de Amalia y Ricardo el motor que activó la mano de otro, o habían sido ellos peones en un juego mucho más complejo de Facundo?

Recordó una máxima que solía aplicar a los documentos dudosos: lo que parece un error suele ser la pista más reveladora. Aristeo había intentado apagar muchas voluntades con su chantaje, y el fuego de su propia ambición lo había consumido finalmente.

Al pasar frente a la iglesia, se detuvo un instante a observar la torre. Sagrario sabía que no buscaba una respuesta en la piedra, sino en la lógica de los hechos. Ricardo estaba desaparecido, Amalia acorralada y la sombra del capataz muerto seguía extendiéndose sobre todos ellos, dictando sus movimientos desde el pasado. Subió al vehículo con la determinación de quien sabe que la próxima conversación en el «Lince Dorado» ya no sería un intercambio de cortesías sociales.

Había llegado el momento de confrontar a Amalia, no con la dureza de un juez, sino con la comprensión de quien sabe que un secreto compartido es una cadena que solo la verdad puede romper. Al cerrar la puerta del coche, el sonido seco del metal encajando en el marco le recordó al cierre de un legajo definitivo. Una caja que

contenía la ruina de una familia y el destino de dos amantes que habían subestimado la capacidad de un hombre como Aristeo para seguir siendo una amenaza incluso después de que su corazón hubiera dejado de latir.

CAPÍTULO 12: EL RELOJ PERDIDO DE ALONSO

El sol de Jaén no pedía permiso para entrar en el cortijo; se filtraba como una marea blanca por los resquicios de las persianas, dibujando líneas de polvo suspendido que dividían el aire en estratos. Doña Sagrario, apoyada en la barandilla de la galería superior, observaba el patio con la fijeza de un agrimensor. Abajo, el cabo Norberto Alcaraz consultaba su reloj de pulsera por tercera vez en cinco minutos.

Bajo la luz cruda, la impaciencia se adivinaba en sus hombros erguidos, y el brillo casi artificial de sus botas parecía librar una batalla perdida contra el polvo rojizo de la provincia.

Sagrario sintió la punzada habitual en su rodilla izquierda. No era un dolor agudo, sino una protesta sorda de sus articulaciones, la memoria de años de archivos y legajos que no perdonaban las caminatas por las lindes del olivar. Se frotó la pequeña verruga sobre el labio superior, un gesto que en ella precedía siempre a una decisión.

—Cabo —llamó con voz clara, pero sin elevar el tono—. Deje de pelear con el tiempo. El reloj no avanzará más rápido por mucho que lo interrogue.

Alcaraz alzó la vista, protegiéndose los ojos con la mano. Su mirada, de ese azul indefinido que siempre parecía buscar un horizonte más

urbano, se suavizó al ver a la archivera.

—Doña Sagrario. Pensaba en el informe para el cuartel. Los jornaleros no sueltan prenda y la señora Adelaida ha cerrado filas. Si no encontramos algo pronto, esto se convertirá en un papeleo eterno.

Sagrario descendió la escalera con parsimonia, midiendo cada peldaño para minimizar el quejido de su rodilla. El aire en el patio olía a tierra seca y al agua estancada de la fuente central, un cuenco de piedra donde el verdín empezaba a reclamar su territorio.

—El orden de esta casa es una fachada, Cabo. Una construcción de sillería que oculta grietas estructurales —dijo ella al llegar a su altura —. Hemos sido demasiado respetuosos con la jerarquía de los Casabermejo. El primer día apenas rozamos la superficie de la habitación de don Alonso por deferencia a su apellido. Pero la paleografía de los hechos me dice que el desorden de un hombre es, a menudo, su confesión más sincera.

Alcaraz se ajustó el cinturón de cuero, intrigado.

—¿Insinúa que el heredero oculta algo en sus aposentos? Ya vimos que está en la ruina. Facturas, deudas de juego...

—Veo que ha aprendido a leer las notas al margen, Cabo. Pero falta el cuerpo del texto. En el caso de Montalvo y Verdegay, la soberbia fue el cabo suelto que deshizo toda la trama. Los hombres como Alonso Casabermejo creen que su estatus les otorga un archivo privado inviolable. Subamos.

El ascenso hacia el ala este del cortijo fue silencioso. El olor a cera vieja y a humedad encerrada se hacía más intenso a medida que se alejaban de las corrientes de aire del patio. Frente a la puerta de Alonso, la figura de Facundo Nogueira apareció como una sombra recortada contra la cal de la pared. El mayordomo sostenía un paño de lino inmaculado con el que frotaba el pomo de latón de una puerta vecina. Sus movimientos eran rítmicos, casi hipnóticos.

—Buenos días, doña Sagrario. Cabo —saludó Facundo. Su voz era un susurro seco, una superficie sin aristas—. Don Alonso se encuentra indispuesto. Ha solicitado que no se le moleste hasta el almuerzo.

—La justicia no almuerza, Facundo —respondió Sagrario, deteniéndose a dos pasos de él—. Y la indisposición suele ser el refugio de los que no tienen respuestas. Apártese.

Sagrario observó las manos de Facundo. Estaban rojas por el esfuerzo de la limpieza, pero sus nudillos permanecían blancos, apretados. El mayordomo no se movió de inmediato. Hubo un segundo de medición, un duelo de voluntades que terminó cuando Alcaraz puso la mano sobre el pomo.

—Es una orden, Nogueira —sentenció el Cabo.

La puerta se abrió con un gemido de bisagras mal aceitadas. El aire que escapó de la estancia era pesado, cargado de un aroma rancio: tabaco de pipa mal quemado, jerez y el sudor frío de quien ha pasado la noche peleando con las sábanas en lugar de dormir. Facundo permaneció en el umbral, con las manos entrelazadas a la espalda, una estatua de servidumbre que irradiaba una vigilancia tensa.

La habitación de Alonso Casabermejo era el autorretrato de un naufragio. Sobre el escritorio de caoba, los papeles no estaban dispuestos para el trabajo, sino amontonados en un caos defensivo. Sagrario se acercó con movimientos breves, evitando que su falda rozara las pilas de documentos. Vio facturas de sastrería con sellos de impago, notas de crédito de casas de apuestas de Jaén y cartas bancarias con los bordes desgastados de tanto ser leídas. Un tintero volcado había dejado una mancha oscura sobre un legajo de propiedad, una mancha que se extendía como un estigma sobre la madera noble.

—Mire esto, Cabo —murmuró Sagrario, señalando el escritorio sin tocarlo—. El desorden no es aleatorio. Es una barricada. Alonso ha

intentado enterrar su ansiedad bajo capas de papel. Estos documentos son gritos que nadie ha querido escuchar en esta casa.

Alcaraz empezó a registrar el chifonier con una brusquedad que hizo saltar una pequeña astilla de la moldura de madera.

—Ropa cara y recibos de deudas —bufó el guardia—. No hay nada aquí que no supiéramos por los libros de Aristeo. Alonso es un deudor, pero ¿un asesino?

La archivera no respondió. Su atención se centró en la cama. Las sábanas de hilo estaban hechas un nudo, testimonio físico de un insomnio violento. A los pies del lecho, una levita de paño oscuro yacía tirada en el suelo, abandonada como una piel de la que su dueño hubiera querido despojarse. Sagrario notó algo extraño: el resto de la habitación estaba cubierto por una fina capa de polvo, lógica en una casa de campo, pero la zona alrededor de la levita parecía haber sido «barrida» superficialmente, como si alguien hubiera pasado un paño con prisa, sin mover la prenda.

Sagrario se inclinó, sintiendo el acostumbrado crujido en su rodilla. No usó las manos. Con la punta de su sombrilla de seda, desplazó con cuidado un pliegue de la levita. Bajo el tejido pesado, algo captó la luz que se filtraba por las rendijas. Era un destello metálico, un brillo de oro viejo que no encajaba con el desaliño general.

—Cabo —llamó ella. Su voz fue un hilo de seda que cortó el aire rancio—. Venga aquí.

Alcaraz se acercó de inmediato. Al ver el objeto, su mano bajó instintivamente a la funda de su arma, un gesto reflejo de alerta.

—Un reloj —dijo el guardia, entornando los ojos—. Podría ser de don Alonso.

—No lo es —sentenció Sagrario. Usó su pañuelo de batista para recoger el objeto con una delicadeza que recordaba a cómo manipulaba los folios del Códice Negro—. Observe la tapa trasera. Estas iniciales, «A. C.», grabadas con una tosquedad que delata la

mano de un platero local, no corresponden al heredero. Es el reloj de Aristeo Carmona. El mismo que don Alonso juró que el capataz había perdido cerca del arroyo hace tres días.

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el zumbido de una mosca contra el cristal de la ventana. El reloj, con su cadena de leontina enredada, pesaba en la mano de la archivera con la gravedad de una sentencia.

—Si el reloj está aquí, oculto bajo su ropa —razonó Alcaraz, recuperando su tono de autoridad profesional—, es porque Alonso estuvo junto al cadáver. O porque él mismo lo puso allí. Su coartada de haber estado durmiendo mientras el capataz moría en el cenador se acaba de disolver.

—¡Facundo! —rugió el Cabo, girándose hacia la puerta.

El mayordomo entró en la estancia con su habitual calma de cera. Sus ojos pequeños y pardos se posaron en el reloj que Sagrario sostenía, pero no hubo sorpresa en ellos. No hubo dilatación de pupilas ni un paso atrás. Era una máscara de control. Sin embargo, Sagrario notó que sus manos, siempre ocupadas en frotarse las palmas, se cerraron con una fuerza que hizo blanquear sus nudillos.

—Dígame, Nogueira —dijo Alcaraz, invadiendo el espacio personal del sirviente—. ¿No fue usted quien limpió esta habitación ayer tarde, siguiendo las instrucciones de doña Adelaida?

—Así es, señor —respondió Facundo con una monotonía gélida—. La señora es muy estricta con el decoro.

—¿Y me va a decir que no vio un reloj de oro de este tamaño sobre la alfombra? ¿Un objeto que brilla incluso en esta penumbra? No me tome por tonto, Nogueira.

Facundo mantuvo la mirada, imperturbable.

—La habitación estaba en un estado lamentable, señor. Me limité a retirar la loza del servicio y a ventilar. Mi función es la limpieza de

superficie, no la inspección de los rincones privados de los señores. Mi lealtad me impide husmear donde no se me ha llamado.

Sagrario observó al mayordomo. Facundo no mentía de la forma habitual; ocultaba la verdad tras una cortina de deber profesional. Para un hombre que había pasado décadas puliendo cada rincón del cortijo, era físicamente imposible no haber visto aquel reloj. El hecho de que no lo hubiera reportado indicaba una decisión deliberada. Sagrario recordó a la Madre Eulalia y su capacidad para guardar secretos que protegían la institución por encima de las personas. Facundo estaba haciendo lo mismo: protegía la estructura del cortijo, o quizá, esperaba que fuera otro quien encontrara la prueba.

—Su deber ahora es con la ley, Facundo —intervino Sagrario con voz suave—. La lealtad a una familia no puede cubrir un crimen de sangre. Traiga a don Alonso. Ahora mismo.

El mayordomo hizo una inclinación de cabeza y salió al pasillo. Sagrario se acercó al escritorio de Alonso. Sus dedos rozaron una de las facturas. Notó que la firma del patriarca, don Braulio, estaba imitada con una torpeza que delataba el temblor de la mano del hijo. Era la caligrafía del pánico, el mismo rastro de miedo que había visto en las notas marginales de los documentos que investigó en Úbeda.

—El reloj no es solo una prueba física, Cabo —reflexionó Sagrario—. Es una contradicción. Alonso temía a Aristeo. El hecho de que conserve este objeto sugiere que es un asesino que ha reclamado su liberación, o un necio que pensó que podía robarle a un muerto sin que la sombra del difunto lo persiguiera.

—No le dé más vueltas, doña Sagrario. El móvil es el chantaje por las deudas y la falsificación de estas firmas. El reloj es la prueba definitiva de su presencia en el cenador.

Unos pasos erráticos resonaron en el corredor. Alonso Casabermejo entró en la habitación envuelto en una bata de seda granate, manchada en las mangas. Su aspecto era deplorable. El cabello

castaño estaba apelmazado por el sudor y su rostro presentaba una palidez cenicienta.

Alonso se detuvo en el umbral. Su mano derecha voló instintivamente a su boca. Sagrario observó cómo el hombre empezaba a morderse la uña del pulgar con una ferocidad de animal acorralado. La sangre fresca brotaba de su cutícula, uniéndose a las costras resecas. Un tic nervioso en su mejilla izquierda bailaba con un ritmo frenético.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alonso. Su voz era un hilo quebradizo—. Facundo dice que están registrando mi cuarto como si fuera un delincuente.

Alcaraz no perdió el tiempo. Levantó el reloj de Aristeo, dejando que la cadena oscilara frente a los ojos del heredero.

—Explíqueme esto, don Alonso. Y sea preciso, porque su libertad depende de lo que diga ahora.

Alonso fijó la vista en el objeto. Por un instante, el terror en sus ojos marrones fue tan puro que resultó obsceno. Retrocedió, golpeando su espalda contra el marco de la puerta.

—Ese... ese reloj —balbuceó—. Aristeo... él lo perdió. Lo buscamos en la linde del arroyo.

—Pues parece que el reloj ha preferido el refugio de su levita a las aguas del arroyo —ironizó Alcaraz—. Estaba escondido bajo su ropa, don Alonso. En esta misma estancia.

—¡No es mío! ¡No sé cómo ha llegado ahí! —gritó Alonso, y su voz ascendió hasta la histeria—. ¡Alguien lo ha puesto para hundirme! ¡Esa mujer! —señaló a Sagrario con un dedo tembloroso y ensangrentado—. Ella ha estado husmeando en los papeles de mi padre, revolviéndolo todo... ¡Usted quiere destruir mi nombre!

Sagrario no se inmutó. Mantuvo su postura erguida, observando la reacción física del hombre. El lenguaje corporal de Alonso no era el

de un asesino frío, sino el de una criatura pusilánime que se ahogaba en su propia red de mentiras.

—Don Alonso —dijo Sagrario con una calma que resultaba más imponente que los gritos del Cabo—, el reloj no ha aparecido por azar. Estaba oculto bajo la prenda que usted usó la noche que Aristeo murió. Una prenda que presenta manchas de tierra roja en las rodillas. La misma tierra que rodeaba el cadáver en el cenador.

Alonso bajó la vista hacia la levita en el suelo. Sus labios temblaron. Se llevó de nuevo la mano a la boca, mordiéndose la piel con tal fuerza que un hilo de sangre corrió por su barbilla.

—Usted odiaba a Aristeo porque él conocía sus debilidades —continuó Sagrario—. Sabía que usted falsificaba la firma de su padre para pagar sus deudas en Jaén. Lo sabía y lo usaba para obligarle a firmar esos documentos de cesión. Aristeo lo estaba despojando de su herencia.

—¡Me trataba como a un perro! —estalló Alonso, y las lágrimas de frustración empezaron a surcar su rostro—. ¡Ese hombre se creía el dueño del Lince Dorado! Me daba órdenes delante de los jornaleros... ¡Yo soy un Casabermejo!

Alcaraz dio un paso al frente, sacando las esposas con un tintineo metálico.

—Don Alonso Casabermejo, queda usted detenido como principal sospechoso del asesinato de Aristeo Carmona.

—¡No! ¡Cabo, espere! —Alonso cayó de rodillas, con las manos juntas—. Yo estuve allí, sí... fui al cenador esa noche. Fui a suplicarle que me devolviera los pagarés, que me diera tiempo antes de que mi madre se enterara... pero cuando llegué... él ya estaba en el suelo. Ya estaba muerto. Tenía la cabeza... había tanta sangre...

Sagrario intercambió una mirada con Alcaraz. El Cabo no se detuvo.

—¿Y por qué le robó el reloj a un muerto, don Alonso? —preguntó la archivera—. ¿Por qué ocultar algo así en su propia estancia?

Alonso bajó la cabeza, sollozando.

—No lo sé... fue un impulso. Vi el reloj allí, brillando junto a su mano... pensé que si desaparecía, parecería un robo. Un ataque de algún jornalero resentido como Ricardo. Lo cogí y salí corriendo. Tenía tanto miedo... el frío de su piel todavía lo siento en mis dedos.

Alcaraz cerró las esposas alrededor de las muñecas de Alonso. El sonido del acero encajando fue el punto final a la farsa del heredero. El Cabo se giró hacia Facundo, que seguía observando desde la puerta con una impasibilidad absoluta.

—Nogueira, prepare el coche. Llevaremos a don Alonso al cuartelillo. Y no toque nada más en esta habitación.

Facundo asintió con una reverencia mínima y se retiró. Sagrario se quedó sola un momento mientras Alcaraz levantaba a Alonso y lo conducía hacia el pasillo. Volvió a mirar el reloj de oro sobre el escritorio. Había algo en la confesión de Alonso que vibraba con una verdad parcial. Su pánico era demasiado desorganizado. Si Alonso solo había robado el reloj de un hombre ya muerto, el asesino seguía libre, oculto tras una máscara de lealtad.

Sagrario se acercó a la ventana y descorrió un poco la cortina. Abajo, vio a Facundo caminando hacia las cocheras. Sus pasos eran firmes, su espalda recta. No parecía el hombre que acababa de presenciar la ruina del primogénito de la casa. Sagrario recordó las lealtades en San Lázaro, laberintos donde el silencio era la moneda de cambio más valiosa. Aquí, en el olivar, las raíces de la traición parecían ser igual de profundas.

Observó el rastro de sangre que Alonso había dejado en el marco de la puerta al ser conducido fuera. Era una marca pequeña, casi insignificante frente a la magnitud del crimen, pero para Sagrario era un documento que exigía una lectura más profunda. La detención de Alonso era necesaria, pero ella todavía sentía el peso del bronce en

el aire, esa intuición de que el verdadero culpable no sollozaba en el pasillo, sino que esperaba, paciente, a que el polvo volviera a posarse sobre los secretos del cortijo.

CAPÍTULO 13: TRAMAS DE LEALTAD

La seda de la bata de Alonso Casabermejo barrió los restos de dignidad del rellano mientras Norberto Alcaraz lo conducía hacia la salida. Aquel tejido costoso, impropio de un hombre que acababa de confesar un robo por desesperación, se arrastraba por los peldaños, acumulando el polvo de una alcurnia que se desintegraba con la silenciosa resignación de un muro de adobe bajo la lluvia. Doña Sagrario observó la nuca hundida del heredero, aquel gesto de bestia acorralada que busca un refugio inexistente entre sus propios hombros. En él no quedaba la altivez de los Casabermejo, solo la flacidez de quien ha vivido siempre bajo el peso de una expectativa superior a sus fuerzas.

Sagrario no se movió hasta que el eco de los pasos se perdió en la planta baja. Fue entonces cuando sintió el aviso habitual en su rodilla izquierda, un recordatorio físico de que el tiempo no perdona las vigilias ni los suelos irregulares de los cortijos. Sin embargo, la molestia no dictó su siguiente movimiento. Su mirada, entrenada para detectar la anomalía en el legajo más ordenado, se clavó en la penumbra que precedía a las dependencias del servicio.

Facundo Nogueira estaba allí. Permanecía inmóvil junto a un aparador de nogal, con las palmas entrelazadas frente al vientre y la vista fija en una baldosa hidráulica. No había rastro de la agitación que cabría esperar tras ver al hijo de la casa salir esposado. Su

quietud era la de una figura esculpida en sal, una vigilancia absoluta que parecía absorber cada partícula de aire del pasillo. No aguardaba a que el revuelo amainara; esperaba a que el silencio volviera a ser absoluto para evaluar qué partes del edificio seguían en pie.

La archivera comprendió que Adelaida, herida en su orgullo de clase, se habría encerrado tras sus muros de mármol. Las mujeres de su estirpe se repliegan como ciudades sitiadas ante el escándalo. Facundo, en cambio, era la bisagra. Si Alonso era el cristal roto, el mayordomo era el marco que aún sostenía la estructura.

—Nogueira —pronunció Sagrario, iniciando el descenso con una parsimonia que ignoraba el caos del exterior—. Acompáñeme a la cocina. Sospecho que el salón principal ha quedado demasiado impregnado de justicia para permitirnos hablar con claridad.

Facundo levantó la cabeza. Sus ojos, pequeños y oscuros bajo unos párpados pesados, analizaron a la mujer con una lentitud que Sagrario reconoció de inmediato: era el cálculo de quien mide la profundidad de un pozo antes de arrojar una piedra. Sin mediar palabra, el mayordomo hizo una leve inclinación y señaló el camino hacia las escaleras de servicio.

Descendieron por un túnel de piedra caliza donde el aroma a cera y flores frescas de la zona noble moría bruscamente, sustituido por un aire más denso y primario. La cocina del Lince Dorado era un espacio de techos abovedados que devolvían un eco sordo, un lugar que a Sagrario le recordó los sótanos del monasterio de San Lázaro, donde el trabajo real se ocultaba de la vista de los señores. A esa hora, el lugar era un desierto.

Las cocineras se habían refugiado en el patio, ahuyentadas por el temor atávico al uniforme de la Guardia Civil, dejando atrás el rescoldo de la encina en el fogón y un silencio que pesaba tanto como las ollas de cobre que colgaban de las paredes.

El ambiente estaba saturado por un rastro de pimentón y aceite, mezclado con la humedad mineral de las losas recién fregadas. Sagrario se sentó a la mesa de encina, una superficie pulida por décadas de palmas anónimas hasta adquirir la suavidad del cuero viejo. Facundo permaneció de pie al otro lado, guardando la distancia de su oficio, aunque sus dedos comenzaron a frotarse las palmas con un movimiento rítmico, como si tratara de sacarle brillo a un objeto invisible.

—Es curioso, Facundo —comenzó la archivera, ajustándose los guantes de hilo con la precisión de un notario preparando un acta—. Usted posee una vista envidiable. Es capaz de notar una mota de polvo en un dintel a tres metros y, sin embargo, ayer no vio el reloj de Aristeo Carmona sobre el escritorio de don Alonso.

El mayordomo no pestañeó. El resplandor de las brasas dibujaba sombras afiladas en sus mejillas, acentuando la severidad de su perfil. Sagrario recordó la calma que rodeó al Padre Anaximandro en sus últimas horas; una quietud cargada de verdades que solo esperaban el momento oportuno para emerger de la sombra.

—La vista, doña Sagrario, es un sentido que se educa según la conveniencia —respondió al fin. Su voz era un murmullo seco, despojado de la inflexión servil que usaba en el comedor—. En una casa como esta, uno aprende pronto que hay cosas que deben verse para ser corregidas y otras que deben ignorarse para que la vida siga su curso. La lealtad no siempre consiste en señalar la mancha, sino en saber cuándo correr la cortina.

Sagrario arqueó una ceja y tocó pensativa la pequeña verruga de su labio.

—Una filosofía muy útil para la supervivencia, Facundo. Pero cuando esa ceguera voluntaria se convierte en el cimiento de una mentira, la virtud pasa a ser complicidad. Alcaraz tiene a Alonso, el reloj y una confesión que, aunque torpe, es legalmente vinculante. Sin embargo, usted y yo sabemos que ese objeto no llegó a la

habitación por arte de magia. Alguien lo puso allí o, al menos, alguien decidió que era el momento de que fuera descubierto.

Facundo detuvo el frote de sus palmas. Sus hombros descendieron apenas unos milímetros, un gesto de entrega que solo una observadora de gestos como Sagrario podría haber detectado. El archivo de sus silencios acababa de ser forzado.

—Doña Adelaida me lo pidió —confesó, y su tono perdió el barniz del protocolo para volverse tan áspero como la tierra en agosto—. Ayer, tras la inspección en el cenador, la señora me llamó a su despacho. No gritaba. Las mujeres de su temple se vuelven frías cuando el peligro arreciaba. Me ordenó que subiera a la estancia de don Alonso y la «adecentara». Esas fueron sus palabras: que me asegurara de que el honor de la familia no sufriera más manchas por descuidos innecesarios.

Sagrario asintió. La conducta de Adelaida era un patrón conocido: una defensa numantina de la fachada, sin importar qué piezas hubiera que mover en el tablero. Era el mismo impulso que movía a la Madre Eulalia cuando intentaba proteger la imagen del monasterio ante la sombra de Verdegay.

—¿Y qué encontró, además de la evidencia que hoy ha sentenciado al heredero?

—Nada más —aseguró Facundo, y Sagrario leyó en su semblante una franqueza que no admitía dudas—. El reloj estaba allí, expuesto sobre el escritorio, brillando bajo la lámpara como un reproche. No se encontraba oculto. Don Alonso lo había dejado a la vista, con la torpeza del que no sabe qué hacer con un pecado que le quema en la conciencia. Lo vi y comprendí que era una condena. Pero la voz de la señora era lo único que importaba. «Discreción, Facundo». Así que hice lo que se esperaba. Limpié la plata, estiré la colcha y salí de allí dejando el reloj donde estaba. Pensé que, si nadie lo mencionaba, simplemente no existiría para el mundo.

—Pero los objetos son tercos, Facundo. Tienen la mala costumbre de permanecer donde se dejan —apuntó Sagrario con suavidad—. Dígame su opinión sincera. Usted conoce la textura del carácter de don Alonso. ¿Cree que tuvo el cuajo necesario para hundir un bastón de bronce en el cráneo de Aristeo?

Facundo soltó un suspiro largo, un sonido que arrastraba el cansancio de treinta años de servidumbre.

—Don Alonso es un hombre de cristal, señora. Teme a su propia sombra y pánico a la de su madre. Robar el reloj de un muerto… eso encaja con su desesperación, con esa urgencia del que debe dinero a gente que no acepta disculpas. Es el impulso del cobarde que busca una salida fácil y solo cava un hoyo más hondo. Pero enfrentarse a un hombre como Aristeo… —Facundo negó con un rictus de desdén—. Aristeo era un lobo que conocía cada palmo de este olivar. A los lobos no los matan los corderos asustados.

La conclusión coincidía exactamente con el análisis que Sagrario había trazado en su cuaderno. Sin embargo, el esquema de poder en el cortijo le indicaba que la discreción de Facundo no era un acto de amor desinteresado por la estirpe Casabermejo. Un hombre con su pragmatismo no arriesga la libertad por una lealtad romántica hacia una casa que se desmorona. Había algo más pesado, algo material.

—Usted dijo que la tierra no olvida, Facundo. Y yo sé que usted tampoco descuida lo suyo. He revisado los expedientes de la Haza y las cuentas que Aristeo vigilaba con celo. He visto cómo se despojó a familias enteras para ensanchar los límites de este cortijo. Pero también detecté un flujo de dinero que no salía de las arcas de los señores. Algo que me recordó a las maniobras de Montalvo para hacerse con las tierras de la fundación.

El rostro de Facundo se tensó. El estoicismo regresó a sus rasgos, pero sus puños se cerraron sobre la mesa de encina, con los nudillos blancos destacando sobre la piel curtida.

—Usted ha mirado donde no debía, doña Sagrario —murmuró con una vibración baja en la voz.

—Soy archivera, Facundo. Mi oficio es precisamente mirar donde otros prefieren echar tierra —replicó ella, manteniendo una calma que parecía enfriar el ambiente de la cocina—. Y lo que he leído me sugiere que usted no es solo un empleado que sirve el jerez. Usted es un inversor.

La quietud fue absoluta, rota solo por el chasquido de una astilla de encina en el fogón. Facundo permaneció mudo, analizando sus opciones frente a la mujer que había descifrado el código de su vida. Finalmente, el mayordomo se relajó y soltó el aire en un siseo.

—Todo lo que soy está enterrado en estas tierras —confesó al fin—. Cada peseta ahorrada en treinta años de aguantar los caprichos de don Braulio y los silencios de doña Adelaida. Todo. Cuando ese agrónomo, don Teobaldo, llegó con sus máquinas y sus planes de riego, vi la oportunidad que nunca tuve por nacimiento. Él hablaba de modernizar, de convertir esto en una industria. Doña Adelaida se negó porque solo entiende de apellidos y orgullo rancio. Pero yo… yo escuché.

Sagrario observó al hombre. El sirviente se había difuminado, dejando paso a un hombre de ambiciones materiales que luchaba por su futuro con la misma ferocidad con la que el Códice Negro fue disputado en las sombras de la biblioteca.

—Invirtió en el proyecto de Cifuentes —dedujo—. Prestó sus ahorros a la casa, bajo mano, usando su posición para saltarse la autoridad de la matriarca.

—Un préstamo personal avalado por la firma de don Alonso para comprar la maquinaria que Aristeo bloqueaba —confirmó Facundo con amargura—. Si la familia se arruina por el juego o si el pleito de la Haza prospera y deben pagar indemnizaciones, yo lo pierdo todo. Mi retiro, mi futuro, la tierra que pensaba comprar para mi vejez. Quedaría desposeído tras una vida de servir a otros.

—De modo que su discreción no era por el honor de los Casabermejo, Facundo. Era para proteger su capital. Aristeo lo sabía, ¿verdad? Por eso lo tenía a usted bajo su bota, igual que a Alonso.

—Aristeo lo sabía todo —escupió Facundo, y el odio asomó a sus ojos—. Controlaba los libros con la voracidad de un buitre. Me chantajeaba con decírselo a doña Adelaida. Ella jamás perdonaría que un criado se hubiera metido en las finanzas de la familia tratándolos de igual a igual. Me habría echado a la calle sin un céntimo, alegando que ese dinero era fruto de un robo. Ella no quiere socios, señora, solo subordinados.

La lógica social del cortijo se revelaba ante Sagrario como un palimpsesto donde las nuevas escrituras intentaban ocultar las antiguas sin éxito. Facundo no era una sombra, sino un actor que había intentado comprar su libertad y se había encontrado encadenado a la misma familia a la que servía. El capataz era el carcelero de su ruina.

—Usted tenía un móvil tan potente como el de Alonso para desear que Aristeo Carmona no hablara —señaló Sagrario.

—Móvil, sí. Pero yo no hundí ese bronce —insistió el mayordomo, y esta vez hubo una urgencia real en su voz—. Estaba en las cocheras. Los jornaleros me vieron pasar. Pregunte si no me cree. Yo no soy un asesino, doña Sagrario. Soy un hombre que solo quiere lo que se ha ganado.

El eco rítmico de unos tacones sobre la piedra anunció una irrupción. Adelaida Casabermejo apareció en el umbral, su pequeña figura envuelta en una severidad que parecía detener el tiempo. Sus ojos azules recorrieron la estancia con un desprecio que no necesitaba palabras.

—¿Qué significa esto, Facundo? —preguntó la matriarca, ignorando a Sagrario—. Lo he buscado por todo el patio. Ese cabo se ha llevado a mi hijo como a un criminal y usted está aquí perdiendo el

tiempo en charlas con una invitada que ha abusado de nuestra hospitalidad.

Facundo recuperó su máscara oficial en un instante. La transformación fue tan rápida que Sagrario se asombró de la capacidad de ocultación humana; el hombre ambicioso desapareció, dejando paso de nuevo al mayordomo de semblante opaco.

—Perdone, señora —dijo Facundo—. Doña Sagrario pedía detalles sobre los suministros para su trabajo.

Adelaida entró en la cocina y el espacio se volvió asfixiante. Se detuvo frente a la mesa, mirando a Sagrario con un desdén que ya no se ocultaba tras la cortesía burguesa.

—Doña Sagrario tiene una curiosidad que no le compete —dijo Adelaida—. Mi hijo es inocente. Si usted fuera tan aguda como dicen, buscaría al culpable entre los braceros resentidos o seguiría el rastro de ese Ricardo en lugar de humillar el nombre de esta casa con sus deducciones de salón.

Sagrario se levantó con lentitud, sintiendo la punzada en su rodilla, pero manteniendo una postura que rivalizaba con la de la matriarca. Recogió su bolso con gestos medidos.

—La inteligencia, doña Adelaida, consiste en comprender que la verdad no siempre viste con harapos —respondió—. A veces lleva guantes inmaculados y se sienta a la mesa de los señores bajo la forma de un préstamo oculto. Facundo me explicaba precisamente el alcance de su fidelidad. Una lealtad que incluye tareas de limpieza muy específicas en la habitación de su hijo para ajustar la realidad a sus deseos.

Adelaida entornó los ojos. La quietud en la cocina fue tan densa que el menor suspiro habría sonado como un disparo. La matriarca lanzó una mirada a Facundo, un intercambio que Sagrario analizó con la frialdad de quien examina un documento sospechoso. No era la mirada de una jefa a un criado; era la de dos cómplices atados por

un nudo de necesidad que amenazaba con asfixiarlos si la verdad salía a la luz.

—Facundo conoce su lugar y su deber —sentenció Adelaida—. Y usted debería recordar que es una invitada, no una jueza. Si el cabo Alcaraz ha cometido el error de detener a mi hijo por sus sospechas, las consecuencias se sentirán más allá de estos muros. Esta familia aún conserva amigos que verán su nombre como una simple molestia de archivo.

—No dudo de sus influencias, señora —replicó Sagrario—. Pero los archivos, una vez abiertos, son difíciles de cerrar. Y en este cortijo, los secretos han empezado a desbordarse como el aceite de una prensa rota.

Adelaida no respondió. Hizo un gesto imperioso a Facundo para que la siguiera. El mayordomo, antes de cruzar el umbral, se detuvo un segundo. Lanzó una última ojeada a Sagrario; fue un ruego silencioso, crudo, que no pedía clemencia por la familia, sino por los ahorros de toda una vida. En aquellos ojos oscuros, la archivera leyó una determinación capaz de levantar cualquier muro ante la justicia para salvar su vejez.

Sagrario se quedó sola en la inmensa cocina. Se acercó al fogón y observó las cenizas grises donde apenas quedaba un fulgor anaranjado, igual que el poder decadente de los Casabermejo. El calor, antes acogedor, ahora resultaba opresivo, como si la cal de las paredes guardara el eco de todas las injusticias cometidas por la tierra.

La confesión de Facundo había desplazado el eje de su investigación. Ya no era solo la desesperación de un jugador o el deseo de libertad de Amalia. Había una trama financiera donde el servicio y los señores estaban unidos por la misma cuerda de avaricia. Facundo había invertido su existencia en la supervivencia del Lince Dorado, y eso lo convertía en un guardián feroz, capaz de permitir que Alonso cargara con una culpa ajena si eso salvaba su patrimonio.

Caminó hacia la mesa y tomó el fragmento de lacre con la letra «C» que guardaba en su bolsillo. Lo hizo girar entre sus dedos, sintiendo la textura rugosa. La «C» de Casabermejo, de Carmona, de Cifuentes… y de Cómplice. En aquel cortijo, la lealtad se había transformado en una moneda de cambio, un objeto que se compraba y se vendía para ocultar las grietas de una estructura que amenazaba con desplomarse. Recordó las palabras de la Madre Eulalia: «A veces, Sagrario, obedecer es la forma más sofisticada de pecar».

—¿Hasta dónde llega su fidelidad, Facundo? —murmuró para sí misma en la soledad de la estancia—. ¿Es capaz de ver cómo se hunde el hijo de la casa para salvar sus pesetas, o hay un sacrificio mayor que aún no alcanzo a leer en este enredo de intereses?

La archivera sabía que la detención de Alonso era solo un movimiento táctico de Alcaraz que, lejos de resolver el enigma, lo complicaba. El verdadero asesino no era un ladrón de relojes movido por el pánico, sino alguien que conocía las debilidades de cada habitante, un manipulador que, al igual que ella, leía las huellas del pasado, pero no para restaurar el orden, sino para proteger un patrimonio manchado de guano y ambición.

Salió de la cocina y se dirigió hacia el patio central. El aroma a leña parecía haberla seguido, mezclándose con el olor a tierra seca. Se detuvo junto a la fuente y miró hacia los olivares que subían por la ladera. El sol de la tarde alargaba las sombras de los árboles hasta convertirlas en dedos oscuros sobre la tierra roja. Sagrario sintió que la red de lealtades forzadas estaba a punto de romperse por su punto más débil.

Sabía que, cuando el estrépito final ocurriera, revelaría lo que el polvo y el silencio habían sepultado durante décadas, con la misma contundencia con la que la verdad del Códice Negro terminó por emerger en San Lázaro. La partida en el Lince Dorado no había terminado; apenas acababa de cambiar de manos.

CAPÍTULO 14: LA RAÍZ AMARGA

El estrépito de la puerta de madera, al chocar contra el muro de cal, interrumpió el canto monótono de las chicharras. El cabo Norberto Alcaraz emergió de la vivienda de Purificación Gálvez. Su rostro estaba encendido por una irritación que la gomina de su cabello, impoluta a pesar de la canícula, no lograba disimular. Se golpeaba el muslo con un fajo de informes enrollados, un tic que en él sustituía a la consulta obsesiva de su reloj de pulsera. Al divisar a doña Sagrario, que aguardaba junto a la cerca de piedra seca, el guardia civil exhaló un suspiro que sonó a rendición burocrática.

—¡Inútil, doña Sagrario! Absolutamente inútil —rezongó Alcaraz, avanzando hacia ella con pasos que levantaban pequeñas nubes de polvo ceniciento—. Si busca lógica en este lugar, mejor regrese a sus legajos de inmediato. Aquí no hallará más que disparates y cuentos de viejas que no caben en un atestado policial serio. Me tienen perdiendo el tiempo mientras el verdadero papeleo se acumula en el cuartelillo.

La archivera observó al joven con una paciencia que él confundía con pasividad. Sagrario no llevaba el sombrero de ala ancha hoy; prefería la protección de su sombrilla de seda, cuyas varillas proyectaban un patrón de sombras geométricas sobre su rostro. Sus ojos, de ese gris perla que parecía haber absorbido el tono de los archivos nacionales, recorrieron la figura tensa del cabo. Aquella

impaciencia le recordó la actitud de ciertos investigadores en el caso del Códice Negro, hombres que buscaban la huella dactilar cuando la verdadera marca estaba grabada en el carácter de los implicados.

—La lógica, cabo, a veces se disfraza de desvarío para sobrevivir al escrutinio oficial —comentó ella con una suavidad que contenía un filo irónico—. ¿Qué es lo que tanto le ha perturbado de la señora Gálvez? A mí me parece una mujer de convicciones muy precisas.

—¡Todo! —exclamó Alcaraz, agitando los informes hacia la casa—. Le pregunto por movimientos sospechosos la noche del suceso, por herramientas desaparecidas, por nombres concretos de jornaleros que pudieran tener una cuenta pendiente con Carmona… ¿Y qué obtengo? Un tratado sobre la justicia de los elementos y advertencias sobre el mal de ojo. Dice que el capataz no murió por mano de hombre, sino porque la tierra se hartó de él. ¡Como si yo pudiera presentarle eso al juez de instrucción! «Señoría, el asesino es el estrato geológico». Me tomarían por loco y me mandarían a patrullar las marismas de por vida.

Sagrario sonrió apenas. La falta de imaginación del cabo era su mayor limitación, pero también su ancla con la realidad material.

—A veces la tierra tiene una memoria más persistente que la de los juzgados, cabo. Quizá lo que ella llama justicia divina sea simplemente la culminación de un proceso que nosotros denominaríamos causa y efecto, un documento que tarda décadas en cerrarse, pero que termina por archivarse con el sello definitivo. En el monasterio de San Lázaro aprendí que incluso los pecados más antiguos, como aquellos que ocultaban los muros de la biblioteca, terminan por encontrar su folio de salida cuando el aire circula de nuevo.

—Llámele como quiera —replicó el cabo, dirigiéndose hacia el vehículo oficial estacionado a unos metros—. Yo me vuelvo al cuartelillo. Tengo que procesar la detención de Alonso Casabermejo. Al menos él ha tenido la decencia de confesar que encontró el cadáver. No puedo perder más tiempo escuchando profecías de

herbolario. Si decide entrar, tenga cuidado; el humo de las hierbas que quema ahí dentro le impregnará la ropa durante una semana.

Sagrario observó cómo el coche de la Guardia Civil se alejaba, dejando tras de sí una estela de polvo que tardó varios minutos en depositarse sobre las hojas de los olivos cercanos. El silencio reinó de nuevo sobre la ladera, denso y solo interrumpido por el lejano golpeteo de una azada contra la piedra. Con paso pausado, cuidando de no forzar su postura, la archivera cruzó el umbral de la propiedad.

El pequeño huerto que precedía a la entrada era un catálogo de supervivencia austera. No mostraba la exuberancia de los jardines del cortijo, sino una hilera de plantas medicinales y hortalizas que crecían con una disciplina casi militar. Había alhucema, tomillo y unas matas de ruda que exhalaban un aroma amargo bajo el sol. Purificación Gálvez estaba allí, sentada en una silla de anea a la sombra de un parral cuyas hojas empezaban a amarillear.

En su regazo, un capacho de mimbre contenía un manojo de hierbas oscuras que deshojaba con una parsimonia que a Sagrario le recordaba el modo en que ella misma despojaba de grapas los legajos antiguos. Sus manos, grandes y curtidas, se movían con la precisión de quien no necesita mirar el trabajo para ejecutarlo con maestría.

Al notar la presencia de Sagrario, la jornalera no se levantó. Alzó sus ojos negros, dos cuentas de azabache que parecían absorber la claridad en lugar de reflejarla, y señaló con la barbilla una segunda silla vacía.

—El joven de los galones tiene prisa, doña Sagrario —dijo Purificación. Su voz era un susurro ronco, como el roce de dos piedras de molino—. Prisa por cerrar las carpetas y prisa por marcharse de Jaén. No entiende que el tiempo de los hombres es una cosa y el tiempo de la verdad es otra. El aceite tarda en decantarse, y este asunto todavía tiene muchos posos en el fondo de la tinaja.

Sagrario se sentó, sintiendo una punzada de incomodidad en sus articulaciones que la obligó a acomodarse con lentitud. Colocó su bolso de piel sobre el regazo con delicadeza. El aroma en el porche era intenso: una mezcla de romero seco, tierra regada y algo más profundo, un rastro metálico que recordaba al óxido y a la humedad de una bodega que no ha visto la luz en años. Le recordó vagamente al olor del archivo secreto de San Lázaro antes de que la transparencia se impusiera sobre el oscurantismo de ciertos sectores del monasterio.

—El cabo Alcaraz busca culpables que encajen en sus leyes, Purificación. Yo solo intento leer los registros de lo que ha sucedido —respondió la archivera, observando cómo la mujer arrojaba los tallos desnudos a un cesto—. Y me temo que usted ha decidido que él no es el lector adecuado para esta historia. El cabo no es hombre dado a las lecturas entre líneas.

Purificación detuvo sus manos un segundo. Una sombra de desprecio cruzó sus facciones, marcadas por arrugas que parecían los surcos de un mapa catastral antiguo, lleno de lindes borradas y reclamaciones olvidadas.

—Ese muchacho quiere que le dé nombres que pueda encerrar bajo llave. Quiere hierros con sangre y confesiones firmadas con tinta de calamar. Pero Aristeo Carmona no murió por un hierro, doña Sagrario. Murió porque su espíritu ya estaba seco mucho antes de que se le parara el pulso. Lo que ocurrió en el cenador fue solo el cobro de una deuda que la tierra tenía pendiente con él; la naturaleza no es dada a perdonar los impagos.

Sagrario se inclinó un poco hacia delante. Sus guantes de hilo blanco contrastaban con la madera oscura de la silla. Su método de paleografía conductual le indicaba que el resentimiento de Purificación no era un estallido reciente, sino un sedimento acumulado durante décadas de agravios pequeños que, sumados, formaban una montaña de rencor.

—Hablamos de una muerte violenta, Purificación. Una herida en la nuca que coincide con una marca de metal muy específica. La tierra no empuña objetos contundentes por su propia voluntad. Alguien tuvo que estar allí, alguien que, como la sombra que acechaba en los pasillos del monasterio, decidió actuar cuando el orden establecido ya no bastaba.

—La tierra usa lo que tiene a mano —replicó la mujer con una frialdad que pareció enfriar el ambiente a pesar del bochorno—. Aristeo era un expoliador. Pisoteó las lindes, robó los jornales de los que no podían defenderse y humilló a las familias que llevaban aquí desde antes de que los Casabermejo compraran su primer título. Mi abuela siempre decía que aquel que daña la raíz, termina por probar el fruto amargo. Y Aristeo llevaba toda la vida mordiendo la raíz de los demás sin que nadie le parara los pies. Hasta ahora.

La jornalera dejó el capacho en el suelo y se frotó las palmas de las manos sobre el delantal oscuro. El gesto, un movimiento de limpieza circular, era tan rítmico que Sagrario pudo imaginar el roce de la tela contra la piel áspera.

—Usted cree en el castigo —aventuró Sagrario, midiendo sus palabras—. El cabo Alcaraz cree que esa es su forma de proteger a alguien. O de ocultar que usted misma estuvo cerca del cenador esa noche.

Purificación soltó una carcajada breve, un sonido seco y carente de alegría.

—¿Yo? ¿Matar a ese bicho con estas manos? Doña Sagrario, usted es mujer de letras y sabe que un documento mal escrito se corrige con una tachadura. Pero la vida de un hombre como Aristeo no se tacha; se deja que se pudra por dentro hasta que cae por su propio peso, como un olivo enfermo. Mi abuela, que sabía de la vida más que todos los jueces de Jaén, conocía el modo de ayudar a la naturaleza cuando se ponía perezosa.

Sagrario sintió una punzada de curiosidad intelectual. No era el interés del morbo, sino el del investigador que encuentra un folio traspapelado en un legajo de mil páginas. Algo similar a lo que experimentó cuando descubrió la inconsistencia en el colofón del códice que el padre Anaximandro protegía.

—¿Ayudar a la naturaleza? Es una expresión que requiere una explicación, Purificación.

La jornalera se levantó y caminó hacia un rincón del porche donde colgaban varios manojos de plantas secas que oscilaban levemente con la brisa. De una pequeña repisa de madera carcomida, tomó un frasco de barro sin barnizar, sellado con un tapón de corcho ennegrecido. Regresó a la silla y lo destapó con cuidado. Un olor penetrante, amoniacal y orgánico, inundó el espacio de inmediato. Sagrario reconoció el hedor: era guano de aves, concentrado, antiguo y cargado de una potencia química casi agresiva.

—Este era el ritual de la vieja —murmuró Purificación, hundiendo un dedo en el polvo oscuro del frasco—. No se necesita un puñal cuando se conoce la ley de lo que crece y lo que muere. Ella mezclaba la tierra del olivar del enemigo con esto y con ciertas cenizas de madera de encina que solo ella sabía preparar en las noches de luna vieja. Lo enterraba cerca de la puerta del que quería maldecir. Decía que eso «secaba el alma» desde los pies hacia arriba, como una enfermedad de la savia. La justicia de la tierra no cae del cielo como un rayo, doña Sagrario; sube desde el suelo como la humedad de una cripta.

Sagrario observó el rastro de polvo oscuro bajo las uñas de Purificación. La descripción del ritual era inquietante, no por su componente supersticioso, sino por la carga psicológica que implicaba en una comunidad tan cerrada. Una maldición conocida por todos era una sentencia social que aislaba a la víctima, empujándola hacia la paranoia y el error sistemático. Pensó en las propiedades cáusticas del guano concentrado; aplicado sobre una

herida abierta, podía ser una fuente de infecciones que la medicina rural de otros tiempos habría confundido con un castigo del destino.

Aquel polvo le recordó a las sustancias químicas que Isidoro mencionaba para falsear documentos; herramientas del engaño que aquí servían para la muerte.

—¿Y usted realizó ese ritual para Aristeo? —preguntó la archivera, manteniendo la voz neutral, la misma que usaría para preguntar por la fecha de un pergamino borroso.

Purificación cerró el frasco con un golpe seco de la palma. Sus ojos se clavaron en los de Sagrario con una fijeza desafiante.

—Yo no necesité hacerlo. La tierra ya había empezado el trabajo sola hacía mucho tiempo. Aristeo vivía con miedo, aunque se hiciera el valiente con el látigo en la mano. Miedo de que Alonso no pagara sus deudas, de que doña Adelaida descubriera sus manejos con el dinero de la finca, de que el agrónomo le quitara el mando con sus máquinas y sus libros de ciencia… El hombre era un manojo de nervios oculto tras una fachada de matón. Lo que ocurrió en el olivar de la herencia fue solo el final del camino para alguien que ya no tenía dónde esconderse. Si alguien le dio el golpe, fue solo la mano de la justicia usando el brazo de un desesperado que no aguantó más.

Sagrario procesó la información mientras observaba una hilera de hormigas que cruzaba el suelo de piedra con una determinación asombrosa. La actitud de Purificación no mostraba la agitación del culpable que intenta desviar la atención, sino la serenidad del testigo que ha visto cumplirse una profecía largamente anotada en su memoria. Era la misma paz que vio en los ojos de Gala de Haro cuando su lealtad fue finalmente comprendida.

—¿Cree que Alonso Casabermejo es ese brazo de la justicia que menciona? —inquirió Sagrario, recordando al heredero desmoronado en el coche de Alcaraz.

—Don Alonso… —Purificación pronunció el nombre con un desdén que no necesitaba adjetivos—. Ese es un pobre hombre que no sabe ni dónde tiene la mano derecha cuando se despierta. Tiene las uñas comidas hasta la carne, rojas de puro nervio, y el ánimo pequeño. Pudo estar allí, pudo incluso intentar robarle algo al muerto para pagar sus deudas, pero para matar a Aristeo se necesita algo que a los Casabermejo les falta desde hace dos generaciones: sangre en las venas, no miedo al qué dirán. Alonso no tiene el cuajo para golpear a un hombre como Carmona.

La jornalera se levantó de nuevo, indicando con un gesto sutil de sus hombros que la entrevista llegaba a su fin. Caminó hacia el borde del porche y señaló con el dedo hacia la inmensidad plateada del olivar que se extendía bajo la ladera, vibrando bajo el calor del mediodía.

—Mírelos, doña Sagrario. Los olivos no dicen nada, pero lo registran todo en su madera. Ellos saben quién pisó el cenador con intención de muerte y quién entró solo para rapiñar lo que quedaba. La policía se llevará a Alonso porque es lo más fácil, porque encaja en sus informes de ciudad. Pero el verdadero asesino sigue aquí, respirando el mismo aire de Jaén que nosotras, esperando a que la polvareda se asiente para disfrutar de lo que ha ganado.

Sagrario se puso en pie con lentitud, sintiendo el peso de la mañana en sus rodillas. Se alisó el vestido de lino y miró a Purificación, quien permanecía inmóvil, observando el horizonte con una expresión de satisfacción resignada.

—Su fe en la justicia de la tierra es un documento que no me atrevería a contradecir a la ligera, Purificación —comentó la archivera mientras abría su sombrilla—. Pero yo todavía tengo que encontrar el hilo material que une ese ritual de su abuela con la herida física del capataz. En mis archivos, los símbolos siempre terminan por dejar una marca que se puede leer, como la marca en el cuello del padre Anaximandro que nadie supo explicar al principio.

—Busque el rastro del bronce, doña Sagrario —dijo la mujer sin girarse—. Pero no lo busque en las manos de los que odiaban a Aristeo a voces, porque esos son los que menos tienen que ocultar. Búsquelo en las manos de los que le servían en silencio, agachando la cabeza mientras apretaban los dientes. Porque el silencio es el mejor sitio para esconder una maldición y que nadie la vea venir.

Sagrario abandonó la vivienda con una persistente sensación de desasosiego. Mientras descendía por el sendero, las palabras de Purificación sobre el ritual y el guano daban vueltas en su mente. Como archivera, sabía que los rituales no eran solo folclore; eran la codificación de una conducta social. Purificación no era la asesina material; sus manos, aunque fuertes, carecían de la agilidad necesaria para un ataque de esa naturaleza. Sin embargo, poseía la clave moral del crimen. Había validado el asesinato antes incluso de que el metal tocara el hueso.

Se detuvo un momento a limpiar una mota de polvo de su zapato, apoyándose levemente en el muro. Al levantar la vista, divisó el cortijo «El Lince Dorado», recortado contra el cielo azul. La detención de Alonso Casabermejo era una pieza que no encajaba en el puzle lógico de Sagrario. Alonso era un síntoma de la decadencia de la familia, un heredero roto, pero no el ejecutor de su redención violenta.

Sagrario reemprendió la marcha, sintiendo el sol como un peso sobre sus hombros. La pregunta ya no era solo quién había matado a Aristeo Carmona, sino si la muerte del capataz era el final de la purga o solo el primer movimiento de una liquidación mucho más profunda. Mientras caminaba, sus dedos acariciaron el fragmento de lacre en su bolsillo. La «C» de Cómplice. La «C» de Casabermejo. Recordó la nota del códice en San Lázaro que hablaba de un «secreto que consume la casa». Quizá Jaén y Úbeda compartían más hilos de los que ella misma quería admitir bajo esta luz implacable.

Al llegar al carril principal, Sagrario se volvió una última vez hacia la casa de Purificación. La mujer seguía allí, una mancha oscura bajo el parral, integrada totalmente en el paisaje de piedra y olivo. Sagrario comprendió que la verdad no se revelaba en aquel rincón con prisas; se esperaba a que el tiempo la pusiera al descubierto, como los restos de una civilización que emerge tras una tormenta de arena.

Y ella, la archivera que había aprendido el valor de la espera, estaba dispuesta a seguir el rastro del bronce hasta que el silencio de los que servían terminara por romperse definitivamente.

CAPÍTULO 15: SOMBRAS EN EL PATIO

El umbral del patio central de «El Lince Dorado» apenas ofrecía un respiro frente a la canícula que devoraba el olivar. Doña Sagrario cruzó el dintel con paso medido; la vibración de sus zapatos sobre el suelo de guijarros rompió la pesadez del mediodía. Sus rodillas, castigadas por la caminata matutina hasta la linde donde vivía Purificación, protestaron con una punzada familiar. Era la misma rigidez que solía acompañarla tras las jornadas interminables en los archivos de San Lázaro, ese monasterio donde los pasillos parecían estirarse para ocultar los secretos de sus ocupantes.

Recordó por un instante al Padre Anaximandro; el anciano solía decir que el cuerpo era el primer documento que delataba la historia de una persona, y sus articulaciones, en ese momento, eran un legajo abierto que hablaba de fatiga y terquedad.

Se detuvo un momento, apoyando el peso en su sombrilla de seda cerrada. Sus ojos, acostumbrados a descifrar tintas descoloridas en la penumbra de las naves, se adaptaron lentamente a la danza de claroscuros que el sol proyectaba sobre los muros encalados. El patio era un laberinto de macetas de barro donde los geranios, de un carmesí rotundo, parecían clamar por una humedad que el ambiente les negaba.

En el centro, la fuente de piedra estaba muda; el fondo cubierto por una fina capa de sedimentos que el agua, ahora ausente, había

depositado durante décadas. Sobre su borde circular, sentada como una figura de porcelana olvidada, se encontraba Amalia Casabermejo. La joven no sostenía carboncillo ni pincel. Sus manos, con las uñas de un azul oscuro que ya empezaba a descascarillarse, descansaban inertes sobre su regazo de lino. Su cabello pelirrojo, habitualmente un torbellino indomable, caía lacio sobre sus hombros, cubierto por una pátina de ceniza ambiental.

Sagrario avanzó con la discreción de quien no quería interrumpir un responso. El leve roce de su suela contra la piedra avisó de su presencia. Amalia no se sobresaltó, pero levantó la cabeza con una lentitud que a la archivera le recordó los folios humedecidos que se resisten a ser separados en un tomo antiguo. La altivez que la muchacha había mostrado en los días previos, esa coraza de artista incomprendida, se había evaporado, dejando al descubierto una transparencia que era un eco de derrota.

—Parece que el aire se ha vuelto sólido en este rincón, ¿no cree, Amalia? —comentó Sagrario, sentándose a su lado con un suspiro contenido mientras acomodaba sus faldas.

Amalia la miró fijamente. Sus ojos miel estaban velados por una bruma que se negaba a convertirse en lágrima.

—En este cortijo, doña Sagrario, el aire siempre ha tenido el peso de la herencia —respondió la joven con voz átona—. Pero hoy... hoy parece que los muros han decidido cerrarse hasta el cuello. El olor a aceite rancio lo impregna todo, hasta los pensamientos más privados.

La archivera observó el perfil de la muchacha. En su particular paleografía de los rostros, la mandíbula caída y el hombro derecho, ligeramente más bajo que el izquierdo, delataban una capitulación. No era un hundimiento súbito, sino el resultado de un asedio prolongado por las deudas y las expectativas familiares. La joven parecía un dibujo a medio terminar al que alguien hubiera borrado las líneas de fuerza.

—Alonso, su hermano, está bajo custodia y su madre se ha recluido en las estancias —dijo Sagrario con suavidad—. Es natural que el entorno resulte opresivo cuando las soluciones aún no han sido redactadas.

Amalia soltó una risa seca, un sonido desprovisto de alegría que rebotó en las paredes del patio.

—¿Soluciones? Ojalá lo fueran. Lo que oigo es el murmullo de los pagarés y los susurros de mi madre sobre el honor, que no es más que una forma elegante de llamar al miedo. —Se giró hacia la archivera, y por primera vez hubo un destello de rabia en su mirada —. Quiere casarme. No es una sugerencia; es una orden dictada con la misma frialdad con la que se firma un acta de defunción. Don Julián Valderrama, el terrateniente de la linde norte. Sesenta años, tres fincas de regadío y un alma que sospecho está hecha de esparto seco. Ese es el precio de «El Lince Dorado».

Sagrario acarició pensativa la pequeña verruga sobre su labio, un gesto que realizaba cuando la lógica de una situación le resultaba especialmente amarga. El «maridaje de tierras» era una práctica que había visto documentada en cientos de legajos parroquiales de Úbeda, donde la sangre se mezclaba con el barro para evitar la fragmentación de las herencias. Pero verlo ejecutarse en un corazón vivo siempre conservaba un matiz de crueldad administrativa que no aparecía en los registros oficiales.

De forma inevitable, aquello le recordó las gestiones que Montalvo intentaba realizar con las propiedades vinculadas al Códice Negro; la misma ambición fría que trataba a las personas como meras anotaciones marginales en un libro de cuentas mayor.

—Un matrimonio de conveniencia para saldar las deudas de la Haza —dedujo Sagrario—. Su madre cree que la mano de Amalia es la divisa que detendrá el desahucio.

—Me lo dijo anoche, mientras el cabo Alcaraz registraba la habitación de Alonso: «Es tu deber, Amalia. La sangre de los

Casabermejo se debe a la tierra antes que a sí misma».

Amalia apretó los puños, las uñas clavándose en las palmas—. Como si mi vida fuera una hectárea más que se puede hipotecar para salvar el resto de la finca. Y Aristeo... Aristeo lo sabía. Él lo organizó todo. Fue quien trajo a Valderrama a la mesa, quien le mostró los libros de contabilidad y le aseguró que yo sería una esposa dócil. Un animal de cría con buen apellido para limpiar el origen turbio de la fortuna de don Julián.

La revelación no tomó a Sagrario por sorpresa, aunque añadió una nueva dimensión al papel del capataz. Aristeo Carmona no solo gestionaba los olivos, gestionaba las vidas de los herederos como si fueran variedades de aceituna que debía clasificar, podar y vender al mejor postor. Era un hombre que conocía el valor de la información y no dudaba en usarla para cimentar su propio poder dentro de la jerarquía del cortijo.

—Aristeo se tomaba libertades excesivas con la genealogía de esta casa —observó la archivera, manteniendo esa invisibilidad del observador que invitaba a la confidencia—. Supongo que su conocimiento de los secretos familiares era su mejor herramienta de trabajo. Una herramienta que cortaba en ambas direcciones.

Amalia asintió, una lágrima solitaria trazó un surco sobre una mancha de pintura azul en su mejilla.

—Se metía en todo. En lo que gastábamos y, sobre todo, en mis afectos. —La voz de la joven se quebró ligeramente al pronunciar la última palabra—. Usted lo sabe, ¿verdad? Sabe lo de Ricardo. Lo vio en el pueblo, vio su nombre garabateado en el rincón de mi habitación. No intente negarlo; tiene una mirada que parece leer lo que uno intenta ocultar bajo la alfombra.

Sagrario no respondió de inmediato. Mantuvo el espacio, ese silencio fértil que había aprendido de la Madre Eulalia en San Lázaro, una mujer que sabía que la verdad solo emerge cuando el interlocutor

siente que el peso de su propio secreto es mayor que el del juicio ajeno.

—Aristeo lo descubrió hace un mes —continuó Amalia, hablando ahora con una urgencia febril—. Me llamó al cenador, allí donde... donde lo encontraron muerto. Me dijo que Ricardo no era lo que yo pensaba. Me advirtió de que era un tramposo, que había hecho «malos negocios» con otros jornaleros, arrebatándoles el poco jornal que ganaban con juegos de cartas trucados y promesas de inversiones en maquinaria que nunca llegaba. Me dijo que Ricardo era un parásito que solo buscaba mi apellido para medrar.

Sagrario arqueó una ceja. Aquella información era determinante. Ricardo, el amante romántico, el jornalero que representaba la libertad frente a los muros del cortijo, empezaba a adquirir los matices grises de un oportunista. Era un patrón que Sagrario había visto antes: el joven encantador que se aprovecha de la desesperación de una heredera para encontrar un atajo hacia la prosperidad. Aquello le recordó vagamente los informes sobre Verdegay y sus manejos financieros en el monasterio, donde la apariencia de piedad ocultaba un vacío moral absoluto.

—¿Le dio pruebas de esas acusaciones? —inquirió Sagrario con tono clínico.

—Me enseñó un cuaderno. Decía que eran anotaciones de los otros hombres de la cuadrilla, deudas y compromisos incumplidos. Ricardo les debía dinero a media docena de familias. Aristeo me dijo que, si no aceptaba el trato con Valderrama, entregaría a Ricardo a la Guardia Civil por estafa y hurto. —Amalia cubrió su rostro con las manos—. No sé qué creer, doña Sagrario. Ricardo me dice que Aristeo mentía para separarnos, para obligarme a salvar el cortijo y asegurar su propia comisión en la venta de la Haza. Pero ahora Ricardo ha desaparecido y yo... yo estoy atrapada entre un muerto que me chantajeaba y una madre que me subasta al mejor postor.

El dilema de Amalia se enredaba como un cordel imposible de deshacer. Si Aristeo decía la verdad, Ricardo era un canalla que la

usaba. Si mentía, el capataz era un villano que destruía la felicidad de la joven por un beneficio económico personal. En ambos casos, el móvil para que alguien —Amalia o Ricardo— deseara la desaparición de Aristeo era tan evidente como las manchas de aceite en una túnica blanca.

—Los registros escritos suelen ser más fiables que las palabras, Amalia —comentó Sagrario, pensando en el cuaderno de Aristeo—. Pero incluso los registros pueden ser falsificados si el escriba tiene un interés oculto. En San Lázaro encontramos una vez un colofón que contradecía todo el cuerpo del texto para ocultar un robo. La verdad a veces se esconde en las inconsistencias, no en las afirmaciones rotundas que pretenden ser ley.

Un momento después, un sonido seco y rítmico rompió la intimidad del momento. El golpeteo de unos tacones sobre la baldosa anunció la llegada de la autoridad de la casa. Doña Adelaida Casabermejo emergió de la sombra de la galería porticada. Vestía un riguroso luto que parecía absorber la luz del patio. Su collar de perlas brillaba con una palidez lunar contra su cuello marchito, y su postura, a pesar de los recientes acontecimientos, mantenía una verticalidad ofensiva, casi dolorosa de ver. Era una mujer que se negaba a doblarse incluso bajo el peso del escándalo.

—Veo que sigue perdiendo el tiempo con confidencias innecesarias, Amalia —dijo Adelaida. Su voz era cortante, desprovista de cualquier matiz maternal—. Y usted, doña Sagrario, parece tener cierta querencia por los rincones sombríos. Supongo que es un defecto profesional de quien se pasa la vida entre legajos cubiertos de moho y olvido.

Sagrario se levantó con la dignidad que le permitían sus articulaciones, alisando su vestido de lino con parsimonia.

—La sombra es el único lugar donde se puede analizar con claridad en este clima, doña Adelaida —replicó con una cortesía gélida—. Su hija estaba compartiendo conmigo sus inquietudes sobre el futuro de

«El Lince Dorado». Inquietudes que, por lo que veo, están plenamente justificadas por la realidad de los hechos.

Adelaida soltó un bufido de desdén, acercándose hasta quedar a pocos pasos de la fuente. Miró a su hija con una mezcla de lástima y reproche que hizo que Amalia bajara la mirada de inmediato, como un animal acostumbrado al látigo de las palabras.

—Las inquietudes de Amalia son fruto de una sensiblería que no tiene lugar en una casa que se desmorona. —Adelaida giró el anillo de sello en su dedo, un gesto mecánico que Sagrario anotó mentalmente—. Ya te lo he dicho, hija. No estamos para cuadros ni para romances con hombres que no tienen donde caerse muertos. Don Julián vendrá mañana por la tarde para formalizar el compromiso ante testigos. Es la única forma de que Alcaraz y sus hombres dejen de husmear en nuestros libros y de que tu hermano tenga la defensa que se merece. Un Casabermejo no termina en una celda si hay tierras suficientes para pagar el silencio y el respeto de quienes deciden.

—¿A costa de mi vida, madre? —susurró Amalia, sin levantar la vista del suelo de guijarros.

—A costa de tu capricho —corrigió Adelaida—. El honor de esta familia no es algo que se pueda sacrificar por un muchacho que ni siquiera ha tenido el valor de quedarse a dar la cara cuando las cosas se han puesto feas. Ese Ricardo tuyo ha huido como un galgo en cuanto ha olido el humo de la Guardia Civil. Eso debería decirte todo lo que necesitas saber sobre su carácter.

La matriarca se volvió hacia Sagrario, sus ojos azules, pequeños y fríos, clavándose en los de la archivera. Le recordó a la Madre Eulalia en sus peores momentos de intransigencia, pero sin la fe que, al menos, justificaba la dureza de la abadesa. Adelaida solo tenía la tierra y el orgullo, una mezcla volátil que no dejaba espacio para la compasión ni para la duda.

—Espero que su investigación, doña Sagrario, no entorpezca los asuntos privados de esta familia. Mi hijo ya ha pagado bastante con esa detención humillante frente al servicio. No permitiré que el buen nombre de mi hija se vea arrastrado por sus deducciones... pintorescas. Mi paciencia ha alcanzado hoy su límite.

—La verdad rara vez es pintoresca, doña Adelaida —respondió Sagrario con voz suave pero firme—. Suele ser bastante austera, como un registro de defunciones o un inventario de bienes embargados. Y mi único interés es que el registro de este cortijo quede cerrado con la anotación correcta. Las mentiras, como los documentos mal archivados, siempre terminan apareciendo en el momento más inoportuno, causando un daño mayor que la propia verdad.

Adelaida apretó los labios hasta que desaparecieron en una línea fina de indignación. Sin decir una palabra más, hizo un gesto imperioso a Amalia para que la siguiera. La joven se levantó, lanzando una última mirada de auxilio a Sagrario, una súplica muda que la archivera archivó mentalmente bajo el epígrafe de «urgencia vital».

Mientras madre e hija desaparecían por el corredor que conducía a las estancias nobles, el patio recuperó un silencio denso, cargado del aroma de los jazmines y la tierra seca. Sagrario se quedó sola junto a la fuente, sintiendo cómo el calor parecía condensarse a su alrededor. Las palabras de Purificación sobre el «rastro del bronce» resonaban en su cabeza, entrelazándose con la revelación del cuaderno de Aristeo. ¿Era Ricardo un peón en un juego más grande? ¿O era el brazo ejecutor de una justicia que Amalia deseaba, pero no se atrevía a invocar?

Sagrario no se marchó de inmediato. Se acercó a la fuente y observó el fondo seco. Notó algo que no había visto antes: una pequeña marca en el borde de piedra, un raspón reciente que había levantado el liquen seco. No era la marca de una herramienta de limpieza, sino algo más pesado y metálico. Se inclinó, ignorando el dolor de sus

rodillas, y pasó un dedo por la hendidura. El tacto era áspero. Cerca de la marca, una pequeña mancha oscura, casi invisible contra la piedra gris, llamó su atención. No era sangre, sino algo que parecía grasa mecánica o quizás aceite de linaza.

A lo lejos, el sonido de una puerta cerrándose con violencia en las plantas superiores rompió el letargo del mediodía. Sagrario se enderezó. El cortijo parecía observarla a través de las ventanas de los pisos altos, como si cada viga y cada teja estuviera impregnada de la voluntad de Adelaida. La ausencia de los sirvientes en ese momento era elocuente; la casa se había replegado sobre sí misma tras el estallido de la matriarca.

Caminó hacia la galería lateral, buscando la sombra. Allí, sobre un banco de madera, alguien había dejado un pequeño trozo de papel doblado. Sagrario lo tomó con la punta de los dedos. Al abrirlo, reconoció la caligrafía apresurada de Amalia: un boceto rápido de un olivo retorcido, pero en el reverso, apenas legible, había una lista de nombres y cifras. No eran deudas de juego. Eran fechas de riego y cantidades de abono. Al final de la lista, una anotación subrayada tres veces: «Haza de las Ánimas - 12 de septiembre».

La archivera guardó el papel en su bolso. El rastro del bronce estaba allí: en el bastón, en las palabras de Purificación, en la rigidez de una casa que prefería el crimen al escándalo social. Pero ahora había algo más: una fecha que Aristeo parecía considerar fundamental.

Sagrario reemprendió su marcha hacia la salida. Su mente cruzaba los datos con la precisión de un paleógrafo experto: la deuda de la Haza, el supuesto cuaderno de Ricardo, la presión de Adelaida y la vigilancia invisible que se sentía en cada rincón. La pregunta ya no era si Amalia amaba a Ricardo. Se trataba de descubrir quién, en esa red de lealtades forzadas y deudas heredadas, había decidido que el precio de la supervivencia del honor familiar era la sangre del capataz.

Al cruzar de nuevo el dintel hacia el exterior, el sol de Jaén la recibió con una intensidad que hacía vibrar el horizonte. La luz era tan

blanca que borraba los matices, dejando solo las formas esenciales de la tierra. Sagrario abrió su sombrilla de seda, sintiendo el leve alivio de la sombra artificial. Necesitaba encontrar el cuaderno de Aristeo. Si ese documento existía realmente y no era una invención para chantajear a Amalia, allí residía la clave del colofón de este misterio.

Y sobre todo, necesitaba entender qué sucedió realmente el 12 de septiembre en la Haza de las Ánimas. El archivo de este caso, como los tomos más valiosos de San Lázaro, exigía una lectura entre líneas que apenas estaba comenzando.

CAPÍTULO 16: LA DANZA DE LAS CUENTAS

La pequeña oficina del cortijo «El Lince Dorado» olía a una mezcla rancia de tinta seca, tabaco de pipa y polvo añejo, incrustado en las juntas de la caoba, donde nadie osaba mover los muebles. Una única ventana, estrecha y alta como la de una celda, proyectaba un rectángulo de luz lechosa sobre el escritorio, iluminando el lento baile de las motas en el aire quieto. Doña Sagrario se detuvo en el umbral. Sus rodillas, rígidas tras la caminata del día anterior, le enviaron un pinchazo de dolor que la obligó a apoyarse un instante en el marco de la puerta de madera de olivo.

Ese aroma a papeles viejos le trajo un recuerdo nítido de su estancia en el monasterio de San Lázaro. Allí, entre los legajos del Códice Negro, el silencio era más denso, cargado de una espiritualidad que aquí apenas se adivinaba. En Jaén, el polvo no era de pergamino sagrado, sino de tierra roja y sudor de jornalero. Con todo, la esencia del engaño permanecía idéntica. Sagrario sabía que la corrupción no entiende de hábitos ni de chaquetas de lino; se manifiesta igual en una nota marginal de un libro de oraciones que en la columna de un debe y haber. Recordó la mirada del padre Anaximandro antes de que el infortunio lo alcanzara; también él custodiaba secretos que pesaban más que el plomo.

Alonso Casabermejo no notó su presencia. Sentado ante un escritorio sepultado bajo una avalancha de carpetas y libros

contables de lomo gastado, su imagen distaba mucho de la del heredero altivo que Sagrario había conocido al llegar. Vestía la misma bata de seda que lucía durante su detención, ahora arrugada y con manchas de ceniza en las solapas. El cabo Alcaraz, cumpliendo la concesión de permitirle organizar los papeles antes del traslado definitivo al cuartelillo, montaba guardia en el pasillo, dejando a Alonso a solas con sus fantasmas de celulosa.

Sagrario observó las manos del hombre. El tic de su mano derecha era ahora una vibración constante. Alonso se mordía la uña del dedo índice con tal ferocidad que un pequeño hilo de sangre fresca comenzaba a manchar la esquina de un folio. Sus ojos marrones, siempre huidizos, se movían con rapidez sobre las cifras, como si buscara un error matemático que lo exculpara de un pecado moral.

—El desorden de un archivo suele ser el síntoma de una conciencia que no encuentra su lugar —dijo Sagrario con suavidad, adentrándose en la estancia.

Alonso dio un respingo, golpeando accidentalmente un tintero de cristal que, por fortuna, estaba casi vacío. Se volvió hacia ella con los ojos hundidos en ojeras violáceas. No había rastro de su habitual petulancia; solo quedaba el despojo de un hombre que se sabía observado por un tribunal que no entendía de linajes.

—¿Qué quiere ahora, doña Sagrario? —su voz era un hilo quebrado —. ¿No ha tenido suficiente con verme salir de aquí custodiado? Ya tiene a su culpable. Ya tiene su historia.

La archivera avanzó con pasos cortos, ignorando la aspereza del tono. Se situó al otro lado de la mesa y deslizó la vista por las columnas de números que Alonso intentaba ordenar. Su mente, entrenada en la paleografía conductual, analizó la disposición de los libros. Estaban apilados por urgencia, no por fecha; un signo evidente de pánico.

—No busco historias, don Alonso. Busco la verdad de los hechos, y los números son, a menudo, los únicos testigos que no saben mentir,

aunque se les obligue a guardar silencio.

Sagrario señaló un libro de cuentas de cubiertas negras, muy similar a otro que había examinado en Úbeda meses atrás. Aquel volumen había avivado sus dudas sobre la honorabilidad de los linajes más antiguos de la provincia, a raíz del asunto del testamento perdido.

—¿Ese es el registro de la campaña pasada, verdad? —preguntó ella, rozando el lomo con sus dedos largos.

Alonso bajó la cabeza, frotándose las cutículas heridas contra la seda de la bata. Un suspiro tembloroso escapó de su pecho.

—No hay nada que registrar ya —murmuró, casi para sí mismo—. Todo este imperio de olivos... es una cáscara vacía. Una fachada de cal que oculta la ruina.

Se inclinó sobre la mesa, ocultando el rostro entre las manos. Sagrario esperó. Había aprendido que el silencio es la herramienta más eficaz para que los documentos —y las personas— terminen por hablar. En San Lázaro, la quietud de aquellos claustros había forzado la confesión indirecta de quienes temían la luz.

—El molino —dijo Alonso al fin, con una voz cargada de una resignación plomiza—. El corazón de la hacienda que Teobaldo quería convertir en una fábrica moderna... ya no nos pertenece.

Sagrario arqueó una ceja, tocando pensativa la pequeña verruga sobre su labio.

—¿Una hipoteca?

Alonso asintió sin levantar la cabeza.

—Tres. Una sobre la otra, como capas de una herida que no cierra. La familia está en la bancarrota técnica desde hace dos años. Aristeo lo sabía. Era el único que manejaba el capital líquido, el que trataba con los prestamistas de Jaén. Mi madre cree que el dinero de la Haza de las Ánimas se perdió en una mala inversión, pero la realidad es que nunca llegó a existir. Eran solo deudas que pagaban otras

deudas. Un castillo de naipes que Aristeo mantenía en pie con amenazas y medias verdades.

—Y usted falseó estos libros para que doña Adelaida no sospechara el alcance del desastre —concluyó Sagrario.

—Lo hice para salvarla del golpe —exclamó Alonso, alzando por fin la vista. Sus ojos estaban inyectados en sangre—. ¿Se imagina a mi madre sabiendo que su apellido no vale ni el papel en el que está escrito? Aristeo me presionaba. Decía que si no firmaba las actas de producción infladas, iría a contárselo todo a ella. Me tenía acorralado. Cada noche, en el cenador, era un nuevo precio que pagar por su sigilo.

La confesión de Alonso fluyó con la desesperación de una presa que rompe. Habló de préstamos avalados por tierras que ya no eran suyas, de jornales que se pagaban con pagarés sin fondos. Contó cómo su detención por el robo del reloj era casi un alivio comparado con el peso de la quiebra inminente. Sagrario escuchaba, analizando no solo las palabras, sino también la caligrafía de los asientos contables que tenía delante. Había algo en la pulcritud de ciertos márgenes que no encajaba con el carácter errático de Alonso.

Esa misma sospecha la había asaltado tiempo atrás, al analizar el diario que resultó ser una falsificación en el caso de la madre Eulalia. Los falsificadores, pensó, siempre pecan de exceso de orden.

En ese instante, la puerta de la oficina se abrió con brusquedad. Teobaldo Cifuentes entró con su habitual rigidez, sosteniendo un cuaderno de notas y el bolígrafo técnico en el bolsillo de la camisa impecable. Al ver a Alonso en ese estado y a Sagrario examinando los libros, se detuvo en seco. Las gafas de montura fina captaron el reflejo de la luz blanca.

—Vengo a entregar el informe de rendimiento del sector norte —dijo Teobaldo, su voz sonando metálica—. Aunque supongo que a la justicia le importa poco el índice de acidez de un aceite que quizá nunca llegue al mercado.

Alonso no respondió. Teobaldo avanzó hasta la mesa, dejando caer el cuaderno sobre un fajo de facturas. Su mirada se posó en un documento que Alonso no había tenido tiempo de ocultar: el aviso de ejecución hipotecaria del molino. El rostro del agrónomo pasó de la indiferencia técnica a una palidez de mármol. Sus ojos verdes se abrieron tras los cristales de las gafas.

—¿Qué es esto, Alonso? —preguntó Teobaldo, su voz descendiendo a una nota peligrosa.

Alonso se encogió en su asiento, incapaz de sostenerle la mirada.

—El final, Teobaldo. Es el final.

Cifuentes arrebató el documento de la mesa. Sus dedos largos apretaron el papel con tal fuerza que los nudillos se tornaron blancos. Sagrario observó la reacción del agrónomo: no era la sorpresa de un extraño, sino la rabia contenida de quien veía cómo le arrebataban la razón de su existencia.

—¡Hipotecado! —estalló Teobaldo, golpeando la mesa con el puño—. ¡Mi proyecto! Dos años diseñando la reestructuración del molino, estudiando las variables de presión... ¡y usted sabía que el edificio ya no era suyo!

—No podía decírtelo —gimió Alonso—. Aristeo...

—¡Aristeo! —Teobaldo escupió el nombre—. Ese analfabeto con ínfulas de señorito. Siempre supe que era un lastre, pero esto... Esto es sabotaje. Si Aristeo me hubiera permitido implementar la modernización hace un año, habríamos tenido liquidez suficiente. ¡Habríamos salvado el cortijo!

Teobaldo empezó a caminar por el reducido espacio como un animal enjaulado. Su arrogancia científica se había transformado en una frustración visceral. A Sagrario le recordó a Montalvo, aquel hombre que, a pesar de sus crímenes, le había enseñado que la ambición técnica a menudo choca contra el muro de la codicia más mundana.

—Él me lo negó todo —continuó Teobaldo, dirigiéndose ahora a Sagrario—. Cada vez que yo presentaba una mejora, Aristeo la bloqueaba con sus tradiciones rancias. Y ahora lo entiendo todo. No era tradición, doña Sagrario. Era miedo. Miedo a que mi auditoría técnica revelara que el molino era un cadáver financiero. Aristeo prefirió dejar que todo se pudriera antes que perder su control sobre los Casabermejo.

Sagrario asintió con lentitud. El cuadro se completaba. Aristeo Carmona no solo era un capataz ambicioso; era el carcelero de un secreto que mantenía a la familia bajo su bota. Y Teobaldo, el hombre de los datos, acababa de descubrir que su mayor fracaso profesional no se debió a una variable agronómica, sino a una estafa humana.

—La lógica de la avaricia suele ser más potente que la de la termodinámica, don Teobaldo —comentó Sagrario.

Ella volvió su atención a los libros de cuentas mientras el agrónomo seguía murmurando maldiciones. Sagrario pasó las páginas del Libro Mayor, deteniéndose en los asientos de los últimos seis meses. Sus dedos, expertos en detectar los defectos del papel, acariciaron la textura de la tinta. Había algo en el flujo del trazo que le resultaba familiar, una disciplina que recordaba a los amanuenses que ocultaban mensajes en los márgenes de los documentos de Verdegay.

—Dígame, don Alonso —dijo sin levantar la vista—, estos totales en la columna de ingresos extraordinarios... tienen una caligrafía muy particular. Muy firme, muy disciplinada.

Alonso levantó la vista, confundido.

—Son mis cuentas. Yo las llevaba.

—Usted firmaba los balances, don Alonso, de eso no hay duda. —Sagrario señaló un trazo específico en una letra «f» que se repetía con una regularidad mecánica—. Pero el cuerpo del texto, las anotaciones sobre los préstamos de particulares... esto no es suyo.

Usted tiene un trazo más nervioso. Esta mano es la de alguien acostumbrado al detalle, a la limpieza absoluta. Alguien que ayuda a mantener el orden cuando el dueño de la casa ya no puede sostener la pluma.

Alonso tragó saliva. Sus ojos buscaron la puerta cerrada.

—Facundo —susurró—. Él... él me ayudaba con la transcripción de los borradores. Decía que mi letra no era digna de un Casabermejo, que los libros debían verse impecables por si mi madre decidía revisarlos.

Sagrario cerró el libro con un golpe seco que hizo que Teobaldo se detuviera.

—El mayordomo —concluyó la archivera—. Facundo Nogueira no solo custodiaba las llaves de la despensa, sino también las del fraude. Él conocía la debilidad de sus cuentas tanto como Aristeo conocía la de sus tierras.

Sagrario se quedó un instante en silencio. Para ella, los archivos siempre habían sido el reflejo más fiel de la realidad, un palimpsesto donde las capas de engaño terminaban por transparentarse. Las finanzas de los Casabermejo eran una genealogía de la decadencia. El honor, ese concepto que doña Adelaida blandía como una espada, era en realidad un sudario.

Recordó a la madre Eulalia y su lucha por la transparencia en el monasterio tras descubrir la corrupción de Verdegay. Allí, como aquí, el silencio había sido el abono de la tragedia.

—Los números, señores —dijo Sagrario, mirando alternativamente a Alonso y a Teobaldo—, son el rastro más amargo que deja el hombre sobre la tierra. Más incluso que la sangre. Porque la sangre se seca y desaparece, pero una deuda se hereda hasta que no queda nada por lo que luchar.

La puerta volvió a abrirse con una parsimonia que cortó el aire. Adelaida Casabermejo entró en la oficina. Iba impecable, con su

collar de perlas captando la luz cenicienta y su moño blanco sin un solo pelo fuera de lugar. Su presencia impuso un silencio inmediato.

—Veo que han decidido convertir la oficina en un salón de reuniones —dijo Adelaida, su voz fría resonando con autoridad—. Alonso, el cabo Alcaraz me informa de que el coche para su traslado está a punto de llegar. Espero que haya terminado de poner en orden los asuntos del cortijo. No podemos permitir que la producción se detenga.

Alonso se puso en pie de un salto, ocultando con el cuerpo los libros que Sagrario acababa de examinar. Su rostro era una máscara de miedo que intentaba imitar la calma de su madre.

—Sí, madre. Todo está bajo control. Estaba justo explicándole a doña Sagrario y a Teobaldo que los libros están al día. Una simple formalidad.

Sagrario observó al heredero. Alonso mentía con una facilidad que solo da la costumbre de vivir en la cuerda floja. Sus manos lo traicionaban: estaban crispadas sobre el borde de la mesa, y el hilo de sangre de su dedo índice acababa de manchar el aviso de la hipoteca.

—¿Es así, doña Sagrario? —preguntó Adelaida con una mirada que era un desafío helado—. ¿Han encontrado lo que buscaban en nuestras cuentas?

Sagrario sostuvo la mirada de la matriarca. Vio en esos ojos azules la determinación de quien está dispuesta a hundirse con el barco antes que admitir la vía de agua. Adelaida no era una víctima de la ruina; era su guardiana.

—He encontrado exactamente lo que esperaba, doña Adelaida —respondió Sagrario con cortesía—. Un registro muy revelador. Como le dije anteriormente, la verdad suele ser bastante austera. Y aquí, en estos libros, la austeridad ha llegado a un punto crítico.

Adelaida apretó los labios, el anillo de sello familiar brillando en su dedo mientras cerraba la mano.

—El progreso de las cuentas es asunto exclusivo de mi hijo y mío —sentenció la matriarca—. Amalia ya está preparada para recibir a los invitados de mañana. Los Casabermejo siempre cumplimos con nuestros compromisos. No lo olvide.

—No lo olvido, señora —respondió Sagrario—. Pero a veces, los compromisos que más pesan no son los que firmamos con tinta, sino los que sellamos con el silencio. Me recuerda a una vieja máxima que solía decir el padre Anaximandro sobre los documentos ocultos: lo que se entierra en papel, siempre florece en desgracia.

Adelaida hizo un gesto imperioso a Alonso para que la siguiera. Él obedeció, dejando atrás el desorden de su fracaso. Teobaldo Cifuentes, aún con el informe en la mano y la rabia vibrando en sus hombros, lanzó una última mirada de desprecio al despacho y salió tras ellos.

Doña Sagrario se quedó sola. El rectángulo de luz en el suelo se había desplazado, iluminando ahora el tintero volcado. Una mancha negra se extendía lentamente sobre un fajo de facturas, borrando nombres y fechas.

La archivera se acercó de nuevo a la mesa y, con un movimiento preciso, recuperó el fragmento de lacre con la «C» que guardaba en su bolsillo. Lo dejó un instante sobre el Libro Mayor, junto a la caligrafía de Facundo Nogueira. El engaño no era una anomalía en «El Lince Dorado»; era el cimiento. Y ahora que los números habían hablado, Sagrario sabía que la supervivencia del cortijo no dependía de la cosecha, sino de cuánto tiempo más podrían ocultar que el aceite que brotaba de sus prensas estaba mezclado con el veneno de la insolvencia.

Salió de la oficina con paso pausado, sintiendo el peso de la verdad en su bolso de piel. La danza de las cuentas había terminado, pero la música de la tragedia seguía resonando en cada rincón del cortijo,

un eco que ya conocía bien de sus días en los archivos de San Lázaro y que, sospechaba, la acompañaría hasta su próximo destino.

CAPÍTULO 17: FUEGO EN EL CORAZÓN DEL OLIVAR

El estruendo no fue una explosión limpia, sino un desgarro prolongado, un gemido de metal sometido a una fatiga antinatural que culminó en un latigazo sónico. Doña Sagrario, que en ese instante cruzaba el patio empedrado hacia la almazara, notó cómo la vibración ascendía desde la suela de sus zapatos hasta la base del cráneo. Una punzada de rigidez le atenazó la rodilla izquierda, un aviso añejo de sus caminatas por archivos y surcos de olivar. Tuvo que detenerse, apoyándose en su sombrilla de seda.

El silencio que siguió al estruendo fue breve, roto de inmediato por el siseo violento del vapor a presión. Una nube blanquecina y densa se desbordó por los ventanucos altos del molino, cargada con un aroma penetrante a aceituna molturada y aceite caliente. Aquel olor, que en otras circunstancias habría sido el perfume del éxito de la cosecha, ahora presagiaba una catástrofe inminente. Sagrario se ajustó el sombrero de ala ancha.

Por un instante, la opresión de los sótanos de San Lázaro acudió a su memoria: allí, el peligro emanaba de pergaminos podridos y secretos eclesiásticos. Aquí, en la Jaén rural, la violencia se manifestaba industrial, mecánica y caliente.

Sagrario forzó el paso, ignorando el aviso de sus articulaciones. Al alcanzar el umbral de la gran sala de máquinas, la visibilidad era casi nula. El vaho lo envolvía todo, convirtiendo las vigas de madera en

sombras fantasmales. El vapor se adhería a sus guantes de hilo y humedecía la verruga discreta cerca de su labio, que tocó con un gesto nervioso antes de recobrar la compostura.

—¡Alonso! ¡Cabo! —La voz de Teobaldo Cifuentes irrumpió en la niebla, con una urgencia que apenas contenía el pánico.

La archivera divisó dos figuras cerca de la prensa principal, una Albiñana de hierro fundido que presidía la estancia como un ídolo de otra época. Alonso Casabermejo estaba de rodillas sobre las baldosas de barro cocido, con su camisa de seda empapada de una mezcla viscosa de agua y aceite. A su lado, el cabo Norberto Alcaraz intentaba levantarlo, aunque el propio guardia parecía aturdido. Llevaba el uniforme desaliñado y una mancha de hollín, ya casi invisible, cruzándole la frente.

—Se lo dije, cabo —balbuceaba Alonso, cuya palidez era visible incluso bajo la pátina de grasa que le cubría el rostro—. Se lo dije... la presión subía demasiado deprisa. No me escuchó.

Alcaraz no respondió de inmediato. Sujetaba al heredero por el brazo, manteniendo la mano derecha cerca de la funda de las esposas. Era un gesto instintivo, temiendo que el prisionero escapase incluso en mitad del caos. El cabo había accedido a la petición desesperada de Adelaida: le permitió a su hijo supervisar el inicio del primer prensado antes de que el coche de traslado lo llevara al cuartelillo para declarar por sus deudas. Una concesión que ahora, ante el desastre, parecía una negligencia administrativa.

Teobaldo Cifuentes apareció desde la zona de los calderines. Llevaba su bolígrafo técnico en la mano, empuñado como si fuera una herramienta de defensa, y sus gafas estaban tan empañadas que sus ojos verdes eran apenas dos manchas borrosas. Sin decir palabra, se abalanzó sobre la válvula de cierre manual. Sus movimientos eran frenéticos, pero precisos. Tras tres giros violentos del volante de acero, el siseo del vapor remitió, transformándose en un gorgoteo agonizante. A Sagrario le recordó los estertores finales de las víctimas que había visto en sus crónicas pasadas.

—¿Están todos ilesos? —preguntó Sagrario, avanzando hacia el grupo.

Su voz, serena, cortó el aire denso con la autoridad de quien está habituado a imponer orden en el caos de un archivo desbordado. No pudo evitar pensar en el padre Anaximandro; él habría buscado una explicación teológica para este estallido, mientras que ella solo buscaba la mano humana tras el metal deformado.

Alcaraz levantó la vista, aliviado al ver a la anciana.

—Doña Sagrario, no debería estar aquí. Esto ha sido una falla en la maquinaria. Podría haber saltado todo por los aires.

—No ha sido una falla, cabo —sentenció Teobaldo, volviéndose hacia ellos con el rostro desencajado por una rabia técnica—. No ha sido la fatiga del material. He revisado estas calderas cada mes desde que llegué.

El agrónomo se arrodilló junto al conducto de retorno de la prensa, ignorando el charco de alperujo que manchaba sus pantalones perfectamente planchados. Con un gesto brusco, señaló una pieza metálica que colgaba, deformada, cerca del manómetro de control.

—Miren esto —ordenó Teobaldo.

Sagrario se inclinó lo suficiente para observar, a pesar de la rigidez de sus rodillas. Sus ojos gris perla, acostumbrados a detectar la más mínima alteración en el trazo de una firma en un legajo antiguo, se fijaron en el vástago de la válvula de seguridad. El metal no presentaba el aspecto romo de una rotura por presión; mostraba marcas claras, muescas profundas que solo una herramienta de acero podría haber dejado.

—Alguien bloqueó la válvula de escape —explicó Teobaldo. Su voz vibraba con una indignación profesional—. Han introducido una cuña de madera endurecida en el resorte de seguridad y apretado el tornillo de sujeción hasta el límite. El manómetro estaba trucado para marcar una presión estable mientras el calderín se convertía en

una bomba. Esto no es un accidente, es ingeniería del mal, una tan precisa que no solo buscaba la destrucción, sino también una distracción perfecta para que nadie mirara donde no debía mientras la atención se centraba aquí.

—¿Sabotaje? —Alcaraz pronunció la palabra con una incredulidad que delataba su falta de experiencia fuera de la burocracia de la capital—. ¿Quién querría reventar el molino en plena cosecha?

Sagrario observó a Alonso. Temblaba, frotándose las manos de forma compulsiva. La herida de su dedo índice, esa marca de ansiedad que Sagrario ya conocía bien, se había reabierto con la caída. Un hilo de sangre fresca se mezclaba con el aceite oscuro en sus palmas, creando una imagen que a Sagrario le recordó, de forma inquietante, las manchas de tinta sobre el Códice Negro. Allí donde el conocimiento debería ser puro, siempre había alguien dispuesto a verter sangre o veneno.

—Alguien que no busca solo una muerte, cabo —murmuró Sagrario, ajustándose el bolso de piel—. Alguien que busca la aniquilación total de los Casabermejo. Este acto tiene la misma caligrafía que el asesinato de Aristeo, aunque use herramientas distintas.

La archivera se enderezó. El calor del recinto se le pegaba a la piel. Para su mente analítica, la escena era un palimpsesto de intenciones. El asesinato de Aristeo bajo el olivo había sido un acto de eliminación quirúrgica. Esto, en cambio, era diferente. Sabotear la almazara en el momento en que el primer aceite comenzaba a fluir era un ataque al corazón del patrimonio. Si la prensa hubiera estallado por completo, no solo Alonso habría muerto.

El molino, el único activo que aún mantenía a la familia a flote frente a la quiebra que Sagrario había descubierto en los libros contables, habría quedado reducido a chatarra. Era un borrado histórico, una «*damnatio memoriae*» aplicada a una propiedad.

—Don Teobaldo —dijo Sagrario, señalando con la punta de su sombrilla la maquinaria dañada—, ¿cuántas personas en este cortijo

poseen el conocimiento técnico para realizar una manipulación tan precisa? Trucar un manómetro y bloquear un escape de seguridad no es tarea de un jornalero común. Requiere una mente que entienda de flujos y presiones.

Teobaldo se ajustó las gafas, que ahora volvían a ser transparentes.

—Hacen falta planos, doña Sagrario, y experiencia. Esta prensa Albiñana es un modelo complejo. Aristeo la conocía al detalle, por supuesto. Yo también. Y Facundo... Facundo ha estado presente en cada revisión técnica desde que se instaló. Conoce cada junta y cada tornillo.

—¿Y usted, don Alonso? —preguntó la archivera, volviendo sus ojos hacia el heredero.

Alonso levantó la vista, ofendido a pesar de su postración.

—¿Yo? Doña Sagrario, casi muero ahí mismo. Si el cabo Alcaraz no me hubiera llamado para que me diera prisa, el vapor me habría alcanzado de lleno. Estaba justo frente al visor de nivel, intentando entender por qué no fluía el aceite.

Norberto Alcaraz asintió, aunque una expresión de duda sembrada en su rostro le recordó a Sagrario la desconfianza del inspector Roca.

—Es cierto. Yo estaba en la puerta, controlando el tiempo. Le grité que debíamos irnos ya hacia el coche, que no podíamos esperar más a su madre. En ese momento escuchamos el primer crujido y lo saqué de allí justo antes de que el vástago saliera disparado como una bala.

Sagrario asintió pensativa. El miedo de Alonso era real: sus manos no dejaban de temblar y el tic en su mejilla era una coreografía de terror genuino. Sin embargo, en el mundo de los archivos, a veces el falsificador es el primero en denunciar la falsedad para desviar la sospecha. Pero Alonso no tenía la sangre fría necesaria para un plan

tan milimétrico. Él era un hombre de deudas y juegos, no de válvulas y sabotajes.

—Cabo Alcaraz —intervino Sagrario—, debería asegurar la zona. Don Teobaldo tiene razón: esto es un escenario criminal. Y sospecho que el autor de esta obra de ingeniería no está muy lejos. Alcaraz, recuerde lo que nos enseñó el caso de Verdegay y Montalvo: la corrupción más profunda a veces se esconde bajo el uniforme del deber o la lealtad inquebrantable.

El cabo, espoleado por la sugerencia de la archivera, comenzó a examinar el suelo de la almazara. Sus pasos resonaban sobre las baldosas, levantando un eco que parecía burlarse de su frustración.

—Esto es inaudito —rezongó Alcaraz—. Primero un asesinato, luego un robo de reloj y ahora un sabotaje. En la capital, a estas alturas, ya tendríamos a medio cuerpo de policía científica peinando el lugar. Aquí solo tengo mi cuaderno y un pueblo que solo sabe hablar de maldiciones y de la tierra.

—La paleografía conductual, cabo —murmuró Sagrario mientras se acercaba a un rincón oscuro de la estancia—, nos enseña que las máquinas, como los hombres, dejan rastros involuntarios. Solo hay que saber leer los trazos que deja la mano sobre el hierro.

Sagrario se detuvo ante una pequeña mesa de trabajo donde descansaban unos capachos vacíos. Sus ojos captaron un detalle: una pequeña mancha de aceite fresco, pero con una tonalidad diferente al de la molienda actual, más oscuro, más denso, quizás de alguna lubricación externa. Cerca de ella, vio una marca circular en el polvo, una impronta que le resultó familiar. No era la marca de una bota, ni la base de un cántaro. Era una circunferencia perfecta de apenas dos centímetros de diámetro, con una pequeña muesca en un lado.

Recordó el bastón de encina de Facundo Nogueira. La punta de bronce que Purificación Gálvez había mencionado como el rastro del silencio. Pero no dijo nada. En el juego de la deducción, como en la

catalogación de un documento dudoso, revelar una pista antes de tiempo era tan peligroso como ignorarla. La Madre Eulalia le había enseñado una vez que el silencio es la mejor red para atrapar la verdad.

—¡Miren esto! —exclamó Alcaraz desde el otro lado de la prensa.

El cabo había encontrado, oculta tras una pila de sacos de yute, una llave inglesa de gran tamaño. La herramienta estaba manchada de una grasa negra y espesa, y junto a ella, un pequeño trozo de madera astillada que coincidía exactamente con el tipo de cuña que Teobaldo había descrito.

—Alguien ha tenido mucha prisa por deshacerse de esto —dijo Alcaraz, recogiendo la llave con un pañuelo de bolsillo.

—O alguien quería que la encontráramos —añadió Sagrario con una nota de escepticismo—. En este cortijo, cabo, nada es tan obvio como parece. Los documentos más claros suelen ser los que más sospechas deben despertarnos.

El calor en el interior del molino se estaba volviendo insoportable. El vapor atrapado empezaba a condensarse en las vigas del techo, cayendo en gotas pesadas sobre los presentes. Sagrario sentía una opresión creciente. El intento de asesinato de Alonso —o el simulacro del mismo— elevaba la apuesta. Ya no se trataba de un secreto contable o un chantaje de capataz. Era una guerra de desgaste contra una estirpe entera.

De pronto, la luz que entraba por el portón principal se vio interrumpida por una figura sólida. Facundo Nogueira entró en la almazara. Su presencia, como siempre, parecía absorber el aire de la habitación. Llevaba su bastón de encina y sus manos, inmaculadas a pesar del caos reinante, se frotaban entre sí en ese gesto rítmico de pulido invisible que Sagrario encontraba tan inquietante.

—He oído el estruendo desde el patio de los jazmines —dijo Facundo. Su voz era monótona, desprovista de emoción—. ¿Qué ha pasado con la Albiñana?

—Ha sido saboteada, Facundo —respondió Teobaldo con agresividad —. Alguien ha bloqueado la válvula. Casi mata a don Alonso.

El mayordomo dirigió la mirada hacia el heredero, que seguía sentado en el suelo, custodiado por Alcaraz. No hubo compasión en sus ojos pequeños y escrutadores, solo una observación fría que recordó a Sagrario la fijeza de los retratos antiguos en los archivos de Úbeda.

—Es una lástima —dijo Facundo—. Aristeo siempre decía que estas máquinas eran como caballos: si no sabes montarlas, terminan por pisotearte. Quizás la modernización que usted tanto defiende, don Teobaldo, es demasiado para estas tierras.

—Aristeo está muerto, Facundo —le espetó Alcaraz, dando un paso hacia el mayordomo—. Y ahora tenemos una herramienta que no debería estar aquí y una máquina manipulada. ¿Dónde estaba usted hace diez minutos?

—Podando los jazmines del patio central, cabo. Como cada tarde a esta hora. Pueden preguntarle a la señora Adelaida; ella misma me dio las instrucciones antes de que ustedes bajaran a la oficina. Los jazmines no esperan, igual que la justicia.

Sagrario observó el bastón de Facundo. La punta de bronce descansaba sobre una baldosa limpia. La marca que dejaba era idéntica a la que ella había visto hacía un momento en el rincón oscuro. El mayordomo se dio cuenta de su escrutinio y, con un movimiento sutil, desplazó el bastón unos centímetros, ocultando la huella previa. Fue un gesto mínimo, pero para Sagrario, fue como encontrar un error en el colofón de un incunable: la prueba de que algo no encajaba en la historia oficial.

—¿Y usted, doña Sagrario? —preguntó Facundo, volviéndose hacia ella—. ¿Qué le dice su método sobre este contratiempo técnico?

—Me dice, Facundo —respondió la archivera con una cortesía afilada —, que en un archivo bien organizado, las inconsistencias siempre terminan por delatar al autor. Y este molino, en este momento, es

un archivo lleno de tachaduras y notas al margen escritas con muy mala intención.

Un nuevo sonido interrumpió la tensión. El golpe seco de unos tacones sobre el empedrado exterior anunció la llegada de la matriarca. Adelaida Casabermejo entró en la almazara con la parsimonia de quien entra en una catedral, o quizás de quien inspecciona las ruinas de su propia vida. A pesar de la canícula y del desastre aceitoso que cubría el suelo, su moño blanco estaba perfecto y su collar de perlas captaba los últimos destellos de luz de la tarde con una frialdad mineral.

Se detuvo en el centro de la estancia, recorriendo el desastre con una mirada azul que no reflejaba ni sorpresa ni dolor, sino una determinación gélida que Sagrario solo había visto antes en la Madre Eulalia cuando la corrupción de Verdegay salió a la luz.

—Levántate, Alonso —ordenó Adelaida. Su voz era pequeña, pero cargada de una autoridad que hizo que el heredero se pusiera en pie de un salto, a pesar de sus rodillas temblorosas.

—Madre... casi me matan... —empezó a decir Alonso, mostrando sus manos heridas.

—Límpiate esa cara —lo interrumpió ella—. No voy a permitir que el cabo Alcaraz te saque de aquí con ese aspecto de derrota. Eres un Casabermejo, aunque las circunstancias y tus propios errores intenten demostrar lo contrario.

Adelaida se volvió hacia el guardia civil. El cabo, que hasta ese momento se sentía el dueño de la situación, pareció encogerse bajo el escrutinio de la matriarca. Era la lucha entre la ley del Estado y la ley de la Tierra.

—Cabo Alcaraz —dijo Adelaida—, me informa mi mayordomo de que han encontrado indicios de sabotaje.

—Así es, señora —respondió Alcaraz, señalando la llave inglesa—. Alguien ha manipulado la prensa. Es un intento manifiesto de

asesinato contra su hijo.

—O un intento de destruir el patrimonio de esta familia —corrigió Adelaida, y por un instante, Sagrario vio un destello de furia genuina en sus ojos fríos—. Quien haya hecho esto ha cometido un error imperdonable. Ha violado la paz de El Lince Dorado de una forma que ni la muerte de Aristeo logró. Aquello fue un ataque a un hombre; esto es un ataque a un linaje.

La matriarca cerró la mano derecha, haciendo que el anillo de sello familiar brillara bajo la luz cenicienta del molino.

—Facundo —llamó.

—Dígame, señora.

—Cierra el portón principal. Ahora mismo. Y el portón de la Haza. Que nadie entre y, sobre todo, que nadie salga.

El cabo Alcaraz dio un paso adelante, alarmado.

—Señora Casabermejo, se supone que debo trasladar a don Alonso al cuartelillo. El coche de la comandancia está al llegar.

—El coche esperará fuera de mis tierras, cabo —sentenció Adelaida con una voz que no admitía réplica—. Nadie saldrá de este cortijo. Ni mi hijo, ni los jornaleros, ni los invitados. Ni siquiera usted, cabo, si no es bajo mi permiso expreso.

—¡Eso es obstrucción a la justicia! —exclamó Alcaraz, buscando su cuaderno de informes como si fuera un escudo.

—Eso es protección de mi estirpe —replicó ella—. Si el asesino está entre nosotros, como parece indicar este accidente, no voy a permitir que se esconda en el anonimato de la noche. Aquí, en este recinto, la verdad tiene un dueño. Y ese dueño soy yo. Me recuerda usted a los oficiales que quisieron entrar en San Lázaro sin permiso del obispado; sepa que aquí, mi voluntad es el obispado.

Sagrario observó la escena con una mezcla de fascinación y alarma. El aislamiento, el pilar fundamental del misterio de círculo cerrado, acababa de ser sellado por la mano de la propia sospechosa principal. Adelaida estaba transformando el cortijo en una olla a presión, exactamente igual que la prensa Albiñana que acababa de sabotearse. Recordó una frase del padre Anaximandro: «A veces es necesario cerrar todas las puertas para que el diablo no tenga dónde esconderse».

—Facundo —insistió Adelaida—, cumpla mi orden. Que los jornaleros se retiren a sus viviendas. Que nadie cruce la linde. Y usted, doña Sagrario...

La matriarca se volvió hacia la archivera.

—Espero que su paciencia de archivos sea tan infinita como dice. Porque a partir de este momento, todos somos prisioneros de este olivar hasta que el responsable de este ultraje sea entregado. ¿Me ha entendido?

Sagrario sostuvo la mirada de Adelaida. Sintió el peso del aire cargado de aceite, el calor que aún emanaba de los motores apagados y el miedo palpable que flotaba entre ellos. La verdad ya no era un rastro que seguir en un documento polvoriento; se había convertido en una trampa física, un laberinto de muros encalados y portones cerrados.

—La verdad, doña Adelaida —respondió Sagrario con una cortesía gélida—, no necesita permiso para manifestarse. A menudo, es precisamente en el aislamiento donde los rastros se vuelven más elocuentes. Estaré encantada de seguir observando sus procedimientos. Pero recuerde que hasta en los archivos más custodiados, siempre hay una grieta por la que entra la luz.

Facundo asintió con un gesto seco y salió de la almazara. El sonido del pesado portón de madera al cerrarse en la distancia, el estruendo del cerrojo de hierro al encajar, resonó en todo el valle como el golpe de un mazo sobre un yunque. Estaban solos.

Sagrario miró a su alrededor. Alonso seguía frotándose las manos manchadas de sangre y aceite, Teobaldo inspeccionaba los daños con una desolación técnica, acariciando el metal como si fuera un animal herido, y el cabo Alcaraz buscaba desesperadamente una autoridad que acababa de serle arrebatada por una anciana con collar de perlas.

El rastro del bronce en el suelo, el rastro de la deuda en los libros y el rastro del sabotaje en la válvula se habían fundido en una sola línea narrativa. El asesino no solo había matado al capataz; estaba desmantelando una estirpe, pieza a pieza, válvula a válvula. Sagrario sintió una extraña paz intelectual en medio del caos. Este era el momento que precedía a la gran revelación, el instante en que todas las pistas, desde el códice hasta la aceituna, cobraban un sentido único y aterrador.

Ajustó su bolso de piel, sintiendo el peso de su cuaderno de notas, y con un último vistazo a la prensa herida, salió al patio. El sol se ocultaba tras las laderas de Jaén, tiñiendo el olivar de un color ocre que parecía sangre seca sobre el horizonte. El tiempo de las preguntas se había agotado. El tiempo de la verdad, turbia y amarga como el aceite de un mal prensado, acababa de comenzar. Doña Sagrario sonrió levemente para sí misma; el aislamiento era su entorno natural. Al fin y al cabo, un archivo no es más que una celda de papel donde la verdad espera a ser liberada.

CAPÍTULO 18: LA RED DE LOS FAVORES

El frío del metal y el aroma a aceite rancio impregnaban la almazara, una mezcla densa que se adhería a la piel como una película de desconfianza. Doña Sagrario permanecía en el umbral, repartiendo el peso sobre el mango de su sombrilla de seda para aliviar la punzada sorda en la rodilla izquierda. Frente a ella, la prensa Albiñana se erguía como un monumento al fracaso, un amasijo de acero y hierro que, apenas unas horas antes, había estado a punto de convertirse en el ataúd del heredero de los Casabermejo.

Aquel silencio sepulcral de la maquinaria le traía ecos de otros pasillos, de archivos donde la quietud no era sinónimo de paz, sino de secretos sepultados bajo llave. Recordó, con analítica brevedad, a un hombre que años atrás, en un monasterio del norte, ocultaba su ambición tras una máscara de rectitud; una impostura similar a la que ahora percibía en los muros de este cortijo. Allí aprendió que las verdades más amargas suelen fermentar en la oscuridad de los despachos antes de estallar en el mundo físico.

El cabo Norberto Alcaraz, con la frente aún luciendo una mancha de hollín que acentuaba su expresión de cansancio, supervisaba la inspección con impaciencia contenida. Sus hombres se movían entre los depósitos con un estrépito de cajas metálicas que rebotaba en las paredes encaladas, quebrando la atmósfera de catedral industrial

del recinto. Alcaraz consultaba su reloj de pulsera con un ritmo mecánico, síntoma de quien se siente atrapado en una jurisdicción que no comprende del todo.

En el centro de la escena, Teobaldo Cifuentes examinaba la válvula de seguridad con la minuciosidad de un entomólogo. Su camisa, perfectamente planchada a pesar de la hora y el entorno, parecía un desafío al caos reinante. Sujetaba un bolígrafo técnico que utilizaba para señalar los puntos críticos de la rotura, mientras Facundo Nogueira, a escasos pasos, permanecía estático. El mayordomo sostenía su bastón de encina con ambas manos, puliendo el pomo de bronce con el pulgar en un movimiento hipnótico y circular. Sus ojos, pequeños y observadores, no perdían detalle de las manos del agrónomo.

—No fue una fatiga del material, cabo —sentenció Teobaldo, ajustándose las gafas con un gesto seco que hizo brillar el cristal bajo la luz lechosa que caía de los ventanales altos—. Observen la muesca en el perno de retención. No es el resultado de una presión natural, sino de una obstrucción inducida.

Alcaraz se inclinó sobre la pieza, entornando los ojos.

—¿Inducida? Sea más preciso, por favor.

—Encontramos restos de una cuña de madera de olivo, tallada con precisión para encajar en la ranura del manómetro —explicó Teobaldo, señalando un esquema técnico que acababa de desplegar sobre un banco de trabajo—. Quien hizo esto sabía exactamente cuánto margen de error permite esta prensa. Bloqueó la lectura de presión para que los sistemas de alivio no saltaran. Fue un trabajo de relojería aplicado a la fuerza bruta. Si el cilindro hubiera cedido un segundo después, la explosión habría derribado este muro.

Sagrario dio un paso adelante, sintiendo el crujido de la arenilla bajo sus zapatos de piel. Su mirada se posó en una pequeña ficha de cartulina que Teobaldo había apartado junto a las piezas dañadas. Era una etiqueta de molturación, un documento interno del molino.

—Señor Cifuentes —intervino Sagrario con su voz suave pero firme —, esa ficha que tiene ahí, ¿dónde estaba?

Teobaldo la miró, sorprendido por la interrupción.

—Estaba sujeta al conducto de alimentación, doña Sagrario. Al parecer, alguien tomó notas sobre el rendimiento del último lote justo antes del incidente. Pero las anotaciones no tienen sentido técnico.

Sagrario tomó la ficha con delicadeza, usando su lupa de aumento. Las cifras estaban escritas con una caligrafía firme, de trazos ascendentes y una elegancia funcional que le resultó familiar. No era la letra atropellada de Aristeo ni la caligrafía descuidada de los jornaleros. Era la letra de alguien que entendía la importancia de un registro oficial.

—Facundo —dijo Sagrario, volviéndose hacia el mayordomo—, esta anotación sobre la Haza de las Ánimas... ¿por qué figura en una ficha de presión de la prensa?

El mayordomo no parpadeó. Su inexpresividad era una muralla de piedra.

—Son anotaciones de control, señora. Don Alonso me pidió que supervisara el pesaje de las tierras bajas.

—Curioso —murmuró ella—. Porque estas cifras no coinciden con los kilos de aceituna, sino con hectáreas. Y la caligrafía es idéntica a la que vi en los documentos de propiedad que descansan, supuestamente bajo llave, en la oficina del cortijo.

El silencio que siguió fue denso, cargado del olor a metal castigado. Alcaraz, detectando el cambio de tono, dejó de anotar en su cuaderno y fijó su atención en Nogueira. El mayordomo deslizó la mano por el bastón y, por un instante, Sagrario percibió una levísima contracción en la comisura de su ojo izquierdo. Paleografía conductual: la tensión de un músculo que delata la carga de una mentira. Le recordó a la parálisis de aquel anciano en Úbeda que

negaba haber leído un testamento que llevaba cosido al forro de la chaqueta.

—Acompáñeme un momento, doña Sagrario —dijo Facundo. No fue una petición, sino una capitulación táctica ante la evidencia que la archivera sostenía entre sus dedos enguantados.

Se alejaron hacia una de las esquinas sombrías de la almazara, donde las grandes tinajas de barro proyectaban sombras alargadas, centinelas mudos. Sagrario ignoró el pinchazo en la rodilla, concentrada en el hombre que tenía frente a ella. Cuando estuvieron fuera del oído de Alcaraz y Teobaldo, Facundo se detuvo y clavó la contera de su bastón en el suelo con una firmeza que hizo eco.

—Usted ve más de lo que le conviene a una visita, señora —murmuró, con una voz que parecía brotar de las profundidades de la tierra—. Cree que ha descubierto un fraude de tierras, pero en este cortijo, el papel es solo el envoltorio de una realidad mucho más amarga.

—Hablemos de esa realidad, Facundo —respondió Sagrario, bajando el tono—. En los archivos que he consultado, hay una discrepancia sistemática entre las lindes reales y las que figuran en el registro que usted gestiona. Contratos de la Haza de las Ánimas que llevan su firma como apoderado y que han desplazado la propiedad de forma... creativa.

Facundo apretó el pomo de bronce. Sus nudillos, curtidos por décadas de servicio, delataban una lucha interna que su rostro intentaba ocultar. Aquella rigidez le trajo a la memoria los legajos de un clérigo que, en su afán por proteger su institución, terminó por falsear la historia misma.

—Aristeo Carmona no era un hombre de secretos, doña Sagrario. Era un hombre de chantajes —dijo Facundo, y por primera vez, hubo una grieta de desprecio en su tono—. Él descubrió lo que yo había hecho para salvar a los Casabermejo de la ruina tras las heladas del cincuenta y seis. Yo reorganicé las tierras en el papel para que el

banco no ejecutara las hipotecas. Fue una arquitectura de necesidad, no de avaricia.

—Pero Aristeo quería su parte —dedujo ella—. Y el señor Cifuentes, con su auditoría técnica y su modernización, iba a poner al descubierto que el molino no solo estaba obsoleto, sino que las tierras que debían avalar la nueva maquinaria ya no pertenecían legalmente a la familia.

El mayordomo exhaló un suspiro largo, un sonido que pareció vaciarle el pecho.

—Si Teobaldo hubiera completado su informe, la red de favores que sostiene este cortijo se habría deshecho. Familias enteras de jornaleros habrían perdido sus derechos de pasto y sus pequeñas parcelas bajo cuerda. Yo saboteé esa prensa para ganar tiempo, para detener el reloj de una modernidad que solo traería miseria a quienes este lugar debe proteger.

Sagrario comprendió la magnitud de la tragedia. No era un simple robo; era una complicidad tóxica nacida del miedo al cambio y de una lealtad mal entendida. Facundo se había erigido en el custodio de un orden social que él mismo había ayudado a falsificar, convirtiéndose en prisionero de su propia caligrafía.

—Usted bloqueó esa válvula —señaló Sagrario, mirando la marca circular en el suelo, idéntica a la contera de su bastón—. Sabía que Alonso estaría cerca, pero supongo que confiaba en que la máquina simplemente se detuviera, no que estuviera a punto de estallar.

Facundo no respondió. Se frotó las palmas de las manos, un gesto compulsivo de quien intenta limpiar una mancha que no está en la piel, sino en la conciencia. Era el mismo gesto que Sagrario recordaba en un administrador que, años atrás, creyó que podía borrar sus pecados quemando los libros de cuentas.

Un estrépito repentino interrumpió la confesión silenciosa. La puerta de acceso desde el patio se abrió de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire caliente y luz cegadora. Alonso Casabermejo irrumpió

en la almazara, con la bata de seda manchada de aceite y el rostro desencajado. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, buscaron de inmediato a Facundo. Llevaba la mano derecha a la boca, mordiéndose el dedo índice donde una costra de sangre reciente delataba su estado de nerviosismo extremo.

—¡Basta ya! —gritó Alonso, con una voz quebrada por la angustia—. Cabo Alcaraz, le ordené que cesara este circo. El cortijo es propiedad privada y no consiento más interrogatorios sin mi abogado presente.

Alcaraz se irguió, ajustándose el cinturón del uniforme con una parsimonia que enfureció aún más al heredero.

—Don Alonso, estamos investigando un incidente que casi le cuesta la vida. Debería ser el primer interesado en que aclaremos quién manipuló la prensa Albiñana.

—¡Sé perfectamente quién lo hizo! —exclamó Alonso, acercándose a Facundo con paso errático. Se detuvo a escasos centímetros del mayordomo, cuya estatura y presencia parecían empequeñecer la figura del señorito—. Facundo, le di órdenes claras. Debía estar en las lindes de la Haza, no perdiendo el tiempo con la archivera.

El mayordomo inclinó levemente la cabeza, recuperando su máscara de servicio.

—La señora tenía dudas sobre el registro de molturación, señor.

Alonso bajó la voz, pero el eco de la almazara transportó sus palabras cargadas de veneno hasta los oídos de Sagrario.

—Tenga cuidado, Nogueira. Recuerde quién le dio ese bastón y quién tiene el poder de enviarle a la miseria. No olvide lo que guardamos en ese cajón. Si ese papel sale a la luz, usted caerá antes que nadie.

Facundo asintió con un gesto seco, sus ojos fijos en un punto indeterminado de la pared. Alonso se volvió hacia Sagrario, dedicándole una mirada de puro resentimiento antes de salir de

nuevo hacia el patio, arrastrando los faldones de su bata como si fueran los jirones de su propia dignidad.

Sagrario sintió el peso del subtexto en aquella amenaza. No era una orden de amo a criado, sino el recordatorio de un pacto de sangre. La paleografía conductual le decía que el vínculo entre esos dos hombres no era la lealtad, sino el chantaje mutuo. Se preguntó si Alonso era consciente de que el mayordomo ya había empezado a desmoronarse bajo el peso de su propia responsabilidad moral.

Se volvió hacia Teobaldo Cifuentes, que observaba la escena desde la distancia con un brillo de desprecio en los ojos verdes. El agrónomo guardó su bolígrafo técnico y comenzó a plegar sus planos con una precisión exasperante.

—¿Lo ve, doña Sagrario? —dijo Teobaldo, acercándose con paso rígido—. Aquí no hay lugar para la ingeniería ni para la lógica. Solo hay sombras heredadas y una resistencia patológica a la verdad. El sabotaje no fue contra la máquina, sino contra la verdad que mi auditoría iba a revelar sobre los registros financieros y las propiedades del cortijo. Una distracción calculada para encubrir algo mucho más grave.

—La transparencia, señor Cifuentes —respondió Sagrario, pensativa —, es una luz que a menudo ciega a quienes han vivido demasiado tiempo en la penumbra. Usted habla de presiones críticas y válvulas de seguridad, pero yo veo una genealogía de silencios que ha terminado por reventar los cierres de este cortijo.

La archivera ajustó su bolso de piel. Sentía la fatiga acumulada en las rodillas, pero su mente trabajaba con la claridad de quien ha encontrado la pieza que faltaba en el puzle. Los documentos financieros, las tierras desplazadas en los mapas y el sabotaje técnico formaban un mapa coherente de una ruina que era, ante todo, moral. El asesino de Aristeo no solo había buscado eliminar a un capataz ambicioso; estaba intentando preservar una mentira estructural antes de que la modernización la expusiera al mundo.

Sagrario salió al patio central. El sol de Jaén, ahora en su cenit, caía con una fuerza implacable sobre los geranios y la fuente seca. Se detuvo un instante, contemplando el portón cerrado que los mantenía aislados del resto del mundo. Estaban prisioneros de una historia que se negaba a morir. El rastro del bronce la conducía a Facundo, pero la reacción de Alonso sugería que el mayordomo no era el único arquitecto de la tragedia, sino quizás el brazo ejecutor de una voluntad más antigua.

Recordó una lección que aprendió en su juventud, ordenando los legajos de una familia noble venida a menos: «El orden que se basa en la ocultación no es paz, sino una tregua con el desastre». En San Lázaro, esa lección le permitió desentrañar la traición de Verdegay. Aquí, entre olivos centenarios, la verdad parecía tener un sabor más terroso, mezclado con el sudor de generaciones que habían aceptado el engaño como una forma de supervivencia.

La red de los favores era, en realidad, una trampa que se estaba cerrando sobre todos los habitantes de «El Lince Dorado». Y ella, la observadora invisible, sabía que solo faltaba un hilo por tirar para que toda la estructura se desmoronara bajo el peso de sus propias deudas.

—Paciencia —se dijo, tocando con el dedo la pequeña verruga sobre el labio—. La mentira es un injerto mal hecho: puede parecer parte de la rama durante años, pero el fruto siempre acaba revelando la naturaleza de la herida.

Caminó hacia las estancias nobles, sintiendo que cada paso la acercaba más al centro de la tela de araña. El cabo Alcaraz seguía dando instrucciones en la almazara, pero Sagrario sabía que la autoridad de un uniforme era frágil comparada con el poder de un documento que sabía leer los silencios de una familia. El tiempo de las inspecciones técnicas había terminado; ahora comenzaba el análisis de las deudas del alma, aquellas que no se saldan con dinero, sino con la justicia que solo la historia, y una buena archivera, pueden proporcionar.

Al cruzar el umbral del salón principal, Sagrario pensó en lo que vendría después. Los rumores sobre un misterio en un conservatorio de San Sebastián la esperaban en el horizonte, pero antes debía terminar de catalogar las miserias de este sur olivarero. Porque, como bien sabía, cada caso resuelto es un peldaño más en la comprensión de la naturaleza humana, esa que siempre deja una huella, por mucho que intente ocultarla bajo capas de aceite, prestigio o silencio.

CAPÍTULO 19: LA VERDAD DE LAS CENIZAS

El silencio en el pasillo de las estancias nobles de «El Lince Dorado» no era una ausencia de sonido, sino un peso físico adherido a las paredes de sillería. El aire, atrapado entre los muros gruesos, conservaba un frescor antiguo, ajeno a la solana que afuera calcinaba los campos. Doña Sagrario avanzó con lentitud deliberada, observando cómo las motas de polvo bailaban en los jirones de luz que lograban burlar las contraventanas.

Cada paso sobre la alfombra descolorida era un acto de voluntad. Las rodillas, castigadas por la caminata matutina entre los olivos, le emitían un aviso sordo de fatiga, que ella ignoraba con la disciplina de quien ha pasado décadas de pie frente a legajos polvorientos.

Se detuvo un instante ante un espejo de marco barroco, cuya pátina oscura devolvía una imagen fragmentada de la realidad. Ajustó el moño blanco que reposaba en su nuca, firme y sin un solo cabello fuera de su sitio. Aquella casa, pensó, se parecía demasiado a los archivos que tanto amaba: una fachada imponente que ocultaba una estructura corroída por la humedad y el olvido. En San Lázaro, bajo la sombra del Padre Anaximandro, había aprendido que las instituciones más sólidas son las que guardan los secretos más amargos. Aquí, el aroma a lavanda rancia y cera vieja no lograba enmascarar el regusto metálico de una decadencia inminente.

Sagrario retomó la marcha. El rítmico contacto de su sombrilla de seda contra el suelo marcaba un compás analítico. Al alcanzar la puerta del salón privado de Adelaida, el eco de un reloj de pared, oculto en el ala norte, sonaba con la cadencia implacable de una guillotina. Llamó con los nudillos, un golpe seco que buscaba la precisión del notario, no la venia del subordinado.

—Adelante —la voz de Adelaida Casabermejo sonó desprovista de su habitual resonancia de mando, como una cuerda tensada en exceso que amenaza con romperse.

Sagrario entró. El salón estaba sumido en una penumbra que favorecía la introspección. Adelaida permanecía sentada frente a un secreter de nogal, con la espalda tan recta que parecía sostenida por hilos invisibles. El collar de perlas, su armadura contra el mundo, brillaba con un fulgor mortecino sobre su vestido oscuro. El anillo de sello en la mano derecha, símbolo de una estirpe que se desangraba en silencio, descansaba sobre el tapete de cuero verde.

—He concluido el análisis de los libros de Alonso, doña Adelaida —comenzó Sagrario. Dejó su bolso de piel sobre una silla de tapicería gastada y permaneció de pie. La verticalidad, sabía por experiencia, era una herramienta de poder frente a quienes se sentían acorralados por su propio pasado.

Adelaida no se volvió. Sus ojos azules, pequeños y gélidos, se fijaron en un punto indeterminado de la pared.

—Los asuntos contables de mi hijo son una esfera privada, archivera. Usted fue contratada para dar orden al legado histórico, no para husmear en las miserias del presente.

—En la historia de una familia, señora, el presente es solo el último párrafo de un capítulo largo —replicó Sagrario con suavidad—. Tocó de forma distraída la pequeña verruga sobre su labio antes de continuar—. He visto las anotaciones al margen en los registros de la almazara. He reconocido la mano de Facundo Nogueira intentando maquillar lo que las cifras gritan: las hipotecas sobre las parcelas del

norte y los pagarés que regresan como bumeranes contra el honor de esta casa. El patrimonio de los Casabermejo se está evaporando, y no por una mala cosecha.

Un mutismo tenso se apoderó de la estancia. Adelaida apretó las manos en el regazo hasta que sus nudillos se tornaron blancos. El orgullo, ese roble que ella creía inamovible, acababa de mostrar la primera grieta profunda ante una extraña.

—¿Qué pretende con esto, Sagrario? —preguntó Adelaida. El tono de mando se quebró por un instante, revelando una vulnerabilidad que intentó cubrir con una mirada de desprecio.

—Busco la coherencia. Porque el orden que se basa en la ocultación no es paz, sino una tregua con el desastre. Usted sabe que el sabotaje en el molino no fue un error técnico. Fue una maniobra desesperada para detener a Teobaldo Cifuentes. Si el agrónomo hubiera auditado los rendimientos reales, habría expuesto el vacío que los libros intentan disfrazar.

Adelaida se levantó con una lentitud que denotaba un cansancio existencial. Caminó hacia la ventana y descorrió apenas un centímetro la cortina de terciopelo. Fuera, el olivar se extendía como un mar plateado, indiferente a las deudas de quienes lo poseían.

—Estamos solos, archivera —susurró Adelaida—. En este valle, los Casabermejo solo tenemos la tierra. Y la tierra pide sacrificios cuando se la intenta traicionar.

Sagrario contuvo el aliento. El hilo que había estado siguiendo en los registros financieros acababa de tensarse. La genealogía social le daba la clave: la supervivencia del apellido a cambio de la mutilación del patrimonio.

—Usted estaba negociando la venta de la Haza de las Ánimas, ¿verdad? —la pregunta de Sagrario fue apenas un murmullo, pero resonó en el salón con el peso de una sentencia judicial.

Adelaida se volvió bruscamente. Su rostro era una máscara donde la desesperación luchaba por no desbordar los límites del decoro.

—No es una venta cualquiera. Es el corazón del cortijo. Las tierras con el derecho de riego más antiguo —confesó Adelaida, con la voz ahogada—. Julián Valderrama lleva décadas esperando que cometamos un error para engullirnos. No podía permitir que Alonso terminara de hundirnos con sus deudas de juego.

Sagrario asintió. Era una historia vieja, repetida en mil legajos de familias nobles que preferían vender la sangre antes que reconocer que el cuerpo estaba muerto.

—¿Y Aristeo Carmona? —preguntó Sagrario—. ¿Qué papel desempeñaba el capataz en este trato?

Adelaida soltó una risa seca que no alteró la frialdad de su mirada.

—Aristeo era el único que podía forzar a Alonso a firmar. Él conocía a Valderrama, conocía nuestras deudas hasta el último céntimo y manejaba los vicios de mi hijo como si fueran suyos. Aristeo era el puente necesario para una traición que yo no podía ejecutar sola. Manejaba los hilos porque yo le entregué las tijeras, creyendo que cortaría solo lo justo.

La confesión fluyó entonces, densa y amarga. Adelaida explicó cómo el capataz había orquestado las reuniones secretas en el cenador, garantizando que el precio fuera suficiente para saldar las deudas de Alonso y mantener la fachada de honor. Aristeo no era un simple empleado; se había convertido en el dueño de las voluntades de la casa. Su muerte no solo era un crimen; era el fin abrupto de una transacción que debía salvarlos de la vergüenza pública.

—Él sabía demasiado —continuó Adelaida, acercándose de nuevo al secreter—. Y cobraba caro por su silencio. La venta era la forma de pagar su lealtad, pero Aristeo exigía una comisión: una parcela propia que nos habría dejado en la indigencia en pocos años. Estaba devorando el cortijo desde dentro.

Sagrario observó el anillo de sello en la mano de la mujer. Un símbolo que ahora se antojaba un grillete.

—¿Y Alonso conocía la magnitud de este trato?

—Alonso es un niño perdido en un cuerpo de hombre —sentenció Adelaida con crueldad—. Él firmaba lo que Aristeo le ponía delante porque tenía miedo. Miedo a que yo descubriera sus deudas en Jaén, miedo a que el valle se mofara de su incompetencia. Aristeo lo manejaba como a una marioneta.

Un estrépito en el umbral interrumpió el relato. La puerta se abrió con violencia y Alonso Casabermejo irrumpió en la estancia. Su aspecto era deplorable: la bata de seda estaba mal cerrada y su rostro aparecía encendido por una furia que colisionaba con un llanto contenido. Se llevaba la mano derecha a la boca, mordiéndose con saña el dedo índice. Sagrario notó la sangre fresca manchando la piel, un recordatorio de que las heridas, tanto físicas como morales, rara vez cerraban en aquella casa.

—¡Me habéis vendido! —gritó Alonso, con una voz que oscilaba de forma grotesca—. ¡Tú y ese maldito capataz! ¡Estabais regalando mi herencia a mis espaldas!

Adelaida no retrocedió. Se irguió, recuperando la máscara de hierro con una rapidez asombrosa.

—Tu herencia ya no existe, Alonso. La perdiste en las mesas de juego hace años. Yo solo intentaba salvar el nombre que tú has arrastrado por el barro de cada timba.

—¡Mentira! —Alonso se acercó a su madre, ignorando la presencia de Sagrario—. Aristeo me juró que las tierras eran sagradas. Me prometió que me ayudaría a salir del pozo sin que tú te enteraras. ¡Me estaba usando contra ti y a ti contra mí! ¡Y tú pactaste con él para despojarme!

Sagrario observó la escena con la imparcialidad de un notario que registra un naufragio. La red de favores se revelaba ahora como una

tela de araña donde Aristeo Carmona ocupaba el centro, alimentándose de la desconfianza mutua entre madre e hijo. Alonso se sentía traicionado no solo por la pérdida material, sino por el descubrimiento de que su madre había pactado con su verdugo secreto.

—Él le forzaba a firmar documentos, Alonso —intervino Sagrario, su voz aportando una nota de calma en la tormenta—. Documentos que Facundo Nogueira custodiaba y ayudaba a redactar. ¿Qué es lo que realmente contiene ese cajón que tanto le preocupa que la Guardia Civil registre?

Alonso se volvió hacia la archivera. Sus ojos marrones, enrojecidos y huidizos, se fijaron en ella con una mezcla de odio y ruego. El tic en su mano derecha se volvió frenético.

—Facundo... ese viejo silencioso. Él lo sabía todo. Él escribía las cartas para Valderrama porque Aristeo apenas sabía garabatear su nombre. Él llevaba los libros que ocultaban las deudas. —Alonso soltó una carcajada histérica—. ¡Todos son iguales! ¡Todos quieren un pedazo de mi tierra!

—Facundo solo cumplía órdenes —dijo Adelaida, con una frialdad que parecía congelar el aire—. Órdenes que yo le daba para que tú no terminaras en un calabozo. Alguien tenía que poner orden en el caos que tú generabas cada noche.

Alonso retrocedió, como si las palabras de su madre fueran impactos físicos. Miró sus manos, manchadas de su propia sangre, y luego el collar de perlas de Adelaida. La traición era absoluta. El honor de los Casabermejo se desmoronaba bajo el peso de una verdad que ya no podía ser silenciada.

Sagrario sintió una punzada de compasión por la futilidad de su lucha. Había visto esto cientos de veces en los legajos antiguos: familias que se destruían a sí mismas por una linde de tierra, mientras el tiempo borraba sus nombres con indiferencia.

—El sabotaje en el molino —dijo Sagrario, dirigiéndose a ambos— fue un intento desesperado de detener la auditoría. Si Teobaldo hubiera revisado la producción real, la venta se habría ido al traste. Se habría descubierto que el precio pactado era una estafa basada en rendimientos inflados.

Adelaida no respondió, pero su silencio fue una confirmación elocuente. Alonso se dejó caer en un sillón, ocultando el rostro entre las manos. El heredero de «El Lince Dorado» no era más que un náufrago en su propio salón.

Sagrario recordó la figura de Facundo Nogueira en la almazara, frotándose las palmas con ese gesto compulsivo. El mayordomo era el guardián de los documentos, el hombre que conocía cada deuda y cada traición. ¿Cuánto de su lealtad era amor a la estirpe y cuánto el miedo de un hombre que había participado en un fraude demasiado grande? La marca del bastón en la zona del sabotaje no era solo una prueba física; era la firma de un hombre que había decidido que el secreto de sus amos valía más que la integridad de las máquinas.

—La genealogía social, doña Adelaida —comentó Sagrario, recogiendo su bolso—, no es solo un registro de nacimientos. Es un mapa de los sacrificios que hacemos para mantener una máscara. Usted sacrificó la tierra para salvar el nombre, y Aristeo sacrificó el nombre para obtener la tierra. El problema es que el capataz ya no está, y el comprador golpea a la puerta.

Sagrario caminó hacia la salida. La muerte de Aristeo Carmona ya no parecía el acto de un jornalero resentido. Era una pieza fundamental en un juego de ajedrez financiero donde el cortijo era el tablero y las vidas de sus habitantes, simples peones.

—¿A dónde va? —preguntó Adelaida. Su voz intentaba recuperar autoridad, pero sonaba hueca.

—A buscar el hilo que falta, señora. Porque alguien decidió que era más barato eliminar al intermediario que pagar el precio de la venta.

Y ese alguien sabía que, sin Aristeo, la negociación quedaría en un limbo que permitiría ganar tiempo.

Alonso levantó la cabeza. Sus ojos mostraban una chispa de comprensión aterradora.

—Él no se detendría, madre —susurró—. Aristeo no iba a parar hasta que no quedara ni un solo olivo a nuestro nombre. Él se creía el dueño de El Lince. Quizá lo mataron para que no lo fuera.

Adelaida, con un último gesto de desafío, se levantó y se dirigió a una puerta lateral.

—Déjenme, por favor —dijo, su voz ahogada—. No hay nada más que discutir.

Se encerró en sus estancias con un chasquido metálico, un sonido que cayó sobre la estancia con la irrevocabilidad de una losa sellando un sepulcro. Dejó a Alonso en un estado de estupor y a Sagrario con la certeza de que la muerte de Aristeo y el sabotaje estaban ligados a esa venta secreta.

Bajó las escaleras con cuidado, apoyándose en la barandilla de caoba cuya madera se sentía fría. Sus rodillas seguían protestando, pero su mente trabajaba con la precisión de un relojero. La revelación de Adelaida cambiaba el eje de la investigación. El móvil ya no era solo la venganza. Era la supervivencia material.

Salió al patio central. El sol, ahora bajo, proyectaba sombras alargadas sobre los muros encalados, tiñéndolos de un color ocre que recordaba a la sangre seca. Se detuvo junto a la fuente y miró hacia el portón. Estaban todos allí, atrapados en una red de deudas y mentiras que Aristeo Carmona había tejido antes de morir.

Sagrario tocó el fragmento de lacre con la «C» que guardaba en su bolsillo. La «C» de Casabermejo. La «C» de Cómplice. No era el aceite lo que importaba, sino la tierra que se tragaba las promesas, y la ambición que se ocultaba tras los muros.

—Paciencia —se recordó a sí misma—. La verdad, como el agua de los pozos profundos, a menudo se revela gota a gota, fría y desoladora, pero siempre clara.

Se dirigió hacia la oficina, dispuesta a revisar una vez más los documentos que Facundo había «ordenado». Sabía que el mayordomo no le había contado todo. Si él era el custodio de la venta secreta, era también el guardián de la identidad de quien más ganaba con la desaparición del capataz.

Al llegar a la oficina, vio a Facundo parado en el umbral, con su bastón de encina apoyado en el suelo de piedra. El mayordomo no dijo nada, pero sus ojos pequeños la observaron con una intensidad nueva. Sagrario le sostuvo la mirada.

—Doña Adelaida ha hablado, Facundo —dijo Sagrario—. Sé lo de la Haza de las Ánimas. Sé lo de Valderrama.

El mayordomo asintió lentamente. Se frotó las palmas de las manos, un gesto que ya no parecía de limpieza, sino de quien sopesa el peso de una verdad inminente.

—Las palabras se las lleva el viento, doña Sagrario —dijo Facundo con voz ronca—. Pero las lindes de la tierra son de piedra. Y no se mueven por sí solas.

Sagrario entró en la oficina. El rastro del bronce la había llevado hasta el corazón de la familia, y ahora, entre los legajos de una bancarrota ocultada, empezaba a vislumbrar la silueta del asesino. Un asesino que no solo conocía los planos de la prensa, sino que conocía el precio exacto de cada olivo y de cada secreto que guardaba celosamente «El Lince Dorado».

CAPÍTULO 20: EL HILO INVISIBLE DEL RENUNCIO

La luz que se filtraba por el ventanal del estudio de Amalia carecía de la calidez dorada de las tardes anteriores. Aquella mañana, el sol de Jaén parecía velado por una pátina de ceniza, proyectando sobre el caballete una claridad cruda, casi forense. Doña Sagrario se detuvo en el umbral, observando la disposición del espacio antes de que sus articulaciones se avinieran al peso de la quietud. La rigidez de sus rodillas, un recordatorio sordo de la inspección en la Haza de las Ánimas, se manifestó como una leve resistencia al dar el primer paso sobre la madera crujiente del taller.

El estudio olía a aguarrás y a una humedad antigua que el calor de la jornada no conseguía disipar. En las paredes, los bocetos de paisajes luminosos habían cedido su lugar a lienzos recientes donde el óleo se apilaba en capas espesas. Los verdes plata de los olivos habían mutado en grises plomizos; los cielos, antes limpios, se retorcían ahora en pinceladas de un azul tan oscuro que rozaba el luto.

Era una caligrafía del desespero, una que Sagrario sabía leer con la precisión de quien identifica una falsificación en un testamento antiguo. La desmesura en el trazo revelaba una mente que ya no buscaba la belleza, sino el desahogo de un secreto asfixiante.

Amalia Casabermejo no se giró al oírla entrar. Estaba de pie frente a un lienzo de gran formato, arremetiendo contra la tela con una

espátula de metal. Sus movimientos eran espasmódicos, desprovistos de la gracia natural que la archivera le había visto días atrás. El vestido de la joven, el mismo que había lucido durante la tormenta, exhibía ahora una mancha de pintura carmín cerca del dobladillo. Parecía una herida abierta en la seda.

—El color no suele guardar compostura, Amalia —dijo Sagrario con voz suave, rompiendo el silencio que solo el rasgueo del metal sobre la tela había osado interrumpir—. Refleja lo que la voz intenta silenciar por pura prudencia.

La joven se detuvo de golpe. Los hombros, tensos bajo la tela fina de su blusa, descendieron apenas unos milímetros. Dejó la espátula sobre la mesa de mezclas y se frotó las manos con un trapo impregnado en trementina. Sagrario identificó el gesto al instante: aquello no era una búsqueda de limpieza, sino una forma de castigar la piel bajo el pretexto del aseo. Un ritual de expiación, pensó, el mismo que tantas veces había observado en los rostros de quienes custodiaban verdades demasiado pesadas para su propio ánimo.

—Mi madre dice que el arte es un adorno —respondió Amalia sin mirarla—. Una distracción para señoritas antes de que el deber las llame al orden. Pero la pintura es lo único que no sabe fingir en este cortijo.

Sagrario avanzó con paso medido, sorteando los botes de pigmento esparcidos por el suelo. Se situó a una distancia prudencial, la suficiente para observar el cuadro sin invadir el espacio de la artista. La obra representaba un olivo centenario, pero sus raíces no se hundían en la tierra; antes bien, la atenazaban, como dedos de un gigante que reclamara su propiedad sobre el subsuelo. Era una imagen de posesión absoluta.

—Doña Adelaida cree que el orden es una cuestión de firmas y capitulaciones —comentó la archivera, ajustando con delicadeza el broche de su cuello—. Anoche me reveló la verdad sobre la venta de la Haza de las Ánimas. Piensa que el sacrificio de esas tierras

comprará su futuro y el perdón de las deudas de su hermano Alonso.

Amalia soltó una carcajada seca. Se giró finalmente, revelando unos ojos miel que la falta de sueño había ribeteado de un rojo febril. Su cabello pelirrojo, habitualmente descuidado con intención estética, caía ahora en mechones enredados sobre su frente.

—¿Mi futuro? —preguntó Amalia, dando un paso hacia Sagrario—. ¿Habla del trato con Julián Valderrama? Mi madre no busca mi futuro, doña Sagrario. Busca un comprador para una mercancía que se niega a ser entregada. Cree que, al darme en matrimonio a ese terrateniente, el apellido Casabermejo recuperará el brillo que Aristeo y Alonso se encargaron de empañar.

—Es un sacrificio difícil de aceptar —admitió Sagrario, observando cómo la firmeza comenzaba a endurecer los rasgos de la joven—. He visto decisiones similares en otros ámbitos. Familias que se devoran a sí mismas para salvar un blasón que el tiempo ya ha despojado de contenido. La ambición suele ser un documento que se escribe sin consultar a los interesados.

—No habrá boda. No habrá trato —declaró Amalia con una rotundidad que pareció vibrar en el aire viciado del estudio—. Prefiero que El Lince Dorado se desmorone piedra a piedra antes que convertirme en la moneda de cambio para pagar los pecados de un capataz muerto y un hermano incapaz de domeñar sus impulsos.

Sagrario asintió lentamente. Su método le permitía leer en la postura de Amalia algo más que simple rebeldía juvenil. Había allí una determinación nacida de la necesidad de supervivencia, el tipo de fuerza que impulsa a quien se siente acorralado por una ley que no reconoce como suya.

—El afecto suele ser un mal aliado de la contabilidad —murmuró la archivera—. Especialmente cuando un tercero conoce el valor del secreto que ese afecto intenta proteger.

Amalia bajó la mirada hacia sus manos manchadas. El rastro del pigmento oscuro bajo las uñas recordaba los sedimentos que Sagrario había analizado en antiguos legajos, huellas de un pasado que se niega a ser borrado.

—Aristeo lo sabía —susurró la joven—. Sabía lo de Ricardo. No solo lo sospechaba por mis ausencias o por las cartas que Cayetano me traía ocultas entre las telas de muestra. Nos vio cerca del arroyo, bajo la sombra de los álamos, donde creíamos que la vigilancia del cortijo no llegaba.

Sagrario sintió cómo las hebras del enigma financiero empezaban a anudarse con las de la tragedia humana. La venta de la propiedad, la ruina de los Casabermejo y la relación secreta de la hija menor no eran hilos sueltos, sino una trenza apretada que Aristeo Carmona había sujetado con determinación.

—El capataz usó esa información como un instrumento de presión —dedujo Sagrario—. No para denunciarla ante su madre de inmediato, sino para asegurar que usted no interfiriera en la venta de la Haza. Si era el intermediario, necesitaba que el camino hacia Valderrama estuviera libre de obstáculos. Una extorsión clásica, Amalia. Tan antigua como los registros de propiedad que guardan las notarías.

—Peor que eso —dijo Amalia, y por primera vez su voz flaqueó—. Amenazó con arruinar a Ricardo. Es un hombre que vive de su reputación y de las pocas tierras que su familia aún conserva. Aristeo me dijo que, si yo no aceptaba el compromiso con Valderrama, se encargaría de que Ricardo fuera acusado de cualquier falta que lo obligara a abandonar Jaén con la cabeza baja.

Sagrario observó un pequeño frasco de esencia de trementina que vibraba sobre la mesa. La joven mantenía el control, pero sus palabras conservaban la dureza del pedernal.

—Ricardo no es hombre que se deje amedrentar —continuó Amalia, recuperando el aliento—. Cuando se lo conté, cuando supo que mi madre ya había fijado la fecha para la llegada de Valderrama, me

dijo que no permitiría que Aristeo decidiera nuestro destino como si fuera el dueño de nuestras voluntades.

La archivera guardó silencio, dejando que la confesión se asentara en el espacio. Aquella noción de un destino impuesto cobraba en el estudio un sentido material, pesado.

—Ustedes planearon marcharse —afirmó Sagrario, no como una pregunta, sino como una conclusión lógica—. Buscaron en la huida la solución a un nudo que nadie se atrevía a desatar.

—La noche del asesinato —confirmó Amalia con los ojos fijos en el lienzo del olivo—. Teníamos todo preparado. Unos pocos bultos, los ahorros de Ricardo y el coche de su primo esperándonos en el cruce de la carretera de Cazorla. Pero Ricardo no llegó a la hora convenida. Esperé bajo la lluvia hasta que el frío me venció; él nunca apareció en el punto de encuentro.

Un crujido en la madera del pasillo interrumpió la confidencia. Sagrario giró la cabeza con la parsimonia de quien no desea mostrar alarma. Por la puerta entreabierta asomó la figura de Cayetano Ruiseñor. El sastre del pueblo parecía fuera de lugar en aquel ambiente saturado de óleo; llevaba su cinta métrica alrededor del cuello como una estola y sus gafas de media luna cabalgaban peligrosamente sobre la punta de la nariz.

—Con permiso, doña Sagrario... señorita Amalia —dijo Cayetano, entrando con paso menudo y precavido—. Traigo el arreglo del traje de don Alonso, el que sufrió aquel percance en la almazara. Doña Adelaida me ha indicado que lo dejara por aquí; no desea ser perturbada en sus aposentos mientras persista la jaqueca.

El sastre depositó una funda de tela sobre una silla libre, pero sus ojos pequeños y brillantes no perdieron detalle de la atmósfera que flotaba en la estancia. Cayetano Ruiseñor no era solo un artesano de la aguja; era un observador avezado de las flaquezas de la comarca, un hombre que conocía el precio de cada reserva.

—Llega usted en un momento determinante, maestro Cayetano —dijo Sagrario, haciendo un gesto para que se acercara—. Estábamos hablando de las idas y venidas de la noche de la tormenta. Esas que un hombre con buen ojo suele registrar, incluso cuando el clima dificulta la visión.

Cayetano se ajustó el dedal en el meñique. Un ajuste que delató cómo la información que poseía pugnaba por salir.

—Verá usted, doña Sagrario —comenzó el sastre, bajando la voz y mirando de reojo a Amalia—, en un entorno pequeño, las sombras tienen identidad. Y la noche en que Aristeo falleció, hubo movimientos que no encajaban con la quietud habitual del olivar de los Casabermejo.

Sagrario se mantuvo erguida, ignorando la molestia persistente en sus articulaciones. El momento de la criba había llegado. Aquella sensación de cierre inminente era la que precedía siempre a la resolución de un enigma complejo.

—Hable sin rodeos, Cayetano —instó la archivera—. ¿Vio usted a Ricardo cerca del cortijo esa noche?

El sastre suspiró, un sonido leve que pareció silbar en el silencio del estudio. Se quitó las gafas de media luna y comenzó a limpiarlas con parsimonia.

—Lo vi, doña Sagrario. Y no parecía un paseo nocturno. Lo vi cerca de la medianoche, bordeando la valla del olivar de la herencia. Llevaba una chaqueta oscura y una expresión que denotaba una resolución firme, de esas que no admiten vuelta atrás.

Amalia soltó un pequeño gemido y se apoyó en el caballete, haciendo que el lienzo oscilara sobre sus soportes.

—¿Habló con él? —preguntó Sagrario.

—Solo un momento —respondió Cayetano—. Yo volvía de entregar un encargo en la finca vecina, utilizando el camino viejo para evitar

el barrizal. Me lo crucé casi de frente. Le pregunté si buscaba a la señorita, pero él evitó el contacto visual. Solo dijo que tenía que resolver un asunto con Aristeo de una vez por todas. Que el capataz había forzado demasiado la situación y que esa noche todo iba a terminar.

El sastre hizo una pausa, volviendo a colocarse las gafas para observar el efecto de sus palabras. Sus ojos, pequeños y brillantes, se posaron en Amalia, certificando una realidad incómoda.

—Iba hacia el cenador, doña Sagrario —añadió en un susurro—. Hacia donde encontraron el cuerpo más tarde.

La revelación cayó sobre el estudio con el peso de una losa. Sagrario observó a Amalia. La joven ya no lloraba; su rostro había adquirido una palidez marmórea, una fijeza que recordaba a las efigies que guardan los panteones antiguos. Su mano derecha apretaba el trapo de trementina con tal fuerza que los nudillos habían perdido todo color.

—Ricardo no es un asesino —dijo Amalia, su voz ahora un hilo tenso —. Es un hombre íntegro. Si fue a buscar a Aristeo, fue para defender nuestra libertad, no para...

—La integridad es un concepto que puede verse alterado bajo una presión extrema, hija —la interrumpió Sagrario con firmeza—. Lo que Cayetano nos describe es un hombre con un motivo evidente, una oportunidad temporal y una intención declarada de confrontación. En términos de investigación, eso se traduce en un indicio de gran peso. A veces la realidad es tan abrumadora que obliga a los individuos a actuar de forma imprevista.

Cayetano asintió con gravedad, frotándose las manos como si quisiera desligarse de la responsabilidad de lo narrado.

—Dicen en el pueblo, doña Sagrario, que Ricardo no ha vuelto a su domicilio desde esa noche. Su madre afirma que está en la capital gestionando suministros, pero el coche de su primo sigue

estacionado en el cruce, cubierto de restos de la tormenta. Nadie desaparece de esa forma sin un motivo poderoso.

Sagrario sintió una frialdad que no dependía de la temperatura del estudio. El rastro del bronce que la había llevado hasta el bastón de Facundo y los documentos de Adelaida encontraba ahora un nuevo cauce. Su método no solo se aplicaba a los documentos presentes; leía también las ausencias significativas.

—Ricardo está oculto —dijo Sagrario, más para sí misma que para los presentes—. O evitando una situación que no puede gestionar públicamente.

Se dirigió hacia la ventana, observando el patio central a través de los cristales empañados. Abajo, la figura del cabo Norberto Alcaraz se movía con impaciencia cerca de la almazara. El oficial consultaba su reloj con frecuencia, un gesto que anunciaba el agotamiento del tiempo de la espera administrativa. Su uniforme representaba la autoridad que busca conclusiones rápidas y definitivas.

—Si el cabo Alcaraz llega a la misma conclusión que nosotros, Amalia —dijo Sagrario sin volverse—, tomará medidas oficiales antes de que termine el día. Y en esta comarca, cuando la autoridad busca a un hombre por la muerte de un capataz, el margen para las explicaciones sentimentales suele ser muy estrecho.

Amalia se acercó a la archivera, sus ojos miel cargados de una determinación salvaje.

—Ricardo no lo mató, doña Sagrario. Lo sé con certeza. Aristeo era una presencia oscura en nuestras vidas, pero Ricardo no recurriría a la violencia. Alguien más deseaba la desaparición de ese hombre. Alguien que no tenía nada que perder y mucho que ganar con el desorden que ha quedado tras él.

Sagrario se giró y sostuvo la mirada de la joven. En el silencio del estudio, el goteo de un grifo mal cerrado en el rincón de los pinceles marcaba un ritmo monótono, recordándole que el tiempo de la deducción pura estaba dando paso al de la acción necesaria.

—Ese es el hilo invisible, Amalia —dijo Sagrario—. El que vincula la ambición de su madre, la debilidad de su hermano, la lealtad extraña de Facundo y la rabia de su amante. Todos tenían un motivo para que Aristeo Carmona no llegara al día siguiente. Pero solo uno de ellos poseía la frialdad necesaria para que el hecho pareciera una fatalidad o un arrebato ajeno.

Sagrario ajustó su sombrero y recogió sus pertenencias. Sentía el peso de las pruebas en su mente; cada pieza parecía encajar ahora en un diseño más amplio y desolador.

—Cayetano —llamó Sagrario al sastre, que se disponía a retirarse—. ¿Recuerda algún detalle adicional? ¿Algún objeto que Ricardo llevara consigo? ¿Algo inusual en su equipo?

El sastre se detuvo, arrugando el entrecejo en un esfuerzo de memoria.

—Llevaba un bulto en la mano, doña Sagrario. Algo alargado y envuelto en tela basta. Pensé que sería alguna herramienta de su oficio. Pero se movía con cautela, como si el objeto requiriera un cuidado especial. Y recuerdo el sonido... un tintineo seco y metálico, como de piezas de bronce chocando entre sí. Me recordó al ruido que hacen ciertos mecanismos antiguos cuando se manipulan con prisa.

Sagrario intercambió una mirada rápida con Amalia. El rastro del bronce volvía a aparecer, vinculando de nuevo la tecnología de la almazara con el escenario del crimen y el amante desaparecido. Era una consistencia técnica que no podía ser ignorada.

—Gracias, maestro Cayetano —dijo Sagrario—. Su observación es una pieza fundamental en este archivo de sombras que estamos completando.

El sastre hizo una inclinación de cabeza y desapareció por el pasillo. Amalia se desplomó en el taburete, cubriéndose el rostro con las manos. Los restos de pintura carmín se transfirieron a sus mejillas, creando un efecto perturbador sobre su piel pálida.

—Tengo que localizarlo —susurró Amalia—. Tengo que hablar con él antes de que la Guardia Civil lo encuentre. No permitiré que pague por una culpa que no le pertenece.

—No —le cortó Sagrario con autoridad—. Usted permanecerá en este estudio. Su intervención en los caminos solo daría validez a las sospechas del cabo y precipitaría un desenlace que aún podemos reconducir. Si Ricardo no es el autor material, la lógica de los hechos lo demostrará, pero solo si somos capaces de interpretar el documento del crimen en su totalidad antes de que se cierre el sumario.

Sagrario caminó hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo ante el último lienzo de Amalia. El olivo de raíces atenazadoras parecía observarla, un testigo mudo de la historia de aquella tierra. Afuera, el sol comenzaba su descenso, alargando las sombras sobre el olivar. La archivera sabía que la claridad de la mañana daría paso pronto a una penumbra donde las verdades y las mentiras se volverían indistinguibles.

Debía actuar con celeridad. El tiempo de la observación paciente estaba terminando, y el aire del cortijo, cargado de sospechas y aceite viejo, anunciaba que la resolución del drama no admitiría más demoras. Con un gesto sobrio, Sagrario abandonó la estancia, dejando atrás a una Amalia sumida en su propia tormenta, mientras en el patio, el cabo Alcaraz comenzaba a dar las órdenes que cambiarían para siempre el destino de El Lince Dorado.

CAPÍTULO 21: LA FALSA CONFESIÓN

El resplandor del atardecer jiennense hería los azulejos de la galería con una luz anaranjada, casi violenta, que proyectaba sombras alargadas sobre el suelo de barro cocido. Doña Sagrario observó cómo una mota de polvo bailaba en un rayo de sol antes de posarse sobre el pasamanos de caoba. El silencio del cortijo «El Lince Dorado» se había vuelto tan denso como el aire previo a una tormenta, cargado de la misma expectativa que precede a las revelaciones sobre una herencia.

Descendió los escalones con una lentitud deliberada. A mitad de la escalera, la rodilla izquierda le envió un aviso seco, una punzada que la obligó a detenerse y apoyar el peso en su sombrilla de seda. No solo el cuerpo protestaba; el ambiente mismo parecía resistirse a ser descifrado. Aquella tirantez no era nueva; la acompañaba desde los tiempos en que las corrientes de aire del archivo de Úbeda eran sus únicas compañeras, pero hoy se sentía como una advertencia silenciosa.

En el patio central, el cabo Norberto Alcaraz aguardaba con una agitación que desbordaba la rigidez de su uniforme. La mancha de hollín en su frente, resto del incidente en la almazara, se había secado hasta parecer una marca de guerra mal lavada sobre su piel morena. Al ver aparecer a la archivera, el joven guardia dio dos pasos hacia ella; sus botas herradas resonaron contra el empedrado,

rompiendo la calma con un eco insolente que asustó a un par de gorriones ocultos en las cornisas.

—¡Doña Sagrario! —exclamó con un triunfo en la voz que la mujer halló prematuro—. ¡Se acabó! Tenemos la pieza que faltaba. No hará falta que mis hombres peinen los cerros buscando a ese veterinario ni que sigan perdiendo el tiempo con el rastro de Ricardo.

Sagrario ajustó su sombrero de ala ancha, proyectando una sombra sobre sus ojos gris perla. La mirada, bajo el ala, se volvió de pronto un muro. Recordó la arrogancia de otros hombres de uniforme que había conocido en San Lázaro, esa prisa por cerrar carpetas que a menudo dejaba fuera los flecos más importantes de la justicia.

—La precipitación es una mala calígrafa, cabo —comentó ella con suavidad, retomando la marcha con una leve vacilación en el paso—. ¿Quién ha decidido poner fin a nuestra historia de forma tan conveniente? ¿Acaso la verdad ha decidido entregarse por voluntad propia?

—Purificación Gálvez —respondió Alcaraz, caminando al compás de la mujer, aunque sus zancadas atléticas lo obligaban a frenarse constantemente—. Se ha presentado en el puesto de vigilancia de la entrada hace apenas veinte minutos. Dice que ya no puede más, que el peso de la tierra la asfixia. Ha confesado, doña Sagrario. Dice que ella mató a Aristeo Carmona con sus propias manos.

Sagrario no se detuvo, pero el mango de su sombrilla golpeó el suelo con una cadencia más seca. Purificación. La jornalera de manos de cuero y ojos de aceituna, la mujer que guardaba en su memoria los agravios de tres generaciones. La confesión le resultaba un documento demasiado conciso en el complejo legajo de la verdad. Le recordaba a las notas marginales que a veces encontraba en los registros parroquiales: declaraciones que pretendían zanjar una disputa de tierras, pero que en realidad ocultaban un pleito mucho más profundo.

—¿Y dónde está la señora Gálvez ahora? —preguntó Sagrario, mirando de soslayo el reloj de pulsera de Alcaraz.

—En su vivienda. Me ha pedido que la deje recoger unas pertenencias, un rosario y unas fotos antes de llevarla al cuartelillo de Cazorla. He dejado a un hombre en la puerta, por supuesto. Me gustaría que me acompañara. Usted tiene un don para que la gente hable más de la cuenta, aunque con lo que ya ha soltado ante mis hombres, tenemos para un consejo de guerra.

Sagrario asintió en silencio. El camino hacia la vivienda de los jornaleros era un sendero flanqueado por muros de piedra seca que retenían el calor del día como hornos naturales. El aire allí olía a ruda y a polvo de camino, una mezcla rancia que se pegaba a la garganta. Mientras avanzaban, Sagrario meditó sobre la naturaleza de una entrega tan súbita. Un fruto que cae antes de tiempo suele tener un gusano en su interior; una confesión que llega justo cuando la investigación se estrecha suele ser un injerto para proteger la raíz principal.

Al llegar al porche de la pequeña casa blanca, Sagrario notó que el guardia joven apostado en la entrada parecía más aburrido que alerta, jugando con la correa de su fusil mientras observaba el horizonte de olivos.

Al entrar en la estancia principal, la luz se volvió escasa y fresca, un alivio para la vista tras el resplandor exterior. El aroma a hierbas amargas era allí más intenso; manojos de tomillo y romero colgaban de las vigas oscuras del techo, secándose como ofrendas olvidadas en una sacristía. Purificación Gálvez estaba sentada en una silla de anea, de espaldas a la ventana, dejando que su silueta se fundiera con las sombras de la habitación.

Tenía el rosario de madera entre las manos, pero no rezaba; sus dedos simplemente acariciaban las cuentas gastadas con la paciencia con la que un experto examina el grano de una madera antigua.

—Buenas tardes, Purificación —dijo Sagrario, buscando un lugar donde apoyar su bolso de piel. Al final, lo mantuvo sobre su regazo al sentarse en una silla frente a la mujer.

La jornalera levantó la vista. Sus ojos negros, vivaces y profundos, no mostraban el brillo del miedo ni el rastro de las lágrimas. Había en ellos una serenidad que Sagrario encontró desarmante. Era la paz de quien ha tomado una decisión irrevocable, una quietud que no nacía del arrepentimiento, sino de una determinación férrea.

—Ha tardado usted en venir, doña Sagrario —dijo Purificación. Su voz era un susurro de hojas secas—. El cabo dice que usted sabe leer lo que la gente calla. Pues bien, ya no tiene que leer nada en mis silencios. Yo lo hice. Yo quité de en medio a ese hombre.

Alcaraz carraspeó, sacando su cuaderno de notas con un gesto que pretendía ser profesional, pero que revelaba su impaciencia.

—Repítalo delante de la señora, Purificación. Para que conste en el informe final. No quiero que luego haya retractaciones ante el juez.

La mujer no miró al cabo. Mantuvo su fijeza en Sagrario, reconociendo en ella a la única persona capaz de comprender la gramática de su gesto.

—Aristeo Carmona era un veneno en esta tierra —comentó Purificación, y sus manos dejaron de acariciar el rosario para entrelazarse sobre su falda de percal—. Un veneno que mató a mi abuelo de pena cuando le quitó las lindes mediante engaños en los registros, y que se reía de mi padre mientras le pagaba con vales para la cantina. Esta tierra no olvida, doña Sagrario. Se lo dije una vez bajo el olivo de la herencia. Y fue la misma tierra la que me llamó para que pusiera fin a la amargura de todos.

Sagrario observó la postura de la mujer. Estaba demasiado erguida, demasiado consciente de su papel. Había una nobleza en su mentira que delataba su falsedad.

—¿Cómo lo hizo exactamente, Purificación? —preguntó Sagrario. Se inclinó un poco hacia adelante, ignorando el aviso de dolor en su rodilla—. Los detalles son los que dan fe de la historia. Sin ellos, solo tenemos una leyenda.

—Con el veneno que da la tierra —respondió la mujer con un orgullo que no encajaba con la gravedad del delito—. Usé el polvo de las aves, el guano que guardamos para los olivos jóvenes. Es un polvo que quema, doña Sagrario. Quema la raíz si se pone de más, y quema el alma si se respira. Lo atraje al cenador con la promesa de enseñarle unos papeles que yo decía haber encontrado, unos papeles que demostraban sus robos. Se confió. Siempre fue un hombre que se creía por encima de una mujer que solo sabe de azadones.

Alcaraz escribía con rapidez, el ceño fruncido por la concentración. La mención del guano parecía satisfacerlo; encajaba con las sospechas técnicas que ya circulaban por el cortijo. Pero Sagrario no buscaba la mecánica del polvo, sino la del espíritu.

—¿Y el arma física? —intervino el cabo, sin levantar la vista del papel —. El forense habló de un golpe en la base del cráneo, algo contundente, probablemente metálico.

Purificación dudó un segundo, una pausa microscópica que Sagrario registró como una mancha de tinta en un documento limpio. Los ojos de la jornalera se desviaron un milímetro hacia la chimenea antes de volver a la archivera.

—Lo golpeé con un herrón —afirmó la mujer—, una pieza de las que usamos para marcar los sacos de la cosecha. Era de bronce, pesado y frío. Después lo tiré al pozo ciego, detrás de la almazara, para que se hundiera con su propia codicia.

Sagrario observó las manos de Purificación. Eran grandes, ásperas, curtidas por décadas de sol. Manos capaces de un acto de violencia, ciertamente. Podrían haber sostenido un arma, pero la descripción

del acto carecía de la suciedad de la realidad. Sonaba a algo ensayado para proteger un secreto mayor.

—Dígame, Purificación —dijo Sagrario con voz aterciopelada—, cuando Aristeo cayó al suelo... ¿qué hizo usted con el bulto metálico que llevaba bajo el brazo? Ese que contenía el documento de la Haza de las Ánimas. Aquel papel que Aristeo pretendía usar para vender las tierras a una sociedad de la capital.

La jornalera parpadeó rápidamente. Sus dedos volvieron a buscar el rosario con una urgencia que no había mostrado antes.

—El bulto... no sé de qué me habla. Llevaba lo puesto, nada más. Solo quería que dejara de respirar.

Sagrario intercambió una mirada fugaz con Alcaraz. El cabo parecía no notar la incongruencia. Para él, la confesión era suficiente, pero para Sagrario, el desconocimiento de Purificación sobre el documento era la prueba definitiva de su inocencia material. Si ella lo hubiera atraído con la excusa de unos papeles, habría sabido que él ya llevaba consigo el documento más importante de su vida: el que sellaba la traición final a la familia Casabermejo.

—¿Sabe usted, Purificación —continuó Sagrario—, que Aristeo no habría muerto solo por el polvo? Un hombre de su talla habría luchado. Habría dejado marcas en sus brazos, habría gritado. Y sus brazos, Purificación, están limpios. Pero lo más importante es que Aristeo nunca se habría separado de ese documento. Quien lo mató, lo hizo para recuperar ese papel, no por una vieja deuda de lindes.

—No gritó —insistió la mujer, y por primera vez hubo un matiz de vacilación, un temblor en el labio superior—. El campo lo reclamó en silencio.

Sagrario se enderezó. Su método le indicaba que Purificación decía la verdad sobre su odio, incluso sobre su deseo de ver muerto al capataz, pero la genealogía de los hechos le gritaba que la mujer estaba protegiendo una lealtad. Era un sacrificio deliberado para cerrar el caso y desviar la mirada de la Guardia Civil hacia otro lado,

lejos de alguien a quien ella consideraba vital para el futuro de la tierra.

—Cabo Alcaraz —dijo Sagrario, volviéndose hacia el joven policía—, ¿me permitiría un momento a solas con la señora Gálvez? Creo que hay detalles sobre la contabilidad de los sacos y los turnos de la noche del crimen que ella solo se siente cómoda compartiendo conmigo.

Alcaraz levantó la vista de su cuaderno, con la mancha de hollín acentuándose al arrugar el entrecejo con fastidio.

—Doña Sagrario, con todo respeto, el protocolo es claro. Ya tenemos la confesión. Debería proceder al arresto formal.

—El protocolo, cabo, es una herramienta, no una solución —replicó Sagrario con la autoridad que le daban sus años de archivo—. Denos cinco minutos. Sus hombres están fuera.

Alcaraz suspiró, cerrando el cuaderno con un golpe seco. Consultó su reloj una vez más y asintió a regañadientes.

—Cinco minutos, señora. Estaré en el porche.

Cuando la puerta chirrió al cerrarse, el silencio se volvió tan denso como el aroma de las hierbas secas. Sagrario se levantó con esfuerzo y se acercó a Purificación. Puso su mano enguantada sobre los dedos de la jornalera.

—¿A quién está protegiendo, Purificación? —preguntó en un susurro —. Sé que deseaba su muerte. Pero usted no sabe nada del documento de la Haza de las Ánimas. No sabe que Aristeo estaba negociando la venta de la tierra que usted tanto ama. Si usted lo hubiera matado, ese papel estaría en sus manos, o quemado en esa chimenea. Pero no lo está.

La mujer de campo no apartó la vista. Una pequeña lágrima se asomó al lagrimal de su ojo izquierdo, pero la contuvo con una voluntad de hierro.

—Usted no entiende lo que es ver cómo arrancan las raíces de lo que es suyo —dijo Purificación—. A veces, para que algo nuevo crezca, hay que asumir el pecado de otros. No protejo a nadie. Me protejo a mí misma de la vergüenza de haber callado tanto tiempo.

—Miente —dijo Sagrario, no con juicio, sino con la frialdad de quien encuentra una errata en un testamento—. Quien mató a Aristeo lo hizo para recuperar ese papel. Y si usted asume la culpa, el verdadero asesino, el que realmente tiene ese documento y planea seguir con la ruina de este cortijo, se irá de rositas. Su sacrificio no salvará la tierra, Purificación; solo le dará el camino libre al que la está destruyendo.

Purificación apretó los labios hasta que se volvieron una línea pálida. El rosario tembló levemente entre sus dedos.

—La tierra es sabia, doña Sagrario, y guarda lo que quiere —insistió la mujer—. Si el cabo quiere una culpable, aquí me tiene. Soy vieja, no tengo hijos. Deje que la ley se lleve lo que queda de mí.

Sagrario retiró la mano. La confirmación emocional era absoluta. Purificación Gálvez no era la ejecutora; era una defensora de una justicia ancestral que había visto en el asesinato la intervención necesaria. Pero su desconocimiento del «bulto metálico» y del contenido del documento era la grieta por la que se filtraba la verdad.

—La justicia que usted busca no se encuentra en una celda de Cazorla —dijo Sagrario, recogiendo su bolso—. Usted cree que está salvando el futuro de este cortijo con su mentira, pero solo está asegurando que el verdadero móvil del crimen, ese papel desaparecido, siga en manos de quien apretó el gatillo o empuñó el herrón. Y ese hombre no se detendrá ante su martirio.

Sagrario caminó hacia la puerta. Al abrirla, el cabo Alcaraz estaba allí, con las esposas metálicas brillando bajo la luz agonizante del atardecer.

—¿Y bien? —preguntó Norberto—. ¿Podemos proceder?

Sagrario miró al cabo, observando su satisfacción. Por un momento, estuvo tentada de señalarle la imposibilidad de que Purificación manejara un herrón de bronce con la precisión necesaria para no dejar rastro de lucha. Pero necesitaba que Alcaraz estuviera ocupado. Necesitaba tiempo para volver a la almazara y examinar la prensa sin la vigilancia del cabo.

—La señora Gálvez se mantiene en su versión, cabo —dijo Sagrario, cruzando el umbral—. Pero su informe tendrá que ser muy cuidadoso. Hay sombras en este relato que el sol no logra iluminar, y un juez verá que faltan eslabones. Purificación no sabe nada del documento desaparecido, y ese es el corazón de este caso.

—Es una confesión, doña Sagrario. En mi mundo, eso es el punto final.

—En mi mundo —replicó ella, abriendo su sombrilla con un chasquido elegante—, una confesión es a menudo el velo que oculta una verdad mucho más peligrosa. Proceda con su arresto, pero sepa que mientras ese documento no aparezca, el asesino sigue cenando bajo este mismo techo.

Sagrario comenzó a alejarse de la vivienda, dejando atrás el sonido metálico de los grilletes. Mientras caminaba de regreso al edificio principal, su mente procesaba la información. El guano no había sido solo un arma; había sido una cortina de humo. El sabotaje de la almazara no había sido un intento de destruir la maquinaria, sino una forma de ocultar el uso de un residuo químico que reaccionaba con el nitrato.

Se detuvo a mitad del camino, ignorando la pesadez de sus piernas. El sol se estaba ocultando tras las laderas, tiñiendo el olivar de un color ocre que recordaba a la herrumbre de las viejas cerraduras. Miró hacia la almazara, donde el humo del incidente matutino parecía haberse disipado, pero donde la verdadera clave del crimen aguardaba oculta entre los engranajes y la grasa. La confesión de Purificación solo le había dado una certeza: el asesino era alguien

que conocía el valor legal de la Haza de las Ánimas, alguien que no podía permitir que Aristeo vendiera lo que no le pertenecía.

Y esa persona no era una jornalera preocupada por las lindes de su abuelo, sino alguien con acceso a los libros de cuentas y a los planes de modernización de Teobaldo.

Sagrario reinició su marcha hacia el molino. El dolor de su rodilla era ahora un eco lejano, eclipsado por la urgencia de encontrar aquel documento antes de que el verdadero culpable tuviera tiempo de hacerlo desaparecer para siempre. La noche empezaba a caer sobre Jaén, y con ella, la sombra del verdadero ejecutor se alargaba sobre el Lince Dorado.

CAPÍTULO 22: EL PLANO DEL ODIO

La luz del undécimo día despuntó sobre «El Lince Dorado» con una palidez de hueso, filtrándose a través de las nubes que la noche anterior habían amagado tormenta sin llegar a descargar. En el patio central del cortijo, el ambiente conservaba el aroma metálico del rocío sobre la piedra y el rastro persistente del aceite rancio que emanaba de la almazara. Doña Sagrario salió al porche. Al primer movimiento, su pierna izquierda protestó con una punzada sorda, una resistencia que el terreno parecía oponer a su avance.

No era solo la edad; era el peso del cortijo, que se adhería a sus articulaciones como el polvo de las lindes que había recorrido los días previos. Se apoyó con firmeza en su sombrilla de seda, sintiendo el mango tallado bajo el guante de hilo, y comenzó el descenso hacia el edificio del molino con una parsimonia que dictaba la prudencia, no el cansancio.

Aquel dolor, localizado con precisión quirúrgica en la rótula, era una señal de alerta que Sagrario aceptaba con resignación intelectual. El cuerpo, pensó, es un registro que no admite tachaduras; guarda la memoria de cada esfuerzo con la misma fidelidad con la que un pergamino antiguo conserva el rastro de la pluma. Mientras cruzaba el empedrado, no pudo evitar considerar que las verdades de esta tierra jiennense exigían un sacrificio físico que los archivos polvorientos de su pasado solían ahorrarle. Aquí, la realidad no se

escondía solo entre legajos, sino que se manifestaba en la fatiga de los metales y en la rigidez de los hombres.

Dentro de la almazara, el aire se sentía como un santuario de desolación mecánica. La prensa Albiñana, herida por el sabotaje del día anterior, presidía la estancia como un gigante destripado. El aceite filtrado todavía goteaba con un ritmo agónico desde uno de los conductos fracturados, golpeando el suelo de piedra con un eco metálico. El cabo Norberto Alcaraz ya se encontraba allí. Sostenía una taza de loza y mantenía la vista fija en el desastre, una mezcla de cansancio y deber cumplido.

La mancha de hollín en su frente, aunque atenuada, seguía siendo un recordatorio de la jornada anterior. A su lado, Teobaldo Cifuentes examinaba una de las válvulas de presión con la fijeza de un cirujano ante una negligencia médica.

—Buenos días, doña Sagrario —saludó el cabo con una nota de suficiencia—. Espero que la noche haya sido reparadora. El caso, como bien sabe, ha avanzado decisivamente tras la confesión de anoche. La señora Gálvez pasará a disposición judicial antes del mediodía; su declaración ha aligerado mucho el proceso.

Sagrario se detuvo frente a la maquinaria. Ignoró la invitación al triunfalismo y observó la pátina de grasa que cubría los engranajes, una mezcla de lubricante industrial y el polvo fino de la molienda que se adhería a todo como una segunda piel.

—La prisa es una mala consejera para la justicia, cabo —replicó ella, ajustándose los guantes—. Purificación Gálvez es una mujer de lealtades profundas, pero su confesión tiene la consistencia de una red de pescar: muchos nudos y demasiados huecos. Es una declaración de sacrificio, no de autoría material.

Teobaldo Cifuentes alzó la vista, ajustándose las gafas de montura fina. Sus ojos verdes, cargados de un cinismo profesional, recorrieron la figura de la archivera antes de volver al mecanismo.

—En eso, cabo, la señora demuestra una agudeza que usted parece haber dejado en el cuartel —intervino el agrónomo, señalando el mecanismo con su bolígrafo técnico—. He pasado la noche analizando la secuencia de la falla. No es una cuestión de mala suerte ni de una jornalera moviendo una palanca al azar. Purificación Gálvez no sabría distinguir una válvula de seguridad de un grifo de riego. Este sabotaje fue una ejecución técnica de una pericia alarmante.

Alcaraz frunció el ceño y dejó la taza sobre un banco de madera manchado de grasa. El cabo, educado en el rigor de los informes cerrados, se resistía a abandonar la comodidad de una culpable confesa.

—Dijo que usó guano, don Teobaldo. Eso es algo que cualquier jornalero tiene a mano. Una obstrucción orgánica en la salida de presión. Parece sencillo.

—El guano fue el acelerante, el agente reactivo para asegurar la corrosión interna —explicó Teobaldo, acercándose a los restos de la prensa—. Pero para que la estructura reventara justo en el momento de máxima carga, alguien tuvo que manipular el regulador de paso y bloquear la salida de emergencia manualmente. Se requiere conocimiento de hidráulica, cabo. Y, lo que es aún más revelador, se requiere haber estudiado los planos de instalación que solo esta familia y yo poseemos. Es un fraude que requiere una mente organizada, no solo un saco de abono y resentimiento.

Sagrario se acercó un paso más, midiendo el esfuerzo de la rodilla. La mención de los planos activó su curiosidad profesional.

—¿Planos? —preguntó, tocando pensativa la pequeña verruga sobre su labio—. ¿Existen copias de esos documentos aquí, en el recinto?

—En la oficina técnica —asintió Teobaldo—. Aristeo los guardaba bajo llave, o eso creía él. Pero un plano es el mapa de las debilidades de una estructura. Quien hizo esto sabía exactamente

qué tornillo aflojar para que la fatiga del metal hiciera el resto. Es una firma caligráfica grabada en hierro.

El agrónomo condujo al cabo y a Sagrario hacia una pequeña estancia anexa al molino. Era un lugar austero, impregnado de un olor a papel viejo y tinta de dibujo. Una bombilla desnuda colgaba del techo, proyectando una luz amarillenta sobre las estanterías de metal donde reposaban los legajos de la finca. Sobre una mesa de madera maciza, Teobaldo desplegó tres grandes hojas de papel de calco azulado, sujetas en las esquinas por pesadas tuercas de bronce. Eran los diagramas detallados de la prensa y la red de tuberías.

Sagrario se inclinó sobre el papel. El olor del amoníaco de las copias heliográficas le resultó familiar, un aroma que evocaba de inmediato el rigor de los despachos oficiales. Sus ojos gris perla no buscaron la geometría de las tuberías ni los cálculos de caudal, sino las pequeñas marcas humanas en los márgenes. En las esquinas de los planos, allí donde se especificaban las presiones máximas y los puntos de engrase, había breves anotaciones a lápiz, trazadas con una firmeza que contrastaba con la fragilidad del papel.

«Cierre a 40 atm», «Refuerzo en válvula C», «Punto de fatiga crítico».

La archivera sintió una vibración interna. Aquellos trazos no pertenecían a Teobaldo; el agrónomo usaba una letra técnica, angulosa y casi impresa, coherente con su personalidad rígida. Estas notas, en cambio, poseían una elegancia antigua, con las «f» de trazo ascendente muy marcado y las «g» cerradas con un bucle apretado, casi defensivo. Era una letra que hablaba de alguien que había aprendido a escribir bajo una disciplina férrea, una mano acostumbrada a ocultar emociones tras una caligrafía impecable.

—Estas notas —murmuró Sagrario, señalando el margen—. No son suyas, don Teobaldo. Y dudo mucho que pertenezcan al difunto Aristeo.

—No —respondió él con desdén—. Aristeo escribía como si sostuviera un arado con la mano izquierda. Su letra era un insulto a la inteligencia. Supuse que serían anotaciones de algún operario administrativo.

Sagrario extrajo de su bolso de piel un pequeño cuaderno. En él había transcrito apuntes del antiguo documento de tierras que Facundo Nogueira le había mostrado brevemente días atrás. Aquel documento, con su olor a polvo de archivo, le había recordado la constante lucha de la verdad por manifestarse, a pesar de los intentos de distorsión que suelen sufrir los registros de propiedad.

Comparó los trazos con la lentitud de quien coteja un sello real falsificado. La coincidencia fue absoluta. El modo en que la punta del lápiz se demoraba en los números, la inclinación exacta de las cifras, el modo en que el rabito de la «p» se curvaba hacia la izquierda... todo era la misma mano. Era la mano que había gestionado los fraudes financieros de los Casabermejo. La misma que había trazado, décadas atrás, las lindes de las tierras en disputa.

—¿Quién más tenía acceso a estos documentos, don Teobaldo? —preguntó Sagrario, con la voz ahora gélida.

—Ya se lo he dicho. Aristeo, yo mismo... y, por supuesto, Facundo Nogueira. Él es quien custodia los archivos del cortijo y las llaves de todos los armarios. De hecho, fue él quien me ayudó a cotejar las presiones cuando instalamos la prensa. Decía que quería aprender la mecánica de la instalación, aunque siempre sospeché que lo que buscaba era el modo de controlarla.

Un crujido de madera en el umbral interrumpió la conversación. El aire pareció volverse más denso. Facundo Nogueira permanecía allí, apoyado en su bastón de encina con punta de bronce. Su figura corpulenta y baja parecía llenar el hueco de la puerta. Se frotaba las palmas de las manos con una cadencia que ahora Sagrario reconocía como un tic de control, no de nerviosismo. Sus manos estaban inmaculadas, sí, pero esa limpieza ya no engañaba a la archivera;

era la de quien borra sin piedad cada huella incómoda antes de presentarse ante los demás.

—¿Buscaban algo más, señores? —preguntó Facundo. Su voz era un rumor ronco, carente de la inflexión cortés que solía emplear—. He oído que hablaban de mis tareas de custodia. Es curioso el interés que despierta un simple archivo cuando la tragedia ya ha pasado.

El cabo Alcaraz se enderezó, recuperando su porte oficial. La presencia del mayordomo, siempre tan correcta, ahora le resultaba vagamente amenazante.

—Estamos revisando los planos, Facundo. Don Teobaldo insiste en que el sabotaje requería un conocimiento que la detenida no posee. Una jornalera no sabría dónde está la válvula de alivio ni cómo bloquearla.

Facundo entró en la habitación. Sus ojos pequeños y pardos se posaron sobre los planos desplegados con una fijeza inquietante. Sagrario observó cómo sus dedos se cerraban con fuerza sobre la empuñadura de su bastón, los nudillos blancos bajo la piel cetrina.

—Los planos son papel, cabo —dijo el mayordomo, acercándose a la mesa con una lentitud calculada—. Y el papel lo aguanta todo. Pero la prensa estalló porque era vieja y estaba mal mantenida. No hay que buscar fantasmas donde solo hay herrumbre y mala suerte. A veces, las cosas simplemente se rompen bajo el peso de lo que contienen.

—Don Teobaldo no opina lo mismo —intervino Sagrario, sin apartar la vista del mayordomo—. Y estas anotaciones marginales, Facundo... son muy reveladoras. Especifican los puntos exactos donde la prensa era vulnerable. Quien escribió esto no solo entendía la maquinaria; sabía cómo destruirla de forma que pareciera un accidente por fatiga de materiales. Es una pericia admirable, casi tanto como la que alguien usó para manipular los registros de propiedad de esta zona hace años.

Facundo se detuvo frente a ella. El olor a jabón de sastre y a una leve humedad de archivo emanaba de su ropa, un aroma que Sagrario asociaba con la decadencia controlada.

—Yo no entiendo de esas cosas, doña Sagrario —replicó él, manteniendo la mirada con una frialdad absoluta—. Soy un hombre de llaves y cuentas. Mis manos son para el papel y la plata, no para el hierro. Mi lealtad es hacia esta casa.

—Sus manos, Facundo, son para el control —corrigió Sagrario con una sonrisa mínima—. He estado observando su comportamiento en este cortijo. Usted no es solo un mayordomo; es el guardián de las sombras de los Casabermejo. Usted redactó los documentos de la venta de la Haza de las Ánimas, usted ocultó la bancarrota de Alonso y, por lo que veo en estos planos, usted conocía el punto de ruptura de la prensa mejor que el propio ingeniero. Es usted un experto en la gestión de las inconsistencias, Facundo. Cree que puede cambiar la historia simplemente alterando el orden de los factores en el papel.

La tensión en la oficina se volvió sólida. El cabo Alcaraz miraba alternativamente a la archivera y al mayordomo, sintiendo que el suelo de su investigación empezaba a convertirse en arenas movedizas. Su mano descendió instintivamente hacia la funda de su arma.

—¿Qué está sugiriendo exactamente, doña Sagrario? —preguntó Norberto.

—Sugiero, cabo, que el sabotaje del molino no fue un acto de venganza —declaró Sagrario, señalando la caligrafía en el papel azul —. Fue una medida de contención desesperada. Aristeo Carmona estaba presionando para una auditoría que habría revelado que las piezas de la prensa no eran nuevas, sino reajustadas, y que el dinero destinado a la modernización se había desviado hacia otros fines. Quizás para pagar las deudas de Alonso o para financiar la ambición territorial de alguien que conoce muy bien el valor de una linde.

Aristeo era una amenaza para el equilibrio de mentiras que Facundo ha construido durante años.

Facundo soltó una carcajada seca, un sonido que recordó al golpe de su bastón sobre el empedrado.

—Es una historia muy ingeniosa, señora archivera. Pero le falta lo más importante: una prueba que un juez no desestime. Mi letra es mi letra, y no hay ley en España que me prohíba escribir en un margen o llevar las cuentas de una familia que confía en mí.

—La letra es el rastro del ánimo, Facundo —replicó Sagrario—. Y su ánimo ha estado muy ocupado. El guano que Purificación confesó haber usado... usted sabe perfectamente que no fue ella quien lo trajo. Fue usted quien le sugirió esa historia para que ella, en su lealtad ciega hacia la familia, se inmolara ante la Guardia Civil. Usted sabía que el cabo Alcaraz se conformaría con una culpable fácil y una resolución rápida. Alcaraz es joven, pero usted es antiguo, Facundo. Usted juega con los tiempos de la tierra.

Alcaraz dio un paso hacia Facundo, su rostro encendido por la humillación de verse retratado como un peón en el juego del mayordomo. La mancha de hollín en su frente parecía vibrar con su pulso acelerado.

—¿Es eso cierto, Facundo? ¿Ha estado manipulando a la detenida?

—La señora Gálvez habló por voluntad propia —dijo Facundo, su voz volviéndose fría como el metal de la prensa—. Si ella quiere ser una mártir, ¿quién soy yo para llevarle la contraria? Yo solo cumplo con mi deber: proteger el nombre de los Casabermejo de cualquier escándalo.

Sagrario observó el bastón de Facundo. La punta de bronce, pulida y brillante, le recordó un detalle crucial. La conexión terminó de decantar en su mente con la claridad del aceite virgen tras el reposo. El bronce. El herrón. El objeto que Purificación mencionó en su confesión no era una invención; era un componente que Facundo conocía bien.

—Cabo —dijo Sagrario, girándose hacia Norberto—. Le sugiero que solicite a Facundo Nogueira que nos acompañe a la oficina principal. Hay un documento de propiedad de hace treinta años que me gustaría que comparáramos con estas notas marginales. Un documento que explica cómo ciertas tierras cambiaron de manos justo después de que el padre de Purificación Gálvez fuera acusado de un robo que nunca cometió. Es una técnica de despojo antigua, pero efectiva.

Facundo se tensó. Por primera vez, su máscara de estoicismo mostró una fisura. Una pequeña gota de sudor le perló las sienes blancas, destacando sobre el cabello ralo.

—Eso no tiene nada que ver con la muerte de Aristeo —dijo el mayordomo, su voz subiendo un octavo de tono—. Son papeles viejos que no interesan a nadie.

—Lo tiene todo que ver —replicó Sagrario—. Porque Aristeo Carmona no solo chantajeaba a los Casabermejo. Él sabía que usted, Facundo, había construido su posición sobre un fraude de tierras que él mismo le ayudó a ejecutar cuando ambos eran jóvenes. Y cuando Aristeo decidió que quería su parte del botín aprovechando la debilidad de Alonso, usted comprendió que el único plano que importaba era el de su eliminación. Aristeo descubrió que usted ya no era un aliado, sino un obstáculo.

Norberto Alcaraz no esperó más. La evidencia de la manipulación y el peso de las deducciones de Sagrario eran ahora imposibles de ignorar. El cabo sentía que su carrera dependía de no cometer un error garrafal al dejar escapar al verdadero artífice del caos.

—Facundo Nogueira —dijo el cabo, su voz adquiriendo la dureza del protocolo oficial—, queda usted bajo custodia preventiva. No intente alejarse de este cortijo. Vamos a revisar esos archivos hasta que no quede un solo número sin explicar.

Facundo no se movió. Durante un largo minuto, el silencio en la oficina técnica solo fue roto por el siseo lejano de la prensa dañada

y el goteo rítmico del aceite. El mayordomo miró a Sagrario, y en sus ojos pardos ella vio no solo el odio del criminal descubierto, sino la profunda amargura de quien ha servido una mesa ajena durante toda una vida con la esperanza de heredar, algún día, las migajas de la tierra.

—Usted no entiende nada, doña Sagrario —dijo Facundo finalmente, entregando su bastón al cabo con un gesto de desprecio—. Esta tierra no se lee en los papeles ni en los archivos que usted tanto venera. Se lee en la sangre que se ha derramado para que los olivos sigan dando fruto. Se lee en el sudor que empapa estas piedras. Y usted es solo una extraña, una mujer de libros que viene a revolver las cenizas de un fuego que no puede apagar porque nunca ha sentido su calor.

Sagrario vio cómo Alcaraz conducía a Facundo hacia la salida. Teobaldo Cifuentes, que había permanecido en un rincón observando la escena, se acercó a la mesa y comenzó a recoger los planos con manos temblorosas. El agrónomo parecía haber perdido parte de su arrogancia; el descubrimiento de que sus propios planos habían sido el manual de instrucciones para un crimen lo había dejado descolocado.

—¿Cree que él lo hizo solo, doña Sagrario? —preguntó Teobaldo en un susurro—. ¿Matar a Aristeo y sabotear la almazara?

Sagrario miró hacia el patio, donde la figura de Facundo desaparecía escoltada por el cabo.

—Facundo es un hombre de orden, don Teobaldo. Y el orden que él defendía exigía que Aristeo desapareciera. Pero en un cortijo como este, las sombras nunca caminan solas. Facundo es el cerebro, no hay duda, pero el brazo ejecutor del crimen material... eso es algo que todavía debe terminar de decantar.

Se quedó sola en la oficina técnica, rodeada del olor a amoníaco y papel antiguo. La rodilla volvió a darle un aviso, un recordatorio de que la jornada aún no había terminado. Pero mientras observaba los

planos azules, doña Sagrario supo que el hilo invisible que unía la tierra, el papel y la sangre estaba finalmente en sus manos.

CAPÍTULO 23: EL ÚLTIMO RASTRO EN LA TIERRA

El sol de la tarde en Jaén se aplastaba contra el horizonte como una moneda de cobre al rojo vivo. Las sombras de los olivos, largas y retorcidas, se estiraban sobre la tierra ocre, transformando el paisaje en una caligrafía indescifrable. Doña Sagrario avanzaba por el sendero con una lentitud que no nacía de la contemplación, sino de la más pura necesidad. Cada vez que su pie izquierdo encontraba una irregularidad, el tendón dolorido le susurraba un recordatorio de los kilómetros andados, un pinchazo agudo en la articulación que era el precio de su tozudez. Se apoyaba con firmeza en su sombrilla de seda, utilizándola más como un báculo que como un accesorio de moda.

A su lado, el cabo Norberto Alcaraz caminaba con los hombros hundidos. La mancha de hollín en su frente, aunque atenuada por un lavado rápido, persistía allí como un estigma del aire viciado de la almazara. El joven guardia civil consultó su reloj por tercera vez en diez minutos, un tic que delataba una impaciencia que el campo andaluz siempre terminaba por absorber.

—Doña Sagrario, con el debido respeto a su intuición, Facundo Nogueira ya duerme bajo llave —dijo Alcaraz, apartando una rama baja con un movimiento mecánico—. Tenemos los libros de contabilidad que demuestran el fraude, los planos que indican cómo saboteó la prensa y el testimonio de los jornaleros sobre su control

de las lindes. El caso está visto para sentencia. ¿Es tan imperativo que subamos esta cuesta con la luz desvaneciéndose?

Sagrario se detuvo. El silencio del campo solo se rompía por el crujir de las hojas secas bajo sus pies. Se ajustó el moño blanco, que mantenía su impecable compostura a pesar del polvo del camino, y miró al cabo con sus ojos gris perla.

—En mis años ordenando los legajos olvidados de Zamora, cabo, aprendí que el mayor error de un falsificador no es la letra, sino el papel que elige. Si el soporte no es el adecuado, toda la rúbrica es una mentira. La prisa es la mejor aliada del culpable porque nos empuja a aceptar el decorado que él mismo nos ha preparado. —Sagrario hizo una pausa, dejando que el viento meciera las copas de los árboles—. No buscamos una condena administrativa, Norberto. Buscamos el punto exacto donde la voluntad de un hombre se convirtió en el arma que detuvo el corazón de otro. Aristeo Carmona no murió por una coincidencia biológica. Un informe forense que hable solo de causas naturales es un documento incompleto que cualquier abogado de ciudad desentrañará en cuestión de minutos.

Alcaraz suspiró, pero su postura se enderezó. Había aprendido que cuando la archivera recurría a la lógica de sus antiguos archivos, el terreno que pisaban estaba a punto de desvelar un secreto que el protocolo policial había pasado por alto.

—Dígame, entonces, qué buscamos —pidió el cabo, resignado.

—Buscamos el «con qué». Tenemos el móvil y el autor, pero el mecanismo del crimen sigue siendo un interrogante en nuestro informe. Un hombre como Carmona, fuerte como un roble viejo, no cae muerto por un simple intercambio de palabras. Necesito el hilo material, Norberto. El objeto que cerró la herida.

Llegaron al claro donde el olivo de la herencia se alzaba como un monumento a la avaricia familiar. La tierra alrededor de las raíces estaba removida, marcada por las pisadas de la inspección previa, pero conservaba un aire de santuario profanado. Sagrario se acercó

al tronco centenario. El aroma del aceite rancio y la tierra reseca flotaba en el ambiente, un olor que le recordaba a los sótanos donde el tiempo se detiene.

—Ayúdeme, Norberto. Aquí, cerca de donde cayó el cuerpo. Necesito ver qué hay bajo la superficie, justo en ese surco que la lluvia de la semana pasada no llegó a borrar del todo.

El cabo se puso de rodillas, ignorando la suciedad que manchaba su pantalón reglamentario. Usó una pequeña paleta de metal para retirar la capa superior de hojas plateadas y costras de barro. Sagrario, conteniendo un quejido por la protesta de sus articulaciones, se inclinó hasta quedar a pocos centímetros del suelo. Extrajo de su bolso de piel la lupa de aumento, el cristal que servía de frontera entre lo invisible y lo evidente.

Bajo la lente, la tierra dejó de ser una masa uniforme. Entre los granos de sílice y los restos orgánicos, apareció algo extraño: un rastro de polvo grisáceo, casi blanquecino, que formaba una línea semicircular perfecta. No era abono mineral, ni cal del encalado de los troncos.

—Observe esto, cabo —susurró ella, señalando con el dedo enguantado—. La disposición no es natural. No ha caído por gravedad; ha sido presionada contra el suelo con una fuerza deliberada.

Alcaraz acercó el rostro, frunciendo el ceño. Sus ojos, acostumbrados a buscar huellas de botas y casquillos, tardaron un segundo en enfocar aquel residuo minúsculo.

—Parece guano. Pero hay algo más... un olor acre, como a cueva cerrada o a metal oxidado.

—Es guano de murciélago, Norberto. Pero no uno cualquiera. Es un concentrado que los antiguos jornaleros utilizaban para tratar ciertas plagas o, en manos menos nobles, para marcar el ganado de forma que la piel se quemara sin dejar rastro de fuego. Es una sustancia cáustica, un alcaloide que, en la dosis adecuada y por la vía

correcta, es un veneno fulminante para un corazón cansado. —Sagrario se incorporó con esfuerzo, apoyándose en el hombro del cabo—. Recuerde el bastón de Facundo. El herrón de bronce que lo remata.

—Lo revisé en el cortijo —replicó Alcaraz, levantándose y sacudiéndose las rodillas—. Era una punta de metal normal, algo gastada por el uso. No vi nada extraño en ella.

—¿Revisó el interior de la contera? El bronce suele ser hueco para encajar en la madera. Facundo es un hombre de una pulcritud patológica; su lealtad a los Casabermejo es su religión, pero su odio hacia Aristeo era su cruz. Imagine a Facundo aquí, en la penumbra. No necesita un cuchillo que deje sangre, ni una pistola que despierte al cortijo. Únicamente necesita un impacto preciso que parezca un accidente del azar.

Sagrario movió su sombrilla en el aire, trazando un arco descendente.

—Un golpe con la punta del bastón cargada con ese concentrado. Aristeo sufría del pecho; un secreto que Facundo conocía por sus años de servicio, observando las medicinas que el capataz escondía. Un pinchazo accidental en el cuello, una reacción violenta e inmediata... un estupor anafiláctico provocado por la entrada directa de esa sustancia en el flujo sanguíneo. El médico vio un colapso cardíaco, lo cual es cierto, pero no buscó la causa química porque no esperaba encontrarla en un hombre de campo.

Alcaraz guardó silencio. La teoría, técnica y fría, encajaba con la personalidad del mayordomo como un guante a medida. Facundo no era un hombre de arrebatos, sino de ejecuciones silenciosas. Era, en esencia, un hombre que entendía de engranajes, como los de la almazara que tanto se esmeró en inutilizar.

—Pero necesitaríamos una prueba de que él manipuló esa sustancia recientemente —objetó el cabo, buscando la fisura legal—. El guano puede estar en cualquier almacén del cortijo desde hace décadas.

Un crujido de ramas secas a sus espaldas los obligó a girarse. Por el sendero que subía desde el pueblo aparecía una figura delgada, algo encorvada y con el paso vacilante de quien lleva más prisa de la que sus pulmones permiten. Era Cayetano Ruiseñor. El sastre del pueblo todavía vestía su chaleco de trabajo, y la cinta métrica colgaba de su cuello como una bufanda olvidada. Sus gafas de media luna brillaban con los últimos rayos del sol, dándole el aspecto de un búho asustado.

—¡Doña Sagrario! ¡Señor cabo! —exclamó Cayetano, deteniéndose a varios metros para recuperar el aliento. Su pecho subía y bajaba con una agitación que amenazaba con descoser su compostura—. Menos mal que los alcanzo. En el cortijo me dijeron que andaban por el olivar, y no he podido esperar a mañana. La almohada es muy mala consejera cuando uno guarda lo que no debe.

Alcaraz se adelantó un paso, recuperando su instinto profesional.

—¿Ocurre algo, Cayetano? Estamos terminando una diligencia oficial.

—Ocurre que la conciencia es una costura mal rematada, cabo. Pica hasta que uno decide cortarla de raíz. —El sastre se limpió el sudor de la frente con un pañuelo—. Esta mañana, cuando hablamos de la señorita Amalia y de ese muchacho, Ricardo, mi cabeza no paraba de dar vueltas. Hay algo que vi la noche que murió Aristeo y que mi memoria, por pura costumbre de evitar los pleitos ajenos, había recluido donde no debía. He pasado la tarde fingiendo que cosía un dobladillo, pero solo veía la cara de ese hombre.

Sagrario se acercó al hombre. La mirada del sastre era inquieta, como la de quien ha descubierto una polilla en un traje de gala. Sabía que Cayetano era una enciclopedia de las miserias locales, alguien que leía a las personas por la caída de sus chaquetas o el desgaste de sus puños.

—Díganos, don Cayetano. El sol se oculta y aquí las verdades son más claras cuando la luz aún nos permite ver las sombras.

—Vi a Facundo Nogueira. Cerca de las cuadras, justo antes de que el sol cayera del todo esa noche. Llevaba una bolsa de tela pequeña, una de esas que usan los boticarios de antes para las mezclas de hierbas. Le pregunté, por pura cortesía de vecino que no quiere parecer curioso, si eran semillas para los tiestos de doña Adelaida.

—¿Y qué le respondió él? —preguntó Alcaraz, acercándose más.

—Me miró con esos ojos de piedra que tiene y me dijo que era «ungüento para curar una herida en la tierra». Me pareció una de sus frases antiguas, de esas que suelta para no decir nada y quedar por encima de los demás. Pero el olor... doña Sagrario, el olor se me quedó pegado a la pituitaria. Era un aroma rancio, como de sótano húmedo o de guano viejo. Un olor que no encaja con el jardín de una señora como la de Casabermejo ni con las flores de temporada.

Sagrario asintió para sí misma. El eslabón perdido acababa de ser entregado por el hombre menos esperado. La «herida en la tierra» no era un olivo enfermo, sino la presencia de Aristeo Carmona, a quien Facundo consideraba una plaga que debía ser erradicada para mantener el orden que él mismo había diseñado en sus delirios de custodia. Así, Facundo preparó su arma con la misma paciencia con la que un encuadernador aplica el engrudo en un lomo quebrado.

—Esa bolsa contenía el alcaloide, cabo —sentenció Sagrario—. Al matar a Aristeo, pensó que eliminaba la única voz que podía denunciar sus fraudes con las lindes y, a la vez, se aseguraba de que la voluntad de doña Adelaida volviera a ser un papel en blanco bajo su mano.

Cayetano retrocedió un paso, frotándose las manos nerviosamente sobre su chaleco.

—¿Entonces es verdad? ¿Facundo...? ¿Un hombre tan serio?

—Facundo Nogueira ha intentado escribir el final de esta historia a su medida, don Cayetano —dijo Sagrario con una voz que cortaba el aire como un cristal—. Pero se olvidó de que el suelo es un palimpsesto donde cada paso tacha el anterior sin llegar a borrarlo

del todo. Muchas gracias. Su testimonio es la puntada final que cierra este sudario.

Alcaraz miró a la archivera con un respeto que ya no intentaba ocultar tras la burocracia. La mancha de hollín en su frente parecía ahora un detalle insignificante frente a la claridad de la resolución que tenían entre manos.

—Tengo que asegurar ese bastón de inmediato —dijo el cabo—. Solicitaré un análisis de la contera y del rastro que hemos encontrado aquí. Con el testimonio de Cayetano, el juez no tendrá escapatoria. Facundo no solo es el cerebro de la ruina económica, es un asesino que usó la propia naturaleza para ocultar su mano.

—Vaya usted, cabo. Lleve a don Cayetano de vuelta al cortijo para que descanse. Yo me quedaré un momento más. Necesito que el silencio me confirme que no me he dejado ningún margen sin leer.

—¿Sola aquí, doña Sagrario? La noche está encima y el terreno es traicionero.

—El silencio del olivar es buen consejero, Norberto. He pasado media vida en archivos donde el único sonido era el de mi propia respiración. No tema por mí.

Alcaraz asintió y escoltó al sastre hacia el camino lateral. Sus siluetas se fueron desdibujando entre los troncos plateados hasta que solo quedó el eco de sus pasos sobre la grava. Sagrario se quedó inmóvil bajo el olivo de la herencia. El cielo había pasado del naranja al violeta profundo, y una brisa fresca comenzó a agitar las hojas, produciendo un susurro que parecía el lamento de miles de años de historia acumulada en las raíces.

Sintió el peso de la jornada en sus rodillas, pero también una satisfacción intelectual que la reconfortaba. En su mente, las imágenes de sus casos anteriores se entrelazaban con el presente. Recordó al inspector Roca, siempre tan pragmático, y se preguntó qué diría al leer su informe sobre este caso. La vida, pensó, no es

más que una serie de notas al pie que la mayoría de la gente ignora por centrarse solo en el título del capítulo.

No importaba si era un pergamino del siglo XVIII o un rastro de guano en un olivar de Jaén; el ser humano siempre dejaba una marca, una inconsistencia, un error nacido de su propia soberbia.

Facundo Nogueira era un hombre de orden, de esos que creen que el mundo puede controlarse si se dominan los protocolos y las llaves de las puertas. Su error, sin embargo, fue subestimar la capacidad de una mujer acostumbrada a mirar donde nadie más mira: en los márgenes, en las pequeñas variaciones de la luz, en los restos de polvo que la historia olvida limpiar.

—La verdad sedimenta como los posos en una tinaja —murmuró para sí, tocando la verruga sobre su labio superior—. Por mucho que se agite el líquido, el tiempo acaba por asentar lo que es real en el fondo.

Pensó en la familia Casabermejo. En doña Adelaida, aferrada a un collar de perlas que ya no podía comprar su honor; en Alonso, un hombre que se mordía las uñas hasta la carne porque no sabía cómo sostener el peso de su propio nombre; y en Amalia, que buscaba en la pintura una libertad que la tierra le negaba. Todos ellos eran víctimas de una estructura que se desmoronaba. Facundo había intentado ser el cemento que la mantuviera unida, aunque para ello tuviera que mancharse las manos de una sangre que no dejaba rastro rojo.

Se imaginó la escena final en el salón. Todas las máscaras caerían. Facundo, con su estoicismo de piedra, descubriría que el silencio no es lo mismo que la invisibilidad. Cuando el cabo Alcaraz presentara el bastón y ella explicara la naturaleza de la «herida en la tierra», el mayordomo entendería que su mundo de secretos había sido invadido por una lupa y un sentido común implacable.

Doña Sagrario cerró los ojos y aspiró el aire frío. Recordó la última vez que sintió esa paz, tras resolver el misterio en el norte. Aquella

vez hubo una sensación de pérdida, de que la verdad a veces destruye más de lo que construye. Aquí, en Jaén, la sensación era diferente. El orden que estaba restaurando no era el de una familia noble, sino el de la justicia básica que la tierra reclamaba tras años de abusos y silencios.

—Es hora de volver —se dijo.

Comenzó el descenso con cuidado. Sus rodillas crujían, pero su mente volaba ágil hacia el cortijo. Al llegar a las inmediaciones del patio central, las luces de «El Lince Dorado» brillaban con una intensidad artificial contra la negrura del campo. El edificio principal se alzaba como una fortaleza de piedra blanca, un baluarte que pronto vería cómo sus cimientos de tradición y mentiras eran sacudidos por la última verdad descubierta.

Vio al cabo Alcaraz en la entrada, dando instrucciones a un subordinado. Su postura era la de un hombre que ha encontrado su propósito. El sastre Cayetano ya no estaba; probablemente habría buscado refugio en la cocina, compartiendo su agitación con una taza de caldo caliente.

Sagrario se detuvo antes de entrar en el círculo de luz del patio. Se sacudió el polvo de los guantes y se aseguró de que su sombrero estuviera perfectamente alineado. La resolución final la esperaba tras las puertas de madera labrada.

—Cabo Alcaraz —dijo cuando estuvo a su altura. Su voz era firme, desprovista de la fatiga del camino—. Haga que todos se reúnan en el salón. Es el momento de que doña Adelaida comprenda que la herencia de sus antepasados no se mide en hectáreas, sino en las acciones de quienes las custodian. Y traiga a Facundo Nogueira. Quiero que escuche la lectura del último folio de este desastroso manuscrito.

Alcaraz asintió con una solemnidad casi militar.

—Todo está preparado, doña Sagrario. Los Casabermejo esperan en el salón de los retratos. Facundo está en el despacho, custodiado.

Usted ha hecho lo que nadie aquí creía posible. Ha visto lo que nosotros pisábamos sin mirar.

Sagrario esbozó una sonrisa mínima, una sombra de humor que iluminó sus ojos gris perla por un instante.

—Los hombres miran el horizonte para saber adónde van, Norberto. Yo prefiero mirar al suelo para saber quién ha pasado antes que yo.

Entró en el cortijo, sintiendo el cambio de temperatura, el paso del aire libre al frescor de los muros anchos. El olor a cera y a madera vieja la envolvió, un aroma que le resultaba familiar y reconfortante. Era el olor de las historias que están a punto de cerrarse. La red se había completado, cada nudo estaba en su sitio, y en el centro de ella, el último rastro en la tierra resplandecía con la claridad absoluta de la justicia cumplida.

El capítulo de Jaén estaba a punto de alcanzar su punto final, y ella, como siempre, sería la encargada de poner el sello definitivo en el archivo de la verdad.

CAPÍTULO 24: LA RED SE CIERRA

Norberto Alcaraz sostenía el bastón de Facundo Nogueira con una rigidez que delataba su incomodidad. Sus dedos, acostumbrados al tacto frío del metal reglamentario, recorrían la madera oscura con una aprensión casi instintiva. La oficina del cortijo parecía haberse encogido bajo el peso de la tarde; las paredes encaladas, que en otros momentos devolvían la luz con alegría, ahora absorbían el resplandor mortecino de la lámpara de aceite.

Junto a la mesa de nogal, doña Sagrario permanecía de pie, ignorando la protesta sorda de sus rodillas. El dolor era un viejo conocido, una punzada rítmica que la obligaba a desplazar el peso del cuerpo con la parsimonia de quien ha aprendido a negociar con su propia anatomía.

—Observe la contera, cabo —indicó Sagrario, señalando con el dedo índice la punta metálica del objeto—. No es un simple refuerzo para evitar el desgaste del camino. Es bronce, ciertamente, pero trabajado para presentar una porosidad artificial, casi microscópica.

Alcaraz acercó la pieza a la llama. La luz vacilante arrancó destellos cobrizos al metal, revelando una superficie que, lejos de estar pulida por el uso, mostraba una textura rugosa, similar a la de una piedra pómez.

—Parece castigada por el terreno, nada más —murmuró, aunque la seguridad de los días anteriores se le escapaba entre los labios.

—Los archivos enseñan que el azar no suele ser tan metódico —replicó Sagrario, ajustándose el cuello de su blusa de batista—. Aquella irregularidad me recordó de inmediato las inconsistencias que encontré en el colofón del Códice Negro, el que tanto desvelo causó en el monasterio de San Lázaro. Allí, como aquí, alguien intentó que lo artificial pareciera producto del tiempo.

Facundo no solo camina con ese bastón; lo ha convertido en un instrumento de precisión. Lo usó para remover el guano en las cuevas de la linde norte, pero no con fines agrícolas. Buscaba el residuo más puro, el más concentrado en nitratos, para mezclarlo con alcaloides vegetales obtenidos del alcornoque y la adelfa.

Alcaraz frunció el ceño. El joven guardia, cuya mancha de hollín en la frente era ya solo una sombra grisácea casi imperceptible, dejó el bastón sobre la mesa y sacó su cuaderno de notas. El crujido del papel pareció un disparo en el silencio de la estancia.

—Un choque anafiláctico —articuló el cabo, paladeando la terminología técnica con una mezcla de respeto y extrañeza—. Pero Aristeo Carmona no presentaba picaduras ni signos de lucha.

—No las necesitaba. Facundo conocía la debilidad de Aristeo. En comunidades tan cerradas como este cortijo, o como la que rodeaba al difunto padre Anaximandro en Úbeda, los secretos sobre la salud de un hombre son la moneda de cambio más valiosa.

El capataz sufría de una sensibilidad extrema a ciertos componentes orgánicos, una vulnerabilidad que ocultaba bajo capas de autoritarismo para no perder el respeto de los jornaleros. A Facundo le bastó esperar el momento oportuno bajo el olivo de la herencia. Un roce de aquella contera impregnada en la piel de Aristeo, tal vez un pinchazo fingido como un tropiezo durante una discusión, y el organismo del capataz hizo el resto. El aire se convirtió en un muro de piedra en sus pulmones.

Sagrario se permitió sentarse en la silla de respaldo recto, soltando un suspiro que intentó disfrazar con un ligero ajuste de su moño blanco. La claridad mental era su único consuelo frente al cansancio físico. Sobre el escritorio, su cuaderno de notas permanecía abierto, mostrando la comparativa caligráfica que había realizado con la paciencia de un monje medieval.

—El sabotaje de la prensa no fue un acto de ira gratuita —prosiguió la archivera, señalando los trazos en el papel—. Fue una maniobra de distracción administrativa. Mientras Teobaldo Cifuentes se obsesionaba con la mecánica de la almazara, el verdadero crimen ocurría en los libros.

El fraude de tierras, ese desplazamiento silencioso de las lindes en la Haza de las Ánimas, requería tiempo para ser borrado o justificado. Aquella falsificación de documentos le trajo a la memoria el documento de 1742 que puso en jaque al linaje de Isidoro; la misma mano fría y la convicción de que el papel puede soportar cualquier mentira si se escribe con suficiente firmeza.

Norberto Alcaraz guardó silencio. Miró por el ventanal hacia el patio, donde las sombras de los olivos se estiraban como dedos acusadores. La estructura social del cortijo, que había intentado gestionar con reglamentos y patrullas, se revelaba ahora como una red de odios antiguos y lealtades podridas.

—Es una exposición impecable, doña Sagrario —reconoció el cabo al fin—. Pero Facundo es una institución en esta casa. Adelaida Casabermejo no permitirá que lo esposen basándose solo en deducciones, por muy brillantes que sean. Necesita algo más que el análisis de un herrón de bronce.

—Las pruebas están en la tierra y en el miedo, cabo. El residuo de guano en la contera y la marca en el suelo coinciden con la precisión de un sello de lacre. Pero para que confiese, debemos sacarlo de su elemento. El aislamiento es su escudo; la mirada colectiva será su ruina. Necesitamos que todos estén presentes cuando la verdad sea pronunciada.

Alcaraz asintió, golpeando el cuaderno contra su palma. La determinación, ese rasgo que Sagrario había visto madurar en el joven guardia desde su llegada, disipó finalmente cualquier rastro de duda.

—Prepararé el salón. Convocaré a la familia y a los empleados. Si usted está dispuesta a sostener esto frente a doña Adelaida, yo la seguiré. Al fin y al cabo, nunca he conocido a una archivera que se equivoque con una fecha, ni a una mujer que lea los gestos con tanta precisión como usted.

Sagrario esbozó una sonrisa mínima, casi imperceptible.

—En mi profesión, cabo, un error de lectura puede condenar al olvido una verdad de siglos. Y no he venido a Jaén para permitir que un crimen se convierta en una nota a pie de página mal redactada.

El cabo salió de la oficina con paso marcial. Sagrario se quedó sola con el aroma a papel viejo y el eco de sus propias palabras. Tocó la pequeña verruga sobre su labio, un gesto mecánico de reflexión. La reunión que se avecinaba no era un simple artificio; era la culminación de un proceso de decantación. La verdad, como el aceite virgen, siempre terminaba por emerger, dejando el sedimento amargo en el fondo para quien quisiera recogerlo.

Poco después, el sonido rítmico de unos pasos por el pasillo exterior anunció que el mecanismo se había puesto en marcha. El caminar de Facundo Nogueira era, por lo general, una lección de discreción y eficiencia. Sin embargo, Sagrario, aguzando el oído, notó una sutil vacilación: el golpe del bastón contra las baldosas de barro no tenía la autoridad de antaño. Era un sonido hueco, casi precavido.

La puerta se abrió con un gemido de las bisagras. Facundo apareció en el umbral, su figura sólida recortada contra la penumbra del corredor. Sus manos, inmaculadas y pálidas, sostenían una pequeña bandeja de plata donde reposaban varias notas dobladas. Sus ojos, pequeños y oscuros como granos de pimienta, recorrieron la oficina hasta anclarse en la figura de la anciana.

—El cabo Alcaraz me ha dado el encargo de entregar estas citaciones —dijo Facundo. Su voz era un hilo de seda, pero Sagrario detectó la rigidez en las comisuras de su boca—. Una reunión urgente en el salón principal, por orden de doña Adelaida.

Sagrario tomó su nota sin permitir que el mayordomo apartara la vista.

—Gracias, Facundo. Es lo más adecuado. Hay atmósferas que solo se limpian cuando se abren todas las ventanas a la vez.

El mayordomo inclinó la cabeza con una corrección que rozaba lo insultante. Sin embargo, al girarse para salir, Sagrario lo vio frotarse las palmas de las manos, un gesto que ya no sugería pulcritud, sino el intento desesperado de borrar una mancha que solo él podía ver. Aquel hombre, que se creía dueño de los secretos de la tierra, empezaba a comprender que los archivos también tienen voz.

Sagrario se levantó con un esfuerzo que le arrancó un leve suspiro. Recogió su bolso de piel y su sombrilla de seda, asegurándose de que el pequeño fragmento de lacre con la inicial «C» estuviera en su sitio. Mientras cruzaba el patio empedrado hacia el edificio noble, alzó la vista hacia las ventanas del primer piso.

Allí, Alonso Casabermejo permanecía apoyado en el alféizar. Incluso desde abajo, Sagrario pudo notar el brillo de la sangre fresca en su dedo índice. El heredero se mordía la cutícula con una intensidad febril, la mirada perdida en el horizonte de olivos que ya no le pertenecían por entero. No era solo el temor a la justicia lo que lo consumía, sino el pánico a la mirada de su madre cuando la magnitud del desastre financiero saliera a la luz.

En la habitación contigua, el visillo de encaje se agitó. Doña Adelaida apareció un instante, retocándose el moño blanco frente a un espejo invisible. Su expresión era una máscara de orgullo herido. Sagrario imaginó el collar de perlas apretando el cuello de la matriarca, una soga de lujo que la mantenía erguida mientras el suelo cedía bajo sus pies.

Amalia, por el contrario, caminaba por la galería alta con pasos erráticos. Sus manos mostraban manchas de óleo cobrizo y restos de trementina que no se había molestado en limpiar. Miraba hacia el camino que conducía al pueblo, buscando quizás una señal de Ricardo, el hombre al que el mayordomo había intentado incriminar con tanta frialdad. Para la joven, aquella reunión no era una búsqueda de la verdad, sino el cierre de la jaula donde su libertad languidecía.

Al entrar en el salón principal, el aroma a cera vieja y humedad la recibió con la familiaridad de una biblioteca nacional. El espacio era amplio, presidido por una chimenea de piedra ahora apagada y retratos de antepasados que parecían juzgar a los presentes desde sus marcos dorados. Teobaldo Cifuentes ya ocupaba una de las butacas de terciopelo verde. Su bolígrafo técnico bailaba entre sus dedos largos, un tic que revelaba su frustración ante una situación que no podía resolverse con fórmulas agronómicas.

Incluso Purificación Gálvez había sido convocada. La jornalera se mantenía en un rincón, cerca de la puerta de servicio, con el rosario de madera enrollado en sus manos nudosas. Sus ojos negros no pedían clemencia; brillaban con la oscura satisfacción de quien ve cumplirse una profecía de sangre que la tierra le había susurrado mucho tiempo atrás.

Norberto Alcaraz permanecía junto al gran ventanal, su uniforme impecable contrastando con la decadencia elegante del salón. Su mano derecha descansaba cerca del cinturón, un gesto que no pasó desapercibido para nadie.

—Tome asiento, doña Sagrario —dijo Adelaida desde su butaca de caoba, su voz resonando con una autoridad que empezaba a resquebrajarse—. Parece que este cortijo se ha transformado en un juzgado de instrucción por obra y gracia de su infatigable curiosidad.

—La curiosidad, doña Adelaida, es el único remedio contra el silencio que protege a los culpables —respondió Sagrario, sentándose en

una silla de respaldo recto que permitía a sus rodillas un descanso momentáneo.

El silencio que se instaló en la estancia era denso, cargado de una electricidad estática que hacía que el menor movimiento pareciera una agresión. Cada persona allí presente era un hilo en un tapiz que Sagrario había pasado días desgranando con la paciencia de quien restaura un pergamino dañado.

Sagrario pensó un momento en el temperamento volátil de Montalvo y en la frialdad calculadora de Verdegay, personajes que habían cruzado su camino en investigaciones anteriores. Facundo Nogueira compartía con ellos esa convicción de superioridad moral que precede a la caída. El mayordomo permanecía de pie junto a la puerta principal, inmóvil, como un centinela que custodia las ruinas de su propio prestigio.

—Cabo Alcaraz —comenzó Sagrario, su voz llenando el salón con una serenidad que obligó a todos a mirarla—, antes de proceder, es necesario que los presentes comprendan la naturaleza del engaño que ha gobernado «El Lince Dorado» durante años.

Abrió su cuaderno de notas sobre el regazo. El leve roce del papel fue el único sonido que se escuchó.

—Este documento —dijo, señalando una página— es la transcripción del registro de lindes de la Haza de las Ánimas. Ha sido alterado con una pericia caligráfica que solo alguien con acceso constante a los archivos de la casa y un dominio absoluto de la pluma podría lograr. Se borraron nombres y se modificaron distancias para ocultar una apropiación indebida que Aristeo Carmona, en su ambición, terminó por descubrir.

Alonso Casabermejo dejó escapar un gemido ahogado y hundió el rostro entre las manos, ocultando las cutículas heridas que delataban su angustia. Adelaida no se inmutó, pero sus dedos apretaron el anillo de sello familiar con tal fuerza que los nudillos se le tornaron blancos.

—¿Y qué relación tiene un pleito por unas fanegas de tierra con un asesinato? —preguntó Teobaldo, ajustándose las gafas con un movimiento nervioso.

—Toda, don Teobaldo. Porque el asesino no mató por odio, sino por supervivencia. Aristeo Carmona no era un hombre de escrúpulos; pensaba usar el fraude descubierto para chantajear al administrador y hacerse con el control total del cortijo.

Sagrario fijó su mirada gris perla directamente en Facundo. El mayordomo no desvió la vista. Su rostro era una máscara de granito, pero el brillo en sus pupilas revelaba una furia que luchaba por no desbordarse.

—Facundo Nogueira —sentenció Sagrario, levantándose con lentitud y apoyándose en el puño de su sombrilla—, usted no solo movió las piedras que delimitaban las tierras. Usted manipuló las vidas de esta familia con la misma frialdad con la que saboteó la prensa de la almazara para ganar tiempo. Creyó que el veneno orgánico que impregnaba la contera de su bastón pasaría por un accidente de la naturaleza, olvidando que para una archivera, hasta el residuo más ínfimo cuenta una historia.

El mayordomo dio un paso hacia el centro del salón. La luz del atardecer entró de soslayo por los ventanales, iluminando las partículas de polvo que flotaban y marcando las líneas de tensión en su mandíbula.

—Las palabras son solo aire, doña Sagrario —dijo Facundo, su voz manteniendo un tono de respeto que resultaba ya siniestro—. Y los papeles viejos no son pruebas que se sostengan ante un tribunal de hombres de campo.

—Las pruebas, Facundo, están en el herrón de su bastón y en la memoria de la tierra que pisó aquel día. Usted es un hombre de orden, pero el orden que ha construido se basa en la sangre de un hombre al que despreciaba.

Sagrario sintió el cansancio recorrerle la espalda, pero se obligó a permanecer firme. La red se había cerrado. No se trataba ya de una deducción, sino de una confrontación de voluntades. Miró a su alrededor: la sorpresa de Amalia, el pavor de Alonso, la gélida aceptación de Adelaida. El ecosistema de secretos de los Casabermejo se desmoronaba bajo el peso de una verdad que no admitía más prórrogas.

Facundo la observó con una fijeza que Sagrario ya había visto antes en los márgenes de documentos que ocultaban traiciones históricas. Era la mirada del que comprende que su tiempo ha terminado y que la historia va a ser escrita por otros.

—Cabo Alcaraz —dijo Sagrario, rompiendo el último hilo de tensión —, traiga el bastón del señor Nogueira. Es el momento de que todos vean cómo un objeto destinado a dar apoyo puede convertirse en el arma más cobarde.

El silencio que siguió fue absoluto, un vacío que parecía succionar el aire del salón. En el corazón de «El Lince Dorado», el tiempo pareció detenerse mientras la justicia, esa lenta labor de archivo, reclamaba su lugar entre los olivos. Sagrario cerró los ojos un instante, sintiendo la satisfacción del trabajo concluido. La paleografía conductual no le había fallado; los hombres siempre dejan una huella, y ella, la archivera que todos subestimaban, acababa de encontrar el último trazo en el polvo de Jaén.

CAPÍTULO 25: EL HILO DEL DESTINO

La noche había sido un paréntesis de sombras y susurros que nadie en «El Lince Dorado» aprovechó para el descanso. Tras la tensión de la víspera, cuando las sombras ya se alargaban sobre el olivar, doña Sagrario impuso una tregua. Sabía que la verdad, como el buen aceite, necesita tiempo para decantar y separarse de las impurezas de la mentira. Por eso, pidió al cabo Alcaraz que perimetrara el cortijo y que todos los implicados se retiraran a sus estancias hasta la mañana siguiente.

Aquello no era una capitulación, sino un asedio psicológico: quería que el silencio de la madrugada horadara las defensas de quienes ocultaban algo, permitiendo que el miedo cincelara sus confesiones en las ojeras y en los gestos del amanecer.

El péndulo del reloj de caoba marcaba ahora el compás de una espera interminable. En el salón principal, el tiempo no fluía, sino que se depositaba en estratos sobre los muebles de roble y las alfombras desgastadas por el paso de generaciones. Eran las diez y media de la mañana. El sol de Jaén, aunque todavía joven, ya golpeaba con una fuerza blanca las contraventanas, filtrando hilos de claridad que diseccionaban el aire viciado.

Una fina pátina de materia en suspensión —restos de polen, piel y olvido— flotaba en el ambiente, revelando la quietud de una estancia que rara vez se abría al escrutinio ajeno. El aire,

impregnado de un aroma a cera vieja y al rastro metálico de la chimenea apagada, pesaba en los pulmones. No era un silencio de paz, sino la pausa que precede al desmoronamiento de una estructura centenaria.

Aquel silencio le trajo a doña Sagrario un eco de las naves góticas del monasterio de San Lázaro. Recordó cómo las piedras de aquella abadía parecían exudar secretos, del mismo modo que las paredes de este cortijo exhalaban ahora la humedad de una ruina inminente. Allí, el padre Anaximandro le había enseñado que el papel nunca miente, pero que los hombres pasan su vida entera intentando corregir el texto de la realidad.

En Jaén, bajo un sol que nada tenía que ver con la penumbra de Úbeda, la lección seguía siendo la misma: la verdad es una cicatriz en el pergamino de la mentira, imposible de borrar por mucho que se intente raspar.

Doña Sagrario ocupaba el centro de la estancia. Permanecía inmóvil, con las manos enguantadas en hilo descansando sobre el puño de su sombrilla de seda. No necesitó sentarse para imponer su autoridad; su figura menuda, envuelta en la dignidad de quien ha consagrado décadas a los archivos, era el eje sobre el que giraban todas las miradas. A su lado, el cabo Norberto Alcaraz mantenía una postura reglamentaria, aunque el ligero balanceo de su cuerpo delataba una impaciencia que su uniforme no lograba ocultar.

La mancha de hollín en su frente, ahora apenas un rastro grisáceo bajo la luz meridiana, recordaba que la muerte ya no era una hipótesis, sino una realidad tangible que los había rozado en la almazara. A Sagrario, las rodillas le pesaban, una rigidez que aceptaba como el peaje necesario por las leguas recorridas entre los olivos de la Haza de las Ánimas; pero se obligó a mantener el porte erguido. Un archivero no abandona su puesto cuando el documento final está a punto de ser expuesto.

La disposición de los presentes recordaba a un tribunal improvisado. Adelaida Casabermejo, desde su silla de respaldo alto, observaba el

vacío con una fijeza que pretendía ser aristocrática, aunque sus dedos se cerraban sobre el collar de perlas, revelando una tensión que su rostro se negaba a admitir. Sagrario pensó en la Madre Eulalia; ambas mujeres compartían esa rigidez de quien prefiere romperse antes que doblarse.

Alonso, a su derecha, era la imagen misma del desmoronamiento. Su bata de seda colgaba de sus hombros como un disfraz mal ajustado y el rastro de sangre en su dedo índice, donde se había mordido la cutícula hasta la carne viva, manchaba el puño de la prenda con un detalle inquietante que hablaba de una noche de vigilia y angustia. Amalia, Teobaldo, Cayetano y Purificación completaban el semicírculo.

Purificación, en su rincón, desgranaba las cuentas de su rosario de madera con un ritmo hipnótico, mientras Cayetano Ruiseñor se ajustaba las gafas de media luna, analizando el salón como si buscara una costura suelta en la urdimbre de la familia.

Sagrario tomó aire. Sabía que el primer trazo de su exposición era el más delicado; una presión excesiva de la palabra podría provocar que el culpable se cerrara, mientras que una excesiva ligereza le permitiría escapar por las grietas de la ambigüedad. Estaba a punto de hablar cuando un movimiento junto a la puerta, una sombra que se desplazó con la eficiencia de quien conoce cada crujido de la tarima, deshizo la armonía del salón.

Facundo Nogueira, el mayordomo cuya lealtad parecía ser el único cimiento sólido de la casa, dio un paso hacia la claridad. No llevaba la bandeja de plata y sus manos estaban entrelazadas a la espalda. Su rostro, una máscara de piedra, no mostraba emoción alguna, pero sus ojos pardos brillaban con una intensidad nueva, defensiva. Sagrario reconoció en él la misma eficacia sombría que había visto en Verdegay, durante sus días en el monasterio: esa capacidad de los servidores antiguos para volverse invisibles mientras atesoran los secretos ajenos.

—Si me permite la interrupción, señora —dijo Facundo, dirigiéndose a Adelaida con una inclinación de cabeza que pareció un trámite vacío—. Y usted también, cabo. Creo que dedicamos demasiado tiempo a examinar las sombras de este salón mientras el verdadero peligro sigue en libertad.

Alcaraz frunció el entrecejo y llevó la mano al cinturón.

—Explíquese, Nogueira —ordenó el cabo con voz cortante.

—Es una cuestión de lógica simple —continuó el mayordomo, desplazando su mirada hacia doña Sagrario—. Buscamos móviles complicados: fraudes de tierras y rencores antiguos. Pero olvidamos al hombre que huyó: Ricardo, el jornalero. Todos en este cortijo saben que su relación con el señor Carmona era explosiva. Aristeo no era un hombre fácil, y Ricardo, con su resentimiento por la autoridad, siempre fue una fuente de problemas.

Facundo hizo una pausa, dejando que la imagen del prófugo se instalara en la mente de los presentes. La luz destacaba las finas líneas de cansancio en su rostro, pero su voz permanecía firme, como un informe administrativo que no admite réplica.

—Se fue la misma noche del crimen. Y no se fue con las manos vacías —añadió, bajando el tono para darle un matiz de confidencia —. Llevaba un bulto metálico, un objeto que no le pertenecía. ¿No es evidente? Una discusión que se desbordó bajo los olivos. Un golpe impulsivo. La huida desesperada de quien sabe que no tiene nada que perder. Ricardo conocía el terreno mejor que nadie. Culpar a quienes nos hemos quedado a dar la cara es un error de perspectiva.

La acusación de Facundo flotó en el aire como una brizna de paja en una corriente turbia. Era un intento de distracción, la anotación al margen que invalida el cuerpo del texto principal. Sagrario observó al mayordomo; su paleografía conductual detectaba ahora un trazo demasiado grueso, un borrón en el relato que pretendía ser perfecto. Aquella maniobra le recordó la traición de Montalvo, aquel

hombre que le había enseñado que los culpables suelen mirar al horizonte, temiendo que se mire bajo sus pies.

—¡Eso es una infamia!

El grito de Amalia Casabermejo rasgó la pesadumbre del salón. La joven se puso en pie con una violencia que hizo que Teobaldo se ajustara las gafas con un tic nervioso. Amalia no miraba a su madre ni a la archivera, sino directamente al mayordomo. Sus manos, manchadas de óleo reseco, temblaban de una rabia profunda. El rastro de pintura oscura en su antebrazo parecía una cicatriz sobre su piel clara, un testimonio de su refugio en el arte frente a la podredumbre familiar.

—¿Cómo te atreves, Facundo? —continuó Amalia, con la voz quebrada—. Ricardo no es un asesino. Lo conoces desde que era un niño. Él soportó a Aristeo no por miedo, sino por necesidad. Y si huyó, si se fue, no fue por haber cometido un crimen, sino porque este cortijo lo asfixiaba. Lo asfixiaba la hipocresía de esta familia y la crueldad de hombres como el capataz.

—Amalia, siéntate —ordenó Adelaida, cuya voz tenía el filo de una navaja—. Estás perdiendo el decoro ante las autoridades.

—¡No, madre! —Amalia se volvió hacia el cabo Alcaraz—. No permitan que usen a Ricardo como cabeza de turco. Facundo miente. Ricardo es un hombre bueno, alguien que solo buscaba una oportunidad lejos de este lugar. Su desaparición es la excusa perfecta para quienes tienen algo que ocultar de verdad. Él no mató a nadie. Yo lo sé porque esa noche él no tenía odio en el cuerpo, solo cansancio. El cansancio de los que ya no esperan nada.

La confesión implícita en sus últimas palabras hizo que un mutismo denso se instalara en la sala. Alonso dejó escapar un suspiro ahogado y se ocultó la cara con las manos. Sagrario notó cómo la joven Casabermejo se mordía el labio, consciente de haber revelado la naturaleza de su vínculo con el jornalero. Era la verdad del corazón enfrentada a la lógica del cálculo frío. La archivera observó

la mancha de óleo en los dedos de Amalia; era el color de la tierra removida, el mismo tono de los secretos que habían rodeado el robo del Códice Negro. Los objetos y las tierras cambian, pero la naturaleza de la ocultación es universal.

Sagrario analizó la escena. Sabía que Ricardo era solo una pieza en un tablero complejo; su huida era un síntoma de un mal mucho más profundo.

—La pasión es una tinta que se corre con facilidad, señorita Amalia —murmuró Sagrario con suavidad—. Pero a veces, es la única que permite leer lo que está escrito en el fondo del alma.

Facundo no se dejó amedrentar. Mantuvo su mirada fija en el cabo Alcaraz, ignorando el arrebato de la joven. El sol de mediodía empezaba a calentar el mármol, y un sudor fino perlaba la frente del mayordomo, aunque su temple no flaqueaba.

—La señorita habla movida por sus afectos, cabo —dijo el mayordomo con frialdad—. Pero la autoridad debe basarse en los hechos. Un hombre que desaparece el día de un asesinato es el primer sospechoso. Ricardo tenía el motivo y tuvo la oportunidad. Todo lo demás son adornos sentimentales que no caben en un informe policial.

Adelaida Casabermejo aprovechó el momento. La matriarca se irguió en su silla, ajustando el anillo de sello familiar con un movimiento metódico. Su rostro adoptó una expresión de razonabilidad cansada, propia de quien se ve obligada a mediar para salvar la imagen de la institución.

—Quizás —comenzó Adelaida— estamos buscando maldad donde solo hay una desgracia. Aristeo era un hombre de campo, rudo. Ricardo no se quedaba atrás en temperamento. ¿No es posible que todo esto fuera, en realidad, un lamentable accidente? Un forcejeo desafortunado bajo los olivos, una palabra más alta que otra con un desenlace fatal.

La matriarca hizo una pausa, mirando a Sagrario con insistencia. Bajo la luz, sus perlas brillaban con un tono lechoso, casi opaco.

—Si fue un accidente —continuó Adelaida—, no hay necesidad de que la Guardia Civil convierta este cortijo en un espectáculo para el pueblo. La familia Casabermejo siempre ha sabido cuidar de los suyos. Podríamos llegar a un entendimiento, cabo Alcaraz. Aristeo ya no está para pedir cuentas, y el peso de la conciencia de Ricardo será su mayor castigo. No manchemos el buen nombre de esta casa con un proceso innecesario que solo traerá miseria a todos.

Era la oferta final del poder establecido. La solución de compromiso que Sagrario había visto repetirse en tantos documentos de archivos municipales: sacrificar la verdad absoluta por la paz social. Adelaida intentaba borrar el crimen con la misma facilidad con la que un escriba tacha un error menor, confiando en que el peso de su linaje detuviera la mano de la justicia.

Sagrario sintió una punzada de agotamiento en las articulaciones. El tiempo de las estratagemas se agotaba. No podía permitir que la mentira de Facundo ni la conveniencia de Adelaida cerraran el caso.

—La paleografía conductual, doña Adelaida —dijo Sagrario, dando un paso al frente que hizo que el puño de su sombrilla golpeara el suelo con un sonido seco—, nos enseña que un borrado nunca es perfecto. Siempre queda un rastro de la tinta original, una hendidura en el papel que revela el ocultamiento.

Se volvió hacia Alonso, que seguía con el rostro oculto tras sus manos.

—¿Fue un accidente, don Alonso? —preguntó Sagrario—. ¿Es eso lo que vio en el olivar de la herencia? ¿Un simple forcejeo entre dos hombres de campo?

Alonso Casabermejo soltó una carcajada nerviosa que se transformó en un sollozo. Se destapó la cara, revelando ojos inyectados en sangre. La herida en su dedo índice había vuelto a sangrar, dejando una mancha fresca sobre la seda de su bata. Aquella sangre, tan

roja y tan reciente, le recordó a Sagrario el estupor que sintió al hallar el cadáver del padre Anaximandro: la misma sorpresa ante la fragilidad de la vida en medio de la piedra y el aceite.

—¡Un accidente! —exclamó Alonso, mirando a su madre con una mezcla de lástima y horror—. Madre, no mientas más. No hubo forcejeo. Aristeo cayó como si le hubiera partido un rayo. Estaba allí, bajo el olivo, increpándome, y de pronto... nada. No hubo gritos, ni lucha, ni el estruendo de una pelea. Solo ese silencio espectral que lo envolvió todo. No fue un accidente. Fue una ejecución silenciosa, limpia y perfecta. Lo vi desde la linde, paralizado. No hubo manos sobre él, solo el vacío y luego el suelo.

El heredero volvió a hundir el rostro en sus manos, pero el daño ya estaba hecho. Su confesión involuntaria había echado por tierra la teoría del accidente. La matriarca cerró los ojos, y Sagrario notó cómo sus hombros caían apenas unos milímetros: era la primera vez que veía una grieta real en la armadura de la señora de «El Lince Dorado». La luz de las once de la mañana incidía directamente sobre ella, desnudando la derrota de una estirpe.

Sagrario se volvió hacia Facundo Nogueira. El mayordomo permanecía impasible, pero el músculo de su mandíbula latía con una furia contenida. Sabía que el hombre estaba preparando su última línea de defensa, el muro final que los culpables levantan cuando se ven acorralados por la evidencia de los hechos.

—Señor Nogueira —comenzó Sagrario, y su tono adquirió una resonancia que llenó el salón—, usted ha hablado de Ricardo y de su huida. Ha hablado de bultos metálicos y de resentimientos, buscando un chivo expiatorio entre quienes no pueden defenderse por su estatus. Pero se ha olvidado de un detalle que ningún archivero pasaría por alto. Los documentos no solo se escriben con pluma; se escriben con actos, con gestos y con los objetos que dejamos atrás como testigos mudos de nuestra presencia.

Se ajustó los guantes de hilo con movimientos pausados. La tensión en el salón era tal que el tic-tac del reloj de caoba parecía el golpe

de un martillo sobre un yunque.

—Usted cree que la verdad es una dirección que se puede desviar hacia el camino de Cazorla —continuó Sagrario—. Pero la verdad es un hilo de Ariadna que nace aquí mismo, en este cortijo, y que está atado a su propia mano. La desesperación, Facundo, es una caligrafía difícil de falsificar, y usted la está usando ahora mismo con cada palabra que pronuncia para salvarse.

Sagrario hizo un gesto al cabo Alcaraz, que permanecía expectante, con la mano cerca de su arma reglamentaria.

—Cabo —dijo la archivera—, es hora de que dejemos de especular sobre lo que pudo pasar en la mente de un jornalero ausente. Traiga el bastón del señor Nogueira. No el que usa hoy, sino el que está en la oficina del molino, el que tiene el puño de metal labrado. El mismo que usaba para apoyarse mientras vigilaba que nadie viera lo que realmente estaba haciendo en las lindes del olivar. El mismo que oculta la clave de esta supuesta ejecución divina que don Alonso presenció.

El silencio que siguió a sus palabras fue el más denso de toda la mañana. Era el mutismo que precede al veredicto final. Facundo Nogueira no se movió, pero Sagrario notó una rigidez nueva en su cuello, una tensión que delataba la preparación para el impacto inminente. Adelaida, por su parte, miraba fijamente el suelo, con el anillo de sello apretado contra el hueso de su dedo hasta dejarlo blanco.

—Vaya, cabo —insistió Sagrario, tocándose la verruga sobre el labio con un gesto pensativo—. No hagamos esperar más a la justicia. El pergamino de esta tragedia está extendido sobre la mesa, y solo falta que el objeto más cotidiano nos revele la firma del asesino.

Alcaraz asintió, su rostro reflejando una determinación profesional. Salió de la estancia con paso firme, y el sonido de sus botas sobre el mármol del pasillo resonó como una cuenta atrás. Sagrario permaneció en pie, frágil en apariencia pero inamovible en su

propósito. Sabía que el próximo acto sería el definitivo. El hilo del destino, que se había enredado durante treinta años entre lindes falsificadas y ambiciones de tierra, estaba a punto de desenrollarse por completo ante la luz del mediodía.

En el centro del salón, rodeada de los restos de una familia que se desmoronaba bajo el peso de su propia historia, doña Sagrario cerró los ojos un instante. Podía sentir el peso de la verdad a punto de precipitarse, densa y transparente como el aceite que aguarda en la base de la tinaja tras el prensado. No era solo la resolución de un crimen en Jaén; era la continuación de una labor que había empezado en Úbeda y continuado en San Lázaro.

Cada caso era un capítulo de un libro mucho más grande, un archivo universal de la miseria y la grandeza humana que ella, como archivera del destino, estaba obligada a catalogar hasta que la última página fuera escrita.

CAPÍTULO 26: EL FRUTO DEL VENENO

El mediodía en el salón principal de «El Lince Dorado» se había quedado varado, casi petrificado. A través de los altos ventanales, la luz de Jaén caía en lingotes de oro sobre las alfombras desgastadas, revelando la danza lenta de las motas de polvo que parecían suspendidas en ámbar. Doña Sagrario observó el reloj de caoba que presidía la estancia. Su péndulo, un metrónomo indiferente, marcaba el compás de la tragedia que se disponía a escribir su última página.

Permanecía de pie, a pesar de que la rigidez en su rodilla izquierda le recordaba con un pinchazo sordo que los setenta años no se llevan en vano por las laderas de un olivar. Se ajustó el chal de seda sobre los hombros, un gesto mecánico que le sirvió para ordenar sus pensamientos antes de la exposición definitiva. Los Casabermejo y sus allegados la aguardaban, dispuestos en un semicírculo que recordaba a un tribunal de cuentas.

—En los archivos nacionales, cuando un documento está demasiado dañado, recurrimos a la luz ultravioleta para leer lo que el tiempo y la mala intención han intentado borrar —comenzó Sagrario. Su voz era una hebra de seda: fina, pero capaz de sostener un peso considerable—. Aquí, en este cortijo, no he necesitado lámparas especiales. Me ha bastado con observar la caligrafía de sus silencios y los tachones en sus miradas.

Caminó un par de pasos hacia el centro de la alfombra. Sus ojos gris perla, que habían descifrado legajos del siglo XVI, buscaron a Alonso Casabermejo. El heredero estaba sentado en el borde de su butaca, con la mano derecha hundida en el bolsillo. El tic nervioso en su hombro era tan evidente que el aire a su alrededor parecía vibrar.

—Don Alonso, usted ha pasado años intentando falsificar la partida doble de su propia vida —dijo Sagrario con una calma que resultó más hiriente que un grito—. Los libros del despacho no mienten, aunque usted haya intentado callarlos. He revisado los asientos de los últimos tres años: usted no invertía en la modernización que proponía don Teobaldo; desviaba el capital para alimentar una bestia insaciable, sus deudas de juego.

Alonso hizo ademán de levantarse, pero su madre, doña Adelaida, le hizo un movimiento de cabeza que lo mantuvo clavado en el asiento. Se sacó la mano del bolsillo. Sagrario notó el vendaje sucio en su dedo índice. El hombre comenzó a morderse la cutícula del dedo sano con una desesperación animal.

—Aristeo Carmona no era su capataz —prosiguió la archivera—. Era su dueño. Conocía cada pagaré firmado en los casinos de la capital, cada letra de cambio que usted había emitido comprometiendo el patrimonio familiar. Aristeo no trabajaba para los Casabermejo; los Casabermejo trabajaban para mantener el silencio de Aristeo. Él bloqueaba las auditorías de la almazara, no por lealtad a la tradición, sino porque el caos administrativo era un velo perfecto para su chantaje.

Sagrario se volvió entonces hacia doña Adelaida. La matriarca permanecía erguida, con la barbilla alta y las manos entrelazadas sobre el regazo. El anillo de sello familiar, cargado de heráldica y peso, parecía una grilleta sobre su dedo anular. Sus ojos azules, pequeños y gélidos, no se apartaron de los de Sagrario.

—Usted, señora, prefirió la deshonra antes que la mancha en el escudo —dijo Sagrario—. Encontré el borrador del contrato oculto tras el falso fondo de su costurero. Estaba dispuesta a vender la

Haza de las Ánimas a Aristeo Carmona; iba a entregarle el corazón del olivar, la tierra más fértil que poseen, a cambio de que él no revelara la ruina de su hijo. Un linaje que se vende por parcelas para ocultar un vicio no es un linaje, doña Adelaida; es un inventario de quiebras.

Un sollozo corto, como el chasquido de una rama seca, rompió el silencio. Amalia Casabermejo, oculta tras el cobre de su cabello, se cubría el rostro con las manos. Sus uñas, pintadas de un verde oscuro y ahora desconchadas, delataban la ansiedad de los últimos días.

—Amalia, usted ha sido la víctima más silenciosa de este mercado de secretos —dijo Sagrario, suavizando el tono pero sin perder la firmeza—. Aristeo la vigilaba. Conocía sus encuentros con Ricardo en el linde del barranco y usó esa información para garantizar que usted no interfiriera en la venta de las tierras. Ricardo, al que todos señalaron con tanta ligereza, no huía porque fuera culpable de sangre, sino de la red de infamias que el capataz había tejido. El bulto que llevaba aquella noche, el que el señor Ruiseñor vio desde la distancia, no era un arma: eran sus herramientas de forja y el dinero que había ahorrado durante cinco años para llevarla a usted lejos de aquí. Un hombre que planea un asesinato no carga con el yunque de su propia vida a cuestas.

Sagrario se detuvo frente a Teobaldo Cifuentes. El agrónomo se ajustó las gafas de montura fina con un gesto rápido. Su camisa estaba tan perfectamente planchada que parecía una armadura de algodón blanco.

—Don Teobaldo, su error fue creer que la lógica técnica es superior a la pasión humana —explicó la archivera—. Usted proporcionó los medios sin saberlo. El asesino usó sus planos de la prensa y su conocimiento del sistema de riego para planificar el sabotaje. Usted era el chivo expiatorio perfecto: un hombre de fuera, obsesionado con la eficiencia, resentido por la oposición de un capataz chapado a la antigua. Pero usted carece de la frialdad necesaria para el acto

final. Su mente se pierde en los algoritmos, mientras que este crimen requería un conocimiento profundo de la debilidad biológica.

Purificación Gálvez, en un rincón, apretó su rosario de madera. El roce de las cuentas produjo un sonido rítmico, casi hipnótico. Sagrario la miró con una mezcla de lástima y comprensión.

—Purificación conoce la justicia de la tierra mejor que nadie —dijo Sagrario—. Ella nos habló de la planta del veneno y de las cuevas de guano. Pero Purificación es una mujer de manos grandes y corazón directo. Si hubiera querido matar a Aristeo por lo que le hizo a su familia, lo habría hecho con un hacha en el campo o con veneno en el guiso. El asesinato que nos ocupa fue una ejecución de precisión quirúrgica, un acto de limpieza diseñado por alguien que ve el mundo en un engranaje que debe funcionar sin fricciones.

En ese momento, la puerta del salón se abrió. El cabo Norberto Alcaraz entró en la estancia. Su uniforme estaba impecable, salvo por una levísima mancha de hollín en la frente que se resistía a desaparecer del todo. En sus manos, protegidas por guantes de tela blanca, sostenía el bastón de Facundo Nogueira. Lo depositó sobre la mesa central, junto a un jarrón de cerámica de Úbeda. El objeto de madera oscura, con su contera de bronce desgastada, parecía reclamar un protagonismo absoluto.

Sagrario rodeó la mesa, acercándose al bastón.

—Ustedes ven el apoyo de un anciano —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo denso—. Yo veo un instrumento de muerte. Durante mis paseos por el olivar, observé algo curioso: Aristeo Carmona era un hombre rudo, pero evitaba con un pavor irracional los macizos de adelfas que crecen cerca de la acequia. No era superstición, era biología. Aristeo padecía una alergia anafiláctica severa. Un solo contacto con el extracto de esa planta en su torrente sanguíneo era una sentencia de muerte inmediata.

Señaló la contera del bastón.

—Facundo conocía este secreto. Como mayordomo, ha pasado décadas observando las flaquezas de todos en esta casa. Mezcló el nitrato del guano con una esencia concentrada de adelfa, creando una pasta que aplicó en la punta oculta de este bastón. Bajo el olivo de la herencia, mientras Aristeo se jactaba de su futuro como terrateniente, Facundo solo tuvo que hacer un gesto. Un pinchazo rápido en la base del cuello, allí donde la arteria late con fuerza. Aristeo creyó que era la picadura de un insecto, pero en menos de tres minutos, su garganta se cerró y sus pulmones se negaron a obedecerle. No hubo lucha porque no hubo tiempo para el miedo, solo para el estupor de la asfixia.

La mirada de Sagrario se clavó finalmente en Facundo Nogueira. El mayordomo permanecía de pie junto al aparador, con la columna tan recta como la de un granadero. Sus manos estaban entrelazadas a la espalda y su rostro era una superficie de granito, sin una sola grieta de emoción.

—Usted no mató por ambición, Facundo —sentenció Sagrario—. Mató por una lealtad que se ha vuelto patológica. Vio cómo Aristeo Carmona devoraba los cimientos de este linaje. Vio la humillación de la señora, la debilidad del heredero y el peligro que corría la joven Amalia. Entendió que, para salvar la casa, debía podar la rama que la estaba pudriendo. Usted se considera la viga maestra de los Casabermejo, el guardián de un orden que ya no existe fuera de estos muros. Saboteó la prensa usando los conocimientos que le robó a don Teobaldo para retrasar la auditoría y ganar tiempo, y luego eliminó la amenaza de Aristeo con la misma eficacia con la que se limpia una mancha de vino en un mantel de hilo.

Facundo dio un paso al frente. El sonido de sus suelas contra el parqué fue el único veredicto necesario. No hubo negación, ni ruego, ni rastro de arrepentimiento en sus ojos pardos. Miró a doña Adelaida con una intensidad que hizo que la matriarca retrocediera un milímetro en su asiento.

—El honor de esta casa —dijo Facundo, y su voz era un eco cavernoso, seco como la tierra de secano— no podía estar en manos de un usurero de campo. Alguien tenía que barrer la suciedad.

—El honor, Facundo —respondió Sagrario—, no se restaura con sangre. La sangre solo añade una mancha que ningún detergente puede quitar. Usted ha intentado salvar un cadáver, y al hacerlo, solo ha conseguido que el hedor sea insoportable para todos.

El cabo Alcaraz se acercó al mayordomo. Facundo, en un último gesto de orgullo profesional, se ajustó los puños de la camisa antes de permitir que el oficial le indicara el camino hacia la salida. No necesitó esposas; su propia rigidez moral era una prisión suficiente.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el silencio que quedó en el salón fue diferente. Ya no era un silencio de secretos, sino el vacío absoluto que queda después de un incendio. Alonso seguía mordiéndose las uñas, ahora con rastros de sangre fresca que manchaban su camisa. Doña Adelaida miraba fijamente el bastón sobre la mesa, como si esperara que el objeto le diera las respuestas que su linaje le negaba. Amalia se levantó y, sin mirar a nadie, salió hacia el patio de los naranjos, donde Ricardo la esperaba en algún punto entre la incertidumbre y la libertad.

Sagrario sintió el peso total de sus setenta años caer sobre sus hombros. La satisfacción intelectual de la resolución no lograba mitigar la amargura de la escena. En el archivo, los documentos se restauran y se guardan en cajas de pH neutro; en la vida, las heridas quedan expuestas al aire, supurando resentimiento.

Caminó hacia el ventanal. En el patio, el coche que debía llevarla a la estación de Linares-Baeza ya esperaba con el motor en marcha. El chófer cargaba su maleta de piel, esa compañera de tantos viajes por la geografía del crimen humano. Sagrario sacó su cuaderno de notas y, con un trazo firme, trazó una línea sobre el último párrafo del caso del Lince Dorado.

No hubo despedidas formales. No las necesitaba. Doña Adelaida seguía en su trono de mimbre y sombras, una reina sin reino, custodiando un collar de perlas que ya no tenía a quién impresionar. Alonso ni siquiera alzó la vista cuando la archivera cruzó el umbral.

Al salir al patio, el aire caliente la golpeó con la fuerza de un aviso. El aroma del aceite, denso y omnipresente, parecía seguirla, impregnando su ropa y su memoria. Se detuvo un momento ante el gran olivo que presidía la entrada. Sus hojas plateadas brillaban bajo el sol de mediodía, indiferentes a las ambiciones, los juegos y las muertes que habían ocurrido bajo su sombra. La tierra, pensó Sagrario mientras subía al coche, siempre gana al final. Los hombres solo son caligrafía efímera escrita sobre un suelo que tiene mucha más memoria que todos ellos juntos.

—A la estación, por favor —le dijo al conductor.

El vehículo se puso en marcha, levantando una nube de polvo fino que ocultó el cortijo por unos instantes. Sagrario cerró los ojos y se frotó la rodilla. Su mente, sin embargo, ya no estaba en Jaén. Pensaba en los legajos que la esperaban en San Sebastián, en el frío del norte y en el misterio del conservatorio que, según decían, olía a madera vieja y a una música que nadie se atrevía a tocar. El archivo de la vida nunca se cerraba del todo; solo cambiaba de estantería.

CAPÍTULO 27: LA MÁSCARA CAÍDA

Doña Sagrario, sentada en la butaca de respaldo recto, mantuvo las manos entrelazadas sobre el regazo. Había pedido un silencio que no era ausencia de ruido, sino una densa expectativa que obligaba a cada presente a escuchar el latido de su propia conciencia. La mirada, de un gris perla tan pálido como el humo, recorría los rostros con la parsimonia de quien cataloga archivos en una estantería olvidada. Era la hora del juicio final en «El Lince Dorado», un momento que la archivera había dilatado con la paciencia de quien sabe que la verdad, como el buen aceite, requiere tiempo para decantar.

A la derecha, Adelaida Casabermejo permanecía rígida. El porte, habitualmente erguido por el orgullo de la casta, parecía sostenido ahora por una tensión puramente mecánica. Los dedos, finos y nervudos, se aferraban al collar de perlas con tal fuerza que las gemas amenazaban con desprenderse del hilo de seda. Frente a ella, el hijo Alonso se hundía en el terciopelo de un sillón orejero. La palidez era la de la cera virgen, y los dedos no dejaban de hurgar en la cutícula del índice derecho. Una pequeña costra, vestigio de una herida que hacía días se negaba a cerrar, cedió finalmente, y una gota escarlata asomó bajo la uña mordida.

Amalia, en el extremo del semicírculo, evitaba el contacto visual con el resto de la familia. Los ojos miel estaban fijos en una mancha de

humedad que florecía en el papel pintado de la pared, como si en el contorno irregular pudiera leer un futuro lejos de aquellas paredes. Teobaldo Cifuentes, el agrónomo, se ajustaba las gafas con un movimiento rítmico, un tic que delataba la incomodidad ante una situación que la lógica técnica no podía explicar.

Purificación, apostada junto a la puerta pesada de roble, apretaba el rosario de madera con una devoción silenciosa; los labios se movían en una oración inaudible que buscaba protección contra las sombras que pugnaban por salir a la luz.

—La verdad —comenzó doña Sagrario, y la voz, aunque suave, poseía la autoridad de una sentencia firme—, suele ser un texto que el autor intenta emborronar con tachaduras y enmiendas, pero que siempre conserva la huella del estilo original. En este cortijo, ese estilo ha sido la lealtad impostada, una caligrafía elegante que ocultaba un contenido de traición.

La archivera hizo una pausa breve y buscó con la mirada al hombre que permanecía de pie junto al aparador de nogal. Facundo Nogueira, el mayordomo, devolvió la mirada con el habitual estoicismo. Las manos, inmaculadas y firmes, se frotaban la una contra la otra en ese gesto de pulido invisible que Sagrario había observado meticulosamente desde su llegada. Era un hombre que se enorgullecía del orden, de la capacidad para hacer que el mundo a su alrededor brillara, mientras permanecía en la penumbra.

—Usted, Facundo —prosiguió ella, inclinando levemente la cabeza—, ha sido el calígrafo de esta tragedia. Redactó el final de Aristeo Carmona con la misma frialdad que manipuló los libros de cuentas que hoy descansan en el despacho del molino. Cada asiento contable, cada linde movida en los planos, ha sido un trazo hacia su propia ambición.

Un murmullo ahogado recorrió la estancia. Alonso Casabermejo soltó un suspiro entrecortado y la mancha de sangre en el dedo se extendió, manchando el reposabrazos del sillón. Facundo no se movió; solo un levísimo endurecimiento en el músculo de la

mandíbula, un microgesto que para Sagrario era tan legible como una letra capital, delató que el golpe había surtido efecto en el centro de la defensa.

—Es una acusación temeraria, señora —dijo el mayordomo—. He dedicado cuarenta años a servir a esta familia con una fidelidad que otros considerarían sagrada. ¿Por qué iba a mancharme las manos con la sangre de un capataz que, al fin y al cabo, solo era un empleado más?

—Precisamente por eso —respondió Sagrario—. Porque tras cuarenta años de observar la decadencia de una estirpe, dejó de sentirse un servidor para creerse el legítimo administrador de lo que ellos no sabían conservar. El móvil, Facundo, no fue el odio personal hacia Aristeo, sino la codicia por la tierra. Un pecado antiguo en estos lares, pero ejecutado con una precisión moderna.

La archivera hizo una señal al cabo Alcaraz. El guardia civil, que permanecía junto al gran ventanal con una expresión de renovada profesionalidad, dio un paso al frente. La mancha de hollín en la frente era ya una sombra casi imperceptible, pero su postura era la de un hombre que había comprendido al fin la mecánica del engaño. Alcaraz extrajo de una carpeta varios documentos amarillentos y los extendió sobre la mesa de centro, justo bajo la mirada de Adelaida.

—La Haza de las Ánimas —anunció Sagrario, señalando los papeles —. Doña Adelaida creía estar vendiendo esas tierras en secreto para saldar las deudas de juego de su hijo. Pero el comprador, una sociedad de nombre «Inversiones del Guadalquivir» radicada en Madrid, no era más que una máscara de papel. Usted, Facundo, actuó como intermediario, aprovechando la desesperación de su señora y la debilidad de don Alonso. Redactó los contratos, manipuló las lindes en los planos que custodiaba y, centímetro a centímetro, fue desviando el patrimonio de los Casabermejo hacia su propia sombra. No quería dinero; quería ser el dueño de la tierra que sus antepasados solo pudieron labrar para otros.

Adelaida soltó el collar. Los ojos azules, pequeños y gélidos como dos fragmentos de cristal, se clavaron en el mayordomo.

—¿Es cierto, Facundo? —preguntó la matriarca. La voz vibró con una furia contenida que cortó el aire del salón como el filo de una navaja —. ¿Es cierto que ha estado usando mis miedos para robarme lo que pertenece a mis hijos?

El mayordomo no respondió de inmediato. Mantuvo la barbilla alta, pero los ojos pardos, habitualmente tranquilos, empezaron a reflejar la parálisis del acorralado. Sagrario continuó, sin permitir que el silencio le diera tiempo para recomponerse.

—Aristeo Carmona, sin embargo, era un hombre de campo. Conocía cada palmo de estas tierras mejor que sus propios dueños y, ciertamente, mejor que usted. Descubrió que las estacas de la Haza de las Ánimas se habían movido. Sabía que usted estaba robando a los Casabermejo, pero no por lealtad a la casa, sino para obtener su propia tajada. Aristeo intentó chantajearlo, Facundo. Le pidió una parte de esa propiedad o, de lo contrario, revelaría el fraude de las lindes ante la Guardia Civil. Fue entonces cuando usted comprendió que el capataz era un obstáculo que el papel no podía borrar.

Teobaldo Cifuentes se aclaró la garganta. El rostro desgarbado reflejaba una mezcla de asombro y una epifanía técnica.

—El sabotaje de la prensa... —murmuró Teobaldo, ajustándose las gafas—. Usted dijo que los planos habían sido manipulados para ocultar la capacidad real de producción, doña Sagrario.

—Exactamente, don Teobaldo. Facundo sabía que su auditoría técnica revelaría la inconsistencia entre el aceite producido y las hectáreas declaradas en los libros oficiales. Si la prensa funcionaba a pleno rendimiento, la verdad sobre el excedente que él mismo vendía por su cuenta saldría a la luz. Por eso saboteó el herrón de bronce, aplicando una presión que conocía perfectamente gracias a las notas marginales que encontré en sus propios esquemas del molino. Esas notas, Facundo, están escritas con la misma inclinación

de pluma y el mismo *ductus* que los recibos falsificados de la Haza de las Ánimas. Un archivero puede olvidar un rostro, pero nunca olvida la personalidad de un trazo.

El mayordomo dio un paso adelante, alejándose del aparador. Los ojos pequeños brillaban ahora con una luz peligrosa, la de quien se ve despojado de su última capa de respetabilidad. El aire en el salón pareció volverse más pesado, cargado con el olor rancio de la madera vieja y el aroma a hierro de la sangre en el dedo de Alonso.

—¡Historias de escribanos! —escupió Facundo, y la voz había perdido toda la pulcritud del servicio para volverse áspera, cargada de un resentimiento añejo—. Papeles, manchas de tinta y suposiciones de una anciana que vive entre legajos. Eso no prueba nada en un tribunal de justicia. Aristeo murió por un síncope, un golpe de calor bajo el sol de Jaén. El médico rural lo firmó y el cabo aquí presente lo aceptó.

—El médico vio lo que usted preparó para que viera —replicó Sagrario con una calma que helaba la sangre—. Pero la naturaleza tiene sus propios registros, y esos no se pueden falsificar. Cabo, proceda.

Alcaraz tomó un objeto largo y envuelto en una tela de lino que descansaba sobre la mesa auxiliar. Con un movimiento seco, retiró el envoltorio. Era el bastón de madera oscura de Facundo, el mismo que todos en el cortijo habían visto durante años golpear rítmicamente las baldosas del patio. El cabo desenroscó la contera de bronce de la base. El chirrido metálico del roce entre los metales hizo que Adelaida se estremeciera.

—Purificación nos dio la clave —explicó Sagrario, mirando a la jornalera, que seguía apretando su rosario—. Nos habló del «aliento del diablo», de esa sustancia que los murciélagos dejan en las cuevas y que la tierra fermenta hasta convertirla en veneno. El guano, Facundo. Usted lo recolectó de las cuevas del barranco y lo mezcló con un extracto concentrado de adelfa. El resultado es un compuesto que no necesita ser ingerido para matar; basta con que

entre en contacto directo con el torrente sanguíneo de una persona con cierta vulnerabilidad.

Alcaraz inclinó la punta del bastón hacia la luz que se filtraba por las persianas. En el interior del compartimento hueco de la contera, una aguja fina de acero, apenas del grosor de un cabello, brilló con un fulgor siniestro. La punta estaba impregnada de una pasta oscura, seca y de un olor vagamente amoniacal.

—Aquella mañana —continuó Sagrario, levantándose con lentitud a pesar de la punzada de rigidez en la rodilla izquierda—, usted se encontró con Aristeo bajo el olivo de la herencia. El capataz estaba crecido, seguro de su poder sobre usted. Se dio la vuelta para señalar algún punto del olivar, quizás mofándose de su futuro como terrateniente. Fue entonces cuando usted accionó el resorte de su bastón y le pinchó en la base del cráneo, justo donde la piel es más fina. El estupor fue instantáneo. Aristeo debió creer que le había picado una avispa. Tres minutos después, su corazón comenzó a fallar y los pulmones se negaron a obedecer. Murió asfixiado en medio de la abundancia del campo, mirando unas tierras que ya no pertenecían a nadie.

Un grito ahogado escapó de los labios de Amalia, quien se cubrió la boca con las manos manchadas de óleo. Alonso ocultó el rostro, incapaz de sostener la mirada de nadie. Purificación dejó caer el rosario, que golpeó el suelo con un sonido seco, como el martillazo de un juez.

Facundo Nogueira miró a su alrededor. Vio el desprecio infinito en los ojos de Adelaida, el horror en los de los hijos de la casa y la determinación profesional de Alcaraz. La máscara de mayordomo perfecto se agrietó definitivamente, revelando un rostro congestionado por una soberbia herida que buscaba una última salida.

—¡Esos inútiles no merecían esta tierra! —gritó Facundo, y la voz resonó en el salón con una violencia que hizo vibrar los cristales de las vitrinas—. ¡He pasado la vida entera cuidando los olivos mientras

ellos se jugaban las rentas en los casinos de la capital o pintaban cuadros inútiles! ¡Yo era el único que sabía cómo salvar este cortijo de la ruina! Aristeo era un buitre, una alimaña que iba a despedazarlo todo para comprarse un estatus que no le correspondía. ¡Yo solo hice lo que ellos no tenían el valor de hacer!

El mayordomo se lanzó hacia la mesa de centro, quizás con la intención de destruir los documentos de la Haza de las Ánimas o de alcanzar su bastón. El cabo Alcaraz, que no le había quitado el ojo de encima, reaccionó con una agilidad que nadie le habría supuesto días atrás. Interceptó a Facundo con un movimiento de hombro, le retorció el brazo derecho hacia la espalda y lo obligó a hincar la rodilla en el suelo.

En el forcejeo, Facundo tropezó con un jarrón de cerámica de Triana que adornaba el pedestal junto a la puerta. El objeto cayó y se hizo añicos contra las baldosas de mármol. El estrépito del barro rompiéndose puso fin a la tensión acumulada. El mayordomo, reducido y con el rostro contra el suelo, soltó un quejido que no era de dolor físico, sino de la derrota total de una vida de engaños.

—Facundo Nogueira —dijo Alcaraz, mientras extraía las esposas del cinturón con un tintineo metálico—, queda usted detenido por el asesinato de Aristeo Carmona y por fraude continuado contra la propiedad de los Casabermejo.

El mayordomo dejó de luchar. Se quedó inmóvil, jadeando, con la mirada perdida en los fragmentos del jarrón roto. Los dos guardias civiles que esperaban en el pasillo entraron en la estancia y levantaron a Facundo por las axilas. Lo sacaron del salón sin que opusiera más resistencia, aunque los ojos, pequeños y feroces, siguieron clavados en Adelaida Casabermejo hasta que el batiente de la puerta se cerró tras él, sellando su destino.

Un silencio pesado regresó al salón, pero era un silencio limpio, como el aire que queda tras una tormenta de verano que ha barrido el polvo. Adelaida se sentó lentamente, con una dignidad que parecía haberse vuelto frágil, como si el collar de perlas fuera ahora

un peso insoportable. Miró los documentos sobre la mesa, las pruebas de que su propia ceguera había alimentado al monstruo que habitaba en su pasillo.

—Doña Sagrario —murmuró la matriarca, con la vista fija en los papeles—. Nos ha salvado de un asesino, es cierto. Pero nos ha dejado ante un abismo que no sé si tenemos fuerzas para cruzar.

—El abismo ya estaba ahí, doña Adelaida —respondió la archivera, recogiendo el bolso de piel con gestos pausados y precisos—. Yo solo he descorrido las cortinas para que pudieran ver el borde. Ahora tienen la oportunidad de reconstruir su casa sobre la roca de la verdad, y no sobre los cimientos de arena de un hombre que los despreciaba mientras les servía el café.

Sagrario caminó hacia la ventana y observó el olivar por última vez desde aquella estancia. Desde allí, los árboles parecían una marea verde y plateada que se mecía bajo el sol implacable de Jaén, ajenos a las mezquindades humanas que habían intentado reclamar su propiedad. La rigidez de la rodilla le recordó que su labor allí había terminado. Había leído las huellas en el barro, en la caligrafía de los libros y en los silencios de los hombres, y el manuscrito de aquel crimen, por fin, tenía un colofón.

Alonso se acercó a su madre y, por primera vez en muchos años, le puso una mano en el hombro con un gesto de protección real, no fingida. Las uñas, aunque heridas, no buscaban ya la carne. Amalia se levantó y caminó hacia el patio de los naranjos, buscando quizás la luz necesaria para empezar un nuevo lienzo, uno donde los colores no tuvieran que ocultarse.

—Cabo —dijo Sagrario, volviéndose hacia Alcaraz—. Asegúrese de que el informe sea exhaustivo. La justicia, como la buena catalogación, requiere que cada dato esté en su lugar exacto.

—Descuide, doña Sagrario —respondió el oficial, ajustándose la gorra con un gesto de respeto que nacía de la admiración—. No faltará ni una tilde en este atestado.

La archivera asintió y salió del salón. Sus pasos resonaron en los pasillos de mármol del cortijo, un sonido rítmico que marcaba el final de un capítulo de sombras. Afuera, el aire de Jaén olía a aceite nuevo y a la tierra mojada por el riego matinal. El Lince Dorado, despojado de su máscara, empezaba a respirar de nuevo, enfrentando la luz de un día que, aunque duro, era finalmente auténtico.

CAPÍTULO 28: ECOS DE UNA TRAICIÓN

Los fragmentos del jarrón de cerámica —una pieza de reflejos metálicos que había pertenecido a la familia durante tres generaciones— formaban un mosaico irregular sobre la alfombra de nudo español. Bajo la luz oblicua de la tarde, el barro cocido sangraba sombras alargadas. Doña Sagrario observó los restos con la fijeza de quien cataloga un legajo dañado por la humedad; cada pedazo narraba una parte de la historia de los Casabermejo, una estirpe que creyó su apellido inexpugnable.

El silencio que siguió a la detención de Facundo Nogueira no era la ausencia de sonido, sino una presencia densa, el aire viciado que queda tras el derrumbe de un muro de carga.

La archivera jubilada permaneció en su silla de respaldo alto. Un hormigueo sordo en la rodilla izquierda, vestigio de la caminata por el olivar, empezaba a cobrarse su precio. Aquel mutismo la llevó a otros cierres de expedientes, allí donde la verdad, una vez revelada, siempre dejaba un rastro de ceniza en el paladar. Recordó la quietud del *scriptorium* en el monasterio de San Lázaro tras el hallazgo del cuerpo del padre Anaximandro.

Allí, el orden se había roto por un códice; aquí, por un puñado de lindes y el rencor acumulado en las manos de un hombre que se sentía dueño de lo que solo administraba.

Adelaida Casabermejo no se había movido de su posición junto al bargueño de nogal. Su espalda, antes recta como una columna dórica, parecía ahora sostenida por la mera inercia de la costumbre. Sus ojos azules, pequeños y gélidos, evitaban el desorden del suelo, vagando por las molduras del techo como si buscaran una salida hacia el pasado. Sus manos, envueltas en guantes de encaje fino, se cerraban sobre el collar de perlas con tal firmeza que las cuentas parecían a punto de estallar.

La traición de Facundo, el hombre que custodiaba las llaves, el nombre y los secretos de la casa, era un golpe que ninguna genealogía social podía amortiguar.

—Treinta años —pronunció Adelaida, con una voz que tuvo la textura de un papel que se quiebra al doblarlo—. Treinta años sentado a mi mesa para rendir cuentas, con la cabeza gacha y el alma negra.

Sagrario notó el leve temblor en la barbilla de la matriarca. Era la parálisis del estupor, el reconocimiento de que la fachada de «El Lince Dorado» no había sido derribada por un enemigo externo, sino por la carcoma que ellos mismos habían alimentado. Para Adelaida, Facundo no era un empleado; era el guardián de la ficción familiar. Con su caída, los cimientos quedaban al descubierto, revelando una estructura devorada por la ambición de un hombre que supo leer la debilidad de sus señores antes que ellos mismos.

Sagrario pensó en la madre Eulalia y en la decepción que debió sentir al descubrir la ponzoña de Verdegay; la traición, en el campo o en el claustro, siempre olía a metal oxidado.

Alonso Casabermejo, a pocos pasos de su madre, ofrecía una estampa de derrota absoluta. Su bata de seda le quedaba ahora grande, como si el peso de la verdad le hubiera encogido los hombros. Un tic constante sacudía su mano derecha; buscaba algo en los bolsillos, un consuelo que no hallaba, mientras se frotaba con el pulgar la herida del dedo índice, cuya costra empezaba a endurecerse.

—Madre —articuló Alonso, pero el nombre se quedó atrapado en una garganta seca—. Ese hombre, Facundo, conocía mis deudas. Me alentó a seguir. Decía que el juego era un vicio propio de caballeros andaluces, que él se encargaría de que los libros de la almazara no sufrieran.

Adelaida giró el rostro con una lentitud penosa. Sus ojos se clavaron en su hijo, pero ya no había el fuego de la reprimenda, solo una ceniza fría.

—No lo alentaba, don Alonso —intervino Sagrario desde su rincón, con la voz pausada—. Lo cultivaba. Como se cultiva un olivo enfermo para que la madera se pudra y sea más fácil de talar cuando llegue el momento. Facundo necesitaba que usted fuera un deudor, un hombre asustado que mirara hacia otro lado cuando las lindes de la Haza de las Ánimas empezaran a moverse. Cada una de sus deudas era un clavo en el ataúd de esta propiedad.

La archivera recordó la meticulosidad de Montalvo. Facundo y él compartían esa capacidad para la manipulación paciente, aunque sus móviles fueran distintos. Mientras Montalvo buscaba el poder a través del Códice Negro, Facundo había buscado la raíz, la tierra física que podía tocar. Ambos habían subestimado a la mujer que sabía que las pequeñas inconsistencias en un registro —ya fuera un legajo del siglo XVIII o una factura de abono— son las grietas por donde se cuela la justicia.

Alonso bajó la cabeza, vencido por la lógica de la anciana. Miró su mano herida, ajeno al escozor físico, sumido en el horror de comprender que su vida entera había sido un instrumento en manos de su mayordomo.

Se acercó a su madre y, rompiendo años de formalidad gélida, apoyó una mano en su hombro. El gesto fue torpe, desprovisto de la elegancia que se esperaba de un Casabermejo, pero Adelaida no se apartó.

—Buscaremos una solución, madre —continuó Alonso con una firmeza nueva—. La Haza de las Ánimas se ha perdido y el fraude de las lindes nos traerá problemas ante el juez, pero no permitiré que este cortijo se convierta en una ruina. Si hay que empezar de cero con la tierra que nos queda, lo haré. Asumiré la gestión del molino yo mismo, sin intermediarios que nos susurren al oído lo que queremos oír.

Adelaida soltó un suspiro que pareció vaciarla por dentro. No hubo respuesta verbal, pero el hecho de aceptar el contacto de su hijo fue la confesión de que el orden antiguo había muerto esa tarde. La supervivencia exigía ahora una honestidad que nunca antes se habían permitido. Sagrario sintió una punzada de alivio; a veces es necesario que el archivo arda para que se pueda iniciar una catalogación nueva, libre de los vicios de los antepasados.

La puerta del salón se abrió con un sonido seco. El cabo Norberto Alcaraz entró en la estancia. Tras él caminaba un hombre joven, de hombros anchos y piel oscurecida por el sol, que vestía ropas humildes de trabajo. Era Ricardo. Llevaba el cabello revuelto y una expresión de fatiga que le surcaba el rostro.

—Lo encontramos en el desván de una vieja cabaña cerca del río —informó Alcaraz, ajustándose el cinturón del uniforme—. No opuso resistencia. Estaba bloqueado por el temor.

Amalia Casabermejo, que hasta ese momento había permanecido como una sombra junto al ventanal, soltó un gemido ahogado. Cruzó el salón con pasos rápidos, ignorando las manchas de óleo que ensuciaban su vestido. Se detuvo frente a Ricardo, cuya mirada pasó del estupor a una incrédula luz al verla.

—¿Por qué no me esperaste? —le recriminó Amalia, aunque sus ojos decían otra cosa—. ¿Por qué huiste como un culpable?

Ricardo bajó la cabeza. Sus manos, grandes y ásperas, se entrelazaban con nerviosismo, buscando un punto de apoyo.

—Tuve miedo, Amalia —respondió el joven—. Vi a Aristeo bajo el olivo. Sabía que me culparían a mí. Un jornalero con herramientas en el lugar del crimen... Nadie me habría escuchado. Facundo me vio salir del olivar y me dijo que corriera, que él se encargaría de que nadie me buscara si yo desaparecía. Creí que me estaba protegiendo.

Sagrario asintió para sí misma, ajustándose la sombrilla de seda sobre el regazo. Facundo no solo había eliminado a Aristeo; había preparado un señuelo perfecto, utilizando el miedo legítimo de un hombre de clase baja para asegurar su propia impunidad. Aquella técnica de distracción le recordó a la nota falsa encontrada en San Lázaro, diseñada para desviar la atención hacia Iago Quirós. El patrón de los culpables era siempre el mismo: proyectar su propia sombra sobre los más vulnerables del archivo social.

—Facundo no lo protegía, muchacho —dijo Sagrario, levantándose con cuidado para no forzar la rodilla—. Le estaba tendiendo una trampa. Si no fuera por la insistencia de Amalia y por un par de huellas de bastón que no correspondían a la mecánica de la escena, usted hoy estaría en un calabozo esperando juicio.

Amalia tomó las manos de Ricardo entre las suyas. El contraste entre la piel fina de la artista y la dureza del trabajador de la tierra fue una declaración de intenciones que llenó el salón. Adelaida observó la escena con una fijeza indescifrable, pero no hubo ninguna de las protestas que habrían estallado días atrás. El honor de la familia estaba tan mancillado por el fraude que el amor de su hija por un jornalero parecía ahora la menor de sus desgracias.

—El bulto metálico que llevaba, Ricardo —intervino Alcaraz, consultando su cuaderno—, eran simplemente herramientas de injerto, ¿verdad?

—Sí, cabo —confirmó Ricardo—. Las herramientas de mi padre. Las había recuperado del molino. Aristeo me las había quitado diciendo que yo no era digno de usarlas. Solo quería lo que me pertenecía por herencia.

Aquel conflicto por los objetos heredados resonó en la mente de Sagrario con la fuerza de un precedente legal. Recordó el pleito de Isidoro y la falsificación del documento de mil setecientos cuarenta y dos que casi le arrebata sus derechos legítimos sobre la tierra de la fundación. En el campo, como en los archivos, la propiedad y la herencia eran los motores que impulsaban las mayores bajezas humanas. Ricardo, al igual que Isidoro, solo había intentado recuperar un fragmento de su propia historia material.

—La justicia ha tardado en llegar a este cortijo —sentenció Purificación Gálvez desde un rincón en sombra—. Pero la tierra siempre sabe quién la pisa con verdad. El que siembra vientos, recoge tempestades. Y Facundo ha sembrado mucho odio bajo estos olivos.

La jornalera acarició su rosario de madera, con los ojos fijos en un punto invisible de la estancia. Para ella, la caída del mayordomo era un ajuste de cuentas necesario para que el olivar pudiera volver a dar fruto sin el sabor amargo de la opresión. Sagrario respetaba aquella «genealogía social» que Purificación representaba; era la memoria oral que a menudo corregía los errores y las omisiones de los documentos oficiales.

Teobaldo Cifuentes, el agrónomo, se ajustó las gafas con un gesto mecánico. Su rostro reflejaba una mezcla de estupor y una humildad inusual. Todo su conocimiento sobre la porosidad del suelo y la eficiencia técnica se sentía insuficiente ante la cruda realidad humana que acababa de presenciar.

—Mis datos no lo previeron —confesó Teobaldo, dirigiéndose a la archivera—. Busqué fallos en la prensa, en los engranajes... pero el verdadero sabotaje estaba en el corazón de la administración. La mecánica del espíritu humano, doña Sagrario, es mucho más compleja que la de una almazara.

—No es compleja, señor Cifuentes —corrigió Sagrario con una sonrisa sutil—. Solo requiere otro método de lectura. Usted lee la

tierra y yo leo las intenciones. Al final, ambos buscamos el punto donde la estructura ha sido forzada.

La archivera recordó a Beatriz, su joven pupila que se había quedado en Úbeda para lidiar con el archivo municipal. Esperaba que la muchacha estuviera aplicando estas mismas lecciones. Los documentos no eran solo papel y tinta; eran el sedimento de las ambiciones y los miedos de quienes los escribieron. Entender eso era la clave para desentrañar cualquier misterio, ya fuera un testamento desaparecido en Úbeda o un asesinato en un cortijo de Jaén.

Sagrario se incorporó por completo, apoyándose en su sombrilla. La rigidez de sus articulaciones le recordó que su labor allí había terminado. El expediente estaba listo para ser archivado. Recogió su bolso de piel, comprobando por el tacto que su cuaderno de notas y su lupa estaban en su sitio.

—La verdad —pensó mientras observaba a los Casabermejo— es un ácido que no perdona las aleaciones falsas.

Miró a Adelaida, sumida en un estado de duermevela emocional, y a Alonso, que intentaba consolarla con una torpeza conmovedora. Vio a Amalia y a Ricardo, uniendo sus mundos en un abrazo que desafiaba las leyes no escritas de la provincia. Eran las huellas de un orden que se restauraba a través de la aceptación del dolor. El cortijo ya no sería el mismo; las lindes volverían a su sitio, los juzgados harían su trabajo y el nombre de los Casabermejo perdería su brillo antiguo. Pero quizás, bajo los escombros, podría crecer algo más genuino.

Cayetano Ruiseñor, el sastre, se acercó a la archivera con paso discreto. Sus ojos pequeños brillaban con una admiración que no intentaba ocultar.

—Ha sido usted una puntada maestra, doña Sagrario —susurró el hombre—. En este pueblo se hablará de esto durante cincuenta

años. Usted ha cosido un roto que todos veíamos, pero que nadie se atrevía a tocar por miedo a que se deshilachara la paz del pueblo.

—Solo he ordenado el archivo, Cayetano —respondió ella, dándole un suave golpecito en el brazo—. A veces, los documentos están tan desordenados que es necesario volver a la primera página para entender el final de la historia.

El cabo Alcaraz se acercó a Sagrario, cuadrándose con una marcialidad que ya no buscaba impresionar, sino honrar. La mancha de hollín en su frente era el recuerdo de una misión que había cambiado su percepción de la labor policial.

—Doña Sagrario —dijo el oficial—. El transporte para Jaén llegará en una hora. Me encargaré personalmente de que su equipaje sea tratado con el cuidado que merece. Y... gracias. Más allá de los protocolos, usted me ha enseñado que la observación es el arma más potente de la ley.

Sagrario esbozó una sonrisa mínima.

—Los protocolos son necesarios para los informes, cabo Alcaraz. Pero para las personas se necesita paciencia y, de vez en cuando, una buena lupa. No olvide que hasta el trazo más firme oculta un temblor cuando la mano que sostiene la pluma no tiene la conciencia tranquila.

La archivera salió del salón, sintiendo que el aire exterior recuperaba su ligereza. Mientras atravesaba el patio de los naranjos, el olor a tierra mojada y a olivo la envolvió. El sol de Jaén comenzaba a descender, tiñiendo las paredes blancas de un color miel que suavizaba las aristas de la piedra. Sagrario sabía que su maleta estaba lista y que el sosiego de sus propios archivos la llamaba de nuevo. Le apetecía volver a sumergirse en la paz de los documentos antiguos, lejos de la urgencia del crimen.

Caminó hacia la entrada principal, donde el carruaje la esperaba. Cada paso le recordaba que los años no perdonaban, pero su mente seguía tan afilada como el primer día que entró en el Archivo de

Indias. Aquellos olivos centenarios, con sus troncos retorcidos por los siglos, eran los verdaderos centinelas de todo lo ocurrido. Ellos seguirían allí mucho después de que los nombres de los Casabermejo y de Facundo fueran solo ecos en una crónica judicial. La tierra, como decía Purificación, tenía su propia memoria y no necesitaba papel para conservarla.

Sagrario ajustó su sombrero de ala ancha y subió al carruaje con la ayuda del cochero. El peso en sus rodillas era real, pero su espíritu se sentía aliviado. Recordó los rumores que le habían llegado sobre ciertos sucesos extraños en un conservatorio de San Sebastián. Quizás, tras un breve descanso en casa, fuera hora de cambiar el aroma del aceite por el del salitre y las partituras viejas. Al fin y al cabo, un archivero nunca termina realmente su trabajo; siempre hay una página traspapelada en algún lugar del mundo esperando a ser devuelta a su sitio.

Con un último vistazo al perfil del cortijo recortado contra el cielo púrpura, Sagrario dio la señal de partida. El traqueteo de las ruedas sobre el camino de guijarros marcó el inicio de su regreso. Atrás dejaba el misterio del Lince Dorado, resuelto no con la fuerza de los puños, sino con la persistencia de una mirada que se negaba a aceptar la mentira como paisaje definitivo.

CAPÍTULO 29: SEMBRANDO NUEVOS CAMINOS

El trasiego de baúles sobre el empedrado del patio rompió el silencio de la última mañana en «El Lince Dorado». Norberto Alcaraz, con la guerrera del uniforme impecable, supervisaba la carga del equipaje. Sus movimientos eran los de un hombre que, por fin, había recuperado el mando de sí mismo. El sonido seco de la madera contra el metal de los herrajes resonaba en las paredes encaladas, marcando el compás de una despedida que, finalmente, se sentía necesaria.

Doña Sagrario observaba la escena desde la sombra del zaguán, con las manos apoyadas en el puño de su sombrilla de seda. No era la rigidez de su rodilla izquierda —una molestia persistente que ya aceptaba como una vieja conocida— lo que la mantenía inmóvil, sino una suerte de curiosidad notarial ante el fin de la tensión que había asfixiado el cortijo. El aire, ya sin el peso de los días previos, transportaba el aroma limpio de la jara y el rastro lejano del humo de una chimenea que ya no quemaba secretos, sino leña de encina para el desayuno.

—El cabo Alcaraz parece haber encontrado su ritmo, ¿no cree? —La voz de Adelaida Casabermejo, a pocos pasos a su espalda, carecía de la habitual altivez.

Sagrario se giró con la parsimonia de quien no quería perturbar un equilibrio recién hallado. La matriarca vestía un traje de mañana en gris perla, un color que apagaba el brillo gélido de sus ojos azules, pero le concedía una solidez más humana. Sus dedos, antes siempre entrelazados en una lucha silenciosa, descansaban ahora sobre el anillo de sello familiar con una laxitud inédita. Al verla, Sagrario no pudo evitar recordar, por un breve instante, la rectitud granítica de la Madre Eulalia en el monasterio de San Lázaro.

Ambas mujeres, guardianas de mundos que se desmoronaban bajo el peso de un tiempo que las rebasaba, compartían ese gesto de asirse a un símbolo —un anillo, un crucifijo— para no ser arrastradas por la corriente de los tiempos. Aquella experiencia con el Códice Negro le había enseñado una verdad: las instituciones, ya fueran religiosas o latifundistas, siempre sangraban por las mismas costuras. La ambición y el miedo a la pérdida eran sus heridas comunes.

—El orden, doña Adelaida, suele ser el mejor bálsamo para el espíritu —respondió Sagrario—. Incluso para aquellos que, como el cabo, soñaban con las luces de la capital. Me temo que se lleva de Jaén una lección que no figura en los reglamentos de la Guardia Civil.

Adelaida asintió y, con un gesto contenido, invitó a la archivera a caminar hacia el mirador que dominaba el valle. El sol de la mañana, de un amarillo pálido y transparente, empezaba a lamer las copas de los olivos, convirtiendo el mar de hojas en un tapiz de plata vieja.

—He tomado una decisión —comenzó Adelaida cuando el ruido del patio se convirtió en un eco lejano—. El abogado llegará esta tarde desde la ciudad. Vamos a proceder a la venta de la Haza de la Suerte y de las tierras que lindan con el arroyo Salado.

Sagrario no mostró sorpresa, aunque procesó la información con la agudeza de quien analiza una nota al margen en un testamento.

—Una decisión determinante, sin duda. Esas tierras son el corazón histórico de la propiedad.

—Lo son —la voz de Adelaida se mantuvo firme—. Pero ese corazón estaba podrido por las deudas y las mentiras de Facundo. Venderlas no es un acto de derrota, doña Sagrario, sino una poda. Es como hacemos con los olivos cuando la rama vieja impide que la savia llegue al fruto. Con lo que obtengamos, liquidaremos las deudas de juego que Alonso contrajo bajo la sombra de ese hombre y financiaremos, sobre todo, la modernización del molino que el señor Cifuentes ha diseñado.

La matriarca se detuvo y miró fijamente el horizonte, donde las lindes de su mundo estaban a punto de cambiar de forma.

—Ya no quiero ser la señora de un imperio de papel y engaños. Prefiero un cortijo que podamos mirar de frente, sin miedo a que un legajo o una auditoría nos arrebate el sueño. Alonso está de acuerdo. Por primera vez en muchos años, no ha bajado la vista al hablar de futuro.

—La herencia más pesada suele ser la que no se ve, doña Adelaida —comentó Sagrario, ajustándose el sombrero de ala ancha—. Al deshacerse de esa carga, le está dando a su hijo la oportunidad de ser, finalmente, el dueño de sus propios aciertos. El señor Nogueira no solo sustraía capital; robaba la voluntad de esta familia.

Mientras hablaba, Sagrario recordó los registros falseados que Isidoro había sido obligado a redactar en su anterior caso. La manipulación de la verdad documental era una mancha que se extendía de igual manera en el pergamino de un monasterio que en los libros de contabilidad de un olivar. Facundo e Isidoro, aunque en estratos distintos, habían sido víctimas y verdugos de la misma tinta emponzoñada.

Adelaida suspiró y, por un instante, la máscara de la gran señora se agrietó para revelar a una madre cansada.

—Usted leyó en nosotros lo que yo me esforzaba en ocultar bajo las alfombras. Me ha devuelto el cortijo, doña Sagrario, aunque sea un poco más pequeño. Y eso... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—, eso es algo que el nombre de los Casabermejo sabrá honrar.

Sagrario dejó a la matriarca sumida en sus cálculos y se dirigió hacia la zona del molino. El edificio, que durante la semana había sido escenario de sabotajes y amarguras, vibraba ahora con una energía distinta. Al entrar en el despacho de administración, el olor a aceite rancio había sido desplazado por la fragancia del papel nuevo y el aroma metálico de la tinta de dibujo.

Sobre la gran mesa de nogal, Alonso Casabermejo y Teobaldo Cifuentes compartían el espacio con una armonía que habría parecido imposible apenas cuarenta y ocho horas atrás. Alonso, despojado de su bata de seda y con una camisa de lino cuyas mangas dejaban ver los antebrazos, sostenía un compás sobre un plano técnico. Su dedo índice, donde la herida de su tic nervioso empezaba a mostrar una costra limpia y seca, señalaba una válvula en el diagrama de la nueva prensa.

—Si instalamos el decantador centrífugo aquí, Teobaldo, reduciremos el tiempo de exposición al aire —explicaba Alonso, y su voz poseía una seguridad que no necesitaba apoyarse en citas de autores clásicos—. Perderemos algo de rendimiento inmediato, pero la acidez del virgen extra será la envidia de toda la comarca.

Teobaldo Cifuentes, ajustándose las gafas con un movimiento que ya no era de impaciencia, sino de concentración, asintió con una sonrisa que suavizaba su habitual rigidez. Su cuaderno de notas estaba abierto, pero las cifras que contenía ya no eran armas, sino puentes.

Sagrario permaneció en el umbral, observando la escena con la satisfacción de quien ve un documento restaurado folio a folio. Aquella colaboración le recordó la curiosa alianza que se formó entre

Lope y Crisóstomo durante las noches de vigilia en la biblioteca de San Lázaro. La técnica y la tradición, cuando dejaban de luchar por la supremacía, podían engendrar una verdad mucho más sólida.

—Parece que la contabilidad creativa ha dejado paso a la ingeniería de precisión —dijo con un matiz de ironía amable.

Ambos hombres se enderezaron. Alonso no rehuyó la mirada de la archivera; al contrario, la sostuvo con una entereza que hablaba de una redención en curso.

—Doña Sagrario. Estábamos precisamente perfilando el plan de transparencia. Teobaldo me ha convencido de que cada gota de aceite que salga de aquí debe tener una historia trazable. Sin zonas oscuras. Sin... intermediarios.

—La honestidad es el mejor fertilizante para cualquier empresa, señor Casabermejo —respondió Sagrario, entrando un par de pasos en la estancia—. Y usted, señor Cifuentes, me complace ver que ha incluido la variable humana en sus ecuaciones de eficiencia.

Teobaldo esbozó una mueca de humildad que le sentaba mejor que su antigua arrogancia.

—La lección ha sido definitiva, doña Sagrario. Los datos son mudos si no se comprende la mano que los escribe. Alonso me ha recordado que la historia de un olivar no se mide solo en nitratos, sino en la lealtad de quienes lo trabajan.

—Precisamente por eso —añadió Alonso—, he decidido que Purificación y Ricardo formen parte del comité de gestión del campo. Nadie conoce mejor el temperamento de estos árboles. Queremos que el cortijo sea el motor del pueblo, no su acreedor.

Sagrario observó los planos una última vez. Vio las anotaciones de Alonso, firmes y claras, junto a los cálculos precisos de Teobaldo. Era una simbiosis necesaria, una restauración del orden que iba mucho más allá de la resolución de un crimen material. La archivera sintió un leve pinchazo en la rodilla por el tiempo que llevaba de pie, un

recordatorio de que su propio cuerpo también tenía una historia de esfuerzos acumulados.

—Sigan con esa caligrafía, caballeros. Las mejores páginas de la historia agraria son aquellas que se escriben con la pluma de la colaboración. No permitan que la ambición vuelva a emborronar el trazo. Me recuerda a una frase del padre Anaximandro: «El conocimiento que no se comparte termina por pudrir el pergamino que lo contiene». Procuren que su aceite sea tan claro como sus cuentas.

Al salir, el sonido de la discusión técnica se reanudó, pero ahora tenía el ritmo constructivo de un motor bien engrasado.

El patio de los naranjos, donde la sombra empezaba a retirarse ante el avance del mediodía, ofrecía un refugio final antes de la partida. Allí, sentados en un banco de piedra labrada, Amalia Casabermejo y Ricardo compartían un silencio que no necesitaba explicaciones. Ricardo, con las manos grandes y curtidas por el trabajo de injerto, descansando sobre sus rodillas, sostenía la mano de Amalia con una delicadeza que desafiaba la diferencia de estatus.

Al ver a Sagrario, ambos se levantaron con un respeto que nacía de un afecto genuino. Amalia ya no ocultaba sus manos manchadas de óleo; al contrario, parecían ser el testimonio de una pasión que, por fin, tenía permiso para existir.

—Doña Sagrario —dijo la joven, y sus ojos color miel tenían la claridad de un manantial limpio—. Queríamos despedirnos. No hay palabras que alcancen para agradecerle lo que ha hecho por nosotros.

Ricardo asintió, y su mirada, habitualmente esquiva por la desconfianza del jornalero, se encontró con la de la archivera con una franqueza absoluta.

—Si usted no hubiera tenido la paciencia de mirar donde otros solo veían un culpable conveniente, yo estaría ahora mismo camino de la prisión —dijo el joven con voz pausada—. Gracias por devolverme el honor, doña Sagrario. En esta tierra, un hombre sin su nombre no es más que un saco de huesos.

—Yo solo busqué la coherencia de los trazos, Ricardo —respondió ella con suavidad—. Su inocencia era el único documento en este cortijo que no presentaba raspaduras ni enmiendas.

Amalia dio un paso adelante y, con un gesto casi tímido, le entregó un pequeño lienzo de lino. No tenía marco, y el olor a trementina y aceite de linaza todavía emanaba de la tela. Representaba un solo olivo, viejo, de tronco atormentado y raíces que parecían aferrarse a la tierra con tenacidad, pintado con una técnica que capturaba la vibración de la luz plateada sobre las hojas. En una esquina inferior, casi camuflada entre las sombras del suelo, aparecía una pequeña inicial «R» entrelazada con una «A».

—Es el olivo de la Haza de las Ánimas —explicó Amalia con un brillo de orgullo—. Quiero que se lo lleve. Para que cuando esté en sus archivos de la ciudad, recuerde que incluso en el suelo más amargo puede crecer algo hermoso si se tiene la valentía de protegerlo. Ricardo y yo nos marcharemos un tiempo. Él estudiará nuevas técnicas agrícolas en la capital y yo... yo voy a intentar que mis cuadros hablen por sí mismos. Mi madre ha dado su bendición. Una bendición de piedra, es cierto, pero que al fin nos permite caminar.

Sagrario tomó el lienzo con las puntas de los dedos.

—Es un regalo extraordinario, Amalia. El arte tiene la capacidad de fijar la verdad de un modo que los informes policiales nunca consiguen. Cuiden ese vínculo. La libertad que han conquistado ha tenido un precio muy alto en esta casa; asegúrense de que cada día valga la pena.

—Lo haremos, doña Sagrario —prometió Ricardo—. El campo siempre recompensa a quienes lo tratan con verdad. Volveremos

para la recogida, pero esta vez, nadie tendrá que esconderse entre las ramas.

La archivera los vio alejarse hacia la casa principal, con sus sombras proyectándose unidas sobre las losas del patio. Había en ellos una determinación serena, una ausencia de miedo que era, quizás, el mejor cierre para el caso del Lince Dorado. Aquella pareja le recordaba la lealtad incondicional de Gala de Haro hacia Iago Quirós; amores que crecían en los márgenes de lo permitido, desafiando la lógica de los poderosos.

Antes de que el carruaje hiciera su aparición definitiva, Sagrario se permitió un último momento de soledad en la pequeña mesa de hierro del mirador. Sobre ella, Purificación Gálvez había dejado un cuenco de cerámica con unas aceitunas locales, aliñadas con tomillo, ajo y un sutil toque de naranja.

—Pruébelas, doña Sagrario —había dicho la mujer antes de volver a la almazara—. Son de las variedades antiguas, de esas que el capataz quería arrancar para poner otras que dieran más rendimiento, pero que no saben a nada. Estas tienen el sabor de la paciencia.

Sagrario se quitó el guante derecho y tomó una de las aceitunas. El sabor era una revelación: una amargura inicial, profunda y terrestre, que se transformaba en un dulzor oleoso con un retrogusto herbáceo.

—Cornicabra —murmuró para sí misma—. Terca, resistente y generosa.

La archivera reflexionó sobre la persistencia de la naturaleza humana. A pesar de los crímenes cometidos con la frialdad de un cálculo administrativo, de las ambiciones que habían llevado a un hombre a usar su propio bastón como arma de ejecución, la vida en el olivar no se detenía. La tierra no guardaba rencor; simplemente aguardaba a que la razón restaurara el equilibrio para ofrecer una

nueva cosecha. Comprendía ahora que las lindes de un mapa no eran solo líneas de propiedad, sino las cicatrices de las pasiones humanas grabadas en la geografía.

Abrió su cuaderno de notas y, con el pulso firme, escribió: «La verdad es un rastro que el tiempo no logra borrar, pero también es la semilla de un nuevo orden. En este olivar, la cosecha de este año ha sido de sombras; la del próximo, sin embargo, será de justicia. El equilibrio social no es un estado estático, sino una voluntad que debe renovarse frente a la erosión de la codicia».

Guardó el cuaderno y la pluma en su bolso de piel. El dolor en su rodilla parecía haberse atenuado, sustituido por una sensación de deber cumplido. Había desentrañado el misterio del guano, había roto la coartada caligráfica del mayordomo y había expuesto el fraude de las tierras. Pero, sobre todo, se llevaba consigo una comprensión más profunda de la España latente bajo el sol de Jaén. Pensó en Montalvo y Verdegay, que aún esperaban juicio tras los sucesos de San Lázaro.

Aquel caso del monasterio le había dejado un sabor a incienso y sangre; este, a aceite y tierra roja. Ambos eran hilos de una misma trama que Sagrario seguía devanando con la paciencia de quien sabe que cada nudo desatado acerca la luz.

El carruaje negro apareció al final del camino, levantando una nube de polvo rojizo. Norberto Alcaraz bajó del pescante y se acercó a Sagrario con una marcialidad que ya no buscaba impresionar. La mancha de hollín de su frente había desaparecido, pero su mirada conservaba una sombra de gravedad.

—Todo está dispuesto, doña Sagrario —dijo el oficial, recogiendo la maleta de piel—. El viaje a Jaén será tranquilo. Los informes ya están en manos del juez de instrucción, y su peritaje sobre los documentos de Nogueira ha sido determinante. No hay abogado que pueda deshacer ese nudo.

—Los documentos, cabo Alcaraz, siempre dicen la verdad si uno tiene la paciencia de escucharlos —respondió ella, aceptando la mano del oficial para subir al vehículo.

Antes de acomodarse en el interior, Sagrario se detuvo en el estribo y miró por última vez la fachada de «El Lince Dorado». Vio a Adelaida en el balcón superior, una figura solitaria que alzó una mano en un saludo breve. Vio a Alonso y Teobaldo salir al porche, todavía enfrascados en sus planos. Y al fondo, entre los troncos plateados del olivar, divisó a Purificación y Ricardo retomando sus tareas.

Sagrario se sentó en el cuero gastado del asiento. El interior del carruaje olía a madera vieja. Apoyó el pequeño lienzo de Amalia frente a ella, de modo que el olivo pintado pareciera observar el trayecto. Abrió su sombrilla para resguardarse de la luz y sintió una paz agridulce. El círculo se había cerrado. El orden, aunque herido, volvía a regir el destino del cortijo.

—¿Volverá por estas tierras, doña Sagrario? —preguntó Alcaraz mientras el carruaje iniciaba su marcha.

Sagrario miró las pinceladas del cuadro, que capturaban la esencia de una tierra que ya no le resultaba extraña.

—La historia agraria de esta provincia es inabarcable, cabo. Y me temo que aún me quedan muchas variedades de aceituna por catar y muchos legajos sobre lindes que consultar. El padre Anaximandro solía decir que la verdad nunca se revela por completo en un solo lugar, sino que está dispersa como las hojas en otoño. Debo seguir recogiéndolas.

El carruaje se alejó, dejando atrás los ecos de la traición y los brotes de una esperanza que empezaba a germinar. Mientras los olivos desfilaban por la ventanilla, Sagrario cerró los ojos un instante. El trazo del destino había recuperado su pulso firme. Era hora de volver a casa, al silencio reparador de sus libros, sabiendo que, una vez

más, la razón había sido la lámpara que disipó las sombras en el corazón del olivar.

Recordó vagamente la llave misteriosa que aún guardaba en su costurero desde el caso de San Lázaro; quizá su próximo viaje la llevara a descubrir qué puerta abría. Pero por ahora, el aroma de la Cornicabra era suficiente.

CAPÍTULO 30: EL LEGADO DEL OLIVAR

El traqueteo del taxi sobre el empedrado del patio de armas marcaba el compás de una despedida que doña Sagrario había dilatado más de lo estrictamente necesario. Manuel, el chófer, aguardaba junto a la portezuela abierta con una paciencia que solo se encuentra en los hombres acostumbrados a los ritmos de la cosecha. El aire de la mañana en el cortijo «El Lince Dorado» se había templado, despojado al fin del rastro metálico de la sospecha que lo había empañado durante las últimas dos semanas.

Sagrario ajustó el cierre de su bolso de piel, asegurándose de que el peso del cuaderno de notas descansara en su sitio habitual. Al descender el último escalón del porche, su rodilla izquierda protestó con una punzada seca, un recordatorio físico de las horas pasadas entre legajos polvorientos y caminatas por lindes mal trazadas. No se detuvo. Apoyó la sombrilla de seda con firmeza y dejó que su mirada gris perla recorriera por última vez la fachada de sillería. El edificio parecía haber recuperado una dignidad serena, como un cuerpo que, tras una fiebre alta, empieza a reconocerse de nuevo en el espejo.

Bajo el brazo derecho, protegida por un envoltorio de papel de estraza, llevaba la tabla que Amalia le había entregado al alba. No era simplemente un óleo de un olivo; era el acta de independencia de una mujer que había aprendido a pintar su propio destino. Una

satisfacción silenciosa la recorrió al recordar el brillo en los ojos de la joven Casabermejo. El orden no siempre consistía en devolver las cosas a su estado original, sino en permitir que encontraran un nuevo equilibrio, más honesto y menos asfixiante.

Norberto Alcaraz aguardaba junto al taxi. El cabo de la Guardia Civil ya no era el joven impaciente que consultaba el reloj cada cinco minutos buscando una vía de escape hacia la capital. Vestía el uniforme con una prestancia nueva, los hombros más bajos, la mirada más atenta a los detalles del suelo que a los horizontes lejanos. Al ver aproximarse a la archivera, se cuadró con una naturalidad que no figuraba en las ordenanzas, sino en el manual del respeto mutuo.

—El expreso hacia Madrid no espera, doña Sagrario —dijo el oficial, extendiendo la mano para recibir el equipaje más ligero—. He verificado que su asiento esté en el lado de la sombra. El viaje por Despeñaperros puede ser inclemente a estas horas.

—Le agradezco la consideración, Alcaraz —respondió ella, rozándose distraídamente la verruga sobre el labio—. Veo que ha pasado la noche en vela. Hay una gravedad en sus ojos que no estaba ahí cuando llegamos.

El oficial asintió mientras colocaba la maleta en el maletero con un movimiento preciso.

—He terminado de foliar el peritaje sobre la Haza de las Ánimas. El juez ha recibido los documentos de Nogueira esta madrugada. Es curioso, señora; durante años pasé por delante de esas tierras creyendo que eran solo tierra y árboles. Ahora, gracias a sus notas, no puedo evitar ver en ellas un mapa de voluntades y traiciones. La restitución legal comenzará el lunes. Es una victoria limpia, sin las manchas que suelen dejar los interrogatorios forzados.

Sagrario sonrió, una curva leve que apenas alteró la formalidad de su rostro.

—La ley, cabo, es a menudo un esqueleto frío. Son los documentos, las cartas y las huellas de la conducta los que le dan carne y sentido. Usted ha aprendido a leer entre líneas, y eso es una habilidad que le servirá mucho más que cualquier reglamento de academia. No olvide que la verdad suele esconderse en lo que la gente considera insignificante. Un libro de cuentas mal cerrado dice más que una confesión a gritos.

—Lo tendré presente —aseguró Alcaraz, quitándose la gorra de plato en un gesto de despedida—. En mi próximo destino buscaré siempre el archivo antes que el calabozo. Me ha enseñado usted que la paciencia es el arma más afilada de la justicia.

El intercambio fue breve, sellado por un apretón de manos enguantadas que comunicaba más que cualquier discurso. Alcaraz se retiró unos pasos, permaneciendo erguido mientras Sagrario se disponía a subir al vehículo. Sin embargo, un ruido de pasos apresurados sobre la grava, un repiqueteo rítmico y desgarbado, interrumpió la maniobra.

Cayetano Ruiseñor apareció desde el sendero de los naranjos. El sastre del pueblo caminaba con su habitual inclinación hacia adelante, como si el peso de los secretos locales le obligara a buscar el centro de gravedad en sus propios zapatos. La cinta métrica, su eterno escapulario, se balanceaba sobre su pecho, y las gafas de media luna cabalgaban peligrosamente sobre el puente de su nariz.

—¡Doña Sagrario! ¡Un momento, por lo que más quiera! —exclamó Cayetano, deteniéndose ante ella para recuperar el aliento. Sus pequeños ojos, brillantes como cuentas de azabache, denotaban una mezcla de agitación y orgullo.

—Don Cayetano —saludó ella con cortesía—. Creí que nos habíamos despedido anoche tras la cena.

—Las despedidas nocturnas son para los conocidos; las de la mañana son para los amigos —replicó el sastre, extrayendo de su chaqueta un pequeño envoltorio de tela rústica atado con un cordel

de cáñamo—. No podía permitir que se marchara a la capital sin un testimonio real de esta tierra. No hablo de papeles ni de sentencias, sino de algo que se puede palpar.

Le entregó la bolsa. El peso era sorprendente, sólido y fresco. Sagrario percibió un aroma profundo a tomillo, salmuera y ese fondo amargo y noble que solo el aceite puro desprende.

—Son cornicabras —explicó Cayetano con voz queda, casi confidencial—. De las mejores matas de la Haza de las Ánimas. Las he aliñado yo mismo siguiendo la fórmula de mi familia. Es una aceituna difícil, terca, de las que no se entregan al primer bocado. Hay que saber esperarlas, como usted ha sabido esperar a que la verdad asomara entre los olivos. Me pareció que una mujer con su agudeza sabría apreciar la psicología de este fruto.

Sagrario aceptó el regalo con una reverencia de cabeza. Aquel gesto de Cayetano le recordó el valor de lo tangible. En sus años de archivo había aprendido que la historia se escribe en pergamino, pero se vive en el paladar y en el tacto.

—Es un archivo sensorial magnífico, don Cayetano —dijo Sagrario, guardando la bolsa con cuidado en su bolso—. Lo conservaré con el mismo rigor que un legajo del siglo XVI.

El sastre la miró fijamente, perdiendo por un instante su aire de chismoso profesional para revelar al hombre que entendía las costuras de la sociedad.

—Usted ha remendado este cortijo, señora. Ha encontrado el hilo que estaba suelto y ha vuelto a unir las piezas antes de que el tejido se deshiciera del todo. Jaén tiene memoria de elefante, y sepa usted que su nombre se mencionará en las tertulias de la rebotica mucho después de que los Casabermejo olviden sus deudas. Ha puesto usted la linde donde Dios manda, y eso es una justicia que aquí abajo valoramos más que las medallas del cabo.

—Solo he ordenado el caos, don Cayetano. El mérito es de la evidencia, que siempre acaba por imponerse si se le da el tiempo

necesario —concluyó ella, entrando finalmente en el taxi.

Desde el asiento trasero, Sagrario vio cómo las figuras de Alcaraz y Ruiseñor se hacían pequeñas mientras el coche iniciaba su marcha por el camino de acceso. El motor roncaba con un ritmo monótono que invitaba a la introspección. A medida que «El Lince Dorado» se convertía en una mota blanca rodeada de un mar plateado, Sagrario sintió que un ciclo se cerraba. La amargura de Aristeo Carmona y la ambición de Facundo Nogueira ya formaban parte del pasado judicial de la provincia. El orden, aunque con las cicatrices propias de una cirugía de urgencia, volvía a regir el destino de la propiedad.

El taxi serpenteó por la carretera local, cruzando el valle donde los jornaleros comenzaban su faena. A lo lejos, reconoció la figura de Ricardo. Caminaba hacia el tajo con una ligereza que no poseía días atrás; la exoneración y la promesa de un futuro en la capital junto a Amalia le habían devuelto la estatura de un hombre libre. Sagrario reflexionó sobre cómo una sola huella de bastón o una entrada mal anotada en un libro de cuentas podían destruir o salvar una vida. La responsabilidad de su oficio le pesó en los hombros con una seriedad renovada.

Abrió su bolso y extrajo el cuaderno. Sus dedos buscaron una página en blanco. El traqueteo del taxi hacía que su caligrafía fuera algo más nerviosa de lo habitual, pero la claridad de su juicio era absoluta. Escribió con trazos rápidos:

«La verdad no es un evento, sino un proceso de molturación. En Jaén, como en el aceite, lo primero que surge es la presión y el calor, pero solo tras el reposo aparece la transparencia. He comprendido que la tierra es el documento primigenio, y el fruto, la tinta con la que el tiempo registra las deudas del alma. Cada región posee su propia caligrafía moral. Me pregunto si los resultados del tiempo de reflexión de Isidoro habrán sido tan fructíferos como esta cosecha de justicia, o si las sombras de San Lázaro siguen proyectándose sobre el Códice Negro».

Cerró el cuaderno con un chasquido seco. Una idea nueva empezaba a germinar en su mente, una extensión de su método que sospechaba se convertiría en su próxima obsesión: el archivo sensorial. No bastaba con catalogar documentos; era necesario catalogar los sabores, los olores y las resistencias de cada lugar. La cornicabra de Cayetano sería la primera entrada de este nuevo registro de la psicología de los pueblos.

El taxi llegó a la estación de Jaén cuando el sol ya empezaba a morder con fuerza. El edificio, de aire funcional y hollín acumulado, marcaba el umbral hacia el norte. Manuel descargó las maletas con eficiencia y Sagrario le gratificó con una propina generosa. Al quedarse sola en el andén, rodeada por el vapor de las locomotoras y el bullicio de los viajeros, sintió el cambio de atmósfera. El aroma a olivo y tierra roja era sustituido por el olor a carbón quemado y metal caliente.

Mientras esperaba el expreso, su mente voló hacia el norte, más allá de los campos de Castilla. Recordó la última imagen de Alba Valois en el monasterio de San Lázaro y el objeto que ocultaba en su chaqueta con tanto celo. Aquel hilo seguía suelto, vibrando en la periferia de su memoria. También pensó en Montalvo y en la frialdad de sus planes; hombres como él no aceptaban la derrota fácilmente, y su sombra era larga, capaz de alcanzar incluso los rincones más soleados de Andalucía.

—La música —murmuró para sí misma, ajustándose la sombrilla—. Se rumorea que en un conservatorio de San Sebastián el silencio se ha vuelto sospechoso. Y donde hay silencio impuesto, suele haber una partitura oculta que nadie se atreve a leer.

El tren entró en la estación con un estruendo de hierro y vapor. Sagrario subió al vagón de primera clase con la ayuda del revisor, acomodándose frente a la ventanilla. Colocó la bolsa de aceitunas sobre la mesilla y el lienzo de Amalia a su lado, como dos testigos mudos de su victoria en Jaén. Cuando el convoy inició su marcha lenta, Sagrario cerró los ojos un instante.

El círculo del Lince Dorado estaba sellado. La linde había vuelto a su sitio y los Casabermejo iniciaban una reconstrucción basada en la verdad, por dolorosa que fuera. Pero el mapa de las pasiones humanas seguía desplegándose ante ella, lleno de archivos cerrados con llave y secretos sepultados bajo la pátina del tiempo. El tren ganaba velocidad, alejándola del sol quirúrgico de Jaén. Doña Sagrario, sin embargo, ya estaba descifrando mentalmente la primera nota de un nuevo misterio en el norte, llevando consigo las lecciones de la tierra y la certeza de que, para una archivera, la jubilación era solo una palabra vacía frente a la llamada de una verdad que esperaba ser catalogada.

EPÍLOGO: ECOS DE UN OLIVAR

El ritmo metálico del convoy, un compás de acero contra raíles que olía a hollín y a la memoria de incontables partidas, marcaba la salida definitiva de Jaén. Doña Sagrario se acomodó en su asiento de primera clase, una butaca de terciopelo de color vino rancio que exhalaba un tufo a viajes antiguos y a papel amontonado. Con un gesto metódico, alisó su falda de lana gris. La rodilla izquierda, previsiblemente, le punzó con una rigidez ya conocida.

Su cuerpo siempre le exigía su peaje tras cada investigación. Esta vez, el tributo eran las horas deambulando por los surcos del olivar, la espera tensa bajo la sombra de la almazara.

Al otro lado del cristal, el paisaje se desplegaba en una marea plateada; el sol de media mañana, con su vigor intacto, hacía vibrar el horizonte, bañando incontables olivos que cubrían la tierra hasta donde la vista se perdía. La archivera apoyó la mejilla en la palma de la mano y observó la geometría de las plantaciones. Cada olivo, con su tronco atormentado por el tiempo y su copa de un verde ceniciento, se le antojaba una letra de un alfabeto arcaico.

Era un registro que no se escribía sobre pergamino, sino sobre la piel misma de la provincia. Esa caligrafía vegetal, grabada a base de podas, sequías y heladas, narraba una historia de siglos que ella, por fin, creía haber descifrado en toda su hondura.

Para una mujer acostumbrada a tratar con documentos que databan de la Reconquista, nada era nunca solo lo que aparentaba. Los árboles no eran madera y fruto; eran testigos. Aquellos troncos centenarios, cuyas raíces se hundían en un sustrato que había visto pasar legiones y califatos, custodiaban la memoria de las lindes y de los hombres. Mientras el tren avanzaba, Sagrario trazó un paralelismo inevitable con el caso del Códice Negro, que la había ocupado meses atrás en San Lázaro.

Allí, la verdad se ocultaba tras tintas ferrogálicas y pergaminos raspados; aquí, la mentira se había disfrazado de derecho de propiedad y de honor familiar. En ambos casos, el método para desvelar el engaño era idéntico: buscar la irregularidad, el trazo que no encajaba, el gesto que contradijera el discurso oficial.

El tren tomó una curva amplia y el perfil del cortijo «El Lince Dorado» desapareció tras una elevación de tierra rojiza. No era tristeza lo que sentía, sino la paz de un notario que estampa el sello final en un legajo complejo. El desorden que el asesinato de Aristeo Carmona había introducido en la vida de los Casabermejo se había contenido. La lógica, esa lámpara de aceite que siempre mantenía encendida en los pasillos de su mente, había disipado las sombras que la ambición y el resentimiento proyectaron sobre la familia. El mundo, o al menos ese pequeño rincón del mapa, volvía a tener un sentido comprensible.

La figura de Aristeo Carmona se le apareció en la memoria con una nitidez casi ofensiva. Lo recordó tal como lo había reconstruido en sus anotaciones: un hombre que se creía el autor de su propio destino cuando, en realidad, no era más que una glosa al margen de una historia mucho más vasta. Aristeo había sido un hombre de campo que olvidó la ley fundamental de la tierra: no se puede cosechar respeto donde solo se ha sembrado manipulación.

Intentó ser el dueño de las sombras, moviendo los hilos de una alcurnia que se desmoronaba, y al final, esas mismas sombras lo

habían engullido. Su muerte no fue un capricho del destino, sino la consecuencia mecánica de su propio diseño.

Se detuvo a meditar sobre la víctima. Aristeo no era un villano de opereta, sino algo mucho más frecuente y, por ello, más peligroso: un oportunista que confundió la astucia con la sabiduría. Como un olivo seco que sigue ocupando su lugar en el tajo por pura inercia, Aristeo extraía la savia de los Casabermejo, aprovechando las deudas de juego de Alonso y el pánico de Adelaida a la ruina. Se había convertido en un parásito necesario, una figura que sostenía la fachada mientras cavaba los cimientos de su propia fortuna sobre los escombros ajenos.

Sagrario recordó por un instante a Montalvo, aquel hombre que en otro tiempo y lugar también había intentado medrar a costa de la historia y el engaño. Ambos compartían esa mirada de cazador que subestima la paciencia de la presa o, en este caso, la persistencia de una archivera que no cree en las coincidencias.

En el mundo de Sagrario, la causalidad era tan implacable como la ortografía en un documento oficial. Si se introduce un error en la premisa, el resultado será una disonancia. Facundo Nogueira, el mayordomo de lealtad pétrea, había sido esa nota fuera de lugar. Recordó su mirada en el momento de la captura: no había rastro de remordimiento, solo la indignación del hombre que veía cómo un intruso intentaba usurpar el lugar que él creía ganado por derecho de servidumbre.

Facundo no mató por odio, sino por un sentido distorsionado del orden. Quería eliminar la mancha que Aristeo representaba. Aquella rigidez moral le recordaba, de forma inevitable, a la Madre Eulalia en el monasterio: personas que, en su afán por proteger una institución o un legado, son capaces de cruzar fronteras que la ética civil no tolera. La diferencia estribaba en que Facundo había sustituido la fe por la propiedad de la tierra.

El vagón traqueteó con fuerza al pasar sobre un cambio de agujas. Sagrario llevó la mano a su bolso de piel. Dentro, junto a su

inseparable lupa de aumento, sentía el peso del boceto que Amalia le había regalado. Amalia, la joven de uñas manchadas de óleo que buscaba en la pintura un refugio contra el olor a aceite y a tradición impuesta. Una sonrisa sutil se dibujó en el rostro de la archivera. Había algo en la rebeldía de la muchacha que le recordaba a esos folios díscolos que se resisten a ser encuadernados, a esas notas a pie de página que terminan por explicar el texto principal mejor que el propio autor.

Amalia era la promesa de que el linaje de los Casabermejo no se extinguiría en la rigidez, sino que encontraría una forma de transformación a través de su unión con Ricardo.

Había aplicado su método de paleografía conductual con la precisión de un restaurador de lienzos. Leyó en el tic nervioso de Alonso Casabermejo —esas uñas mordidas hasta el límite de la carne— no solo el estrés del heredero, sino la caligrafía del miedo de un hombre que había apostado hasta el apellido. En Adelaida, la matriarca de perlas y espalda recta, descifró una genealogía social basada en la resistencia.

Adelaida no amaba el olivar por su fruto, sino por su significado: un escudo de armas que el tiempo oxidaba de forma inevitable. El crimen solo había sido la grieta por la que empezó a filtrarse la realidad que ella tanto se esforzaba en ignorar.

El caso le había confirmado que las personas, al igual que los legajos que descansaban en Úbeda o en los archivos estatales, poseen capas de significado superpuestas. Está el texto público, lo que se dice en el salón; pero debajo, si se aplica la luz adecuada, aparece el palimpsesto: las verdades borradas, los motivos ocultos, los rencores cubiertos por una nueva escritura. En «El Lince Dorado», el palimpsesto hablaba de lindes movidas en la oscuridad, de sociedades fantasma y de una ambición que olía a guano y a desesperación.

Era un relato de desposesión que ella había tenido que recomponer fragmento a fragmento, del mismo modo que el padre Anaximandro

solía reconstruir la historia de los santos a través de sus silencios.

La archivera extrajo del bolso una pequeña botella de vidrio oscuro que Cayetano Ruiseñor, el sastre del pueblo, le había entregado antes de la partida. Era aceite de la primera prensada, un oro denso que el sastre le ofreció con una inclinación de cabeza que mezclaba el respeto con la complicidad de quien había sido testigo de algo excepcional. Cayetano, con su cinta métrica al cuello y sus ojos de ratón, había sido su mejor informante, el cronista no oficial de las miserias locales. Comprendía que un secreto es como un roto en una chaqueta: si no se cose a tiempo, termina por arruinar la prenda entera.

Desenroscó el tapón con un movimiento pausado. El aroma inundó el compartimento de inmediato: una mezcla de hierba recién cortada, de tomate verde y de una amargura que picaba levemente en el fondo de la pituitaria.

—La verdad —murmuró para sí misma, observando el brillo del líquido a través del cristal—, como el buen aceite, puede ser amarga al principio, pero deja un regusto que purifica.

Aquella frase no era solo una reflexión; constituía una conclusión técnica. El asesinato de Aristeo había sido el fruto amargo de una cosecha de mentiras que la familia Casabermejo llevaba años cultivando. Había sido necesario triturar esas mentiras, pasarlas por la prensa de la lógica y decantar los hechos para que la verdad pudiera fluir de nuevo, limpia de los sedimentos de la sospecha. Solo entonces, cuando el aire del cortijo se volvió respirable, ella pudo considerar su labor terminada. Aquel aceite era, en esencia, el resultado de una depuración social.

Recordó la expresión de Norberto Alcaraz, el cabo de la Guardia Civil, cuando le mostró el bastón de Facundo. Alcaraz representaba el método moderno, la fe en la burocracia y los informes dactiloscópicos. Sin embargo, el joven había tenido la humildad suficiente para escuchar a una archivera jubilada explicarle cómo una huella en la tierra no es solo una marca física, sino un rastro del

ánimo. Sagrario confiaba en que Norberto no olvidaría que, a veces, para resolver un crimen en el presente, hay que saber leer el pasado que los sospechosos llevan cosido al forro de sus abrigos. El protocolo es el mapa, pero la observación conductual es la brújula que evita perderse en el territorio de la mentira.

Cerró la botella y la guardó con cuidado. Su mano tocó pensativamente la pequeña verruga cerca de su labio superior, un gesto que delataba que su mente ya estaba organizando la información para su próximo archivo mental. No podía evitarlo; su cerebro funcionaba como un sistema de clasificación que nunca descansaba. Cada rostro era un tejuelo, cada conversación, un asiento contable. Incluso en sus momentos de aparente reposo, Sagrario seguía catalogando el mundo.

Recordó la última vez que sintió esa pulsión, cuando el misterio de la llave desaparecida en San Lázaro la mantuvo insomne varias noches. Aquí, la llave no había sido de metal, sino de madera: un bastón que servía tanto para caminar como para matar.

Abrió su cuaderno de notas por la última página escrita. Con un pulso firme a pesar de la vibración del coche, dibujó un pequeño recuadro en una esquina. Dentro, escribió con su caligrafía elegante: «*Variedad: Cornicabra (Jaén). Carácter: Resistente, picante, persistente. Notas: La psicología de la tierra andaluza se cifra en su capacidad para transformar la escasez en riqueza, y el secreto en herencia*». Aquellas líneas cerraban su estancia en el sur, pero abrían una nueva puerta en su curiosidad insaciable.

Fue entonces cuando decidió que no podía permitir que esa experiencia se perdiera. Como archivera, su vida había consistido en clasificar la memoria de otros. Ahora, en su jubilación, empezaría a clasificar su propia geografía de la experiencia. Recogería las etiquetas de los aceites, de los vinos, de los frutos de cada lugar donde la lógica la llevara a resolver un entuerto. Sería un archivo sensorial, una biblioteca de sabores y de historias sociales que le permitiría entender su país no a través de mapas políticos, sino de

sus resistencias locales. La cornicabra de Jaén sería la primera entrada de este nuevo catálogo del alma humana.

El sol se filtraba por la ventanilla con una suavidad distinta, pintando los campos de un oro viejo que anunciaba la tarde. El paisaje de olivos empezaba a ceder paso a las llanuras de Castilla, donde el horizonte se volvía más severo y el color ocre dominaba la paleta. Sagrario cerró los ojos un instante, dejándose arrullar por el ritmo monótono de los raíles. Sentía el pulso de la tierra bajo sus pies, un latido que hablaba de historias pendientes y de archivos que aún esperaban ser abiertos.

Le vino a la mente el recuerdo de Isidoro, aquel hombre que en Úbeda también se vio envuelto en un pleito de tierras y falsificaciones que ella ayudó a desenmarañar. Parecía que el destino la vinculaba siempre a la defensa de la verdad documental frente a la codicia humana.

Su pensamiento voló hacia el norte, hacia esa bruma atlántica de la que hablaban los rumores en los círculos que ella frecuentaba en Madrid: San Sebastián. Un conservatorio de música. Una nota que se había quedado suspendida en el aire, rompiendo la armonía de una institución prestigiosa. Aquel rumor le recordaba a la intrincada tela que había empezado a desenredar en San Lázaro, con el padre Anaximandro y aquel Códice que tantos suspiros y pecados había provocado. Ya podía imaginar el olor a salitre, el tacto de la piedra húmeda de la costa vasca y el sonido de un violín desafinado por la mano del miedo.

Se ajustó el moño blanco con un gesto mecánico y exhaló un suspiro de satisfacción. Jaén ya era un capítulo archivado, una historia de sol y aceite donde la razón había triunfado sobre la barbarie del rencor. Pero el archivo del mundo nunca se termina de catalogar. Siempre habría una nueva página en blanco esperando el trazo de la lógica, un nuevo enigma oculto en un gesto, en un sabor o en una nota fuera de lugar. La jubilación, descubrió con agrado, no era el retiro

de la vida activa, sino el inicio de una investigación mucho más vasta y personal sobre la condición humana.

El tren ganaba velocidad, atravesando el mar de olivos que ahora se convertía en una mancha borrosa de plata y sombra. La archivera jubilada no temía a lo que vendría. Mientras hubiera una verdad que desvelar y un hilo del que tirar, seguiría caminando, con su lupa en el bolso y la paciencia del tiempo en su mirada gris perla. España, con sus pasiones, sus tierras en litigio y sus archivos polvorientos, la esperaba.

Y ella, por fin, estaba lista para empezar la siguiente crónica. La vida, después de todo, no era más que una sucesión de documentos que solo esperaban al lector adecuado para revelar su secreto más profundo. Guardó el cuaderno, se calzó sus guantes de hilo y esperó a que el revisor anunciara la próxima estación, sabiendo que cada parada era solo el prólogo de un nuevo descubrimiento.